



UNAC
CORPORACIÓN UNIVERSITARIA ADVENTISTA
COLOMBIA

¡SIN LIBERTAD!



**HECHOS HISTÓRICOS PARA UNA MEMORIA
DEL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO**


SEDUNAC

Este libro es producto de un ejercicio investigativo por parte de los autores. Contiene resultados de investigación que fueron sometidos a evaluación externa con base en criterios de calidad determinados por Minciencias.

Corporación Universitaria Adventista. Dirección de Investigación
¡Sin libertad! Hechos históricos para una memoria del conflicto armado colombiano
; Prólogo de Manuel Zapata Olivella. - 1 edición. - Medellín: Editorial SEDUNAC
Corporación Universitaria Adventista; 2023.
179 páginas.
ISBN: 978-628-95453-8-8 (versión electrónica)

1. Conflicto armado. 2. Paz. 3. Libertad.
303.6
C822

Autor
PhD. ENOC IGLESIAS ORTEGA

Corporación Universitaria Adventista ©
Sello Editorial SedUnac ©
ISBN: 978-628-95453-8-8

CORPORACIÓN UNIVERSITARIA ADVENTISTA
Rector
PhD. JUAN CHOQUE FERNÁNDEZ

Vicerrectora Académico
PhD. MÓNICA CASTAÑO MEJÍA

Director Investigación
PhD. EDGARDO JAVIER RAMOS

Editor
Mg. HECTOR FABIAN PALACIOS

Sello Editorial SedUnac
editorialinvestigacion@unac.edu.co

Corrección de texto: PhD. ENOC IGLESIAS
Diagramación y carátula: PABLO ANDRÉS MARTINES PINEDA
1a edición: Octubre de 2023

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en sistema recuperable o transmitida en ninguna forma o por medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otro, sin haber citado la fuente. Los conceptos expresados en este documento son responsabilidad exclusiva de los autores y no necesariamente corresponden con los de la Corporación Universitaria Adventista.

TABLA DE CONTENIDO

PRÓLOGO	8
RESUMEN.....	10
ABSTRACT	11
INTRODUCCIÓN Y GENERALIDADES	12
ANTECEDENTES	13
AL COMIENZO.....	15
CAPÍTULO 1.....	18
¿SECUESTRADO? SÍ, ¡SECUESTRADO!	
CAPÍTULO 2.....	23
CAMINO AL AJUSTICIAMIENTO	
CAPÍTULO 3.....	29
SÍ HAY QUINTO MALO	
CAPÍTULO 4.....	31
CON EL UNIFORME DEL ENEMIGO	
CAPÍTULO 5.....	36
“SEPTIEMBRE NEGRO”, BLANCO, TRICOLOR	
CAPÍTULO 6.....	40
“¡LEVÁNTESE, INGENIERO, USTED SE VA!”	

CAPÍTULO 7	43
HEROÍNA ENTRE NOSOTROS	
CAPÍTULO 8	46
EPÍLOGO Y VERDAD	
CAPÍTULO 9	48
ORFANDAD EMOCIONAL Y FÍSICA	
CAPÍTULO 10	52
EL PONCHO BLANCO Y LA GRANADA	
CAPÍTULO 11	57
RESCATE EN LA OSCURIDAD	
CAPÍTULO 12	66
LA LISTA	
CAPÍTULO 13	103
ESTRATEGIAS PARA AFRONTAR LA PRUEBA FINAL	
CAPÍTULO 14	106
APREHENDIDOS AL FINAL DE LA VACACIÓN	
CAPÍTULO 15	117
MINISTRO, APRESADO	
CAPÍTULO 16	124
EL PASTOR QUE PIDIÓ UNA PLAGA PARA SUS ENEMIGOS	

CAPÍTULO 17	138
SECUESTRADA, Y ABUSADA SEXUALMENTE	
CAPÍTULO 18	146
EL AUDITOR TRAGADO POR LA TIERRA	
CAPÍTULO 19	152
DURMIENDO ENTRE CULEBRAS	
CAPÍTULO 20	157
GRACIAS A UNOS ALAMBRES DE PÚAS	
CAPÍTULO 21	172
NI LOS MAESTROS SE SALVAN	
CAPÍTULO 22	195
INGENUAS INSOLENCIAS DE MUCHACHO	
CAPÍTULO 23	203
EN MEDIO DE UN TIROTEO	
POST SCRIPTUM	206
RESULTADOS.....	208
CONCLUSIONES AL FINAL.....	211
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	215

PRÓLOGO

Solamente una persona que haya visitado y convivido con otros países del mundo, y que conozca a conciencia la idiosincrasia de las gentes de su propio país ha podido escribir la excitante y dramática obra intitulada **“¡SIN LIBERTAD! HECHOS HISTÓRICOS PARA UNA MEMORIA DEL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO”**. Es el caso de Enoc Iglesias Ortega, quien mediante una narrativa limpia, fría y aséptica en medio de retazos poéticos que iluminan su prosa a la altura de los mejores narradores de la literatura contemporánea, ha producido este libro.

Con frases que aletean abriendo surcos de reflexión constante, va acentuándose el relato de las ignominias en una polvareda tremenda de cierto suspenso.

El tema como experimentado en carne viva, lleno de energía y originalidad, guarda la magia de la profundidad en el sufrir y la ironía de conductas inhumanas en su carnosidad latente.

De repente aparecen como brotados de una encanijada Inquisición colonial los enemigos de mirada espectral, y campesinos inocentes, arrojados por la niebla del miedo y por las imborrables imágenes que han visto sus ojos.

En un estilo de sencillez y gracia rizado por el viento de las leyendas, “los pensamientos de muerte trepanan los cráneos”, frente al nerviosismo de los menores que crecen y se desarrollan en fincas y haciendas infiltradas por los temores del secuestro.

Los vibrantes cuadros de un realismo expectante revelan el conocimiento que tiene el autor de las costumbres, tradiciones y herencias atávicas de obreros y campesinos de tierras donde el sufrimiento, la desesperanza y la soledad de hombres y mujeres, son elementos esenciales del libro escrito por Enoc Iglesias Ortega, como testimonio memorable de la historia de nuestro país en medio siglo de terrorismo y pánico.

Una obra que aporta revelaciones trascendentales con agudas observaciones del acontecer cotidiano en ciudades y áreas rurales, como extraídas de la propia experiencia.

Bien puede el romancero acercarse al relato crudo de la obra como en la inspiración de un Garcilaso de la Vega: "En el mesón al campo abierto se ve la olla donde la leña humea, una brisa corre por los pajonales y de pronto el torbellino de la maldad carga con los niños que nunca aparecen para ser acariciados por sus padres".

Sociología, antropología, historia, literatura y poesía iluminan el espíritu de **"¡SIN LIBERTAD! HECHOS HISTÓRICOS PARA UNA MEMORIA DEL CONFLICTO ARMADO COLOMBIANO"**, donde cada capítulo es una visión filosófica de los hechos que nunca deberían suceder si es que educamos a la gente para la convivencia, el respeto a los demás, y para usar el derecho a vivir en sana paz.

Manuel Zapata Olivella

RESUMEN

El libro que entregamos a los lectores nace de una serie de inquietudes asociadas a la historia de Colombia, que despiertan voluntades, enconos, pasiones, sentimientos o sed de retaliación. Se suma el interés en producir documentos confiables que ayuden a la ascensión de posiciones válidas, objetivas y consistentes, en procura de aportar hechos relativos a secuestros de personas en nuestro país, en la ruta de una memoria histórica que arroje una verdad soportada en realidades estudiadas. Pero, despojarse de prejuicios, dogmas, doctrinas o creencias es muy difícil, más aún, cuando cada cual cree tener la “verdad verdadera”, y la defiende a ultranza.

Adoptar una postura objetiva demanda mucho esfuerzo y sacrificio, porque hay intereses de todo tipo en juego. El advenimiento de las normas relacionadas con el conflicto armado colombiano y el posconflicto, genera una serie de optimismos y de críticas nocivas o sanas, en la sociedad colombiana y en observadores internacionales. Por ejemplo, tenemos la Ley 975 (Ley de Justicia y Paz), expedida en el primer mandato de Álvaro Uribe Vélez.

En una de las medidas consagradas en la precitada norma se encuentra lo siguiente: “ARTÍCULO 56. DEBER DE MEMORIA. El conocimiento de la historia de las causas, desarrollos y consecuencias de la acción de los grupos armados al margen de la ley deberá ser mantenido mediante procedimientos adecuados, en cumplimiento del deber a la preservación de la memoria histórica que corresponde al Estado”.

Palabras clave: Conflicto, confesión religiosa, desaparecido, justicia, memoria histórica, secuestro, verdad histórica.

ABSTRACT

The book that we deliver to readers is born from a series of concerns associated with the history of Colombia, which arouse wills, anger, passions, feelings or a thirst for retaliation. Added to this is the interest in producing reliable documents that help to assume valid, objective and consistent positions, seeking to provide facts related to kidnappings of people in our country, along the path of a historical memory that yields a truth supported by studied realities. . But getting rid of prejudices, dogmas, doctrines or beliefs is very difficult, even more so when everyone believes they have the "true truth" and defends it at all costs.

Adopting an objective position requires a lot of effort and sacrifice, because there are interests of all kinds at stake. The advent of the norms related to the Colombian armed conflict and the post-conflict, generates a series of optimisms and harmful or healthy criticism, in Colombian society and in international observers. For example, we have Law 975 (Justice and Peace Law), issued in the first term of Álvaro Uribe Vélez.

In one of the measures enshrined in the aforementioned regulation, the following is found: "ARTICLE 56. DUTY OF MEMORY. Knowledge of the history of the causes, developments, and consequences of the actions of illegal armed groups must be maintained through appropriate procedures, in compliance with the duty to preserve the historical memory that corresponds to the State."

Key words: Conflict, religious confession, disappeared, justice, historical memory, kidnapping, historical truth.

INTRODUCCIÓN Y GENERALIDADES

Llevando en mente los secuestros, o la falta de libertad, tuvimos en mente como objetivo central del libro describirlos y caracterizarlos, como sucesos que corresponden a realidades históricas que atravesaron varias personas, entre 1993 y 2008; están enmarcados por condiciones reales de nuestra Nación y dejan lecciones de todo tipo que el lector podrá analizar, estudiar o convertir en objeto de reflexión.

Se narran los secuestros y hechos conexos, en los cuales son protagonistas ciertas personas que probaron con creces la hiel del apresamiento malévolo y cayeron en abismos depresivos con signos que llevaban a veces a desear la muerte de sus captores, comparables, quizás, con una muerte anímica. Gente que anduvo al ritmo diabólico de sus secuestradores. Gente que vivió el infierno de las cadenas mentales que le pusieron sus raptos. El periodo va desde 1993 hasta 2008. Como método básico de investigación se consideró la entrevista en profundidad, que se les hizo a varios de los afectados y a algunos de sus familiares y amigos; se los visitó y se establecieron otros lazos de amistad, para que existiera confianza. En la entrevista preguntamos por las circunstancias en que ocurrió su secuestro; si pensó alguna vez que iría a morir, cuándo lo pensó y si estuvo en riesgo su vida; el trato en el cautiverio; lo que pensó de su familia, de Dios y de la iglesia a la cual pertenecía; cómo ocurrió su liberación, qué pensó de sus captores y la razón de su liberación; y las lecciones que le dejó este secuestro, para compartir con los lectores.

En virtud de que son asuntos especiales, se prefirió guardar el anonimato y velar los lugares, sin demeritar la verdad histórica de tales hechos, pensando en que había riesgos abundantes en sus espacios geográficos. Tratamos de describir aspectos de la geografía física para contextualizar a los lectores.

Existen inquietudes asociadas a la historia de Colombia que, signada por la violencia que viene desde el mismo momento en que los españoles comandados por Alonso de Ojeda y Juan de la Cosa (agosto de 1499) chocaron

en contra de los Arawak y Karib, despiertan voluntades, enconos, pasiones, sentimientos o sed de retaliación, así como interés en producir documentos confiables que ayuden a la asunción de posiciones válidas, objetivas y consistentes, en procura de escribir una memoria histórica que arroje una verdad soportada en realidades estudiadas. Pero, despojarse de prejuicios, dogmas, doctrinas o creencias es muy difícil, más aún, cuando cada cual cree tener la “verdad verdadera”, y la defiende a ultranza.

Adoptar una postura objetiva demanda mucho esfuerzo y sacrificio, porque hay intereses de todo tipo en juego. El advenimiento de las normas relacionadas con el conflicto armado colombiano genera una serie de optimismos y de críticas nocivas o sanas, en la sociedad colombiana y en observadores internacionales. Por ejemplo, tenemos la Ley 975 (Ley de Justicia y Paz), expedida en el primer mandato de Álvaro Uribe Vélez; fue un hito en medio de frustraciones de los esfuerzos de paz que se hacían. Dicha Ley contiene “disposiciones para la reincorporación de miembros de grupos armados organizados al margen de la ley, que contribuyan de manera efectiva a la consecución de la paz nacional y se dictan otras disposiciones para acuerdos humanitarios”.

En una de las medidas consagradas en la precitada norma se encuentra lo siguiente: “ARTÍCULO 56. DEBER DE MEMORIA. El conocimiento de la historia de las causas, desarrollos y consecuencias de la acción de los grupos armados al margen de la ley deberá ser mantenido mediante procedimientos adecuados, en cumplimiento del deber a la preservación de la memoria histórica que corresponde al Estado”; sin embargo, sabemos que en Colombia todas las áreas de la vida ciudadana están impregnadas de la mala política, si se pudiera decir de este modo, o de la política que ha devenido politiquería, con su lastre pesado de corrupción, clientelismo, nepotismo, etc.

No es expedito el camino de la reconciliación, y lo vemos en estos días fatídicos de la muerte de líderes sociales en el país. Nos preguntamos a menudo: ¿Por qué somos tan violentos? Claro que si vemos Génesis 4:8, tendremos un consuelo, a la vez que una razón poderosa para explicar la violencia humana: “Y dijo Caín a su hermano Abel: ‘Salgamos al campo’. Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató”.

ANTECEDENTES

Con sobradas razones se ha sostenido que hay que convertir las amenazas en oportunidades. Dos ejemplos concretos son los programas

radiales en esta Nación, denominados “La Luciérnaga”, de la Cadena Radial Colombiana (CARACOL), y “Voces del Secuestro”.

En lo que atañe al primero, se registra la reseña siguiente: “Durante el año 1992, Colombia sufrió una de las más fuertes sequías causadas por el ‘fenómeno del Niño’, que obligó al gobierno a cambiar el horario en el país, adelantando la hora oficial en 60 minutos y a hacer racionamiento de energía, haciendo apagones en las primeras horas de la noche. Caracol Radio buscó crear un programa que acompañara a los oyentes durante los apagones, para lo cual encomendaron a Hernán Peláez Restrepo, acompañado de un equipo de periodistas encabezado por Yamid Amad [sic], aparte de tener imitadores y humoristas. La Luciérnaga, que en principio fue creado para emitirse de forma temporal, logró una destacada audiencia, manteniéndose al aire durante más de lo planeado. Su primera emisión fue el 2 de marzo de 1992” (*Wikipedia*). A pesar de los altos y bajos, se mantiene.

El otro ejemplo se relaciona con el secuestro. El diario *El Espectador* (24 de febrero de 2018), de Colombia, trajo la noticia siguiente: “El programa radial ‘Voces del Secuestro’ llega a su final”. Esta información es parte de la sección “Posconflicto”, y la autoría es de “Redacción Paz”. Se desarrolla en esta manera: “Herbin Hoyos, su director y creador, anunció que este sábado [24] se realizará la última emisión del programa”. Se añade lo siguiente: “Esta noche última emisión de Voces del Secuestro. Pasaron más de 24 mil secuestrados en 24 años, 20 mil sobrevivieron y a los demás los desaparecieron”.

“De esta forma, a través de su cuenta en Twitter, el periodista Herbin Hoyos Medina anunció el fin del programa radial Voces del Secuestro. Durante 24 años, Hoyos, quien estuvo secuestrado por la ahora exguerrilla [sic] de las Farc, transmitió un programa al que, noche a noche, llegaban familiares y amigos de personas que estaban secuestradas, para que, mientras estaban privados de su libertad, tuvieran noticias sobre sus seres queridos. Hoyos decidió crear el programa, después de estar secuestrado durante 16 días en zona rural del Tolima, por las Farc en la década de los noventa. Para ese entonces, ya trabajaba como periodista, dirigiendo el programa ‘Amanecer en América’, en Caracol Radio. En varias ocasiones contó que tomó la decisión de crear Voces del Secuestro, luego de que un secuestrado le dijera que no entendía por qué en la radio no mencionaban casi a los secuestrados”. Este periodista debió soportar amenazas de muerte y dejar el país. La Biblia registra el siguiente aporte: “El que secuestre a una persona, ya sea que la venda o sea hallada en su poder, ciertamente morirá” (Éxodo 21:16). La recompensa para un secuestrador era la muerte.

AL COMIENZO

Le sucedió a otro; sí, a otros; les sucedía a los demás. Esto no era conmigo, no era yo quien tenía el problema; por consiguiente, el tema no me interesaba. Término sombrío, es de nueve letras nada más, no más. Secuestro. No había vacuna para el secuestro. Nadie estaba fuera de su jurisdicción macabra. Hubiera o no hubiera razón. Por error o adrede. A causa de las riquezas o debido a los problemas que hubiera afrontado un pariente o un amigo. Secuestro justificado por móviles políticos (politiqueros a veces), por razones religiosas o ideológicas. El secuestro no reconocía fronteras nacionales, no distinguía etnias, clanes, tribus, ni colectivos sociales. Se había internacionalizado, como la economía. Afectaba al pobre y al rico, a España y Uruguay, y a los demás países. No se detenía a indagar por la religión, la estatura, los gustos personales o las modas, ni por la belleza física o la fealdad. Antaño pudo ser un Adonis, hogaño Betty la fea. No entendía discriminación de sexos, ni la orientación sexual. Ni tenía miramientos con la profesión, labor u oficio.

No respetaba edades. Se cometía en el campo y en la ciudad, en la casa y el sitio de trabajo, en la calle, cuando se viajaba o en los lugares de recreación. Secuestro. Falta de libertad. Atados por distintos factores, condiciones o realidades. Vocablo duro. Irreverente con el iconoclasta y con el encopetado. Varios inventos y descubrimientos han producido un fuerte impacto en la sociedad humana; bien o mal, pero la han influenciado. El cigarrillo los estaba matando. Con lentitud de mamut, pero los estaba matando. Revólver. Bomba atómica. Misiles. Fusiles. "Quien inventó el secuestro usó toda la capacidad intelectual para diseñar una estrategia que sirviese para torturar al ser humano y demolerlo en su estado de ánimo, así como un pugilista ablanda a su contrincante, aplicándole golpes al hígado y al estómago, para sacarle el aire paulatinamente", dijo un sujeto. ¡Horrible! Lo menos que se podía decir. Pero, le pasó a otro. Solo en el año 2002 secuestraron a más de 3.000 personas en el país.

El autor conoció su pueblo cuando era un niño. Es una modesta localidad que se me quedó grabada en la mente por sus sabrosos mangos y por su larga, larguísima calle, cual las horas de largo tedio de los habitantes de cualquier Macondo latinoamericano o del Tercer Mundo. No reconocí a su familia. Unos años después me relacioné con sus hermanos. Y a Rafael lo conocí en una ciudad industrial. Nos enteramos de sus penurias en esta ciudad. Supimos que había muerto. De muerte natural, porque cuando uno está en condición de secuestrado, lo natural es que lo maten. Lo supimos un lunes, todo concluyó. Pensé: "Primero su esposa, luego él". Después supimos por medio de la radio popular que era una falsa noticia. Y nos alegramos. Varias veces tuve la intención de entrevistarlo. Iba a la tierra de sus parientes, iba él muy contento. Era lo normal. No pude lograrlo. Le entregué un casete con las preguntas y se extravió el casete, no sé dónde, ni por qué. También le envié por carta el texto de la entrevista, y algo pasó. No recibió el documento. Quizá alguno en el correo pensó que había dinero. En América Latina, mientras no se demuestre lo contrario, se acepta que todas las cartas que vienen del extranjero portan dinero, aunque la mía no provenía del exterior.

Por causa de un viaje al exterior que él planeó, decidió volver donde sus parientes y amigos. La ciudad industrial es lugar de paso obligado en la ruta desde el oriente llanero hasta la llanura del Caribe. Malas vías, como todas las nuestras, con puentes acobardados y vencidos por el peso y la imprevisión oficial. Vías hechas con toneladas de arena, y dos o tres bolsas de cemento. Pero, la familia llama. Lo recibimos en nuestro hogar. Se relacionaron con él nuestros dos hijos, muy intrigados y alegres, a la vez. "¿Quién será este hombre? ¿Nuestro papá como entrevistador?". Esta es una historia de vida, puede ser la suya, puede ser la mía. Los invito a reflexionar en el secuestro en sí, en sus orígenes, hechos, intimidaciones y desenlace. Quiero ver cómo se asume el secuestro, qué se hace, qué se piensa y qué se siente.

¡SIN LIBERTAD! es una obra sencilla en que se muestran tendencias sociales, sociológicas, económicas, ideológicas, culturales y religiosas. Es radiografía de lo que ha pasado, de los hechos que acaecen y de lo que acontecerá. Resume las condiciones que afectan a las comunidades y a los individuos. Interesa revelar la singularidad del secuestro de un cristiano, pues se trata de una persona con principios, creencias y fe que difieren de los de otros individuos. El título es lo de menos. Podría ser *Cautivos por error*. Sin embargo, importa resaltar que todos sufrimos por causa de las injusticias económicas, sociales, religiosas o ideológicas que se cometen. Todos sufrimos por la falta de libertad. Se ofrece a los lectores esta obra con el ánimo de que despierten y vean la gravedad del problema, o de los problemas. Hay un caso

central, y se mencionan otros en los que se desvelan aspectos que son parte importante de la sociología.

Otra faceta de esta tierra. Se muestra cómo se asume el secuestro, qué se piensa, qué se siente y qué se hace; no es lo mismo el rapto de un niño que el de un adulto; es distinto el de un ateo al de un creyente. Los nombres están cambiados, pero las crónicas son reales. El autor desea que los lectores de esta obra obtengan ciertos elementos de juicio que los ayuden a extraer lecciones de utilidad espiritual, moral y anímica, cuando tengan que afrontar realidades como las que son eje de este libro. Hay registro de los secuestros de miembros de una confesión cristiana, ocurridos entre 1993 y 2008. Estos aportes también son parte de la historia nacional, que no se pueden desconocer. Además, constituyen materia prima para investigaciones, estudios o análisis que favorezcan la comprensión de la problemática nacional.

¿SECUESTRADO? SÍ, ¡SECUESTRADO!

En Ciudad de Panamá se había realizado un congreso de jóvenes de diversos países de América Latina. Participaron jóvenes que deseaban trabajar a favor de la superación de sus naciones, en diversos ámbitos. Jóvenes de distintas razas, estaturas, géneros, nacionalidades, etc. El folclor de las Américas se manifestó. Desde el río Bravo (o Grande del norte) hasta la Amazonia colombiana, todos sus matices se hicieron sentir. La información en torno a las acciones realizadas a favor de las comunidades fue muy amplia. La sociabilidad sana tuvo también su espacio. El calor sofocante de la tierra panameña no era obstáculo para la integración de los participantes y asistentes. Quizá muchos de los jóvenes no querían volver a sus tierras, pues todo era alegría. Los planes y proyectos se olvidaron durante algunos días, era lo normal. Gozo, satisfacción, sano placer, optimismo desbordante. ¿Qué sucedería después? Nadie lo sabía. Contra la realidad no se puede luchar. En este mundo se deben afrontar los retos, los compromisos o los problemas. La carrera universitaria, la elección de pareja, el trabajo cotidiano. Realidades incontenibles.

Estuvo en el congreso mencionado, un individuo a quien le interesaba compartir experiencias con otras personas, jóvenes como él. Quería vivir la camaradería saludable que se desencadena en certámenes como el citado. El primer coprotagonista de nuestra historia es Rafael Estrada, nació en un poblado humilde de la Costa Caribe del país. De allí salió como adolescente, lleno de locas ilusiones y utopías, como las de Tomás Moro. ¿Podría salir alguien de quilates de esa tierra agrícola y ganadera, tierra bravía de pescadores, hollada otrora por esclavos negros, descendientes de africanos? Al pueblo, como a otras localidades del Tercer Mundo, lo dejó el tren del progreso (¿progreso?), cuando las políticas gubernamentales privilegiaron el transporte terrestre, distinto del transporte por ferrocarril. Y se abandonó el río Grande (de la Magdalena). Se entristeció el Canal del Dique, y lo mismo les pasó a los habitantes de sus orillas.

- ¿En cuál campo del saber se desempeña? - le pregunté.

- En los dos campos que siempre me gustaron: la ingeniería electrónica y la mecánica, sí, ingeniería mecánica.

Su rostro deja evidencias de su alegría interna. No es orgulloso, como lo son otros ingenieros (¿?).

En la vida todos tenemos que padecer experiencias dolorosas, o ya las padecemos. O las viviremos. La muerte de los seres queridos no se anuncia, ni se hace anunciar. Los accidentes nos arrancan a los seres a quienes más amamos. La primera reacción es: "¡No, no puede ser, es una equivocación!" Después de convencernos, nos preguntamos: "¿Por qué a mí?" Y la culpa se le atribuye a Dios. O al diablo, al pobre diablo, o al destino. No les hallamos explicación racional a los hechos luctuosos, ni a las enfermedades terminales, las formidables enfermedades. Hay culpas del fenómeno de *El Niño*, *La Niña* o *La Madre*. Bueno, el apresamiento de una persona honrada y seria, que ayuda a la comunidad, produce, entre otros efectos, sentidas afirmaciones y cuestionamientos profundos. Es una experiencia cruel, crudelísima.

Todo había sido dichoso en Ciudad de Panamá. Rafael sufría en su intimidad. ¿La razón? Después se sabrá. El sol madrugó como de costumbre, en otros parajes del bello país. Es una zona rica en yacimientos de petróleo, en ganado vacuno y en problemas sociopolíticos. Limita con Venezuela, y se ha dicho que la cuenca del río Orinoco tiene en Venezuela el doble de las reservas de petróleo de las de Arabia Saudí. La mañana tomaba el sendero que la llevaría pronto al sopor estival, porque el país no tiene estaciones. Solo existe el verano, definido por la insolación o la energía solar, con temporadas de sequía y de pluviosidad, con un intermedio en junio-julio, el veranillo de San Juan, según el decir de nuestros abuelitos.

Trasnochados y ebrios dormían su primer sueño, y hacían abstracción obligada del calor y del ruido. Los suicidas del deporte se levantaron temprano para correr sin medida, trotar o jugar microfútbol en algún potrero del pueblo, remedo del Estadio Olímpico de Roma o del Maracaná. Total, debían hacer ejercicios durante unas horas, pues no los hicieron durante la semana. Para atenuar los cargos de conciencia. El ejercicio físico debe realizarse todos los días. Tal vez estos señores lo sabían, y quizá lo saben. El ronquido grave de los maridos sacó a sus mujeres de sus camas, las camas de todos. El lloriqueo frenético de los niños pequeños no dejaba dormir a nadie, excepto los borrachitos. Desde las cuatro de la mañana, con puntualidad inglesa, los gallos empezaron su concierto. Y los burros iniciaron sus preludios.

En la población, como en tantas otras de América Latina, el día de mercado es el domingo. Los campesinos de ceño adusto, con sus cargas de callosidades en el corazón, en las manos y en los pies, con sus bultos de achaques y caprichos, con sus experiencias auestas, llegaron pronto con sus productos. Gente afectada por las tantas reformas tributarias. O retrasadas, porque los mulos se hundieron hasta la barriga en el lodazal. Llegaron al pueblo con sus esperanzas íntimas. Como las del campesino de la canción que grabó un borincano, hace ya mucho tiempo. Vender la carga. Con productos conocidos, por los que nadie quiere pagar lo justo. Intermediarios que van hasta las goteras del pueblo, como sanguijuelas, para negociar de inmediato las cargas. Sin que el campesino tome un segundo aire. El intermediario pone el precio y presiona. Después de unos minutos, conduce al campesino y su recua, no la recua de intermediarios, sino la del campesino, a un sitio apropiado, y allí se descargan los productos. No recibirá nunca lo que calculó en su parcela o en su finquita.

Despertaba, igualmente, la floresta. La vida retornaba después de la muerte nocturna, excepto los noctámbulos, quienes seguían en su muerte etílica. La plaza de mercado era el centro de la vida pueblerina en esas primeras horas del domingo 22 de agosto de 1993. Las frutas de abigarrados colores y matices adornaban los puestos de venta, rudimentarios puestos. Verduras, legumbres, animales, carnes. Todo era endiablado, carreras, tenaz competencia. Protestas por la carestía, vociferación, recriminaciones. Como si los campesinos tuvieran la culpa. Chillidos monofónicos de gavilanes hambrientos de carroña alteraban la noche caliginosa, y ella seguía su ruta. La madrugada también era caliginosa.

Dormía con algo de placidez, no tuvo pesadillas, ni sobresaltos, ni sueños freudianos. Se levantó, como casi todas las veces, temprano. En medio del calor intertropical no se necesitan relojes despertadores para que hieran los tímpanos, tampoco gallos desalmados, tampoco borrachos impertinentes. El sol se levanta temprano, y sus rayos alegres y juguetones se cuelan por las rendijas y resquicios de la sobria vivienda de Rafael. Nunca pensó en nada malo. La mañana volaba. Poco a poco se iba desdibujando el congreso juvenil de Panamá. Sin embargo, el ánimo de los jóvenes no decayó. El club siguió sus actividades.

- ¿En qué circunstancias se produjo su secuestro?

- Regresamos del Congreso de Jóvenes de Ciudad de Panamá, en agosto de 1993. Ese domingo reiniciábamos las actividades del club juvenil. Luego, al llegar a mi hogar, cuando nos alistábamos para desayunarnos, aparecieron dos sujetos a los cuales nunca había visto. Me solicitaron trabajo.

- ¿Qué más pidieron? -, le pregunté al ingeniero.

- Luego solicitaron la camioneta mía, y por último me encañonaron con sus armas de fuego, me hicieron subir a mi automóvil, donde me ataron y vendaron.

-¿Qué hora era -, indagué con creciente curiosidad.

- Eran aproximadamente las diez de la mañana de ese domingo.

Es una región muy bella, ubicada en el piedemonte de una de las cordilleras del país. La vegetación es exuberante, los ríos y quebradas desparraman sus aguas sin aviso previo ni alharaca, durante los periodos lluviosos. Tierras muy feraces y a veces feroces. Es el Kuwait de la Nación: petróleo, la redención (o la maldición) del país. Factor de enormes regalías que llevan miseria en lugar de bienestar. Gente sencilla y laboriosa, amante del joropo. El territorio ha sido afectado por fenómenos políticos, sociales y económicos. Sigamos nuestro recorrido, en los asuntos que nos importan.

- ¿Qué ideas y pensamientos cruzaron por su mente cuando vio que había sido secuestrado?

- Bueno, primero, que era un error de ellos. Que no se trataba de un secuestro. Solo sería un contacto para plantearme algunas preguntas o para solicitarme dinero. Todo era confuso ahora. No se advertía la manera normal de operar. Luego, cuando todo se fue aclarando en mi mente, mi pequeño hijo, mis padres, en todos pensé -, respondió Rafael con aplomo y serenidad.

El *modus operandi* de los grupos alzados en armas es reconocible de modo fácil; pero, esta vez el procedimiento varió. Era natural que Rafael se confundiese más. Por haber vivido durante varios años en la zona, conocía bien la región y había aprendido a detectar relaciones entre acontecimientos de esta índole. Ahora le llegaba el turno a él. A este ingeniero jovial no es necesario extraerle las palabras; originario de la región caribeña, desarrolla y evidencia una gran competencia comunicativa verbal, común en esta región geográfico-cultural. La personalidad de Rafael, el ingeniero, es agradable, característica extraña en un profesional de esta área del saber o del conocimiento. Lo que pasa es que nos han legado una imagen del profesional de la ingeniería con dicha configuración. Estereotipos hay en todo el mundo.

- ¿Por qué lo secuestraron? -, es la pregunta que se deriva inmediatamente de la inherente curiosidad de los humanos. El raudal de palabras no da espera, y Rafael responde del siguiente modo:

- Primero, me acusaron de enviar al exterior la suma de diez millones de pesos. Supuestamente, me apropié de ese dinero después de haber suscrito un contrato en la región. Segundo, de ser jefe de la derecha.

La curiosidad se incrementa: - ¿Qué les respondió usted a sus captores? Pudimos advertir en el rostro del exrehén la seguridad que lo asistió cuando los captores le hicieron ese señalamiento. ¿Sería fácil mantenerse en esa posición? La acusación era tajante. El jefe del grupo no ocultó su indignación, ni pudo ocultar la convicción de que Rafael era culpable. ¿Una convicción fingida o verídica? Al ingeniero se le informó que habría un ajusticiamiento popular. Popular, sí, popular. En el medio donde nos movemos, los juicios sumarios son frecuentísimos. Y se los disfraza con el eufemismo de populares. Son la expresión de la más abyecta descomposición de la justicia de un país en crisis. Los falsos positivos de pusieron de moda. Y revelan que no hay escrúpulos para hacer pasar como un triunfo de la autoridad, la muerte de "enemigos", "malhechores", "sediciosos", pero han caído inocentes. A los que son galardonados por tales logros, se los encumbra. No obstante, se ha descubierto que el afán de resultados ha llevado a cometer crímenes atroces.

Responde el entrevistado:

- Yo sí firmé un contrato, y cumplí, pero no envié dinero al exterior. ¿Por qué habría de irme *volado*? Mejor me hubiera ido con dinero y todo. Mis actos están a la vista de todo el mundo. ¡Averigüen!

No sería fácil llegar a las conclusiones que sacaran en claro la inocencia del ingeniero. Bueno, es lo que pensamos algunos, después de los hechos.

- ¿Qué pensó el jefe ante su respuesta?

- Seguiremos investigando -, dijo con voz firme el facineroso.

- ¿Por qué estoy aquí?, ¿por qué me tiene aquí? Yo quiero que me lo digan -, había exigido con decisión, decisión que se fundaba en la seguridad de que nada debía, y en las experiencias profesionales acopiadas durante el cumplimiento de sus funciones laborales. Y antes, cuando daba sus primeros pinitos siendo estudiante de ingenierías. Con el apoyo de sus padres estudió en la Universidad Nacional Autónoma de México.

CAMINO AL AJUSTICIAMIENTO

Sí, era un secuestro; la forma, no importaba. La esencia, inmodificable. Transcurría el día 22 de agosto de 1993, el maldito día, malhadado día. “Yo estaba en pantaloneta cuando me aprehendieron, llevaba ropa deportiva y calzado propio para la actividad física. El lunes no me había bañado, ni me había rasurado, ¿cómo lo haría? La sed me torturaba más”. El escenario de nuestros relatos tiene arroyos, caños, quebradas, ríos y riachuelos. Ahora, no había agua. “Yo iba asimilando la realidad de mi secuestro”. A diario, las autoridades prometen investigaciones minuciosas; sin embargo, la impunidad continúa. Parece que las indagaciones prolijas eran comunes en tiempos de David, rey de Israel. Afloraron a la mente de Rafael, el ingeniero, los enunciados nítidos de la plegaria que David, el salmista, elevó a Dios, solicitándole protección de sus enemigos:

“Escucha, oh Dios, la voz de mi queja;
Guarda mi vida del temor del enemigo.
Escóndeme del consejo secreto de los malignos,
De la conspiración de los que hacen iniquidad,
Que afilan como espada su lengua;
Lanzan cual saeta suya, palabra amarga,
Para asaetear a escondidas al íntegro;
De repente lo asaetean y no temen.
Obstinados en su inicuo designio,
Tratan de esconder los lazos.
Y dicen: ¿Quién los ha de ver?

Inquieren iniquidades, hacen una
investigación exacta [...]” (Salmo 64:1-6).

Pernoctaron en otro campamento de los rebeldes. El panorama era sombrío, oscuridad, tinieblas, angustia, desespero; el chillido de las cigarras agujereaba al cerebro, los aullidos de temerosos perros crispaban los nervios. Soledad en la manigua, acompañado, pero solo. Dos de sus enemigos fueron especialmente designados para cuidarlo. El encargo era sagrado. Cualquier error podría ser fatal. Rafael deseaba que se desgajara un aguacero torrencial. Por cuanto conoce en mejor forma la región de lo que conoce su terruño, en su mente procuraba hacer un mapa de la zona, aunque no veía. Únicamente con los ojos del alma. Pensaba en la comarca, llena de futuro, a pesar del abandono oficial. El arroz de sus pantanos, los mangos rojizos o dorados, el maíz, los aguacates y las naranjas. Los inmensos pastizales, el ganado vacuno, los canales de regadío y los pescados. Las garzas blancas, los caballos, los esteros tentadores y los veloces conejos. Pero, ante todo, pensaba en su hijo tierno y en sus padres.

Caminaron bastante, Rafael no se cansaba. Las jornadas eran extenuantes. Llegaron a un puesto de control de los delincuentes; allí lo entregaron a un grupo numeroso. “No podía ver sus rostros, deduje que eran jóvenes porque escuchaba sus voces. No había ninguna mujer en el grupo”. ¡Lástima! Por lo menos, una voz femenina podría atenuar los efectos del apresamiento. “El relevo era normal”, en estos casos la cadena es y no es cadena. Cada eslabón funciona, debe responder a la finalidad de la cadena, aunque se procura que las autoridades no detecten la forma de operar. He ahí la otra cara del temible secuestro. Rafael tenía noción del recorrido, la trayectoria inicial no le preocupaba mucho, rectas y algunas curvas. Ciertas ideas se iban apoderando de su mente. “¿Me irán a matar? ¡Que sea lo que Dios quiera!”

Desde el tercer día, el martes 25 de agosto, le pareció que no seguían un camino definido, sino que andaban en círculo, o describiendo círculos. Esa era su percepción, quizá podía estar equivocado. Durmieron en un campamento de los enemigos. “Me querían confundir al tener que andar describiendo círculos”. Por fin encontraron agua, una quebrada refrescó la sofocación inclemente, se quitó la suciedad corporal. Tomó mucha agua y la garganta se alegró, el espíritu se animó un poco, aunque pensó en los resultados de ingerir agua sin hervir. Acostumbraba a tomar agua hervida. Pensamientos como centellas indómitas pasaban por su mente. “¡Me van a matar!”

Cuarto día. Miércoles. Las investigaciones continuaban, lo que constituía un buen indicio, tómenlo como otro eufemismo. Ya Rafael debía estar muerto. El desenlace podría llegar en cualquier momento. “Exhaustivas investigaciones judiciales”, una de las tantas frases clisé, tan escuchadas en nuestro contexto social-jurídico. Las autoridades prometen indagaciones minuciosas, pero, la impunidad se burla, sigue campante, es aberrante. Pernoctó con sus vigilantes y opresores. El panorama era sombrío. Oscuridad, angustia, tinieblas para el cuerpo y para el alma, desespero. Las horas pasaban con lentitud de paquidermo, parecía que el tiempo se hubiera cansado de andar; la noche no se quería ir. Pero ¿por qué habría de irse? ¿Para darle paso a otro día angustioso? Lo mismo daba, día, noche.

El joven quiso sacarle más información al jefe, con respecto al cautiverio: “¿Hablo con el comandante?”, se preguntaba a sí mismo. Hacerlo era riesgoso. Rafael estaba listo para morir. Su disposición era clara, su posición era radical. He aquí una de sus experiencias más emocionantes. El grupo seguía a marcha casi forzada. Y forzosa. En la población donde vivía el ingeniero, la noticia se regó como pólvora. Como es natural, se tejieron hipótesis y se suscitaron comentarios, especulaciones y conjeturas. “¿Qué haría?”, le preguntó una comadre a la otra. “El que la hace, la paga”, sentenció el patriarca del pueblo. “Tenía alguna *cuenta*”, afirmó algún chismoso. “O hizo alguna *vuelta*, y ahora se la cobran”, agregó un filósofo comarcano. Una experiencia emocionante. Lo decimos ahora porque sabemos cuál fue el final.

Despuntó el alba del quinto día. Los rayos del sol en la zona intertropical caen de manera perpendicular, como sabe cualquier alumno de primaria; son bellos y maravillosos; en las zonas costaneras, libres de montañas, se aprecian en todo su esplendor. En tiempo seco, los días son despejados, el cielo luce azul y el sol es majestuoso. Las brisas mañaneras acarician con dulzura nuestra piel, los alisios del nordeste o del sudeste, según el caso, ejercen su influjo delicioso. ¿De qué serviría todo esto sin libertad? La luz del sol no brillaba igual, la suave brisa matutina molestaba. Cautiverio. Prisión. Seguía la marcha. En el poblado donde residía el ingeniero, la noticia seguía también su marcha, como bola de nieve. Afirmaciones especiosas, vertidas con la mayor seriedad del caso, como lo hacen los actores o las actrices. “Fuentes de alta fidelidad”. “¿Qué haría?”. “¿Dónde estará?”. “Se lo merecía”.

La adusta matrona aseveró: “Seguro que cometió un delito”. Sin conocimiento de causa, llevada solo por los comentarios callejeros. El abogado-filósofo del pueblo dijo: “Uno cosecha lo que siembra”. Razones van, explicaciones vienen. Desaparecido. Un diccionario registra lo siguiente en relación con este adjetivo tan de moda en el país: “Oculto a la vista, no *encontrado*”. Un eufemismo más. En varios países del mundo, del Tercer

Mundo, mejor, no significa lo mismo. El término significa *muerto*. Hay miles de madres sin hijos, millones y millones de niños huérfanos. Las mujeres visten de blanco porque lloran a sus muertos vivos. Argentina, Chile, Perú, El Salvador, Nicaragua, China roja, la antigua URSS, Argelia, Etiopía, Libia, etc. Normas de justicia y reparación se aprueban para atenuar el efecto de las muertes y de las desapariciones... juicios sumarios.

Aún no se había sumado al grupo otro secuestrado. Bueno, pero ¿cuál es la historia emocionante? La sed acosaba de nuevo, el grupo se detuvo luego del mediodía infernal. Se preparó un líquido algo espeso, decían que era avena. Con agua impotable, remedo de avena, o de lo que un día se llamó avena. Y panela, quizá adulterada con cal, para que rinda más. Problema de los productores. La sed no dio tregua, ella también participaba en la lucha. Rafael tomó, y los demás, también. Por disciplina, necesidad y obligación, y sin remilgos. Este es un individuo de buena contextura corporal; se mantiene en buenas condiciones físico-atléticas, como dicen ahora los médicos deportólogos, los periodistas deportivos y los preparadores físicos. Le habían dado ropa y se bañaba cada vez que podía en los riachos.

La caravana avanzaba, apurada porque la tarde no se detenía, ¿hacia dónde? No lo sabía. Varios de sus enemigos estaban cansados y no lo podían ocultar. La tensión aumentaba. Vida del monte. Tal vez un *contacto*, nuevo eufemismo, choque contra el Ejército nacional. ¡Qué curioso! Los enfrentamientos entre el Ejército y sus enemigos son contactos. Sí, contactos: diez muertos, quince, veinte... ¿Y si se escapa el rehén? La culpa sería de todos, por democracia. El camino era polvoriento y serpenteante; los pesados fusiles acababan con el remanente de aliento, y los apertrechados morrales hacían esfumar las energías. El joven ingeniero no llevaba ninguna carga, solo el peso de su cautiverio. ¿Qué emociona de todo esto? Nada. La danza de las horas. Como si nada. Presidio. Sus captores querían llegar a un lugar seguro. Lejos, en la selva, donde no se viera el hálito de la civilización. Para convertir la selva en cómplice de sus arrebatos.

El rescate de un enemigo. Algunos jovencitos estaban extenuados. Nuestro amigo les ofreció ayuda y ellos la aceptaron gustosos, no sin antes pedirle autorización al jefe. _Todos, aun el jefe, le temían al imponente río, bravío torrente de aguas desbocadas:

- Usted sabe nadar -, rugió con fuerza el comandante.
- Sí -, respondió el ingeniero.
- Verdad que en la Costa todos saben nadar -, acotó con solemnidad el líder.

El cruce era vacilante y arriesgado, cualquier paso en falso determinaría la extinción del último centímetro cúbico de aire vital. Se veía en los rostros de los secuestradores la angustia de la muerte. Sin embargo, debían cruzar. Pasar sin carga significaba una proeza. Dejar el fusil significaba dejar la vida; y dejar el morral, la misma muerte, pues en él se guardaban los alimentos. Con ritmo litúrgico fueron pasando. Claro. Estaba en juego la vida. Rafael tomó un morral y cruzó a nado, sin dificultades; habiendo alcanzado la otra orilla, observó a su alrededor. No tenía venda en los ojos. La benevolencia de los bandidos que, después, como carambola, los favoreció. Un gran permiso, un gran favor. Con la cara descubierta pudo ver las caras de los forajidos. Figuras macilentas, cuerpos flácidos, y ajada la piel por el sol y el agua. Le tocó el turno al último de los enemigos. Rafael estaba alineado con los demás, al final de la fila, aguas abajo; no se sabe por qué se lo permitieron. Podría escapar tirándose al agua.

Inició el novel delincuente su cruce con una calma que exasperó al jefe, calma que era producto del miedo a la muerte, terror. El agua impetuosa lo bamboleó cual barquilla de mimbre en medio de un rugiente océano. Si se ahogaba, sería una boca menos. En el campo hay muchos jóvenes a los cuales se puede reclutar. La ribera sería la tumba. Moriría como muchos. Un sentimiento de amor al prójimo afloró en el corazón de Rafael. Nunca pensó dejar que su enemigo se ahogara. Vio cómo el jovencito daba vueltas como veleta; cuando las aguas lo dejaron momentáneamente bocarriba, el ingeniero observó la figura de la muerte en el rostro del muchacho. Con decisión férrea y fortaleza, el ingeniero se lanzó a las embravecidas aguas. Tomó con fuerza por los cabellos al joven, y lo llevó a un sitio donde pisaron fondo firme y seguro. Los facinerosos observaban sorprendidos y alegres. Tanta era la angustia del joven que aun en sitio seguro no accedía a soltarse del cuerpo de su salvador.

La actitud de estos individuos se modificó un poco:

- ¿Tuvo oportunidad de escapar? -, le preguntamos.

- Sí, yo quedé al final de la hilera, considerando el río aguas abajo. Yo habría podido tirarme al río, hundirme un poco y salir a respirar; después, estaría fuera del alcance de los disparos de fusil. Sabía qué terreno pisaba y conocía los caminos existentes.

- ¿Por qué no lo hizo?

- Lo sabrá después -, respondió el interrogado.

Llegaron al sitio de destino, si era que había destino, punto o meta. Cadalso. Picota. Paredón. Foso. Mazmorra. Cepo. Lugar de suplicio. Gólgota.

Calvario. Atrás habían quedado las maravillosas experiencias del congreso juvenil. Atrás quedaron los rostros jocundos de las bellas muchachas.

SÍ HAY QUINTO MALO

Después de mucho andar, se establecieron en un campamento; para Rafael, la iniciación de un quinto día y la ubicación en su sitio más lejano comportaban malos presagios. “Si no fuera culpable, me habrían soltado”, pensó. ¡Cómo se modifica la percepción de la realidad! He aquí un hecho llamativo; la gente no se había percatado del apresamiento el día domingo; raro, en un medio donde todos curioseamos. Lejos de la civilización sería más fácil seguir un juicio sumario. El ajusticiamiento sería menos impactante. Este ingeniero es bien conocido en la zona, y nadie se dio cuenta de su captura. Los pensamientos de muerte trepanaron el cráneo y traspasaron los sesos del ingeniero cautivo. Se siente desvanecer, es la crisis emocional más acuciante y despiadada.

Los números folclóricos de las representaciones de 24 países, en el congreso de los jóvenes, se evaporaron como el sabroso algodón de azúcar. ¡Secuestro! Quien no lo ha sufrido es bienaventurado. Quien lo ha vivido posee otra percepción de sus condiciones; sí, las del estado ambiental y las del estado íntimo. Dar consejos es muy fácil; escucharlos, un poco menos; y aplicarlos, difícil. Una primera lección que se anticipa a estas alturas es que en el cautivo debe pensar en asuntos distintos a los relacionados con su condición de sometimiento. El círculo de ideas pertinentes a su estado lo va asfixiando cada vez más. Cree que nadie se acuerda de él. Considera que su vida no vale nada para otros y que la vida sigue igual allá en otros ambientes. Es una de las experiencias más angustiosas del cautiverio. Por ello, la tortura mental es lo que más temen quienes han sufrido apresamientos como el que nos ocupa. Y los liberados no les desean este mal ni a sus peores enemigos. Qué se puede hacer, no se ve nada...

Hay momentos y acciones claves. Cuando se llega al lugar de destino, se debe asumir una posición realista. El suceso ha ocurrido, y sigue su curso, no

se sabe hasta cuándo. Hay que pensar en otras cosas para superar el impacto y el duelo. La ayuda de Dios es vital:

- ¿Qué terapia mental se aplicó usted? -, es la siguiente pregunta. Rafael contesta así mientras se toma un delicioso jugo de naranja subdesarrollada:

- Es menester someter los sentimientos a la razón. Yo me puse a pensar en mi amado hijito y en mis amados padres.

Cuando lo dice, su expresión facial cambia. Su voz se quiebra. No había habido tales manifestaciones antes, ni las hubo después. Su relato fue alegre y sencillo:

- Desde el cuarto día empecé a desesperarme. Pero, se incrementó el desespero en el quinto día. Vi que necesitaba serenarme.

- ¿Cómo, si está detenido? -, le pregunto.

- Decidí cantar.

Al grupo se sumó otro individuo joven, profesional, a quien también secuestraron. Por lo menos habría un compañero de calvario. Los cantos impactaron al recién llegado y lo sorprendieron, así como a algunos de los forajidos. Ahí estaba el joven a quien Rafael rescató de las aguas:

- ¿Le oró usted a Dios en su cautiverio, o le rezó? -, interrogamos nuevamente. La pregunta podría sobrar en un entorno donde la gente se aleja cada día más de Dios.

- Solo tenía tiempo para orar y cantar. Le solicité a Dios que me permitiera estar listo cuando la muerte llegara.

Sostienen quienes han sido secuestrados que la angustia que se siente es imposible de describir o difícil de explicar. Incertidumbre. Estado que corroe los huesos cual salitre caribeño, que socava los cimientos del alma y mina las energías físicas. Si en la vida en libertad la incertidumbre afecta ¿cómo será en estado de sumisión vergonzosa y humillante? Se nubla el intelecto, la razón se empaña y el raciocinio se entenebrece. La persona se convence a sí misma de que se encuentra en un estado de indefensión, y puede enloquecerse. Hijos, padres, hermanos, cónyuges, bienes, goces, estudios, trabajos, negocios, Dios, valores, principios, estilo de vida, ¿qué más?

“La decisión que no tomé”. Determinó escribirles a sus padres. Para avisarles que su hijito debía quedarse con alguna persona de la familia. No pensaba salir con vida. Evaluó las ventajas y desventajas. Rafael veía a su hijito como un niño huérfano de padre, en un hogar donde los familiares lo sobreprotegerían, o en otro donde lo amarían, pero sin inculcarle sólidos principios cristianos. “No fui capaz de decidir”.

CON EL UNIFORME DEL ENEMIGO

La lista de alimentos en el cautiverio no es muy variada; las razones son obvias. Además, ¿quién querría degustar una sabrosa comida estando en semejante condición? Secuestradores expectantes, ansiosos y estresados. Cautivos, pues, todos cautivos. La carta: carne, arroz, papa, frijoles, lentejas, café, agua y agua de panela. Las combinaciones eran así: arroz, frijoles, café en o con agua de panela. Arroz, lentejas, papa, agua. Carne, arroz, papas, café. El agua era de mala calidad. A ella le temía mucho el ingeniero. Le tenía fobia al agua contaminada. Un buen día llovió, y pidió permiso para bañarse en el aguacero torrencial; aprovechó entonces la ocasión y bebió agua pura de lluvia. Cuenta el ingeniero que su estómago no sufrió daños. En estos países desarrollados en el subdesarrollo son comunes las afecciones gastrointestinales. Más del 70% de los nacionales no cuentan con buen servicio de agua, agua potable. Y ahora se secan las fuentes de agua, por causa de la sequía, impulsada a su vez por *El Niño*.

Rafael no come ningún tipo de carne. Y no fue obligado a tomarla durante su cautiverio. La carne es muy perjudicial. Hoy en día es mejor seguir un balanceado régimen vegetariano. Papa, arroz y agua. Arroz, agua, frijoles. Lentejas, arroz y agua de panela. Como no tomaba café, antes de mezclarlo con el agua de panela, esta agua de panela le era apartada por uno de sus captores, y se la daba. Llegó el día en que se agotó la carne de res, pues se ingería tres veces al día. “Se acabó la carne. ¡La estás pasando bien, costeño!”, le gritó con sorna uno de los captores, quien levantó el dedo pulgar de su mano derecha, como en señal de victoria. ¿De quién? ¿De ellos, por retenerlo con éxito? O de Rafael, por haberse acabado la carne. El ingeniero estaba contentísimo a causa de tal escasez. No debía confiar mucho en sus enemigos. ¿Y si a alguno se le metía en la cabeza obligarlo a comer carne de algún animal del monte? La prueba debió ser dura. Un sometido, víctima de la tortura más cruel, tortura mental, ¿con miramientos? Seguía una dieta sencilla y benéfica. Se burlarían los secuestradores de los gustos alimenticios del profesional, y se

sentirían contentos porque la ración de cada uno aumentaría en virtud del reparto de la porción de carne de Rafael. Este no se dejaba amilantar.

Miremos cómo fue el trato que se le brindó. Estuvo amarrado de forma sutil, pero muy bien atado. Usaron un nailon que pasaba por su garganta. Recorría holgadamente su torso, manos y pies. Sus ojos fueron vendados, y a veces uno de sus guardias le permitía quitarse la venda. Y cuando se acercaba el jefe, le decía que se la volviera a colocar. Nunca le aplicaron mordazas. Esto era un alivio. Le compraron un cepillo de dientes, no le proveyeron afeitadora; su barba se tomó larga e hirsuta. No podía ser de otro modo. A veces salían a caminar cerca del campamento base. El jefe hacía algunas acotaciones prosaicas o serias. Implicaban estas salidas ciertos riesgos. Mirones, curiosos, transeúntes desencaminados, viajeros extraviados, helicópteros del gobierno o personas ajenas a la región. Aviones del Ejército que podrían efectuar reconocimientos en la zona, o labores de rastreo, los peligros eran muchos.

Recuerda Rafael que, en una de estas salidas, el jefe dio la orden de que le pusieran un uniforme de campaña. El encargado de la tarea no la ejecutó bien; el morral no quedó como se estila en estos lugares y la ropa no lo hacía ver como delincuente. Un acucioso observador, diestro en las actividades contra la delincuencia, podría detectar algún signo o señal rara, como no podría hacerlo el más desprevenido viajero. A causa de los errores que cometió uno de los muchachos, su jefe lo increpó con voz patriarcal y dictatorial. Tenemos, por tanto, al ingeniero vestido y calzado a la usanza de los facinerosos:

- Rafael, ¿qué experimenta una persona secuestrada a quien han sentenciado a muerte?

- Bueno, yo creo que depende mucho de su estado emocional. La angustia es terrible.

Rafael era y es conocido en la provincia por su prodigalidad. ¿De qué le valió a Rafael ese espíritu de ayuda a los semejantes? Lo trataban bien, pero, “[...] aunque la jaula sea de oro, no deja de ser prisión”. Rafael cantó ciertas melodías. Su entonación era clara y animada. Cada nota que su sistema fonético producía era un testimonio de su posición valiente; cada palabra que expresaba era un cincel de carne que se hundía en forma magnánima en los laberínticos espacios del cerebro de sus captores. Así como en la mañana al despertarnos brotan cantos alegres o a veces tristes, emanaban canciones de la mente del ingeniero barbado. Ahora no vibrarán en sus oídos las notas ni la letra del Himno Nacional, entonadas en otros tiempos de libertad. Ni el Himno de la República Mexicana, ni el Himno de Antioquia. Tampoco el Himno de

Cartagena de Indias. A uno de los delincuentes le gustaban las canciones, por ello decía: “¡Cante, costeño!”.

Dejemos que sea Rafael quien nos diga cómo lo trataron:

- ¿Qué trato recibí? Gran parte de los exsecuestrados sostiene que los trataron bien. Es probable que lo digan por temor, o que su percepción fenomenológica se haya reestructurado de acuerdo con su asimilación de esa realidad o con el acomodamiento a ella. Es su percepción y debemos respetarla. El síndrome de Estocolmo:

- Me trataron bien, sí, bien. Yo creo que fueron benévolos. Mire usted, antes de combinar el café con el agua de panela, me sacaban el agua de panela y me la daban.

Entre el secuestrado y sus opresores se suscitó una amistad. El quinto día quedó en la historia. Hubo adaptación y readaptación. Un primer periodo de negación, choque, y otra fase especial de acomodamiento. “Me acostumbré a las situaciones. Sabía que podían ser minutos, horas, meses, años o días”. Insistió en sondear las opiniones y pensamientos del jefe de la agrupación. Estaba indeciso. Siempre se le había dicho que, si tenían algún dato, se lo suministrarían; él, como rehén, no era el que mandaba. Era su jefe. Este lo había recalado. Estrada comprendió que no le correspondía tomar la iniciativa. Esperaría la convocatoria. Cada domingo, el jefe iba al pueblo más cercano a mercar, acompañado por sus fieles escoltas. Nada pasaba. Llegaban a comprar como cualesquiera parroquianos. Nadie decía nada.

La situación era insostenible. Desde el sexto hasta el vigésimo día el tedio fue soberano. Ni para adelante ni para atrás. Estaba en el Mar de los Sargazos, como Colón y sus suicidas acompañantes, rumbo a las Indias Orientales (pero estaban rumbo a las Indias Occidentales). “Antes, brilló en mí la tenue luz de la esperanza, la esperanza de la liberación”, pues dice la gente, “la esperanza es lo último que se pierde”. Filosofía popular. No se vislumbran nuevos horizontes. “Esto va para largo”, decía, Rafael. Valía la pena, según la concepción de él. Quince días, cada uno parecía interminable.

Aparte de la angustia mental, la inactividad lo afectaba bastante. Acostumbrado a correr tras una pequeña pelota de béisbol, a caminar por los playones polvorientos de la Costa Caribe y a gastar sus energías físicas, padecía grandemente por el encierro. Como un pájaro enjaulado. Aseveran quienes han expresado sus opiniones en torno al secuestro, porque lo han vivido, que la inacción también consume. Más, si han sido personas muy activas; por cuanto no pueden realizar ejercicios ni actividades físicas, la ansiedad aumenta hasta niveles insospechables. La incertidumbre se perpetúa: vida, muerte, vida, muerte. Además, se piensa en el estado mental

de los familiares; se sabe que estos no pueden estar tranquilos. Consideran los sufrimientos y las torturas, y se imaginan el viacrucis. Y hasta la muerte.

Es más, si se sabe que el familiar murió, se cierra el duelo; la normalidad retorna en forma gradual. Pero, no se conoce si está vivo o muerto. El secuestrado trata de reproducir los pensamientos de sus familiares, y ello le ocasiona una gran angustia mental. *Statu quo* oprobioso. Rafael decidió dialogar con el jefe. Creyó que el batazo picaría y se extendería, como afirman los locutores de béisbol en su tierra, cuando se da un imparable que llega al fondo del campo exterior:

- ¿Cómo va mi caso, jefe? -, preguntó Rafael.

- Sigue la investigación -, contestó de manera sucinta el comandante.

- Yo salgo de aquí cuando se aclare el problema -, repuso el caribeño con entereza y convicción. Convicción que se deriva de su inocencia. Decidió permanecer en cautiverio todo el tiempo que fuese necesario.

El líder del grupo se disgustó por esa afirmación que nacía de la seguridad de que no le debía nada a nadie. Hay que esperar, ¿hasta cuándo? Nadie lo sabía. Los días seguían su danza en cámara lenta, el tiempo se había congelado, a pesar del calor intertropical. Mientras tanto, en el pueblo del ingeniero, algunos perdieron las esperanzas. No llegaban noticias de ninguna índole, ni buenas ni malas. Silencio, mutismo, incomunicación. Pesimismo. Y aun, desinformación. Una información causó revuelo, son los runrunes que nunca faltan en el mundo; en Europa, Asia, Oceanía, África o América, hasta en la Antártida y en el Polo Norte. Falsas alarmas, respaldadas por fuentes de entero crédito, confiables u oficiales. "Mataron a Rafael, mataron a Rafael". El correo popular es más rápido que el aéreo, y más efectivo que el correo electrónico.

El informe llegó hasta los más remotos pueblos del país y trascendió las fronteras orográficas, fluviales, marítimas y terrestres. Descansó. Se acabó el martirio. Todo ha terminado. Resignación, serenidad y paciencia. Afortunadamente, se cometió un error. No todos los errores son negativos o despreciables. Cuando a uno le hablan de un accidente en el que sufrió un familiar una lesión, supuestamente, pues, uno quiere que se diga que fue una equivocación, estos errores son bienvenidos. Y no es porque uno quiera que otros fallezcan. No era verdad, seguía vivo y cantando, firme, sin desplomarse, a pesar de tener que portar el uniforme de su enemigo. Había sido obligado a usarlo. Menos mal que solamente fue la fachada. Nunca se retractó de sus principios de hombre de bien.

Las palabras siguen fluyendo con facilidad pasmosa. Le creemos. Aceptamos que lo trataron bien. La mayor parte de los nativos de la costa

septentrional del país hablan con espontaneidad; son extravertidos y dicharacheros, no saben fingir. Dicen las cosas sin diplomacia, son francos y directos. Las prácticas alimenticias de Rafael produjeron ciertos resultados en las mentes de sus enemigos.

“SEPTIEMBRE NEGRO”, BLANCO, TRICOLOR

Llegó septiembre. Otro septiembre negro. Era apenas un pequeñuelo cuando ocurrió la salvaje masacre de deportistas en la Villa Olímpica de Múnich, Alemania Occidental en ese entonces, hoy es Alemania a secas, sin muro. ¡Quién lo creyera! 1972. Nada de particular. La vida en el campamento era tediosa, terriblemente tediosa. Jamás pensó el ingeniero que su vida sería sacudida por el secuestro. Sin embargo, la tragedia visitó sin hacerse invitar, su cálido hogar. La alegría en Ciudad de Panamá no fue absoluta. Atemos los cabos en forma gradual. Él perdió a su amada esposa. Mujer sublime, bella y adorable. Perdió a una amiga cálida y sencilla, a una madre amorosa, a una calurosa hija y un hogar. He aquí las palabras de un bello poema, atinente al hogar:

HOGAR DE MIS RECUERDOS

Hogar de mis recuerdos,
a ti volver anhelo;
no hay sitio bajo el cielo
más dulce que el hogar.
Posara yo en palacio,
corriendo el mundo entero,
a todos yo prefiero
mi hogar, mi dulce hogar.

¡Mi hogar, mi hogar!

No hay sitio bajo el cielo
más dulce que mi hogar.

Allí la luz del cielo
desciende más serena;
de mil delicias llena
la dicha del hogar.

Allí las horas corren
más breves y gozosas;
memorias muy dichosas;
nos hablan sin cesar.

Más quiero que placeres
que brinda tierra extraña,
volver a la cabaña
de mi tranquilo hogar.

Allí mis pajarillos
me alegran con sus cantos;
allí con mil encantos
está la dulce paz. (H. R. Bishop).

Muchas veces cantó este himno. Murió víctima de la fiebre amarilla. Enfermedad del subdesarrollo, atacada por campañas y más campañas que han organizado las entidades que velan por la salud en el mundo. No ha sido exterminada. No han podido la Organización Mundial de la Salud ni la Organización Panamericana de la Salud. Los Estados Unidos, Inglaterra, Italia, Rusia, Alemania y otros países se empecinan en experimentos planetarios, extraplanetarios e inclusive, extragalácticos. Sabemos más de Marte y la Luna que de la Tierra. En esta, el núcleo (nife) se desconoce en términos experimentales. Convendría crear una física geológica nuclear. Se manejan datos derivados de extrapolaciones muy complejas; las altas presiones y elevadísimas temperaturas transformarían la naturaleza fisicoquímica de los

aparatos diseñados para obtener información. Y Dennis Tito fue el primer turista espacial, luego de pagar 20 millones de dólares.

Fallecen muchas personas por causa de la leucemia y del paludismo. Y seguimos investigando el origen de los ángeles, la causa de que la Tierra gire siempre de la misma manera, o nos trenzamos en discusiones, pueriles discusiones, tan inocuas como los placebos: Maradona es mejor que Pelé (Edson Arantes Do Nascimento), la filosofía de Parménides ha influido en la vida cultural de los maoríes, o fue primero la gallina que el huevo:

- Sabemos que su esposa falleció unos meses antes del secuestro suyo; luego se le presenta este grave problema, ¿en qué, en quién o en quiénes pensó usted?

- En mi pequeño, tantas ilusiones, tantas súplicas al Altísimo. Tanto amor había despertado en mi esposa y en mí... y de pronto, quedarse a tan corta edad sin sus padres...

Y añadió:

"También pensé en mis padres". Las noticias alentadoras rompen la rutina diaria. Uno de los jóvenes delincuentes, con quien se había amistado Rafael, le dijo:

- ¡Tranquilo! [palabra cursi o un clisé, para consolar]. A usted lo liberarán pronto. No se preocupe. Es cuestión de días.

¿Y si no era verdad? Rumores, como los de siempre. Una tenue luz de esperanza se encendió, un aliento difuso recorrió la anatomía del ingeniero. El jefe mandón regresó del pueblo. La luz se apagó de inmediato. La luz de la esperanza, aclaramos. El comandante afirmó con aire grave que tenía dos testigos; estos habían informado, según el jefe, que el ingeniero estaba involucrado en problemas de dinero:

- ¡Es mentira -, replicó con valentía Rafael.

- ¿Quiere que los traigamos? -, espetó el líder de los delincuentes.

- Sí, ¡tráiganlos!

El ingeniero hablaba con seguridad:

- Ese no soy yo, es otro ingeniero -, añadió. Y remató en la siguiente forma:

- Es el de la Electrificadora.

Uno de los jóvenes condujo una discusión en relación con otros asuntos. Al jefe le hervía la sangre. No era posible que un retenido, o detenido, se saliera con las suyas. Después se habló de la Acción Comunitaria. No se llegó a

ningún acuerdo. La discrepancia era evidente. Una celebración estruendosa. Retrocedamos el rollo de la película. Se difundió la noticia de la muerte de Estrada, y muchos que fueron beneficiados por sus actos y por los de su esposa, se cerraron de riguroso luto, luto del cuerpo y luto del alma. Muchos amigos lo lloraron. El sistema de correo funcionó de manera perfecta. El 6 de septiembre todas las comunidades donde había trabajado el ingeniero lo lloraron.

Un lindo error. Estrada estaba vivo. Lo que es la desinformación. Los forajidos querían empañar una celebración, la celebración de un pueblo que tenía derecho a hacerlo, sin desbocarse, por el triunfo de una selección de fútbol. Las comunidades se llenaron de alborozo. Y celebraron con júbilo inmortal el hecho. Estaba vivo. La alegría fue superior a la que generó el triunfo del combinado patrio, porque el pueblo no come con los triunfos de los futbolistas. El fútbol es un negocio. Las comunidades de nuestro país viven realidades cotidianas. El cura se persignó, la matrona rezó y el loco del pueblo supo la noticia.

“¡LEVÁNTESE, INGENIERO, USTED SE VA!”

Esta oración se puede interpretar de dos maneras. Hasta en la comunicación verbal existía violencia. La violencia simbólica de que tanto se habla en el presente, la que empleamos los jefes, los subordinados, los maestros, los alumnos, los de estrato 1, los de estrato 10, ricos y pobres, blancos, mestizos, negros. Estrada siempre estuvo listo para dejar los sitios donde dormían. Por ello, en este campamento donde el tedio los afectaba a todos, siempre estaba preparado. “¡Usted se va!”. Diferente hubiera sido si le comunican: “¡[...] usted se puede ir!”. Aunque no tanto. A veces, o muchas veces, las autoridades a ciertos delincuentes les dicen: “¡Váyanse!, ¡pueden irse!”. Y se van contentos; pero, después, los matan. Es la muy conocida ley de fuga, tan común en varios países del mundo. Y nadie vio nada. “Yo no vi nada, yo llegué ahora mismo [...], yo no estaba ahí”, más o menos como las palabras de cierta canción.

- ¿Cómo se produjo su liberación? -, le pregunté.

- Casi del mismo modo como fui privado de la libertad.

Quería saber algo más:

- Pero, ¿qué más tiene que contarnos en relación con su liberación?

- “¡Levántese, ingeniero, usted se va! ¿Tiene dinero?”.

¿Qué plata podría tener un secuestrado que estaba sometido a ultrajes? Podría ser una trampa:

- No -, dijo con enojo el ingeniero.

No lo podía creer. Se había mantenido en su posición. La decisión estaba tomada; si el asunto requería años, con tal que se aclarara, él permanecería preso:

- Tenga estos 10.000 pesos. Aquí están las llaves y los papeles del carro -, afirmó uno de sus captores con un tono que reflejaba alegría.

El júbilo de Estrada y de algunos de sus captores fue indescriptible. Uno de los muchachos levantó el pulgar de su mano derecha en señal de victoria. Sí, los jóvenes sintieron gozo porque el ingeniero había sido liberado, lo que demostraba su inocencia. Se había salvado de un ajustamiento popular. La vida empezó a recobrar sus colores. La naturaleza volvió a reír y la grama retomó su tonalidad verde. Las flores recuperaron sus bellos colores. La patria amada recobró sus dimensiones y su país volvía a ser su país. ¿Sería verdad tanta belleza? Rafael se pellizcaba para saber si estaba vivo y libre, porque una cosa es estar vivo y en cautiverio, y otra estar vivo y en prisión. ¿No sería una equivocación del jefe? Porque había dos secuestrados. Los lugartenientes podrían haberse confundido, lo cual sería razonable. Los militares hablan poco. Los delincuentes hablan poco. La extraversion puede ser contraproducente. La verborrea arreada por los tragos de licor, o aun por marihuana, coca o cocaína, podría estropear los planes.

Los mensajes son cortos, tajantes, muy breves. Rafael creyó que la orden beneficiaba al otro profesional. Los pensamientos eran contradictorios. “Desconozco la suerte que corrió el otro ingeniero”. Rafael debía irse. La ruta ahora no sería polvorienta. El clima no sería ardiente. ¡Libertad!

El cautiverio tomó veintitrés días:

Domingos	4
Lunes	4
Martes	3
Miércoles	3
Jueves	3
Viernes	3
Sábados	3.

Fueron 23 días que pudieron convertirse en años, o que bien pudieron desembocar en la muerte. Rafael toma esta problemática como una experiencia más. Había estado durmiendo en un catre de calidad objetable, no se podía pedir una mejor cama. Además, en el presidio o en el encierro todas las camas son iguales. Dormía en pantaloneta para soportar los rigores del calor. La hora sabrosa. La hora más sabrosa. Las cinco de la mañana. Hora en que lo llamaron para decirle que se iba. El día más sublime, el de su liberación. 13 de septiembre. Lunes. Menos mal que no fue martes 13. Los

agüeristas y supersticiosos de la comarca le habrían dado su interpretación al hecho, y se habrían apresurado a comprar quintos de lotería y billetes terminados en 13, los martes, hasta cuando les sonriera la suerte.

Dije que existen en todo el mundo estereotipos de los profesionales o de las personas que se dedican a diversas actividades. Vemos al médico como el hombre de la bata blanca; la enfermera es la mujer del impecable atuendo albo. El investigador científico es el sujeto de cabellos canos, barba larga y espejuelos históricos; el que mira por encima de ellos, y oye sin escuchar. Rodeado por instrumentos y equipos enrevesados, para mirar estos equipos se requiere seguir el manual de instrucciones en inglés, español, chino, japonés, árabe, alemán, francés... El artista es el bohemio, de ropa estrafalaria, hombre desordenado en todo e irreverente. Los ingenieros. Fríos, calculadores. Sin sentimientos.

Son rótulos, son generalizaciones indebidas. “Ninguna generalización es enteramente válida, ni siquiera esta”, sostuvo en una oportunidad un juez del Estado de Nueva York, con aire solemne y racional. El ingeniero de esta historia de vida sí tiene sentimientos humanos. Posee capacidad de sentir y de captar las necesidades de sus prójimos. Nunca sintió rencor por sus verdugos, a pesar de perder su libertad y de haber perdido parte de su vida. Sin libertad la comida no es alimento, sin libertad las estrellas son planetas. Sin libertad la vida no es vida. Hay una sentencia en la Biblia: “Echa tu pan sobre las aguas; porque después de muchos días lo hallarás”. Se encuentra en el libro de Eclesiastés. Se da a entender que lo que se hace tendrá sus repercusiones, especialmente si se ayuda al prójimo.

HEROÍNA ENTRE NOSOTROS

“Héroes entre nosotros”. Este es el título de una sección que aparece de vez en cuando en cierta revista. Se muestran en forma periódica informes de los actos de amor y compasión, solidaridad y apoyo, que efectúan ciertas personas a favor de otras. Aun arriesgando sus propias vidas.

IN MEMORIAM

No es una difunta buena, porque todos los muertos son buenos. Ella fue buena en vida. “Da las flores al que vive”, refrán chino que recoge una gran verdad popular. No era para menos. Cuando le mencioné el objetivo de nuestro llamado, sus ojos se humedecieron y las lágrimas se deslizaron raudamente por sus mejillas algo turgentes. No quisimos nombrar a su esposa cuando hablamos con el ingeniero. Y tampoco queríamos exhumar recuerdos tristes que quizás ya estaban bien inhumados. Entrevistamos en forma breve a Mariela, cuñada de Rafael. Ella estudiaba administración de empresas con optimismo:

- ¿Dónde nació su hermana?
- En el centro del país.
- ¿Cómo se llama?
- María.
- ¿Dónde se conocieron Rafael y María?
- En una localidad de México llamada Montenegro.

Rafael, mientras estudiaba en la Universidad Nacional Autónoma de México, era un líder juvenil muy dinámico. En la universidad del pueblo citado se realizó una reunión de miembros de distintas colonias nacionales que

tenían representación en la institución, y él asistió, aunque no le correspondía, ya que él estudiaba en otra institución de educación superior. Colombianos y se conocieron en México:

- ¿Qué hacía Mariela en México?

- Estudiaba licenciatura en Enfermería. Su personalidad y temperamento eran compatibles con esa área del saber. Era la labor que ella deseaba realizar. Logró sus objetivos académicos y retornó a su país a servir.

- ¿Dónde se casaron?

- En el norte del país.

- ¿Cómo era su personalidad?

- Mariela era extrovertida, emprendedora, osada y decidida.

- ¿Dónde nació el hijo de Rafael y Mariela?

- En un departamento oriental de la Nación.

- Descríbeme un poco las labores que ejecutaba Mariela como profesional de la salud.

- Como enfermera, laboraba en el hospital de una localidad del departamento. Le tocaba atender a toda clase de personas, del Ejército, de la Policía, de la izquierda, derechistas, civiles, delincuentes de cuello negro, delincuentes de cuello blanco, etc. Siempre se mostró imparcial, su meta fue servir. Estuvo muy ligada al Instituto de Beneficio Hogareño.

Sus obras continuaban trabajando. Mientras que Rafael soportaba con estoicismo las dificultades de su cautiverio, las grandes obras comunitarias de Mariela seguían ejerciendo su positivo influjo. Estamos seguros de que María nunca sirvió pensando en obtener recompensas ni reconocimientos. Sus manos tiernas llevaron alivio al enfermo. Una lección para las enfermeras indolentes que trabajan en clínicas, hospitales o puestos de salud, tanto del sector público como del privado. En muchos países se comercia con la salud de las personas. Y acá es famoso el "paseo de la muerte". Si no damos un cheque en blanco, no nos atienden. Las manos de Mariela acariciaron con amor al enfermo de paludismo, trataron con sumo cuidado los cuerpecitos endebles de los niños enfermitos con afecciones estomacales, de la piel o de los intestinos. Niños malnutridos y desnutridos. Inconsolables, de mirada lánguida y perdida. Esas manos aplicaron los remedios a tiempo y en las dosis exactas.

En la región surgió un clamor popular por la liberación del esposo de Mariela. El pueblo es uno de los pocos segmentos de la humanidad que no

olvidan. Las buenas obras seguían en la mente de los miembros de las colectividades:-

¿Cuál fue la causa de la muerte de Mariela?

- La fiebre amarilla, mal que le produjo después el síndrome de deficiencia respiratoria aguda. A pesar de estar enferma, no dejó de servir a las gentes. El clima hostil y la alimentación inadecuada fueron obstáculos para su restablecimiento. Ella quiso seguir en esa zona, sirviendo a los enfermos y desvalidos, y a quien la requiriese, sin distingos de etnia, género, grupo social, partido político, religión u origen geográfico.

- ¿Cómo resumiría usted en una oración lo que fue su esposa?

- Un ejemplo de servicio y entrega sin límites, entrega al extraño y al familiar, servicio a sus prójimos y parientes. Quería que hubiera paz nacional. Y consideraba que debía hacer lo que estuviese a su alcance para coadyuvar al logro de tan precioso objetivo.

Fue sepultada, o se le sepultó (se nos pega a veces la voz pasiva tan usual en el inglés), en el centro de su país, muy cerca de donde yacen los cuerpos de más de 25.000 connacionales que murieron en 1985 a causa de la avalancha anunciada de un nevado. Murió Mariela, y sus obras siguieron ejerciendo una influencia benéfica. Los enemigos políticos de Rafael pidieron con empeño la liberación de él. Conminaron a sus captores a dejarlo libre cuanto antes. Se conocieron en Montenegro, México; se casaron el norte de la Nación; enfermó en el oriente, murió en la capital del país, y se la sepultó en su tierra. No lo creerán, pero es la verdad pura. María falleció el 27 de junio de 1992, día de su cumpleaños, día de su natalicio.

EPÍLOGO Y VERDAD

- ¿Por qué cree que lo liberaron?

- Humanamente, pues, porque muchas personas abogaron por mi pronta liberación. Dios intervino -, contestó.

AGUJAS EN MANOS DE MARIELA

En el siglo XX

Elaboradas en fábricas grandes

Finas, esterilizadas

Inyectaron medicinas salvadoras

Restablecieron a los heridos

Sanaron a los enfermos

Hirieron la carne para dar salud

Transportaron líquidos para producir curación.

Agujas en manos amorosas. Lo que hizo la esposa de Rafael. Obras de caridad. A su hogar iban a buscar, a tiempo y fuera de tiempo, ayuda, porque Mariela no tenía un aviso en la puerta que dijera: HORARIO DE ATENCIÓN A LOS ENFERMOS. De día, de noche o de madrugada, bajo el calcinante sol, o soportando el frío de las madrugadas; estuviese tomando su desayuno o su cena, laborando en su hogar, o en la intimidad familiar con su esposo e hijito, servía.

Todas las personas que se beneficiaron con los servicios altruistas de esta Madre Teresa nacional se unieron como un solo hombre para solicitar la libertad. El vínculo que las unía era el amor que le profesaron a quien tanto les

servió. Sus obras con ella siguen. Todas las comunidades se sumaron a quienes idearon la petición, el respaldo fue unánime. Varias marchas se realizaron con el objeto de exigir la liberación. Las peticiones se convirtieron en una especie de Memorial de Agravios. Tenemos ahora a dos personajes centrales, Mariela y Rafael; por ello había mencionado que era Rafael un coprotagonista de esta historia de vida.

La vida personal de Rafael fue otro poderoso argumento que esgrimieron quienes clamaron por su libertad. Todos lo querían en la región, y aún lo quieren; los ateos, los creyentes en Dios, los rojos, los azules, los de la derecha, los de la izquierda, las mujeres, los hombres, los ricos, los pobres, los niños, los ancianos. Hasta sus enemigos secuestradores se encariñaron con él. Estrada sintió tristeza al tener que separarse de ellos. Por qué. Porque ahora conoce cómo son las condiciones que experimentan los que luchan en el monte, quizá sin comprender que su ideología no tiene sustento.

Poco a poco nos vamos acercando al final. Hemos visto lo bueno, lo malo y lo peor. Creí que la entrevista tomaría poco tiempo. Llevamos casi una hora, sin interrupciones. Consideramos que es muy difícil resumir las crónicas de los veintitrés días de cautiverio en veinte o treinta minutos. Si vemos la alegría que demuestra, su jovialidad y su origen costeño, se deduce que es menos fácil resumir.

Nos desayunamos casi sin darnos cuenta. Son las siete de la mañana, viernes 6 de mayo. Parece que comimos arepas de maíz, tomamos jugo de naranja, café de soya con leche pasteurizada, algo de pan comimos también y no recuerdo qué más. Estrada no tenía afán, yo tampoco. Hubiéramos podido pasar todo el día:

- ¿De qué modo ha influido en su vida este hecho crítico de su secuestro?

- Me ha ayudado a afianzar más mi madurez, las experiencias son muy aleccionadoras.

- ¿Qué consejos podría dejarles a los lectores para el caso de que tuvieran que afrontar una crisis de secuestro como la que usted encaró?

- Que desde ya se preparen, que sean amables con sus prójimos, que desde ya aprendan a relacionarse bien con los demás, con vecinos y amigos. Debemos colaborar con las comunidades, sin importar la posición en donde nos encontremos.

ORFANDAD EMOCIONAL Y FÍSICA

Las nubes grises viajaban espoleadas por el viento, desde el mar hacia las montañas del oriente del golfo. En las fincas bananeras todos los operarios pensaban en el fin de semana. El viernes caminaba aletargado por el sopor de la tarde. Se presagiaba más el mal tiempo, nada raro en estos contornos de selva tropical húmeda. La parranda y la fiesta pasaban por la mente de los morenos cortadores y cargadores de plátano y guineo, o banano, o banana. Los cuerpos estaban sudorosos. La brisa arrastraba altanera los olores de las frutas podridas, desechadas. El trajín era intenso, había que cumplir la tarea antes del anochecer. Si no, no habría pago de quincena, y no habría pachanga durante el fin de semana.

Los árboles tropicales se bamboleaban alegres. Y la selva dormía su siesta de comienzos de la tarde. Dos jóvenes trabajadores, curtidos en las labores de la recolección de banano y plátano, pensaban en la reunión de la comunidad, reunión que debía celebrarse en la noche, en una zona alejada. Terminaron su labor y volvieron a sus ranchos pobres, donde tomaron sus mochilas para acomodar malamente sus hamacas, cepillos de dientes y jabones de baño (los mismos de lavar ropa). Casi como los jabones de tierra que usaron nuestros antepasados. Abordaron un campero e iniciaron su viaje. Sin novedad. Se quedaron en un sitio e iniciaron el recorrido a pie. Iban cansados y con hambre. El almuerzo había sido limitado: unos pedazos de plátano cocido, un trozo de carne mal cocida y un poco de agua de panela caliente, con sabor a purgante infantil. Las críticas académicas al subdesarrollo de estos pueblos hacían que los habitantes afirmaran que el plátano era el banano desarrollado de los miserables, para contentarse con el calificativo *desarrollado*.

Negros nubarrones recorrían el cielo. Casi no se veía el camino. Por fin llegaron a su destino. Los invitados estaban en la casa principal del sector. Nadie hablaba de nada malo. Comenzó la sesión. Allí estaban los niños, sus

padres, los residentes de la casa, menos los jefes del hogar, y los habitantes de otras veredas. Era una reunión de la comunidad. De repente salieron de las tinieblas, como fantasmas, veinte hombres armados, militantes de un grupo delincuencia que operaba en la comarca:

- ¿Quiénes son ustedes? -, preguntó el jefe con insolencia, a los dos recién llegados.

- Somos jóvenes obreros, vinimos a una reunión de la comunidad, para considerar nuestros problemas -, afirmó con temor el joven.

- ¿Dónde están los jefes de la casa? -, volvió a preguntar el comandante.

- Están en su cuarto -, contestó uno de los hijitos.

- ¿Qué hacen? -, tronó de nuevo el dirigente.

- Se están alistando -, contestó con pavor la criatura.

- ¡Díganles que salgan, que se hagan presentes! -, gruñó el sujeto.

Los niños empezaron a llorar, las caras de los veinte hombres no denotaban amistad. La inocencia de los infantes no era tan grande como para que soslayasen la realidad. Los chiquillos sabían que algo grave estaba pasando en la casa rural. Las enaguas de las mujeres campesinas se movían nerviosamente, así como se movían con nerviosismo sus portadoras. El sudor les corría a las mujeres por las mejillas, y borró las huellas de los polvos y cosméticos caseros. Un frío hilillo recorría las espaldas. Los hombres adultos presintieron lo peor. Los jóvenes visitantes pensaron en la bienvenida que les daba de nuevo la región, cruel bienvenida. A lo lejos, los perros le ladraban a la oscuridad pavorosa. Las aves de corral estaban inquietas tanto en esa finca como en otros patios.

Todos estaban nerviosos. Los padres o jefes de la casa salieron, sin noción precisa de lo que pasaba:

- Vamos al patio -, rugió con fiereza otro forajido, el segundo en importancia. Cada individuo empujó a varias personas hasta el patio. Las piernas de los afectados estaban gelatinosas. El señor y su esposa pidieron explicación, pero no la obtuvieron. Sus hijitos lloraban más. Hubo un angustioso silencio:

- ¡Váyanse hasta aquel palo! -, exigió con soberbia el líder. Orgulloso porque estaba armado, y los cónyuges no. Nadie más tenía armas, solamente los forajidos. Como mansas ovejas, habiendo percibido la gravedad del momento, los esposos obedecieron. ¿Quién no lo haría ante un fusil Galiciani?

Los hombres adultos se desplomaron emocionalmente, vieron que la cosa era seria. Se le ordenó a un sujeto joven la ejecución de los esposos. Con

sangre fría, dio dos pasos, y... ¡pum!, ¡pum!, ¡pum! Los disparos retumbaron en la casa y la vegetación se estremeció. La selva fue herida por el estrépito. La estampida de los animales de la selva fue inmediata. Como si nada. Su pulso no le tembló. Había adquirido experiencia como verdugo. El silencio salió lesa. Los niños se aterrorizaron, seguidos por las mujeres. Muy tranquilos, los facinerosos dieron orden de que nadie se moviese del sitio antes de una hora. Añadieron que los jóvenes debían irse a las cinco de la mañana. Los secuaces se fueron, dejando tras sí la estela de la maldad y del salvajismo.

El ruido de las gallinas no dejaba dormir, cualquier ruido que producía un grillo cuando pisaba una hojilla seca alarmaba a los residentes. Nadie pudo dormir. A las cuatro de la madrugada empezó la labor de preparación de los cadáveres. Sobresaltados y somnolientos, los jóvenes se encargaron de la tarea macabra. Los otros vecinos se habían ido en la noche. El campero se alejó miedoso y tomó el camino de regreso, después de haberse embarcado los jadeantes viajeros. Unos infantes quedaron huérfanos para siempre. El hijo de Estrada sufrió la ausencia de su padre y de su madre. Fue un huérfano físico y emocional. Sin embargo, su padre apareció. Pero, el padre de las criaturas de esta otra historia quedó en la tierra virgen, sin flores, sin lápida, sin...

Era **EL AÑO INTERNACIONAL DE LA FAMILIA.**

Todo secuestro produce orfandad emocional y física. Ambas formas son serias, destruyen lentamente, minan los cimientos del espíritu. Debemos pensar en esos millones de niños que sufren la ausencia de sus padres, a los cuales se ha secuestrado. Debemos pensar en los hogares que se acaban por el secuestro de un hijo, de una madre, de un padre, de un abuelito o de una abuelita. Toda la célula familiar sufre cuando uno de sus miembros es secuestrado. El secuestro es brutal, es diabólico, es lo peor que puede haber en el mundo. Si él sigue su rumbo, la paz no llegará.

Hay muchos agentes que se mencionan para explicar la descomposición de las familias y de los hogares. Son factores muy reconocidos y manoseados. Sin embargo, hay uno que se ha dejado de lado en el análisis que algunos estudiosos hacen: el secuestro. Con motivo de la fiesta de la familia, se dejan las palabras de otro hermoso poema:

TODO ES BELLO

Todo es bello en el hogar cuando
hay amor;
nada allí podrá dañar cuando

hay amor.
Paz y gozo se hallarán, fuerzas se
restaurarán
y el Señor será el Guardián cuando
hay amor.

Con amor, con amor,
todo es bello en derredor cuando
hay amor.

Hasta en chozas hay placer cuando
hay amor;
odio y mal no puede haber cuando
hay amor.

Cada rosa en el jardín, los claveles
y el jazmín
a mis males ponen fin cuando
hay amor.

Tiene el labio su canción cuando
hay amor;
llega el cielo al corazón cuando
hay amor.

El riacho al murmurar y las aves
al cantar
nos inspiran sin cesar cuando
hay amor.

Es de la autoría de W. Pardo G. No tomamos en cuenta la última estrofa.
¡Cuán triste es que el secuestro fraccione nuestras familias!

EL PONCHO BLANCO Y LA GRANADA

La noche era oscura, hórridamente oscura. Tan densas eran las tinieblas que casi penetraban por los poros. Uno que otro relámpago fugitivo rasgaba el fúnebre velo. Las ranas croaban en arrebatado coro gregoriano. Los cantos inarmónicos de algunos gallos alteraban la calma sepulcral, aun la del cementerio modesto del poblado, cementerio aletargado por la falta de nuevos huéspedes. Como en un municipio donde no ha habido ninguna muerte violenta durante los últimos nueve años. Parecía que la noche hubiese sido extractada de una obra de Poe. Destempladas chicharras competían entre sí, y querían ganarse el premio al peor canto.

Los grillos chillaban enloquecidos entre las hierbas. Otros animales dormitaban sin espanto y soñaban necedades en la manigua espesa. Y la brisa retozaba en los altos mamoneros y en los olorosos naranjos. Nada asustaba a los lugareños; ni los amagos de lluvia, ni las astutas serpientes. Ni los perspicaces forajidos. La mayoría había asistido a una reunión social y religiosa. Llegaron en caballos, burros, mulos, bicicletas, motocicletas o a pie. Hubo mucha camaradería.

“Aquel domingo concluí el culto de adoración más temprano. La iglesia está edificada en el centro de una plantación de banano, junto a un arroyo de aguas cristalinas, rodeada por una espesa vegetación, inmensos árboles y, a lo lejos, verdes montañas donde combatían los delincuentes y el Ejército nacional. En la puerta saludé afectuosamente a cada persona. Veía desfilar los humildes rostros de los individuos campesinos. Todos eran gente sencilla, sincera y amable. Manifestaban entusiasmo y alegría con la visita de su líder. Cuando saludé al último amigo, me dirigí a un cuartico que hace las veces de oficina, y tomé el maletín con los libros y la ropa.

“Salí en dirección a la carretera acompañado por varias personas. En la oscuridad atravesamos el intrincado laberinto de matas de plátano. Nos preparamos para pasar al otro lado del arroyo. Me subí los pantalones hasta

las rodillas, entré al agua y, en el fondo, sentí la blanda arena. El viento mecía las copas de los árboles. Observé al grupo de amigos cuando cruzaban el arroyo, a la luz de un viejo candil; la luz amarillenta proyectaba sobre el agua las siluetas oscuras, magenta, rojo y amarillo, todo como en un cuadro de Rembrandt.

“En la carretera le oré a Dios... Me subí a mi motocicleta. Antes de partir, una señora me dijo: `¿Por qué no se queda? Es muy peligroso viajar a esta hora’. Me despedí y partí a media velocidad. Iba cantando para disipar el temor. Pasé frente a varios caseríos, y diez minutos después divisé las luces titilantes de otra población. Sabía que estaba a mitad de camino. Desde allí, en un terreno plano con numerosas hectáreas de pasto para el ganado, en la primera hacienda, comenzaba el territorio de los ganaderos. En la región ganadera había tres grupos que combatían intensamente. En medio de esta guerra estaban los campesinos y las comunidades. Cuando entré al pueblo, escuché una música que reconocí enseguida. Vi a un grupo de campesinos frente a una cantina. Era domingo y el pueblo estaba de fiesta. Dejé atrás el poblado, y aumenté la velocidad, deseaba llegar pronto a mi casa. Fue entonces cuando me pareció escuchar una voz a mis espaldas. Pensé que estaba imaginándome voces. Volví a escuchar la voz y el sonido de cascos de caballos sobre la carretera.

“¡Deténgase!, ¡deténgase!’, exclamó alguien.

“Giré la cabeza hacia la derecha y vi al jinete que cabalgaba a la velocidad de la motocicleta. Sujeté el freno y me detuve, no apagué el motor. El ducho jinete se detuvo a una distancia de quince metros. El haz de luz iluminaba la carretera. Lo demás era oscuridad. Vi un brioso caballo oscuro; el jinete tenía un paño rojo ceñido a su cabeza, y le caía sobre sus espaldas. Portaba un poncho blanco. [Esta prenda de abrigo era rectangular, hecha de algodón]. Parecía una figura sacada de un filme árabe. Esa vestimenta era el distintivo para salir al combate. Aumenté la intensidad de la luz de mi pequeño vehículo de dos ruedas. Observé al jinete cuando se apeaba del caballo, apoyándose en el anca y balanceándose hacia los lados. Estaba ebrio o drogado, pensé.

“Fue en ese instante cuando comprendí, en mi mente, muy en el fondo de mi corazón, que el fin, la conclusión de la vida, la muerte, rondaba muy cerca, tan cerca como la fuerte respiración del caballo, que daba resoplidos. Por primera vez presentí las pisadas fuertes del casco grande de la muerte. Por mi mente pasaron infinidad de imágenes, a toda velocidad, como en un *betamax*.

“¡Apague eso!’, gritó el aparecido. No se refería a la música o al radio. Instantáneamente apagué la motocicleta. El hombre se acercó,

tambaleándose... con el brazo derecho en alto... y el arma en la mano del mismo brazo.

“¿Quién es usted?”, preguntó con firmeza, a pesar de su beodez o de su estado drogado. Le di mi nombre con voz trémula y débil.

“¡Bájese!”, ordenó omnipotente, respaldado por el arma de fuego.

“¿Quién es usted? Me dice quién es o se muere aquí”, bramó el sujeto con voz inquisitorial.

“Soy un líder religioso. Vengo del pueblo Nueva Venecia. Allí me conocen varias personas, las familias Díaz y Orozco”.

El olor a corral fresco hería la mucosa nasofaríngea. En otro lugar, la esposa y la pequeña hija del líder a quien me refiero, lo esperaban con impaciencia. “¿Dónde está el poncho? Si no me aparece, ¡se muere aquí!”, volvió a rugir el mismo demonio”.

“Aquel hombre buscaba un pretexto para matarme. Por un instante, mi mente quedó en blanco. No sabía dónde buscar, ni qué hacer. Había dejado por descuido la linterna. Recuerdo que oré a Dios con desespero. Entonces fijé mis ojos en el suelo y vi un bulto blanco entre las patas del caballo. Rápidamente fui y recogí el poncho del suelo y se lo entregué al hombre.

“Mire, señor, aquí está su poncho”. Taciturno, el río continuaba su curso multimilenario. Los pescadores fumaban sus tabacotes mientras sostenían las atarrayas, guardando un equilibrio de maromero circense. Abajo, las aguas turbias se revolvían. Un pez atrevido descubrió un hueco en una de las raídas atarrayas, y se escapó alborozado. Otros no tuvieron la misma suerte. Los mechones iluminaban tanto como una bombilla de 50 bujías en una autopista estadounidense.

Las esposas de los pescadores, cerca de allí, mascaban sus calillas, para aguantar el nerviosismo, porque, si no había pescado, no habría comida, y sin comida, no habría vida. Vida, eso era lo que le tendrían que arrancar al río sus esposos. Sin recordar, ni las unas ni los otros que la vida se iba en licor, parrandas, tabaco y mujeres de la vida alegre.

“Recibió el poncho sin pronunciar palabra. Divagaba en la confusión del alcohol. Él intentaba coordinar ideas o algo por el estilo, o decidir qué hacer. Palpó en su costado, luego en su mochila, la que colgaba de su hombro derecho, acercó el cañón del revólver a mi cabeza, y dijo: ‘¡La granada! Si no me aparece la granada, ¡se muere ya!’

“Esta vez no tenía escapatoria. Dónde buscar en medio de tanta oscuridad. Incliné mi cabeza en actitud sumisa, oré mentalmente y esperé el

impacto en la cabeza... La muerte había aparecido como un espectro en el momento menos esperado. Y no sabía si estaba preparado para morir. Cuán superficiales me parecieron todos los afanes de la vida, incluidos la vanidad, el orgullo y el egoísmo. Entonces, ocurrió el milagro”.

Algunos cazadores de venados y conejos proseguían en sus faenas nocturnas. Las zorras tenían sus buches vacíos. Las gallinas dormían en sus trojas, tranquilas. Los gallos cantaban de vez en cuando. Los gatos monteses continuaban con sus expediciones, afincados en la oscuridad. Algunos conejos cobardes se quedaron en sus madrigueras, y los pollitos estaban bien cuidados por sus madres, no por ser cobardes, sino por su indefensión a tan tierna edad. “El sicario cambió de idea y expresó: ‘Vaya al pueblo, me reúne a toda la gente y buscan la granada’.

“Abrí los ojos. Tenía la profunda impresión de ser un pájaro enjaulado al cual le abren la portezuela de la jaula y le conceden la libertad de volar. Subí a la motocicleta y me alejé velozmente. En el pueblo intenté reunir a varias personas, pero se alejaban despavoridas. Me encontré con una joven y le expliqué lo que había sucedido. Ella me llevó a casa de su tío. Era un viejo bajito, corpulento, de pelo blanco, ojos pequeños y redondos, idóneo para ser un modelo de Botero; era el líder del pueblo.” Parecido a un Botero en miniatura.

“En pocas palabras, hice un recuento de los hechos”. El río seguía vacilante su curso. Los pescadores expresaban vocablos irrepetibles cuando veían atarrayas vacías. No había maná ribereño. “Entre esa moto a la sala, y no salga’, dijo el viejo.

“Un muchacho me ayudó a empujar la motocicleta hasta la sala. En la cocina, cercada con varas de caña brava, me ubiqué. Pocos minutos después oí el ruido indescifrable de los cascos de los caballos. Oraba sin cesar. Ya en la madrugada me quedé dormido. Y desperté cuando el sol salía.

“El viejo me brindó agua de panela caliente. Esta vez, a la luz del día, observé mejor su rostro. Era un viejo campesino, reflejaba la fortaleza que produce el trabajo del campo, y buena salud.” La esposa del líder era ajena al problema. Su hija, ni se lo imaginaba.

“Usted nació anoche’, dijo con solemnidad el viejo campesino.

“Si estoy vivo es de milagro’, afirmé. .

“A esa gente le pagan cien mil pesos por cada forajido que maten. Usted se salvó anoche de milagro’, aseveró con sinceridad campechana el líder comunal de la zona.

“Sí, me salvé de milagro’, reconocí con alegría.

“Antes de partir, me despedí, saqué mi billetera del bolsillo, y le entregué un billete al viejo. Un billete de cinco mil pesos.

“Un nuevo día comenzaba. Me alejé veloz en mi motocicleta”.

Otra historia de vida, de un pedazo de vida, de una vida que casi es acabada por un delincuente. Cien mil pesos o menos daban por matar a una persona. Joshua Pestana, comunicador social, teólogo y escritor se había salvado de la muerte.

RESCATE EN LA OSCURIDAD

Los alimentos quedaron medio intactos, y el reloj siguió su curso ineluctable; eran las siete de la mañana. La entrevista culminó. Después de varios meses, reapareció muy contento, en vista de su participación en cierto rescate. Aprovechamos de nuevo la oportunidad para entrevistarlo, y accedí gustoso. Sin cobrar un solo yen, pues aún no se ha impregnado de ese espíritu mercantilista de manejador novel de boxeo, quien cobra hasta por la mención del nombre de su poderdante, en cualquier programa deportivo de pueblucho.

Ahora estaba sin trabajo, cesante, porque aquí el médico da clases de biología, y el administrador de empresas maneja... carros de servicio público. El economista dicta clases de matemáticas. Todos los profesionales, con una untada de pedagogía o didáctica, pueden acceder (iba a decir *accesar*) al escalafón magisterial. Y todo el que no tiene trabajo, cae en el bulto de la docencia. Y entonces le tocó dedicarse a las ventas, mientras algún gerente llamaba.

Las omnipresentes promesas del final de año se hicieron más relevantes: así, los maridos infieles les juraron corrección a sus mujeres; el hombre borrachón le prometió a su mujer que no miraría nunca más una botella de licor; el novio le prometió a su amada que jamás la dejaría. Nadie se acordó de los altos precios de los artículos de primera necesidad, y hasta los más pobres gastaron lo que tenían y lo que no tenían en licores, comidas y pasabocas para no quedarse atrás, aunque, el primero de enero no tuviesen ni para comprar una modesta bolsa de pan. No pensaron en la cuesta de enero, difícil de subir, ya que, en los listados de insumos, útiles, utensilios, textos y otras cosas, los planteles educativos exigen papel higiénico por pacas, mascotas virtuales, café descafeinado, lápices de ojos y otros montones de objetos inocuos o increíbles.

Algas salvadoras, o la ciénaga milagrosa, o “Milagro en el DC-9”, tal como lo tituló una revista, en su edición de 17 de enero de 1995. Los viajeros estaban contentos y optimistas; a pesar de las consabidas y casi típicas demoras de los vuelos, nadie presagiaba tamaña tragedia, ni siquiera un desperfecto de la antediluviana aeronave. La tarde sabanera, en el primer mes del año, era soleada; el cielo azul invitaba al paseo y al descanso al aire libre. La neblina se había disipado. No existía. Nadie se molestó por los retrasos. “Gajes del subdesarrollo”, comentó el adusto ciudadano. Algunos pasajeros soñaban con las caricias de la tibia agua del mar y de la brisa estival con penetrante olor a salitre. Sin meditar en los altos precios que le cobran a uno en varias ciudades costaneras: todo el mundo es turista mientras no se demuestre lo contrario. Frutas caras, bebidas caras, estacionamiento caro, almuerzos costosos (especialmente si tienen pescados), carreras de taxis por las nubes, etc. Tampoco pensaron en las posibles intoxicaciones por mariscos en mal estado.

Unos irían a una ciudad norteña del país. Ávidos de aventuras. Aun a riesgo de sus vidas, en un mar embravecido, con altas y formidables olas. El mar de leva, del cual habían leído, no les causaba ningún sobresalto. Otros viajarían más lejos, a una isla oceánica, a quemarse con *otro* sol, como si los rayos solares en la zona intertropical fuesen muy benignos. O creyendo que las cosas son distintas en otros sitios más lejanos. Tendencia humana. Es posible encontrar individuos que creen que mientras más alejado esté el lugar de vacación, mejor. Pero, el cocotero es cocotero en Madagascar y en Colombia; la playa es playa en Turquía y en Borneo; la arena es arena en Perú y en Canadá.

Algunos pasajeros no conocían el mar, ni lo conocieron. Ciertos paseantes ahorraron dinero durante varios años para poder disfrutar del mar y de sus delicias. Seguramente se privaron de muchas comidas y laboraron como camellos, para poder ir a la costa o a la isla. Los considerables retrasos movieron a algunos, ahora sí, a pensar que el avión tendría algún daño. Un trago de aguardiente quemó las gargantas de los hombres y de las mujeres que los emulaban. La empresa no estaba quebrada, como sucedió unos años después, y Air Comet salió del mercado. Llegaron todos a más altos niveles de ánimo, rayano en la euforia.

Por fin, el vetusto y prehistórico aparato partió hacia el norte. La tarde caía con su carga de afanes, pues para ella no había vacación. Y el sol ya buscaba su ruta vespertina, en su infinito peregrinaje, sin derecho a asueto. Las risas sustituyeron el síndrome del despegue: las aeromozas, con gestos estereotipados dignos de muñeca Barbie, ya habían hecho las demostraciones, siguiendo la voz desganada de la obsoleta grabación. Los

auxiliares de vuelo, como Ken, también sobreactuaron. Como siempre, nadie entendió lo que se dijo. Y todos pensaron que las sofisticadas máscaras de oxígeno y los salvavidas no se necesitarían. “Más gasto de combustible para transportar tanto equipo innecesario”, tronó el sabio paramuno. Los pasabocas y bebidas de rigor se distribuyeron por parte de las almidonadas azafatas, tan parecidas estas a los fríos maniqués de almacén. Los más nerviosos fueron al baño cuando desaparecieron las señales luminosas. La voz gangosa del piloto avisó que se aproximaban al aeropuerto de una ciudad costanera.

Los mosquitos insolentes y el bochorno vespertino mandaron a los habitantes del pequeño poblado a la calle; el ritual se repetía a diario. Con rústicos abanicos de mano se echaban fresco y espantaban a los mosquitos hambrientos. Los perros y los burros transitaban amodorrados por la calle larga, parecida a la de la cabecera municipal, calle macondiana. Las gallinas, las garzas y los pájaros se recogieron a tiempo, mientras que los pescadores iniciaban sus faenas en la ciénaga cercana. Los lugareños asustaban el tedio observando los aviones que se dirigían hacia la terminal aérea de cierta ciudad que es patrimonio histórico de la humanidad. La bola de fuego parecía una informe estrella de Belén, retrasada, pero ahora con prisa de viajar y llegar a su destino. Raro espectáculo. Y era un avión, un bólido resplandeciente que iba camino a la destrucción más espantosa.

La gente del lugar y los pescadores contuvieron la respiración. No era un ovni, ni un extraterrestre, ni una nave marciana. Se trataba de un avión cargado de compatriotas y extranjeros. El piloto buscaba desesperado la ciénaga que tantas veces había visto. He aquí lo que reseña una revista: “El avión comenzó a bajar muy, pero muy rápido... Después me acuerdo que [sic] todo estaba muy oscuro y mojado y me dolía [sic] el brazo y un poquito la pierna. Vi una luz que se apagó enseguida y otra vez estaba oscuro... Después vi otro poquito de luz y grité: ‘¡Auxilio!, Auxilio!’ [sic] para que me ayudaran porque no podía moverme...”. Fueron las palabras que Érika Delgado, la sobreviviente de la ciénaga, pronunció en el centro hospitalario hasta el cual la llevaron.

La aeronave no alcanzó a llegar a la ciénaga para acuatizar; se estrelló contra un terraplén, unos metros antes de la ciénaga. Y se hizo pedazos. Tristemente, una de las aeromozas no alcanzó a decir: “Señores pasajeros: Recuerden no olvidar sus objetos de mano en los compartimientos”. Resurge nuestro personaje, no sin antes decir que hasta el sitio del siniestro llegaron personas con distintas intenciones. Algunos se dedicaron al pillaje y al robo, sin respetar la paz forzada de los sepulcros acuosos. Otros llegaron para ayudar a los sobrevivientes, en caso de haber. No faltaron los mercenarios de

la muerte, con planillas para recoger firmas y autorizaciones de sepelios. La competencia tenaz entre funerarias.

También en el hospital, como es común, estuvieron los curiosos y los periodistas ávidos de sensacionalismo, con el afán de entrevistar a la niña y, sin compasión, sacarle los momentos de terror que había vivido. Rafael había vuelto a su pueblo natal, dispuesto a pasar un tiempo con sus padres, amigos y familiares. Merecía una vacación. En el país, el azote inmisericorde del secuestro continúa. No han servido las medidas que se tomaron. En el poblado del ingeniero, el miércoles 11 de enero de 1995, transcurrió con más pena que gloria. Sin afán, el padre viudo durmió a su pequeño hijo, el que había quedado huérfano de madre en 1992. La vacación también se había tornado rutinaria.

“¡Rafael! ¡Rafael! ¡Hay noticia!”, dijo un periodista a través del teléfono. “Un avión se acaba de caer cerca. ¡Vamos!”. Estrada acostó a su hijito en la cama, se cambió de ropas, tomó la cámara de video y las llaves de su camioneta. Pasó por el periodista y por el fotógrafo del pueblo. Los tres se dirigieron hacia un corregimiento del poblado principal.

Preguntamos a Rafael sobre este accidente horrible:

- ¿Qué hacía usted en corregimiento la noche del accidente? ¿O estaba en otro lugar?

- Esa noche estaba en mi pueblo, distante unos veinte o treinta minutos en carro, del lugar del siniestro. A él llegamos aproximadamente a las nueve de la noche.

- Según lo que habló con los habitantes que vieron la caída del avión, ¿qué dicen ellos que se observó en el cielo?

- En estos pueblos del país, especialmente en esta zona, pasa algo interesante: ya la gente sabe la hora en que los aviones que vienen de la capital de la Nación o de otra ciudad importante, atraviesan los aires, es el corredor obligado de las aeronaves que van hacia una ciudad importante del norte del país. Pasan a una altura que facilita la visibilidad, cinco o seis mil pies. Los habitantes tienen un reloj en su cerebro y conocen las horas del paso de los aviones. Esa noche nos contaron que el avión iba en su viaje a la hora de costumbre, pero notaron que iba bastante bajo, no a la altura acostumbrada. De pronto, algunos se quedaron observando el avión, y se dieron cuenta de que uno de sus motores se incendió en la parte trasera de la aeronave, y observaron mucha candela. Y luego vieron que el motor se apagó, después sintieron el golpe de la caída.

- Ahora, lo que más no interesa son los detalles del rescate de Érika. ¿Qué podría decirnos usted con respecto a ese hecho?

- Érika cayó en un sitio bastante interesante. Donde ella estaba no le iba a pasar nada; ha podido permanecer allí tranquilamente y no había ningún peligro. En el peor de los casos, sentir la molestia del dolor de su brazo. Hasta ella llegó primero un pescador de la región, quien quedó estupefacto al mirar a la niña. Todos los residentes del pequeño caserío estaban atónitos al ver que cerca de sus casas había caído un aparato de estos, que nunca habían abordado, ni visto de cerca. Cuando ellos sintieron el golpe, quedaron como semiparalizados, y pensaron naturalmente que no podría haber quedado vida humana allí, puesto que el desastre fue total. Se cuenta que después de cinco o seis minutos, se escuchó una voz que pedía auxilio. De inmediato comprendieron que sí había una persona que quedó viva y requería auxilio. Existía un problema: la persona sobreviviente estaba en el agua y no tenían canoas los rescatistas potenciales. Además, no sabían dónde estaba exactamente esa persona. Era de noche. Empezaron a sentir que se trataba de la voz de un infante, no procedía de un adulto. Al prestar más atención, descubrieron que era la voz de un niño, o de una niña. Pedía auxilio y se quejaba. Naturalmente, ellos, ante este pedido, salieron en su búsqueda.

- ¿Qué más nos puede decir?

- Son pescadores muy habilidosos, por lo que detectan de dónde provienen los sonidos o los ruidos. Cuando estuvimos en la ciénaga alguien golpeó la canoa, y preguntamos qué pasaba. 'No, es que estoy pidiendo ayuda', sostuvo un pescador, y añadió: 'Ya los demás saben qué quiero decir.' Se fueron a la ciénaga, esta no es muy profunda, tiene entre 1.20 y 1.70 metros de profundidad. La conocen muy bien, saben qué es lo que hay en ella. Primero caminaron un poco. Y le dijeron con voz fuerte que gritara, que llorara, para poder ubicarla mejor. Notaron luego que la niña o el niño gritaba con fuerza, lo que mostraba que se estaba desesperando un poco, o mucho. Llegaron hasta el sitio y la tomaron en sus brazos, la sacaron a la parte seca y la trasladaron al pueblo, con el fin de que la llevaran de inmediato hasta un centro hospitalario donde la pudieran atender en mejor forma.

- ¿Qué siente un ingeniero de quien se tiene una imagen de seriedad, exactitud y gravedad, ante un panorama tan desgarrador, y más aún, en medio de las tinieblas de la noche?

- Son emociones encontradas. Llegar y localizar a una criatura de esa edad, nueve años... A uno se le conmueve el corazón, a cualquier persona le pasaría... Indefensa, con vida después de aquel siniestro... es algo... una

emoción que tocaría casi vivir para uno poder explicarla... Son emociones encontradas...

- ¿A quién le agradece?

- De una u otra forma, uno siente gratitud hacia Dios, porque aun cuando uno llegue y encuentre un desastre grande, uno ve que su misericordia, a pesar de ese desastre, se hizo presente al permitir que un ser humano pudiese conservar la vida, y precisamente una niña que apenas está empezando la vida, con tantas ilusiones por delante.

- ¿Qué fue lo que más lo impactó?

- Todo fue desgarrador, pero, también fue satisfactorio. Fue una emoción indescriptible cuando encontré a esa niña con vida. Y en una condición que no dejaba dudas en cuanto a la intervención definida y definitiva de la mano de Dios. Este fue quien le preservó la vida a Érika Delgado.

- Además de la acción divina para que se conservara ella, ¿a qué otro agente podría usted atribuirle la salvación de la niña?

- A ver, yo creo que Dios lo preparó todo. Como ya dije, ella pudo quedar allí toda la noche y todo el día, y no hubiese pasado nada. Dios lo preparó todo. El sitio de la caída del avión, el rompimiento del aparato, el asiento donde viajaba la niña (que fue el único sitio por donde el avión pudo expulsar de su fuselaje a esa persona). Dios permitió que cayera la niña en esa dirección, sobre la naturaleza que fue creada por el Señor. Sobre el agua, puesta por Dios. No hay otro factor humano que explique esto, ni de otro tipo. Fue uno de mis grandes problemas al contemplar el lugar de la tragedia: aceptar que quedase viva.

- Usted sabe que las ciénagas de la región están plagadas de animales peligrosos. ¿Por qué se metieron al agua, por qué tomaron una canoa tan frágil, a sabiendas de que afrontarían varios peligros?

- Yo creo que, en una situación como esa, nadie mira el peligro que hay. Es una necesidad, y se debe suplir. Bueno, el Señor lo coloca a uno en un sitio, y tendrá que echar para adelante. Antes de llegar al sitio donde el avión cayó a tierra, estaban matando una culebra, y eso no intimidó a nadie. Por el contrario... Nos desplazamos en una canoa pequeña, algunos no conocíamos si la ciénaga era profunda o no, nadie pensó en una babilla, o en una hicotea, o en una serpiente. Nadie pensó en lo malo. Todos pensamos en si podríamos colaborar en algo más.

- ¿Qué mensaje le transmitió usted a Érika?

- Cuando hablé por fin (fue una conversación más bien corta), al mirarla a ella, nos preocupamos bastante por ver cómo sería trasladada al centro hospitalario. Y nos esforzamos por lograr que su brazo derecho no se moviera, pues apenas había movimiento, la niña sentía mucho dolor y se quejaba. Ante estas cosas, no sabíamos cómo estaba ella en realidad, no sabíamos cómo respondería a los estímulos, y cuando me habló de que le dolía el brazo, tuve la oportunidad de conversar con ella, la traté con mucho cariño, y le dije: '¡Tranquila!, mamita, te están esperando', para tratar de serenarla.

- ¿Qué sucedió entonces?

- Esto la hizo reaccionar muy fuertemente. Casi dando un grito, preguntó: '¿Quién me está esperando?' Este fue uno de los momentos más críticos: procurar convencerla, darle ánimo, mostrarle que había muchas personas que la amaban, que estaban deseosas de ayudarla y de brindarle apoyo para que pudiera superar este trauma. Era muy difícil, ya que ella deseaba una respuesta inmediata, y si uno vacilaba, podría pensar que uno la estaba engañando.

- ¿Qué dijo usted?

- Así, con mucha serenidad, le dije: '¡Tranquila, mamita! Allá en Cartagena te están esperando... te están esperando los médicos para empezar a curarte, dentro de un ratito... Vete tranquila, te van a atender muy bien'. Ella después de esto no quiso hablar, no quiso hablar.

- ¿Qué contactos ha tenido con los familiares de Érika?

- Hasta el momento no, ellos han tratado más que todo que la niña olvide lo más rápido posible esta tragedia. Creo que ha sido lo más recomendable. Siempre he pensado llevarle un presente o un obsequio, cuando se recupere más. Y, sobre todo, decirle a ella que una de las personas divinas estuvo a su lado para preservarle la vida. Esta es una tarea que espero realizar a mediano plazo.

- ¿Qué reconocimiento social o gubernamental espera usted por el acto en el cual participó como uno de los rescatistas de esta niña?

- Yo creo que por la formación que uno tiene, nunca espera ninguna alabanza humana. Gracias a Dios porque él lo ubica a uno en un círculo donde puede ayudar. Gracias a Dios porque los clubes juveniles nos habilitaron para estar en condiciones o en la capacidad de prestarle una ayuda mínima a esta persona. Yo sigo pensando que lo que nosotros hicimos no es nada en comparación con lo que Dios hizo. A mí me gustaría que Érika al crecer, pueda crecer con el sentimiento de gratitud hacia Dios. Yo creo que ese debería ser

el único reconocimiento en la vida: que Érika llegue a conocer y a amar a Jesús, no solamente como su salvador de esa noche, sino como su Salvador personal.

- Al pensar en las instrucciones que se imparten cuando uno aborda un avión, recuerda que muchos las toman con indiferencia. Una de las pautas se refiere a la posición fetal. Sabiendo los resultados de las necropsias, ¿qué podría decirnos con respecto a las causas de la muerte de la mayor parte de los pasajeros?

- Hay algo interesante. Generalmente, las personas en estos casos mueren por negligencia, pavor o miedo ante la proximidad de la muerte. En este caso del DC-9, la gente notó que había problemas, que el avión iba descendiendo rápidamente y que estaban a punto de estrellarse. Yo creo, de acuerdo con los informes médicos, que la gente se asustó tanto que olvidó por completo las instrucciones que se dan para afrontar este tipo de casos. La gente muere por no adoptar una posición fetal, la mayoría mueren desnucados, lo cual es natural, ya que un avión que viaja a 900 kilómetros por hora y frena hasta llegar a 400 o menos, ocasiona trastornos serios en el cuerpo. Si este se halla en posición fetal, forma una masa más compacta. Las personas, ante la inminencia de la muerte, olvidaron lo que debían hacer e hicieron lo que querían hacer, entonces las sorprendió la muerte.

- Rafael, ¿quién tomó las fotos que dieron la vuelta al mundo?

- El señor Alberto Urueta es un fotógrafo profesional allá en el pueblo. A él se lo invita a toda primera comunión, a todo bautizo y a otras especiales ceremonias, él es el primer invitado. El periodista que me llamó fue quien invitó al señor Urueta. Algo curioso: Urueta se alistó aceleradamente, pero cuando íbamos a partir se le olvidó el *flash*; Alberto tomó dos cámaras, una con un rollo en blanco y negro, y otra, con un rollo para fotos en colores. Nos tocó esperarlo durante varios minutos. Él fue quien tomó las fotos. Los derechos se los cedimos a la revista.

- ¿Tiene algo más que compartir con nosotros?

- Quienes vieron las fotografías, la prensa, la televisión y ciertos documentos, quizá se compungieron un poco o mucho. Pero para quienes tuvimos el privilegio, entre comillas, de estar presentes, de mirar la forma como quedaron las personas y de mirar a Érika, cómo fue sacada de donde Dios la había puesto, fue una confusión. A mí me sucedió: era imposible hablando en términos humanos que una persona a 700 o 600 kilómetros por hora, saliendo disparada, quedase viva. Es más, quedó viva, pero que tuviera el aspecto que tenía...

- ¿Cuál era el aspecto de la niña?

- Érika tenía el aspecto de una persona que se resbaló, o que se hubiese caído de una bicicleta, o algo por el estilo. No tenía más nada. El brazo quebrado, a pesar de la magnitud del accidente. Me fue difícil humanamente aceptar esto. Que ella viniera en el avión, que se hubiese accidentado y que conversara brevemente con nosotros... Mirarla y saber que se recuperaba.

- ¿Por qué cree que sobrevivió la niña?

- Definitivamente, si Dios no hubiese intervenido, la historia de Érika sería la misma de las 52 víctimas. Dios sigue existiendo, y estos pequeños milagros demuestran que él aún se está interesando por sus hijos, así como se interesó por Érika. Nos cuidó. Creo que Dios sigue amando a sus hijos y nos muestra el camino.

Las ranas tropicales y tropicalistas croaban alabando a Changó, a Yemanyá, a los Orishas y a Santa Bárbara, a cambio de un reconocimiento financiero escaso, como el de tantos músicos. Aunque trabajaban de noche, no recibían salario triple. Enero siguió su peregrinaje anual, con la carga de su inflación, esta vez menos pesada. Y la ciénaga se convirtió en otro camposanto.

LA LISTA

Nuestro primer contacto con la región tuvo lugar en marzo de 1968, cuando toda la Nación se había trastornado por causa del Congreso Eucarístico Internacional. Salimos de una localidad mediterránea de la Costa Caribe, como a las cinco de la mañana, muy tristes por haber dejado una tierra de gente amable y cariñosa. El bus pertenecía a una empresa fundada al final de la década anterior, y había sido último modelo en 1959. La carretera carecía de asfalto, y después de cuatro horas de viaje, nos parecía que habíamos recorrido el Sáhara, entre Egipto y Marruecos. Viajábamos los nueve hijos con nuestros padres, uno de los abuelos paternos y una tía por el lado materno. El espaldar del bus era tan sólido como el mármol de Carrara. Poco a poco el hambre nos fue minando, en vista de que el desayuno consistió en café de maíz con leche y pan dulce.

Más o menos a las doce y media de ese jueves triste, el conductor de barriga voluminosa y andar sereno, se apiadó de nosotros y se detuvo en un restaurante. En mi mente, las montañas se tornaban más reales. Por el costado izquierdo iba el río, haciéndonos bulliciosa compañía. El conductor se perdió de nuestra vista, ya que los choferes eran atendidos en un espacio diferente y en mejor forma que a los pasajeros. Nuestro padre pidió el servicio, y después de media hora que pareció una eternidad, un sujeto con cara de poco amigo llevó unas tazas de loza llenas de un líquido de color acanelado. ¡Qué alegría! Todos creímos que nos habían servido una deliciosa bebida regional.

Nuestras papilas gustativas trabajaban sin descanso. Casi le arrebatamos la taza al sujeto. Me la llevé a la boca y me la llené de tal bebida. Pero, de inmediato descubrí que era un líquido insípido con granos de maíz. Sin mayores elucubraciones ni digresiones boté la buchada fuera del restaurante. Posteriormente supe que a la bebida la llaman mazamorra o claro. Media hora después apareció el mesero con bigote de charro y patillas de actor de

cine; colocó sobre la mesa los platos principales: un arroz tan blanco como marfil de elefante africano, una carne bañada en grasa tan espesa que apenas la vi se me subió el nivel de triglicéridos, y unos frijoles que se veía que estaban trasnochados. No podían faltar las papas bañadas en abundante tintura de azafrán. De sobremesa nos puso agua helada, y como no tenía servilleta, nos entregó unos pedazos de bolsas de azúcar para limpiarnos la boca y las manos.

Vimos unos hermanos de la perrilla, de costillas evidentes, tanto, que se les podían contar. Les echamos algunos restos de comestibles que recibieron con desazón, pues no iba nada de carne. Nos parecieron enemigos del vegetarianismo o de la eminente sazón de quien los preparó. Menos mal que no había emisarios de la Federación Mundial de Defensa de los Animales. Luego nos hurgamos los dientes con palillos semejantes a bates bonsáis de béisbol. Reemprendimos el viaje, y a la hora llegamos a un puente altísimo. Ante nosotros se presentaron las majestuosas montañas, engalanadas con varios tipos de verdes. No nos impactaron tanto, en virtud de que habíamos viajado por la Sierra Madre. Pero, de todas maneras, aquel cañón del río era impresionante. Arriba detectamos el hilillo de la carretera.

Como a las nueve de la noche llegamos al centro de la ciudad, a la zona de tolerancia donde había gente de toda clase. Muchas empresas de transporte tenían sus oficinas en un caserón arcaico, donde se conjugaban sudores, malos olores, malas palabras, llamados frenéticos para abordar los autobuses, hombres, mujeres, ancianos, niños, recién nacidos, perros callejeros colados, etc. Nos instalamos minutos más tarde en unas residencias, nombre que nos sonó raro. Cansados, con frío y somnolientos, procuramos dormir. Percibimos varias canciones trasnochadas con letras arrabaleras de tango parisiense o argentino (por aquello del origen de Gardel). A las dos de la madrugada todos estuvimos listos; los chinches y las niguas se encargaron de sacarnos de las camas. Nos subimos en un bus de escalera, con un espaldar rígido como tas de platero.

El automóvil ascendió primero, y bajó el río, subió un poco más, y luego pasó por el sitio más peligroso. Allí vimos unas veladoras monocromáticas, monedas de diez centavos, estampitas con efigies de una virgen (no supe cuál era), y mil abalorios más, frente a la escultura de otra virgen que protegía a los viajeros y conductores. Se acercaba el mediodía, por lo que el hambre se acrecentaba. Sin embargo, la panorámica de un hilo de agua al fondo y unos gallinazos hambrientos que revoloteaban abajo, espantaron las ansias de comida, por cuanto varios pasajeros comentaron que cuando se despeñaba un automotor, el rescate era una utopía, y el cura lugareño declaraba como camposanto tal zona. También recordé el menú del día anterior y juzgué que

no perdería nada bueno, pues en la Zona Bananera comeríamos guineo y plátano esa tarde. Pronto estuvimos en la llanura verde, el cuadro era maravilloso. A las cinco entramos al pueblo de destino, y a las cinco y cuarto abrimos la puerta de la casa nuevecita, rodeada por fétidos pantanos y antecedida de modo antihigiénico por una corriente de aguas de albañal.

¡Qué tristeza más grande! Las cosas estaban arrumadas en la sala. Ya no había tiempo de sacarlas de las cajas, el sábado estaba cerca. Una negra de cuerpo recio y dientes de marfil se presentó a los pocos minutos con unas arepas desabridas cubiertas por mantequilla y adornadas con queso; también llevaba un chocolate oscuro, sin leche, y agua de panela clarucha. A pesar de su pobreza, tenía para recibir a esta familia. Saludó con efusividad y cariño. Mis hermanos se sorprendieron al verla, y hasta se alejaron unos metros. Unas canciones sonaron en los roncros traganíqueles de los bares de la zona de tolerancia, localizada a media cuadra de la casa. Me quería devolver. Creo que lo mismo les sucedía a mis familiares sin excepción. Mi mamá nos dio un dinero para comprar leche en polvo, agua potable, yuca, huevos, quesito y plátanos. Nos fuimos. Llegamos a un negocio y vimos los bananos con pinta de plátanos centroamericanos.

Me parecía que costaban mucho. “Señor, ¿a cómo son los guineos?”, pregunté. “¿Los qué?”, preguntó a su vez el tendero. “Los bananos esos”, aclaramos. “A diez centavos”, dijo el vendedor. Se nos abrieron los ojos, no lo queríamos creer. Compramos diez bananos que tenían la etiqueta ovalada de Chiquitina, aún la Doleshood no nos coqueteaba. Mi hermano Pedro devoró uno y yo otro. Ya con la panza llena retornamos a nuestra casa que parecía un cementerio. Nuestra mamá preparó comida, recibimos el sábado e intentamos hablar, sentados en el piso. Una nube de mosquitos con trompetas celebró nuestra llegada y se saborearon al pensar en su banquete. No nos aguantamos y debimos comprar un mata mosquitos, denominado *Flit*, que esparcimos en todas las piezas antes de acostarnos. Las ventanas estaban desprovistas de anjeos. Nos tragamos el aire saturado de la sustancia.

En otro entorno. Las borrascas tropicales trataban de germinar. Los gallos antes altaneros y rezongones ahora lloraban suplicándoles a los Orishas su protección. Las gallinas se movían nerviosas en sus altas trojas, alejadas un poco de las zorras voraces. Los aullidos de los perros levantaban al más valiente, o a los hombres de pelo en pecho. El cielo estaba negro, negro como las viejas pizarras que se usaron cuando la pedagogía lancasteriana se asentaba en el país. Los racimos de plátanos y de guineos se estremecieron de nuevo, medrosos y sobresaltados no podían dormir. Como no lo podrían hacer cuando fuesen echados a regañadientes en los ampulosos cuartos fríos

de los barcos extranjeros, donde el sudor de los cargadores y acomodadores se confundía en maloliente contubernio con el agua descongelada a causa del calor sofocante. El bamboleo no sería misericordioso hasta que la fruta llegase a los Estados Unidos, donde los gringos la devorarían sin misa de réquiem. A menos que llegase una fruta algo amarilla, que cayó por de malas dentro de la muestra, y entonces tuvieran que devolver el cargamento. Pérdida para el productor.

Las serpientes hambrientas olisqueaban el aire para descubrir rastros de animales que les pudiesen servir de comida, sabrosa comida, a la hora en que miles de flacuchentos hombres, mujeres y niños escuchaban el mensaje directo, supraliminal, no subliminal, de las tripas arrevolveradas. Algunos procuraron aquietarlas con un agua de panela que en el aire podía dejar ver todo el ambiente casero. O aplacaron la ansiedad del estómago con agua de café, ese café que aún domina la economía nacional. Y no se deja quitar el puesto de vanguardia. Las ranas se alborotaban con los presagios de la lluvia. Y se regó la lista en la nación sudamericana. Aquellos que antes mostraban sus alhajas deslumbrantes, se perdieron del mapa, y como topos se fueron a sus madrigueras. Los sujetos que mostraban los pelos en sus pechos temblaron y se escabulleron. Todos se preguntaron, como lo hizo el astuto Judas Iscariote: "¿Seré yo, Maestro?".

Ya se habían botado al mar Atlántico más de 150.000 cajas de guineo, porque era menester evitar la caída de los precios en el mercado interno y en el externo. Las peleas entre los países productores y la Unión Europea eran el pan de cada día. Y los bananos de las Canarias salían vencedores, ya que España podía cobrar menos precio por la fruta. De las naciones pobres de América, había que mandar el banano en barcos, y los viajes demoraban mucho tiempo. Además, los subsidios estatales para los agricultores creaban otra desventaja, y los precios de nuestra fruta, así como los de otros productos de exportación, no eran competitivos. Salía más barato el banano de las islas citadas.

Ya una procesadora de leche había decidido regalar a las comunidades necesitadas miles de galones de leche. Y el precio de esta no cayó, ni cayó el precio del banano. Ya se habían colocado en una carretera miles de bolsas de banano y plátano, como protesta por la desatención del gobierno nacional. Cerca del piedemonte, un amigo del ingeniero estaba planeando su periplo, cual presidente latinoamericano, o parlamentario ilustre del Cuarto Mundo. Otra vez el bendito zumbido de los zancudos. Cuando aún no había caído la noche, ciertos bienaventurados comieron un poco de arroz, el arroz que compraron en la tienda, o en el comisariato, a más bajo precio. El mercado global no se sentía mucho, en vista de lo cual no tenían arroz de Tailandia o de

Vietnam, o de Ecuador. Aunque lo podían trillar en sus rústicos pilones, para fortalecer los músculos, o para que las mujeres fortificaran sus caderas; y para que comieran un arroz fresco, un poco más entero, sabroso, nutritivo.

Las noticias de la prensa regional ya no registraban los muertos. Y las emisoras omitían lo cotidiano. Todavía no existían las tribus urbanas, ni pedían mascotas en las listas de los útiles escolares. Otra lista se regó en la zona. Las cuadrillas de hombres de las cooperativas se diseminaron como las aguas del río. Don Teodoro había tenido que irse a una cueva, cercana a otro río. Todavía los indios zenúes no habían elevado su endecha a Bochica. No habían navegado por última vez por el río Verde. La represa estaba en construcción. Cuando nos lo contaron, recordamos con pasión el susto causado por la creciente, mientras estaba en la finca de don Teodoro. Acaeció varios años atrás.

Había tenido un primer semestre agitado, y la vacación podría caernos muy bien. De allí que planeamos pasear por una zona selvática, sin pensar en la lluvia inclemente. Sabíamos que el departamento ocupaba el primer lugar en ganadería, en el contexto nacional; como que existía una raza autóctona, bella expresión del ganado vacuno. Igualmente, supimos que había un finquero que poseía tantas reses que en un momento dado no sabía cuántas tenía. Uno de los hijos de otro ganadero nos invitó. La región donde los dos departamentos se saludan y se unen es feraz: hay aguas abundantes, plantas y animales. Asimismo, nos contaron de las tribus indígenas azotadas por las enfermedades o por los colonos. Ya empezaba a agitarse el panorama a causa del proyecto de la represa. Dos estudiantes, un profesor y el autor, nos pusimos de acuerdo y decidimos aventurar un poco. Nos subimos a la troja de una volquetica de mitad de siglo, propiedad de un sujeto. Eran las nueve de la mañana. Se hicieron varias escalas en el pueblo para subir alambre de púa, cervezas, gaseosas, bultos de arroz y de azúcar, latas de aceite y cajas de jabón; encima de estas cosas se pusieron unos cartones, y a las once y treinta de la mañana salimos para dos pueblos. Ya estábamos afectados por el baño de sol.

Cerca de la primera población, la destartalada volqueta casi se accidenta al hundirse la rueda trasera izquierda en un lodazal; las lluvias no habían respetado la teoría del veranillo de San Juan. Fue necesario descargar todas las cosas y ayudar a desenterrar el vehículo. En el primer pueblo se distribuyó parte de la carga, y en el otro, el resto. Vimos un caserío y nos dijeron su nombre. Eran las dos y cuarenta y cinco de la tarde. El profesor nos llevó a la finca de un señor, quien nos dio de almuerzo unos deliciosos mangos criollos y unos pedazos de sandía que comimos con desespero. Preguntamos por los caballos que debieron mandarnos, y no estaban. El señor dijo que nos

quedáramos; sin embargo, más pudo el afán de aventura. Tomamos nuestros cepillos de dientes y nuestros documentos de identidad, y nos despedimos del señor. Su cara mostró sorpresa y una dosis de desagrado. Partimos de allí a las tres de la tarde, a pie.

Al cruzar la quebrada se desgajó otro aguacero; por tal razón apuramos el paso. Las personas que estaban en las puertas de las casas ubicadas a la orilla del camino se quedaban extrañadas al vernos. Algunos truenos reventaban hacia el sur y el agua seguía cayendo. Pasamos por un caserío agrícola, y el docente saludó a los miembros de una familia perteneciente a una iglesia protestante. El maestro nos dijo que debíamos acelerar el paso con el objeto de llegar antes del ocaso del sol. Las razones eran de peso: tres desconocidos y un poco conocido, a pie y sin equipaje; los delincuentes comunes podrían merodear y las posibilidades de que los delincuentes pudiesen atacarnos. Entonces decidimos correr.

Casi a las cinco llegamos a otra quebrada; los árboles de sus riberas producían un impacto lúgubre y la noche era inminente. Procuramos, por ende, encontrar un atajo que nos permitiera ahorrar camino y tiempo. Después de pasar la quebrada, el maestro nos dijo: “Espérenme aquí, muchachos”. La soledad era macabra. Él buscó un atajo que recorrió cuando era un infante, pero no lo encontró.

Posteriormente, volvió derrotado y muy preocupado. Decidimos meternos por un monte rumbo hacia el sur, ya que habíamos avistado las lomas coloradas. Los tres rodaron varias veces por el camino. Uno de ellos se quitó sus tenis, porque las ampollas se le habían reventado. Ya no daba más. El hombre deseaba llorar y quedarse allí. A fin de discutir las opciones, nos detuvimos ante un maizal inmenso. El docente luego afirmó: “Muchachos, esto está feo. Yo no encuentro el camino. Si seguimos por entre ese maizal, llegaremos a un caserío que fue quemado hace unas semanas, en horas de la madrugada. Todos sus hombres fueron asesinados a machete. Lo llaman *Pueblo Incendio*. ¿Quieren pasar por allí?”.

Un sudor frío y una corriente eléctrica recorrieron nuestros cuerpos. ¡Cuán tétrico! Devolvemos no era medida apropiada, así que decidimos seguir. Ya eran casi las cinco y treinta. Subimos a paso lento las lomas coloradas, pero la tormenta había amainado. El ánimo no era el mejor. ¿Cómo iba a serlo si se acercaba la noche y no veíamos a ningún semejante? Pisamos mucho barro. En el último cruce de la quebrada nos detuvimos para quitarnos el barro de los pies y las piernas. Las aguas del arroyo tenían un color barroso. Con las manos estábamos echándonos el agua, cuando por el camino que habíamos recorrido apareció un sujeto que vestía ropa caqui, llevaba un machete al cinto, y sobre su cabeza un sombrero. Además, llevaba

botas negras. No lo conocíamos ni él nos conocía. Raro que un hombre anduviese a pie por esos senderos enlodados. Extraño encontrar a cuatro simples sujetos sin equipaje, a esa hora por allí.

Este individuo se sobresaltó y nosotros también. Todos enmudecimos cuando el hombre se detuvo a unos 20 metros. Entonces el maestro habló: “Muchachos, ese hombre es raro, ¡yo no lo conozco! ¡Cuidado!”. El hombre nos reparaba y lo mismo hacíamos nosotros. Bueno, el señor se llenó de valor y reemprendió su marcha en bajada, con dirección hacia el arroyo. Unos cinco metros antes se detuvo y saludó:

- ¡Buenas tardes! ¿Cómo les va? ¿Hacia dónde se dirigen?

- ¡Buenas! -, respondimos con temor. El individuo miró bien al maestro, y este miró muy bien al recién llegado. Luego el educador dijo:

- Vamos a la finca del señor Teodoro.

Cuando el señor oyó ese nombre, entró en confianza y preguntó:

- ¿Tú no eres el profesor Góez?

Y este le respondió:

- Sí, yo soy.

El docente preguntó:

- ¿Tú no eres Ramiro, el hijo de Teodoro?

- Sí, yo soy Ramiro. ¿Ustedes qué hacen por aquí a estas horas? Son muy arrestados.

El profesor nos presentó y reiniciamos nuestra marcha. A eso de las seis y cuarenta y cinco llegamos al lomo de una montaña, desde donde se divisaba la finca de don Teodoro. En vista de que Clifford no podía caminar, hicimos una broma: le dijimos que lo mejor era cierta pomada. Por tanto, en una tienda compramos el producto y se lo echamos todo en los pies. Este muchacho saltó de dolor y desesperación. Nos atrevimos a decirle: “Te quedas aquí, nosotros nos vamos”. Caminamos un poco, y a las seis y cincuenta y cinco llegamos a la casa. De nuevo se desató la lluvia. Los residentes se sorprendieron cuando nos vieron. De inmediato nos dieron agua tibia con sal, para que nos laváramos los pies y evitáramos infecciones. Después cenamos arroz de coco, queso blandito, plátano verde y agua de panela. Y de inmediato nos dedicamos a narrar los sucesos de la tarde. No nos querían creer. Para no fatigarnos más, nos mostraron las camas donde dormiríamos. A las nueve y media, las lámparas de caperuza dejaron de brillar. Las gotas de lluvia caían sobre la palma e invitaban a dormir y a descansar.

Más o menos a las nueve y cuarenta y cinco sentimos un estruendo. Clifford se levantó sobresaltado y fue a poner los pies en el suelo, cuando sintió el agua helada. Los demás nos levantamos aterrorizados. Uno de los peones encendió las lámparas, por lo que pudimos ver cómo las Biblias, los himnarios, las botas, los folletos y otros objetos flotaban con rumbo hacia las puertas. ¡Una inundación! Hacía 17 años había habido otra, nos lo contó uno de los que laboraban en esa finca. A los pocos minutos, el agua nos daba por la cintura, y las camas estaban empapadas, así como las hamacas. Pusimos a los niños sobre la mesa del comedor, incluidos los del pastor distrital, quien se encontraba en otro caserío, más arriba, pero por precaución dejó a su esposa e hijos en la finca. Clifford empezó a temblar y tomó un zurriago que encontró no sabemos dónde, para ver qué profundidad tenía el agua.

¿Sería una pesadilla? Antes de acostarnos, el representante zonal del Servicio de Erradicación del Paludismo (SEP), nos hizo tomar tres pastillas blancas y una verde, de quinina, para librarnos del formidable paludismo. Él nos había dicho: "Se las toman un poquito antes de acostarse, porque son tan fuertes que marean o le causan desmayo a cualquiera". No era una pesadilla generada por una novela de Hitchcock. Como pudimos, nos reunimos en la sala, y veíamos cómo los relámpagos y las centellas iluminaban las aguas del bajo del frente y de las dos quebradas. Para tener una idea, se describe el lugar: un pequeño valle rodeado al sur y al occidente por una montaña, y al oriente por una quebrada que ya ha recibido las aguas de la otra quebrada. Por el plano del frente pasa un cañito modesto que sale de la segunda quebrada y llega a la primera. Esta quebrada corre abajo con una diferencia de tres metros con respecto a la altura del plano.

No podíamos pasar a la montaña, por el frente, debido a las aguas desparramadas del cañito, ni cruzar la quebrada de atrás para ganar unas lomas que están a 30 metros aproximadamente de tal quebrada. Unos minutos después, los relámpagos indisciplinados nos permitieron ver los pupitres de la escuela cristiana que pasaban rápidamente, en competencia con perros, cerdos, terneros y aves de corral ahogados. ¡Qué terrible espectáculo! Uno de los hijos de don Teodoro estaba asustado en el lomo de la montaña donde había un corral. Ya había encerrado el ganado, pero su mulo no se atrevía a cruzar a nado. Además, don Ramiro, quien tiene una finca colindante, presagió lo peor.

Clifford estaba a punto de llorar, y Esnoraldo lo acolitaba. Don Teodoro dijo: "¡Esto es gravísimo!". Por tanto, empezamos a cantar "¡Maestro se encrespan las aguas! [...]", un himno cristiano. Notamos que el representante del SEP, a pesar de no pertenecer a ninguna iglesia cristiana, era quien mejor y con mayor entusiasmo cantaba. La esposa del pastor elevó enseguida una

oración extraordinaria, pero el agua no bajaba, ni la lluvia decrecía. De un momento a otro comenzó a sentirse un estrépito, como si crepitaran palos secos al ser abrasados por el fuego, o como cuando se quiebran los árboles. Ni siquiera los patos estaban contentos.

El dueño de la hacienda se dirigió hacia el depósito de abonos y sal de ganado, todo esto se había ido. Luego volvió a la sala y dijo impotente: “Salgamos, o si no, nos morimos”. Las oraciones mentales fueron arrebatadas y frenéticas. “¿Por qué nos trajiste a morir aquí, oh Señor?”, preguntamos. Cinco minutos después cesó la lluvia, y a las once de la noche la corriente comenzó a bajar. ¡Dios nos había salvado de las aguas! A las seis de la mañana iniciamos la dura tarea de limpiar la casa, removiendo el cieno con agua turbia.

El señor Ramiro nos invitó a cenar. Cruzamos la quebrada por un puente nuevo: era una gigantesca bonga que, desarraigada por los elementos naturales, había destruido otros árboles a su paso. Quedó varada cuando la corriente disminuyó. ¿Qué habría pasado si sigue su curso alocado? ¡Esta fue la bienvenida que se nos dio! Y muchos pobladores habían recordado la promesa que les hizo un presidente de la República: en esta región se crearán empleos, ya que el río no inundará más la zona; se establecerán muchas empresas, la redención de esta región será la represa. Las quebradas fueron inmisericordes, para ellas no hay presa. Ahora se habla de la Represa II, con las consabidas promesas de culebrero pueblerino, para enarbolar como bandera electoral cada vez que se acercan los comicios.

En otro pueblo, se produjo el siguiente diálogo:

- ¡Don Teodoro, usted está en la lista -, le dijo un coterráneo a este ganadero.

- Mira, ¿cuál lista? -, preguntó a su vez don Teodoro, con voz cantada.

- Pues, la lista esa -, aseguró el amigo.

Y agregó, con voz sacerdotal:

- ¡Es mejor que se vaya de aquí! ¿Por qué no se ubica en otra parte? Y le aconsejó con espíritu maternal:

- Mire bien el camino. ¡Que Dios lo guarde!

Tenía don Teodoro un mulo negro, de ancestros árabes. Bien cuidado, bien mantenido, que no se amilanaba ante la adversidad. Sin despedirse de su numerosa familia (con tres mujeres tuvo casi treinta hijos), ensilló el mulo y se largó, sin saber adónde iba. Buscó rápidamente un camino poco transitado, que él y su bestia conocían al dedillo. El paso era rápido. Y la comida ingerida

unos minutos antes, estaba desapareciendo. Comía en su casa todas las tardes arroz de coco. Su segunda mujer era tan diestra que pelaba el coco gigantesco con un machete romo, le quitaba la cáscara y quedaba intacto. Después sacaba el agua salobre, le daba un machetazo por la mitad y salían los dos pedazos exactamente iguales. Más tarde, con paciencia jobiana, rallaba el coco, se comía los pedacitos sobrantes (que no podía rallar, pues se podía rallar los dedos) y escuchaba la radionovela que se pasaba por una emisora modesta, ubicada en la capital de la provincia. Los ojos se le llenaban de lágrimas cuando la protagonista era ultrajada por su novio. Y hasta se mezclaban con el coco rallado.

Los vecinos no se percataron de nada. A pesar de estar la casa-finca en un área semirrural, los noticieros reiterativos y repetidores habían captado la atención de todos, hasta la del enfermo de paludismo. Don Teodoro iba rumiando sus penas, mientras que el mulo no podía rumiar nada, no había comido. Evadió por varios caminos estrechos los caseríos comarcanos. Pasó como a las doce de la noche por el pueblo más importante de la zona. Vio a lo lejos su cementerio, sin pensar en muertos, ni en brujas, ni en vivos. Su carácter agresivo se notaba en la expedición. Llegó a las montañas selváticas del sur del departamento, treinta años antes, y se acostumbró a las penurias, a las culebras, al hambre y al monte. No le tenía temor ni al mismísimo diablo, como les decía a sus hijos. Poco a poco dejó las luces bobaliconas del poblado. Un frío madrugador se fue apoderando de su cuerpo, o *humanidad*, como dice el locutor de fútbol. La luna se escondió. Y las estrellas dejaron de brillar. El camino se tornó angosto, y las lomas lo encajaron más y más. Le oró a Dios con afán, como no lo había hecho durante los últimos meses.

El movimiento de las hojas secas le hizo recordar la visita del poeta al camposanto: “[...] me fui a buscar los muertos, por tener miedo a los vivos”. Por ahí cerca había fosas comunes, llenas de muertos matados por los vivos. Como a las tres de la madrugada, el sueño lo avasalló. Ya no tenía la contextura del joven que llegó con la maleta de fique llena de ambiciones. No pensó en las culebras mapanares, ni en las víboras, ni en las serpientes plataneras. Durmió cual nunca antes. Y era que no dormía normalmente porque se podían robar el ganado, o se podían llevar todas las cosechas de yuca harinosa, plátano verde o cocos, las que esperaban recolección en una de las fincas de don Teodoro.

A veces despertaba sobresaltado, no en este sitio, sino en su casa, y tomaba las llaves del carro, y partía a ver sus fincas. Este trajín le ocasionó una úlcera dañosa, de la cual tuve información en 1972, por medio de un líder de una confesión religiosa, y que se relacionaron algunos con la avaricia y cuidado del ganadero. Recién graduado de bachiller, volví a la ciudad donde

vivían mis padres, a pasar vacaciones. Unas semanas después, se presentó don Teodoro, apurado por viajar a una ciudad más adelantada en diversos aspectos, incluido el de la medicina. Así que me dijo:

- Hermano William: ¿Usted me puede acompañar a la ciudad, para hacerme un chequeo? ¡Esta úlcera me va a 'matá'! [Mi primer nombre fue William, hasta 1968].

- Sí, con gusto.

Me pidió que preguntara por los pasajes y los horarios, en vista de lo cual fui al transporte. Retorné a nuestra casa y le informé a don Teodoro. Cuando oyó el costo, me dijo: "No, ya me siento mejor. No vamos a viajar". Yo me desinflé, porque quería dar el paseo. La úlcera gástrica acompañó a don Teodoro hasta la tumba. Los hijos de don Teodoro estudiaban en un plantel cristiano, por su convicción de que esos centros educativos eran los mejores, dados sus principios y valores. Cada año, él mismo los llevaba desde su finca hasta la ciudad donde funciona el plantel escolar, y pagaba el año completo de estudios, así como los costos de alimentación y hospedaje.

Temprano por la mañana salieron de la finca hacia el pueblecito, y de allí partieron hacia una ciudad intermedia. Llegaron a esta y descansaron un poco. A eso de las ocho de la noche, me dijeron que los acompañara hasta la oficina de la empresa que los transportaría hasta la ciudad costanera. Buscamos un campero extralargo y subimos el equipaje consistente en tres maletas grandes, un maletín pequeño y dos alforjas llenas del dinero del año. El señor Teodoro, sus dos hijas, su hijo, mi madre y yo nos embarcamos en el auto. Cinco minutos después nos bajamos y entramos a la oficina. Ya el autobús estaba estacionado. Había mucho movimiento allí. Por cuanto no se habían comprado los tiquetes, don Teodoro se puso nervioso, ya que era el último bus, y no podían perderlo. Los negocios de su hacienda lo obligaban a permanecer mucho tiempo allí.

Bajamos las cosas, y una de las muchachas pidió los tiquetes. El campero se alejó hacia la estación ubicada a una cuadra de la empresa de transporte. Nos íbamos a despedir de los viajeros cuando el señor Teodoro se acordó del dinero; entonces, con gran preocupación e ira preguntó: "¿Y las alforjas?". Se llevó las manos a la cabeza y lanzó dos o tres maldiciones en contra de sus hijos y acompañantes. "¡Se perdió la plata, Dios mío! ¿Ahora qué hago?", alcanzó a decir con terrible ansiedad. Sus úlceras se pusieron peor. Estaba temblando de la ira. Recordó que un año atrás, canceló su viaje a un centro médico para un chequeo especializado, porque no quiso invertir unos pesos en dicho viaje, ni menos, pagarle los gastos a su acompañante. Sus úlceras le hacían estragos.

Todos oramos a Dios, y yo avisé por teléfono a los que estaban en mi casa, y les pedí que oraran. Mi mamá permaneció en el transporte, con las cosas; don Teodoro y sus hijos se desplazaron por el centro citadino, y yo me fui a la oficina de los autos de servicio público:

- ¿Ustedes conocen a un señor rubio, conductor de un campero de esta empresa, que recogió a unos pasajeros en el norte de la ciudad? -, pregunté con afán.

- Sí, ese es el señor Eduardo, de un momento a otro llega. Llevó a una señora por aquí cerca -, dijo el interlocutor.

La ansiedad crecía en todos, y la rabia hacía daño al señor. A los cinco minutos regresó el conductor en su auto. Ya don Teodoro había dado una vuelta y estaba en esta oficina. Sin esperar que se detuviera por completo el vehículo, nos abalanzamos por detrás, para sorpresa del chofer. Miramos debajo de las bancas, y ahí estaban las alforjas. La pasajera no llevaba equipaje, y el chofer no se dio cuenta de que llevaba detrás varios miles de pesos. A todos nos volvió el alma al cuerpo, especialmente a don Teodoro. Nos invitó a darle gracias a Dios, y antes de las diez de la noche pudieron salir en el autobús.

El canto de los pájaros mañaneros despertó a don Teodoro. Y sin limpiarse la poca legaña, reinició su viaje hacia ninguna parte. Al mediodía divisó una pequeña montaña, lejos de la civilización. Anduvo en su mulo varias leguas, pero no llegaba. Él creía que estaba ahí mismo. Por fin, llegó. Se apeó de su animal. Y se sentó en el suelo. “¿Qué hago ahora, Dios mío?”, se preguntó. Una iguana preñada lo sacó de su meditación trascendental. “¿La mato y me la como cruda con todo y huevos?”. El hambre no esperaba. Antes había estado en esa zona. Pactando ventas de ganado vacuno, comprando semillas diversas y paseando. El mulo tenía hambre, y don Teodoro lo amarró a un árbol de guásimo mediano. *Caulote* le dicen en otras partes. Al ver la indisposición del animal, le soltó un poco la cabuya, y el animal empezó a comer con deleite el fruto de este palo. El errante se acordó de que cuando estaba pequeño, las madres daban a sus hijos un agua babosa de guásimo, para calmar los males intestinales.

Una culebra grande lo asustó, pero con el resoplido que dio el mulo, la serpiente huyó despavorida. Era una cueva bien hecha en el terreno, no era natural. Los antepasados de los indígenas no sabían para quiénes estaban trabajando. Cuando el hombre blanco arrinconó a los indios, estos tuvieron que esconder a sus mujeres y todas las riquezas. Don Teodoro se metió en la cueva donde antes habían estado algunos de sus ancestros, escondidos con su oro. Un vampiro, quiero decir, un murciélago, cruzó raudo el recinto. Mas,

don Teodoro estaba muy cansado como para ponerse a pensar en Drácula, o en espantos. El tiempo seguía su marcha. La noche era distinta de la anterior. Un frío sobrenatural envolvió al desterrado. El manto doblemente negro de su soledad y enclaustramiento se tornó tétrico. Y estaba don Teodoro cerca del camino agreste y tenebroso por donde ni las ánimas benditas del purgatorio se atrevían a pasar. Unas bolitas de guásimo repelieron el hambre. Y unas frutas del palo de hobo. Casi terminaba el banquete del mulo. Ambos tenían que contentarse con lo que hubiera, como el hijo pródigo de la parábola bíblica. El desayuno regular de don Teodoro consistía en yuca harinosa, queso o suero, leche o café con leche, y el arroz de coco calentado. Al mediodía tomaba unas sopas de costilla de res, con bastante vitualla, y una totuma de café tinto. Y en la tarde, arroz de coco, preparado con tres o cuatro tremendos cocos que su esposa religiosamente rallaba; carne, tajada de plátano amarillo, café con leche y crema de leche, suero o queso. A veces, unos pedazos de plátano se deslizaban por la bandeja de loza rústica.

El hábitat estaba tan negro como un cofre en su interior. A pesar del cansancio, don Teodoro sentía miedo; el que no le temía ni a Satanás. Toc, toc, toc, toc. Tocococococococococotoc... Toc, toc, toc, toc. El ritmo frenético de un pájaro carpintero le daba al ambiente un tinte de muerte que, agregado al ritual que unas horas antes habían realizado los goleros vestidos de riguroso luto, preocupaba al errabundo. Los goleros habían degustado un burro proletario que murió de mazamorra en una pata, y ni el sulfatiazol pudo erradicar la infección. Hermenegildo era un mestizo tirando a moreno fino (con el perdón de Rosenblat), que perdió su ojo derecho cuando la botella congelada de refresco se explotó. Hermenegildo iba a vender esa gaseosa a un peón lugareño que deseaba aplacar su hambre con pan y gaseosa. No fue por causa de una granada, ni de un disparo. Un hombre andariego, laborioso y serio. Se ubicó en las bocas del río buscando mejor vida, aunque le tocaba trabajar como buey. La prótesis que le pusieron en cierta ciudad le quedó mal. Así que se habituó a una nueva vida, y tenía que ver con un solo ojo. Para lo que hay que ver, "con un ojo basta". En tiempo de cosecha de frutas, preparaba sus costales, cabuyas y unos palos delgados para irse a recoger lo que pudiera. No le cabía en la mente que en su comarca se perdieran las ricas y deliciosas frutas por falta de una tecnología de procesamiento, conservación y manipulación de estos alimentos. La gente prefería tomar gaseosas cargadas de anilinas, y las frutas se perdían.

Me acordé de los jabones adulterados. La tarde había sido caliente; a eso de las cinco y media, saqué una mecedora de tejido sintético y me senté en la puerta. Me puse a leer el diario más importante del país. De un momento a otro escuché por un altavoz: "¡Jabones, jabones! Grandes, rendidores y

baratos. ¡Acérquensen [sic], porque se acaban!”. Parecía acento de un interiorano. Las mujeres que preparaban la cena salieron de sus casas muy presurosas, para ver el producto. Una carretilla estaba detenida en el parque, y en torno a ella se arremolinaba la gente lista a llevarse todos los jabones. También había dueños de tiendas. Mi madre compró varios paquetes con el optimismo de que sirvieran para todo el mes. Nadie tuvo la precaución de probar un jabón enseguida. Al día siguiente, una de mis hermanas empezó a lavar la ropa en una batea rústica. Tomó el jabón y lo restregó; instantáneamente desapareció el azul y surgió el gris del cemento. “¿Qué le pasa a este jabón?”, se preguntó la joven. “No da espuma...”. Luego lo golpeó en el fondo de la batea y no se partió. Varios minutos después, en las puertas de las casas y en las tiendas se iniciaron los diálogos sobre el jabón. Todos habían sido engañados. Las sonrisas de burla de sí mismos a causa de la ingenuidad predominaron.

Las frutas que recolectaba Hermenegildo, las llevaba a la ciudad industrial, donde los cicateros compradores, especuladores o consumidores no querían darle lo justo. Entonces, le iba mal, y no sacaba ni siquiera lo de sus pasajes. La cadena de la intermediación termina perjudicando a los campesinos productores, que son los que se quiebran el espinazo ante el sol inclemente o ante la lluvia tropical. Y dependen de los ciclos naturales para que haya cosecha. Con riesgo de su integridad, se trepaba a los vidriosos palos de ciruela, o a los ufanos árboles de mamoncillos, en donde le tocaba batirse contra los monos colorados. Conseguía zapotes, limones, mangos y guanábanas. La variedad de mangos era amplia: de rosa, bocado de la reina, de papaya, de piña, de canela, de zapote, de hilaza (o de puerco, el mejor, a pesar de lo común), de durazno, filipino, de piedra, de chancleta, número once y de azúcar.

Hermenegildo se alojaba y tomaba los alimentos en la casa de una hija de don Modesto Montenegro. Marta Montenegro y su esposo Felipe se dedicaban a producir panes integrales; había producción y productividad, aunque no sabían de dónde derivaba el concepto último. La tragedia de la pérdida de la finca se opacó con un drama familiar. Sus padres llegaron a la capital de la región, cargados de penas e ilusiones. Penas, a raíz de la violencia que destruía sin freno la vida comarcana. Ilusiones, por cuanto la capital era una ciudad industrial que ofrecía trabajo a los que llegaban. Atrás quedó la hermosa finca de su padre Modesto. Por sus mentes de hijos de Dios nunca pasó la idea o el pensamiento de que su hijo mayor fuera ultimado, y menos, por culpa de una jovencita, compañera de curso.

Los afanes del viernes en la tarde eran evidentes. La panadería rendía algunos resultados que permitían vivir con dignidad. Nehemías y su

hermanito estudiaban en el plantel cristiano, y en sus ratos libres ayudaban a sus padres en las faenas de la panadería. Se acercaban las horas santas del sábado, y estos padres fieles al Señor, fueron a comprar algunos productos para la casa, de tal forma que la despensa y la nevera tuvieran provisión. En uno de los almacenes de la colonia, adquirieron los alimentos, y se regresaron a pie. Una cuadra antes de llegar a su vivienda, sintieron unos disparos y vieron que varias personas corrían despavoridas, con el objeto de esconderse o resguardarse. Marta y su esposo aún no pensaban que en su casa había sucedido una tragedia.

El padre de Nehemías preguntó por lo que estaba pasando, y una dama le dijo que habían asesinado a un joven, dentro de su casa. Marta y su esposo apuraron el paso y llegaron a su morada. Nehemías estaba agonizando. Con la ayuda de varios vecinos lo llevaron a una clínica cercana, pero los disparos fueron fatales. Nehemías murió. El año anterior, llegó a la escuela cristiana una alumna muy agraciada. Varios jóvenes empezaron a fijarse en ella. Sus atractivos y forma de ser causaron una buena impresión en sus compañeros. Entabló relaciones especiales con un joven de octavo grado; sin embargo, Nehemías la visitó varias veces en la casa de los padres de ella, para fomentar la amistad y mostrarle valores cristianos, por cuanto la joven no era cristiana. El novio de la alumna se dio cuenta, ya que una noche llegó a visitar a su novia, y allí estaba Nehemías. El joven se ofuscó con su compañero Nehemías, y lo amenazó. Pero, Nehemías no creyó que el asunto se agravaría.

Este joven cristiano estaba solo en su casa, cuando escuchó los toques a la puerta. Alguien preguntó por Nehemías y dijo que eran amigos del colegio. Primero los toques fueron suaves, luego se hicieron fuertes. Dos jóvenes trataron de tumbar la puerta. Entonces la tía de Nehemías se llenó de temor y le dijo: "¡No abras! ¡No abras!". No obstante, Nehemías abrió la puerta y los saludó. De manera cobarde y aleve, uno de los jovencitos le dio tres disparos mortales. Sin la menor compasión, se embarcaron en su auto y desaparecieron. De nuevo, la familia debió cambiar de ciudad, por causa de la violencia, y se radicó en el centro de la República, donde las condiciones son mejores.

Volvamos a don Teodoro. Las exmujeres y la mujer de don Teodoro, así como sus hijastros e hijos, no dijeron nada al comienzo, como para que los enemigos no supieran qué había sido de la vida del hacendado. Pero, después de una semana, empezaron a preocuparse. Don Teodoro no había tenido tiempo de distribuir sus bienes. Y algunos de los herederos pensaban más en lo que les quedaría que en las condiciones de vida del viejo. Quisieron radiar un mensaje por la emisora, para decirles a los captores (si es que estaba en manos de enemigos) que le suministrasen leche de magnesia, en vista de que

padecía de úlceras. No se atrevieron. Don Teodoro había dejado a su última mujer, con la cual tuvo más de diez hijos, y se unió a una chola de dieciséis años. Era una chola gruesa y alentada. Se la llevó a vivir en una de las fincas que tenía el hombre. Y ella, la chola, le dio una linda nena.

Hermenegildo recogió medio bulto de mamoncillos, dulces y grandes. Como la lechera de Pombo, pensó que con el importe podría ir a buscar atención optométrica y oftalmológica. También recogió una docena de zapotes, tres guanábanas y un bulto de mangos de corazón. Mientras descansaba a la sombra de una bonga, sintió el movimiento de una persona. El sopor del mediodía lo agobiaba. Y no quería comerse un mango, aunque tuviese hambre. Es que en el país, aunque tengan palos de guayabas en el patio, prefieren el fresco de anilinas, o las aguas entintadas. Estaba medio recostado al árbol y había puesto unas hojas de palma, para estar más cómodo. Se levantó de su cama vegetal y se dirigió a la cueva tan conocida. A veces había tenido que guarecerse allí de la lluvia violenta.

Vio el sombrero alón de un hombre. Luego divisó un animal, era como un burro grande o un mulo. “Don Teodoro, don Teodoro, si es usted, compadre. No puedo creer lo que estoy viendo”.

“¿Y qué hace usted por aquí?”, preguntó Hermenegildo. “Descansando, lejos del bullicio”, respondió don Teodoro. Pero Hermenegildo no le creyó. Sin pérdida de tiempo ambos recogieron sus cachivaches y se marcharon hacia la finquita de Hermenegildo.

Los perros estaban echados en el fogón del suelo. No había movimiento de cucharas, ni de ollas, ni de calderos. Esto puso a don Teodoro mal, por lo que le dijo a Hermenegildo que se fuera al caserío y consiguiera vitualla, que él (el ganadero) compraría una gallina, así fue. Como a las tres de la tarde, el sancocho de gallina de patio estaba listo. La grasa le corría a don Teodoro por las comisuras de los labios. Esta vez no era sueño. El sancocho era real. No quedaron ni los huesos. Después fue al arroyo a lavarse las manos y la boca, y usó arena porque no tenía jabón. El olor a gallina no desapareció por completo. Hermenegildo le recomendó a su amigo que no saliera de la casa, mientras pasaba la agitación. Con curiosidad campechana le preguntó otras cosas. Después de varias semanas, don Teodoro decidió volver a su base. Allí la chola y la nena lo recibieron con júbilo casi inmortal, posteriormente se presentaron las otras exmujeres y todos se mezclaron en un abrazo cómplice por la llegada del señor. La chola les brindó chicha de maíz bien helada. Al cabo de unas horas, todos se dispersaron.

Ya en la intimidad tan añorada por el viejo y la moza, él le contó que había tenido que dormir como perro, acompañado por un can pulgoso y lleno

de garrapatas, para mayor desconsuelo. Era un perro flaco, flaquísimo, como la perrilla. Se le podían contar las costillas. El viejo le dijo además que la estera no lo ayudó en nada, en el suelo, y que habría sido mejor dormir en el piso de tierra, sin otra cosa. Le narró sus desventuras con los mosquitos. La nube de estos animalitos era descomunal, y como que percibieron que había gente nueva, con sangre distinta para chupar.

En otra región, Toribio había trabajado sin parar. Los años de dura labor le habían mostrado que aquel placer inicial del corte de la fruta verde, el banano, era cuento. Cada día regresaba a su casa con las manos manchadas, y al acariciar a su esposa, esta le decía: "Toribio, ve a lavarte esas manos. Yo así no me dejo tocar ni un ´deo´". Y el trabajador bananero tenía que obedecer la voz de su mujer. Por lo demás, Toribio advirtió que su futuro estaba en los grupos delictivos o en las empresas de seguridad. La labor del campo, como sujeto dependiente, a duras penas le daba para alimentar a su mujer y a sus siete hijos con arroz, café medio dulce, frijoles negros (caraotas) y plátano, este sí abundante, aunque a la larga aburría. Tanto, que los hijos, cuando veían los pedazos de la fruta, decían a una: "¿Otra ´vej´ plátano?". Estas palabras le dolían en el alma. Pero, más no podía.

Decidió entonces ingresar a un grupo delictivo. Las ventajas eran evidentes. Tendría ropa, comida buena, zapatos, atención médica, atención odontológica, atención psicológica, armas, educación (aunque no podría nunca llegar a ser médico, como lo había soñado), vivienda, etcétera. Esa era su decisión. Nadie pudo convencerlo de los riesgos. Ni siquiera su madre, una matrona negra, de brazos hercúleos y dentadura reluciente. Estaba Toribio (no don Toribio) en su casucha miserable de techo de palma y paredes de barro, cuando alguien llegó a la puerta. No le temía a la muerte, estaba tan acostumbrado a ver cadáveres en ese pueblo. Distinguió a su amigo de la infancia, Tiburcio:

- Compadre, está en la lista -, afirmó Tiburcio.

- No sea molesto, compadre, deje de fregar -, dijo con aire incrédulo Toribio.

- Compadre, esta vez es en serio. No estoy bromeando. Usted sabe que con estas cosas no se juega -, replicó Tiburcio.

- ¿Verdad que habla en serio? -, preguntó Toribio, ahora sí con preocupación. Y le pidió a su compadre que le jurara por lo más sagrado del mundo.

Y Tiburcio, llevándose el pulgar y el índice en forma de círculo a la boca, le juró que era verdad lo que le decía. De inmediato llamó a su mujer y le contó lo que pasaba. "¡Estoy en lista!". Ya la esposa sabía qué significaba esa

palabra, no requería aclaraciones particulares. Estaba en lista. A las diez de la noche, cuando se acababa el noticiero en el *lluvioso* televisor, Toribio salió de su casa, sin destino conocido. Cuando me mencionó el televisor, recordé que tuve que subirme en la troja de un camión prehistórico, dedicado a cargar bananos, para ir a un caserío a ver el partido final de un mundial de fútbol, entre Brasil e Italia. Tuve que intuir las jugadas de Pelé que concluyeron en goles de él o de otros. En el pueblo donde residía, no había televisor.

Los relámpagos le iluminaban el sendero angosto y solitario. Por su mente pasaron en sarta enrevesada las razones lógicas de las amenazas. “¿Serán los derechistas? ¿O los delincuentes, o tal vez la izquierda?”. Como gitano español, encaraba su expedición. Cuando pensaba en el lugar de destino, una idea le vino a la mente: podría establecerse mientras pasaba el sofoco, en La Loma, un paraje alejado de la civilización, con aguas permanentes, tierra rica, frutos abundantes y animales exóticos. Era una zona tan lejana que solo los aburridos de la vida se iban a ella. No obstante, desechó la idea. Tal vez alguien lo conocía y correría el riesgo de la delación. Pensó en otro lugar. Todavía el Estado no pagaba recompensas por las delaciones. Decidió encaminarse hacia un cerro. Después de doce horas de agotador viaje a pie, llegó a casa de una familia amable y hospitalaria. Ya había pasado la hora del almuerzo, pero, como era el tiempo de la cosecha de maíz, le prepararon una olla de mazamorra (no la que mató al burro que se comieron los goleros) con leche de coco y leche de vaca. La mazamorra se sirvió en una totuma. Además, le dieron arroz de coco que había quedado del almuerzo. Su panza adquirió su configuración normal nuevamente.

El *páter familias*, hombre bajito y curtido por los problemas de la vida, le dio trabajo inmediatamente. “¡Aquí es diciendo y haciendo!”. Toribio tenía la barriga llena de comida, no de mosto, el que tantas veces había tomado en su tierra. Rápidamente desaparecieron de su mente los argumentos que esgrimiría para decir que esa tarde no trabajaría. Sin ser psicólogo, captó lo que don Eleazar deseaba. Una rula de desmontar estaba serena en su vaina, colgada de un horcón. En este, los abejorros y cigarrones habían abierto conductos, y allí pernoctaban. El ronroneo a veces no dejaba dormir, y entonces se prendían hojas de un árbol llamado matarratón, con el fin de que el humo asfixiara los insectos. En el depósito de la sal para los animales, había una raída muda de ropa que podría quedarle bien a Toribio. Sin que hubiese siesta para que bajara el almuerzo, Toribio se midió la muda de ropa. No le importó que le quedase corta la camisa. Nunca les paraba bolas (ponía bolas) a las afirmaciones de los demás. Así que si le decían “¿Quién es el muerto”, no respondería nada.

Le tocó cortar la maleza contumaz de una sección de la finca de don Eleazar. Quiso preguntar por un matamalezas, pero se contuvo. Cuánto deseaba que cayese la tarde. Cuando sintió sed, fue al arroyo y bebió toda el agua que pudo, lujos que no se daba en su tierra. Y llegó la noche. Toribio supo que los familiares de sus anfitriones habían estado a punto de perecer en la noche anterior, a una legua de allí. Trabajó con seriedad, dispuesto a ganarse una platica que sirviese para comprar el *betamax* y un equipito de sonido láser. Al cabo de dos meses largos, retornó a su patria chica. La lista dejó de circular, como le indicó su esposa.

Trascurría el sábado, pesado por el bochorno del mediodía. Dos hombres llegaron a las dos de la tarde a la casa de don Teodoro. Y le pidieron dinero. Pasarían por este y por el campero que los llevaría a otro sitio, a las cuatro de la tarde. Visitó prontamente a sus amigos y les solicitó dinero prestado. No estaban abiertos los bancos, tampoco la Caja Agrícola. A pesar de que su fortuna era elevadísima, los gastos de la casa y las cuotas que debía dar a diversos grupos lo sacaron de casillas. Tuvo que dar a los sediciosos 200 dólares de cuota extra del mes, porque tenían muchas necesidades. Algo había que hacer. Lo visité en horas de la noche; a las siete y media llegó Alfonso, en el campero japonés; le dijo a su papá que los sujetos lo obligaron a llevarlos hasta un sitio muy remoto, con el riesgo de que las autoridades se dieran cuenta de que eran forajidos.

Seguía visitando sus haciendas. Y consideró que, si debía morir, que así fuera. La vida no le había deparado felicidad, sino frustraciones: por los hijos a quienes educó en colegios particulares (buenos, de verdad), por las hijas sin seriedad que se fueron con quienes primero les calentaron el oído, por el aumento de los insumos agrícolas, por el desamor de las mujeres y por la desfachatez de amigos y familiares, quienes le pedían prestado dinero y no le pagaban, “como si yo fuera el Banco del Estado Nacional”. Y por la muerte de una de ellas, en circunstancias que todavía son materia de investigación.

Uno de los problemas que yo afrontaba al andar a caballo era abrir las benditas puertas de golpe; por más que me lo enseñaron, no lo asimilé. Yo espoleaba con benevolencia al caballo, lo echaba hacia un lado, empujaba con mi brazo izquierdo la puerta, mientras mantenía las riendas en mi mano derecha, y *plof*, la puerta se regresaba y golpeaba al pobre animal en una de sus ancas. Después de varios hechos ridículos, empezaron a ayudarme para pasar bien. Los caminos atravesaban las fincas, y había que abrir las puertas.

Lidia trabajaba como profesora en una vereda que no tenía identidad en el mapa del Instituto Geográfico Marco Polo. Y los sábados iba al pueblo cercano, a tomar cursos de capacitación. Ya había dejado la iglesia cristiana en la que creció. Perdió el temor a Jehová. Siempre viajaba a caballo, lo conocía

muy bien. Nunca le había jugado una mala pasada. Más o menos como a la una de la tarde, de regreso a su caserío, el caballo se desbocó y se fue raudo hacia una puerta de golpe, que estaba abierta, en el camino obligado. Un alambre de púas estaba estirado de un lado a otro. Lidia no pudo sujetar al animal y se fue contra el alambre. Por el cuello, Lidia quedó enganchada con el alambre, sufrió lesión en la yugular y se desangró; unos minutos después pasaron unos viajeros, la vieron, la subieron a una yegua y la llevaron al poblado. En el puesto de salud no había ni una gasa. Ya estaba muerta. No se pudo hacer nada. Las hipótesis son variadas: que alguien hizo un disparo para asustar al animal, que los sediciosos pusieron el alambre, que tenía varios maestros enemigos porque ascendería en el escalafón docente, que pito, que flauta. Hasta hoy no se sabe la verdad.

El señor Rosendo (en camino hacia el don tan anhelado), llegó desde otra zona del departamento, cargado de deudas, tribulaciones e ilusiones. Había dejado a su familia en el pueblecito atrasado (casi en la ruta de la desaparición). Los burros se morían de pesar, y los muchachitos de desesperanza. Trabajó como jornalero en varias fincas y poco a poco fue ahorrando. Al final, compró una finquita de tres hectáreas y se dedicó a sembrar coco, yuca, papaya y algunas hortalizas. No todo era dicha. Su modesta finca colindaba con una de seis mil hectáreas, que llegaba hasta la orilla del río. Una alfombra verde deslumbraba al visitante. Los puercos gordos y monos, alimentados con comida importada de Europa, se metían en la finca de Rosendo, y dañaban todos los cultivos. Varias veces hizo el reclamo a los administradores, pero estos no prestaron atención. Después de varios meses de pujas y encontrones, el pez gordo se comió al flaco, y don Rosendo tuvo que abandonar la región.

El río se entristeció más todavía al ver y sentir los sufrimientos de sus hermanos. Sus aguas se intranquilizaron cuando por vez última los indios queridos de sus comarcas y riberas, montados en balsas, con sus animales, hijos, mujeres y alimentos, hicieron el postrer recorrido. Luego vino una etapa compleja: en el marco de los convenios suscritos entre la empresa y los aborígenes, se determinó que les pagarían 300 dólares al mes, como indemnización, por varios años. El dinero, la mercancía universal, comenzó a envilecerlos; se olvidaron de sus raíces, tomaban licor hasta embriagarse, buscaban o compraban pleitos, se metían en los burdeles y gastaban sin control el dinero.

El pueblo que los recibió, era un hervidero humano, por aquello de la presa. Llegaba gente de todas partes, como los técnicos, solteros o casados, ansiosos de mujeres; así que muchas indias se prostituyeron, ignorantes del sida o de otras ETS. Muchos nativos vendieron sus lotes o casas, situadas en

los siete asentamientos que se formaron. Sin un peso en el bolsillo, después de malgastar la plata, se convirtieron en vendedores ambulantes, de productos capitalistas o de artesanías que otros indios elaboraban con esmero o por necesidad. Otros se fueron a poblaciones más lejanas, a ciudades donde engrosaron las filas de los desempleados; hasta hoy se les ve pedir limosna. Es un cuadro triste. Las mujeres que desean conservar su tradición, se pintan con achiote sus barrigas y sus mejillas; las más adultas dejan traslucir su desencanto. Muchos hijos, cero pesos, hambre, desnudez, desnutrición infantil, necesidades. Es el drama de los indios sacados a la fuerza o con espejitos, de sus tierras, para dar paso al progreso. Son vivencias de "La Tierra del Olvido". La integración de elementos culturales ajenos deja una huella pérfida en los nativos. Y la difusión de los propios no se ve tanto. Los valores de la sociedad mestiza opacan a los valores de los indios. Mientras tanto, los puercos monos y los toros colorados siguen viviendo como reyes. La lista, las listas. Temibles. Formidables.

También en la jurisdicción del pueblo más importante de aquel lado del río, los delincuentes se movían sin limitación alguna. Portaban subametralladoras llenas de proyectiles de muerte. Andaban en carros lujosos, de vidrios polarizados. Y hablaban por celulares. Sus vestidos eran estrambóticos, así como sus joyas. No les faltaba la virgen. *Rambos* criollos, las excursiones se realizaban en la noche. Después de las siete de la noche, los caseríos y el pueblo principal parecían el cementerio de Macondo de comienzos del siglo XX. Nadie salía a la calle. Y el teatro permanecía cerrado. Ninguno osaba sentarse en su taburete, en la puerta, bien fuera para chismosear, bien fuera para recibir el fresco de la noche. Los teatros eran atrasados, como que las películas aún eran en blanco y negro. Y los asistentes debían llevar sus asientos o taburetes. Ahora la acción se veía en las propias calles. La gente se acostumbró a escuchar las detonaciones y las ráfagas producidas por las subametralladoras. Entre tres y diez cadáveres aparecían cada mañana en la región. Nadie daba razón de nada ni de nadie.

"Don Teodoro, don Teodoro, 'cuírese', 'cuírese', porque lo van a 'matá'", decía la negra que ayudaba en la casa. "Mire, nadie tiene 'ra' 'vira' 'comprara'". Pero, don Teodoro no atendía estas insinuaciones. Y salía a la calle sin portar siquiera un cortaúñas. Era tiempo de subienda. A pesar de las injusticias de los amigos y enemigos, el río les regalaba sus frutos a los lugareños. No le importaba la deforestación de sus riberas, ni le importaban las obras de la represa. Se olvidó de la erosión, de las talas indiscriminadas de árboles, de la quema de terrenos para las siembras. Las atarrayas salían llenas de un pescado típico y otros pescados. Sabía que, si se portaba mezquinamente, los

primeros en sufrir serían sus hermanos indígenas, ahora confinados más hacia el sur del departamento, adonde no quiere ir ni el diablo.

La finca está en un terreno envidiable. Es plana, tiene hierba buena (para el ganado, no para purgarse), cocoteros, palmeras ufanas, palos de papaya y de guayaba, un pozo de agua natural. El domingo había trascurrido medio en paz. Y los animales habían descansado. Las idas a las fincas se restringieron bastante. Los caballos, los mulos, las vacas y las aves de corral habían comido bien. A eso de las seis de la tarde, cuando ya el sol caía, don Teodoro decidió comerse una patilla. Era la época de esa deliciosa fruta. Las patillas estaban en sus matas. Voluminosas como la barriga de un burro hartado de maíz. Verdes como el color que antes representaba la esperanza. Y todos las imaginaban jugosas y dulces. No como las del patillero, que las vendía amarillentas y desabridas.

Con ritmo tranquilo, derivado del cansancio que producen setenta años de vida, tomó su machete amigo, el que usaba en sus faenas agrícolas, y se dirigió a una de las matas de patilla. Sandía, por si quieren ver el otro nombre. Las palmeras y cocoteros veían sin ver, y veían sin mirar. Una suave brisa refrescó el ambiente. La hierba sintió que la acunaban. Algunas papayuelas hawaianas se desprendieron de sus troncos, y fueron a dar a la boca de las aves de corral, despiertas aún. Ellas eran el reloj de los habitantes de la zona. Debido a la situación tensa, la gente se acostaba a la misma hora en que las gallinas lo hacían:

- Don Teodoro, ¿para dónde va? -, preguntó la chola.
- A comerme una patilla -, respondió el finquero.
- ¿Y ese milagro a qué se debe? -, interrogó de nuevo la mujer.
- Milagros que hacen los santos -, contestó en tono sacerdotal el marido.

La verdad era que este hombre, a pesar de estar rodeado por frutas, no las apetecía; solo el coco en el arroz. La chola no chistó. Podía ser nieta de don Teodoro:

- ¿Quiere un plato? -, interrogó la joven.
- ¡No! -, contestó secamente el señor.

Entre oscuro y claro:

- A este tipo me lo bajo yo esta noche. Si no, me quito el nombre -, dijo un hombre fornido. La noche había retornado de su viaje diario.

- ¡Seguro! ¡Así será! -, sostuvo el otro. Con armas, eran los tipos más valientes de la tierra. Remachos. Pero, sin ellas, eran como las más cobardes gallinas. Alistaron sus pistolas y se fueron de la casa rudimentaria. Iban

camino a la vivienda de Toribio. Este siempre había presentado la muerte, y la había oído. Que no lo destruyeran antes había sido chiripa.

Con fuerza sansónica los dos hombres derribaron el endeble remedo de puerta y entraron altivos a la vivienda. “¿Aquí es donde vive Toribio Aguaslimpias?”. La mujer se levantó de su taburete, presintiendo lo peor. Los hijos escucharon el vozarrón de uno de los intrusos, y comenzaron a llorar. “Tengo una lista”, agregó el matón. Toribio había llegado temprano, y se puso su pantaloneta marcada con el nombre de una conocida cerveza, pues un jugador de cierto equipo profesional, jugador de esa región, le había regalado el uniforme. Las empresas cerveceras patrocinaban el deporte del balompié. Como un tigre despavorido saltó de su vieja cama de hierro, voló por la ventana que daba al patio abierto y se coló por debajo de la cerca de alambre de púas.

El hombre que no había hablado, sintió el ruido que hizo Toribio en su loca huida. Y salió al patio por otra ruta, alistó su pistola e hizo dos disparos. “¡Lo maté!”, exclamó con satisfacción demoníaca. Cuando oyó los disparos, su amigo salió a ver. Y los dos buscaron en el patio. Pero, no había cadáver. “¡Maldita sea! Este hombre se nos fue”, dijo airado el que disparó. “Pero, la próxima no se me escapa. Me quito el nombre si no lo bajo”. Pálido como el que más, corrió y corrió, sin importarle las cercas, ni la boñiga de vaca que encontró a su paso. Y se perdió en la oscuridad.

“Ma’, tete, ma’, teta”, balbuceaba la nena. Y la madre corrió a darle el alimento. En vista de que la regordeta no se llenaba, y seguía pidiendo, la cholita le preparó prestamente una colada o mazamorra de fécula de plátano verde que tenía guardada para darle a la nena. Esta colada era rica: con leche entera de vaca y canela. Ya la sangre de las aves de corral sacrificadas en las ramas arbóreas, en los meses de diciembre y enero, con ocasión de las fiestas, había desaparecido. Varias decenas de gallos, patos, pavos, pollos y gallinas encontraron la muerte, degollados. Era casi otro ritual: perseguir al aterrizado animal, ponerle los perros, llevar el cuchillo carnicero en una mano, tomar el animal y colgarlo con una pita en uno de los palos de guayaba. Cortar la vena principal del pescuezo y ver cómo la sangre salpica la hierba. Después, meter el cuerpo tibio en agua hirviente, desplumarlo, y lo demás.

Los palos habían sido testigos y cómplices de las muertes de muchos animales, con motivo de las fiestas de diverso carácter. Don Teodoro no sabía que había comido su última gallina en enero, cuando la fiesta de los Reyes Magos. Dos hombres, a caballo, habían salido a las cinco y treinta de la tarde, de una finca cercana al pueblo de don Teodoro. En briosos caballos se despidieron de sus mujeres sin apearse. Iban armados, con sombreros fabricados por los indígenas. Su plan era definido. Los caminos en esos días

del comienzo del año estaban polvorientos, tanto que el simple hablar levantaba una tormenta de polvo. Se perdieron a lo lejos.

Sin pensar en las veces que le tocaría levantarse a orinar, el hacendado se comió la patilla. Con tanta dedicación y ansias que hasta parte de la cáscara se engulló. Como nunca lo había hecho. No era dado a comer patilla, ni otras frutas, por mucho que los médicos, teguas o curanderos le recomendaran un régimen mejor para contener el mal de sus úlceras. Extraño. Sin saber de alquimia macondiana ni de química del carbono, decía que no se debía dejar esta fruta expuesta al aire, una vez partida. El viejo comiendo patilla. Material bruto para los agoreros. Además, creía que el arsénico de la patilla reaccionaba con las pastillas, o con el oxígeno del aire.

La noche sentó sus reales. Antes de llegar a la finca casi rural de don Teodoro, los dos jinetes se pusieron unos trapos rojos en sus caras. Apuraron el paso, espoleando inicuamente sus bestias. Estas conocieron la clase de jinetes que llevaban y obedecieron ciegamente. Ya el señor se había lavado sus manos y se las había secado con un pedazo de trapo que colgaba de un horcón anciano y agujereado por los hambrientos cigarrones. La chola arrullaba a su nenita, con ganas de pegarle unas nalgadas porque no se quería dormir. Sin hacer ruido, los sujetos llegaron al sitio. Dejaron sus caballos a unos cinco metros de la finca. Y se presentaron:

- ¿Aquí es donde vive [hubo una pausa para mirar el papel amarillo de cuaderno] don Teodoro Simancas? -, preguntó el jefe del micro grupo. Estaba seguro, le había seguido los pasos, no existía otro lugar. La cholita empezó a temblar. Los latidos locos de su corazón se advertían por encima de su tenue franela que, a manera de blusa llevaba a esa hora, casi lista para irse a la cama. El otro visitante preguntó: "¿Él está?"

En otro lugar, Hermenegildo recordó cómo había perdido su ojo: el vidrio del fondo de la botella rebotó como una pelotica de caucho, de esas con las que había jugado tantas veces, y llegó hasta uno de sus ojos. "¡Mala suerte!". No fue una bala, ni fue una granada, ni fue una mina antipersonal. Sufrió episodios depresivos con frecuencia, por lo que acudía donde el yerbatero, quien le recetaba tomas de valeriana con canela.

Millones de personas en el mundo entero centraban sus esperanzas de recuperación económica en los juegos de azar. Y era posible que se volvieran adictas a tales juegos. Los casinos se llenaban de gente desesperada, y las loterías tenían más y más demanda. El señor Modesto Montenegro era un fiel miembro de una iglesia protestante. Trabajaba con empeño y seriedad en la agricultura, especialmente en cultivos de arroz. A pesar de ello, las plagas y las inundaciones inesperadas le causaban ciertos trastornos como el aumento

de las deudas con sus acreedores. El año pasaba en forma rápida y no veía solución. El banco que le prestó el dinero para una cosecha de arroz, no lo dejaba tranquilo. Después de cavilar y cavilar, puso el asunto en manos de Dios, y le dijo en oración: “Señor: Tú sabes cómo estoy con las deudas. ¿Por qué no me permites ganarme la lotería para pagar lo que debo? Revélame el número de la lotería que ganará en la próxima semana. No importa que no me quede un peso más”. Hizo las cuentas precisas: el dinero del Banco Agrícola, la plata que le facilitó el pastor del distrito, y el préstamo para los insumos y la semilla. Calculada esta deuda, agregó el diezmo.

El martes muy temprano, se dirigió hacia el parque principal de la localidad. Vio a uno de los loteros y le pidió un pedazo de lotería con el número que *Dios le había revelado en la madrugada*. Trabajó en la plantación de arroz todo el día, y sin contarle nada a su familia, a las nueve de la noche encendió su radiecito portátil y sintonizó la emisora predilecta que informaba del sorteo de la lotería departamental.

El hombre seguía orando con fe: “Señor: Dame nada más lo que necesito para saldar mis deudas y para tu diezmo. ¡Amén!”. Se verificó el sorteo, y el locutor dio las cuatro cifras del número ganador. Efectivamente, el señor Modesto se había ganado uno de los premios, por el valor exacto. Llamó a su mujer y le contó lo sucedido; luego se comunicó por teléfono con el pastor del distrito y le dijo lo mismo. El miércoles narró esa historia en su iglesia, y muchos quedaron confundidos: “¿Es obra de Satanás o de Dios?”, se preguntaron varios feligreses.

Unos años después, en otra zona de la Nación, una señora dedicada al comercio, amiga de don Modesto, estaba en aprietos financieros. Los negocios iban muy mal, a pesar de que era una persona consagrada a Dios. No podía entender las razones de sus fracasos. Acosada por los compromisos económicos y desesperada hasta el límite, le oró a Dios varias veces, en solicitud de ayuda. Esta señora fue abordada por un amigo del comercio local, quien le sugirió que entre los dos compraran un billete de lotería, *para salir de pobres*. La matrona pensó en sus principios, en su trayectoria en la iglesia cristiana y en sus problemas. Sin dar más vueltas, acogió la sugerencia del amigo, y le pidió al Señor en oración fervorosa que le revelara el número ganador del premio gordo.

Cuenta la señora “que Dios fue propicio y le dio en un sueño el dato tan esperado”. Entonces se encaminó hacia el negocio del amigo y le recomendó que comprara el número que ella recibió en sueños. Este hombre así lo hizo. Llegó el tan anhelado día del sorteo. La expectativa se incrementaba. Los nervios estaban tensos. Unos minutos antes que empezaran a moverse las ruedas de la fortuna, la señora le prometió a Dios el diezmo, el presupuesto

mixto y una ofrenda especial para construir el templo. El locutor de la emisora de la capital narró el sorteo con solemne responsabilidad, pues esto era parte del *aggiornamento*. El premio mayor del sorteo extraordinario cayó en el pueblo de la dama, y esta y su amigo se lo ganaron. ¡Qué tremenda algarabía generó esta noticia! La señora le dio gracias a Dios con todo su corazón, lo alabó y lo bendijo. Ahora sí podía salir de sus deudas elevadas, darle a Dios lo que le pertenecía, ofrendar por aparte y contribuir a la construcción del templo para adorar a Jehová.

En el próximo servicio de la iglesia dio su testimonio. Los directivos de la iglesia regional objetaron el diezmo y la ofrenda adicional, con base en los principios de Dios, y le dijeron que, si deseaba ayudar en la edificación del templo, lo hiciera. La hermana conocía que Dios no tolera los juegos de azar. ¿De dónde provino la bendición: del Señor o del diablo? Una pregunta para reflexionar. ¿Cómo se conoció el número ganador? Sabido es que unos años después, en la Nación se generó la noticia de que amañaban las ruedas de la fortuna, y salían los números predichos.

Modesto sufrió los efectos de la violencia. El terreno de doce hectáreas era bonito y fértil. Lo consiguió a punta de esfuerzo y trabajo fuerte. Pero, llegaron los violentos y lo ocuparon. Entonces, tuvo que salir con su familia, con lo que tenían puesto, y se encaminaron hacia la capital provincial, llenos de susto y carentes de dinero; imploraron la caridad eclesiástica, viajaron a una capital regional y se establecieron allí.

La mañana con claridad veraniega tomó a la región. Y la esposa de Toribio aprovechó la luz natural para ir al patio. Había un espantapájaros traspasado por balas. En él afinó su puntería uno de los matones. Días atrás, a Tomasito, uno de los hijos de Toribio, se le ocurrió ir a coger mamoncillos, y vio ese espantapájaros en el arrozal. Decidió tomarlo para asustar a sus hermanitos y amiguitos. “Oigan, Toribio se salvó fue de milagro, no era su día”, dijo con aire solemne su mujer.

Gelasio, un gitano criollo, decidió irse de su tierra a otro lugar, en busca de un mejor estar. Salió con unos turcos, o sea, verdaderamente árabes. Aunque él no es turco ni árabe. Trabajó en una fábrica que quebró. Y se trasladó a otro sitio. Después emigró hacia la zona alta. Y pasó como turista en la finca de la inundación. El hombre cargaba su mochila, donde llevaba una hamaca que tenía el mapa del país dibujado por las tantas orinadas que le dio uno de sus once hermanitos. Quería hacer algo y logró caer en el saco del magisterio, aunque no había terminado el octavo grado. Se escapó de la creciente y se fue a buscar tierra. Lo llamaban el *Sietemuejtes*. En su deambular tropezó con un villorrio alejado del mundo de la apertura. Y allí se

presentó una lluviosa tarde como profesor de primaria. Todo el mundo se creyó el cuento, por lo que el hombre comenzó a trabajar:

- Compadre Pedro: a mí me late que ese tipo no es ningún profesor -, le comentó don Andrés a su compadre Pedro. Y este dijo:

- No tiene pinta de maestro.

Cuando llegó el fin del mes, los padres y madres de familia, acudientes, tutores, representantes y mentores, y otros miembros de la comunidad, se presentaron a la casita donde vivía el profesor, y le entregaron gajos de guineo verde y de plátano, unas gallinas gordas, varios quesos y hasta una linterna eléctrica. El hombre se contentó mucho. Sus faenas iban desde las ocho de la mañana hasta las cinco de la tarde, con un breve receso para el almuerzo. Una noche mientras se alistaba para dormir, se presentó una de las madres: "¡Profesor! ¡Profesor! ¡Levántese, que por ahí vienen unos hombres ´armaos´! Y preguntaron por ´usté´", dijo la comadre. No tuvo tiempo de estrenar su linterna y presuroso saltó de su hamaca en unos calzoncillos de popelina.

Pasaba otro día algo sofocante. La tensión se había desvanecido un tanto. Don Alonso regresó de una de sus fincas al poblado, antes del mediodía. Saludó a su mujer con un beso y le preguntó cómo estaban las cosas. Todo seguía igual. A la una de la tarde se dirigió a la Caja Agrícola a sacar un dinero. Antes de doblar la esquina, un compadre lo llamó y le dijo: "Compadre Alonso, óigame bien lo que le voy a decir". Don Alonso se asustó bastante. Su tez antes rosada, cambió de color. Tomó el matiz amarillento del queso viejo, como las moles de este producto, que tenía depositadas a la espera de traslado hacia otros lugares. Enseguida recordó que su hermano Teodoro había aparecido en lista y debió asilarse en la cueva, cerca de los predios de Hermenegildo. Con temor fundado y presteza imperativa regresó a su casa, habló con su mujer y con sus hijos menores: "¡Nos tenemos que ir!", y no dio explicaciones. Era hombre de pocas palabras. A la una de la tarde, nada más con la ropa que tenían puesta, salieron con rumbo desconocido, pues no debían dejar datos que ayudasen a los enemigos.

Supimos que se fueron cual gitanos hacia una capital provincial, en la que se ubicaron con el mayor sigilo. Un familiar les dio alojamiento. En vista de que tenía dinero en un banco, adquirió una casa. No obstante, el cambio los golpeó a todos. Debían tomar buses urbanos, de los cuales tenían que bajarse a las carreras, porque los choferes sordos por la música que pasaba por los radiecitos, no paraban de verdad, y los menos diestros o los inmigrantes podían caerse. Alonso y su familia estaban acostumbrados al corcoveo de los mulos o de los caballos. Los taxistas aprovechaban la

ingenuidad de los campesinos, y como no hubo autoridad humana ni divina que obligara a poner taxímetros, hacían de las suyas con los recién llegados, y aun con los residentes.

El pan infalible era embadurnado de mantequilla de tienda, algo adulterada; y reemplazó al plátano, guineo, ñame, arroz de coco y yuca. Las sopas claras de hueso blanco no les satisfacían; en cambio, las que ellos tomaban en el monte eran espesas. Los jugos de frutas, naturales, dieron paso a los frescos de abundante anilina. La ropa de ciudad no les caía bien, y el modo de hablar de los ciudadanos era distinto, aparte de que se esforzaban estos por hablar refinado. Los recién llegados golpeaban al hablar. Unos meses después, don Alonso compró una tienda, para superar el aburrimiento. Siempre, menos el sábado, se levantaba en la madrugada y realizaba su trabajo con ahínco. Tumbaba monte, sembraba maíz, cosechaba plátano, marcaba ganado, levantaba establos y realizaba otras tareas. Sin tener idea de la administración de Fayol, empezaron a comer de la tienda, sin calcular las erogaciones que estos alimentos representaban, y la tienda comenzó a decaer. Claro, comían, pero no reponían el surtido.

Vendió la tienda, y después compró una tierrita al sur de la provincia. La parcela no tenía agua suficiente, en vista de lo cual debían llevarla de otros lugares. Los cultivos se marchitaron y las reses se pusieron flacas. Invertió en unas obras de conducción de agua, pero, no recuperó la plata. La finca seguía decayendo. Al final, la vendió a un precio bajo, antes que lo perdiera todo. Surgieron las fricciones por la falta de plata, el hacinamiento y la mala alimentación en la ciudad, y la pérdida de las fincas y casas de la zona de origen. En resumidas cuentas, la economía y la vida social de la familia se acabaron. Rumiaban sus penas, indignados por el infortunio, maldiciendo su destino y amargados.

Cerca del poblado de don Teodoro:

- Necesitamos hablar con don Teodoro -, le dijo uno de los jinetes desmontados a la joven chola.

- ¿Para qué sería? -, interrogó asustada la mujer, quien tenía a la nena en sus brazos.

- Es con él el asunto -, sentenció ya con rostro descompuesto el interlocutor. Y el otro acompañante habló así:

- Sabemos que ustedes tienen aquí una plata de la venta de un ganado.

- No -, respondió la dama.

- No nos mientas, porque te puede ir mal -, agregó enojado.

Los hombres lucieron serenos, pero, ante la negativa de la chola se empezaron a descomponer. El que parecía ser el jefe, afirmó:

- Ustedes tienen aquí la plata de unas joyas que vendieron, ¿no es verdad?

- No, nosotros no hemos vendido nada -, replicó temblorosa la joven. Don Teodoro, acostumbrado a esos episodios, salió de la cocina y se presentó ante los visitantes, simulando valor:

- Vete 'pa' 'entro', 'piazo' 'e' 'mujé', que esto no es contigo -, vociferó el jefe. Y le dio un empujón tan fuerte que la indefensa chola supo a qué sabía la tierra de ese sitio.

Don Teodoro presintió lo peor:

- No pidan auxilio, que no les pasará nada -, añadió el subordinado. Y la chola se encerró en su pieza a llorar. Pero, se asomó por la hendidura que dejan las tablas de madera, para mirar. Los tres hombres siguieron discutiendo. Y don Teodoro les dijo que él no había vendido ganado en esos días, que no acostumbraba las joyas y les pidió que buscaran en toda la casa. En efecto, el hombre sumiso de la dupla entró a la casa a buscar en todos los recovecos. Y no encontró nada. Los hombres se ensoberbecieron más. El directivo llamó a don Teodoro aparte, y cerca de un palo de coco se ubicaron. Sacó un machete ancho. Los caballos estaban nerviosos. Y daban resoplidos que casi se oían en las primeras casas de la población. Sin embargo, todo el mundo veía una serie de televisión. El ruido de la parranda impedía advertir lo que sucedía en otros patios o en otras casas.

No era la parranda del día domingo, sino la que se pasaba en la telenovela. Una de las hijas de don Teodoro, producto de su primera unión (la de Teodoro), rumiaba sus penas en un apartado paraje. En forma meteórica, habían hecho plata, y todo el mundo se preguntaba las razones. Otro Rafael llegó a una de las haciendas de don Teodoro, su suegro, pálido y enjuto. Lo seguían su mujer y sus dos hijitos. Llegaron como inmigrantes tras recorrer cientos de kilómetros en buses de palo, a una de las poblaciones más grandes, con un baúl del mismo material, heredado por Rafael de su tatarabuelo. Allí iba todo el menaje. Poco a poco la situación cambió porque encontró trabajo con el suegro. Y se ubicaron en una finca bonita, localizada en una pequeña llanura rodeada por colinas. Las aguas mansas de dos quebradas bañan sus predios. Los alimentos abundantes, de todo tipo, llenaron las barrigas semivacías de los recién llegados. El queso, la leche, la mantequilla, los pavos, las gallinas, la yuca, la batata, el plátano y el maíz eran comida frecuente. A los dos meses, Rafael era un tanque, y el mismo camino seguía Rafaelito.

Todas las noches se sentaban en la puerta para espantar el tedio y los mosquitos. Y veían cuando pasaban por el camino algunos hombres del monte. Para que no los tuvieran por chismosos, se iban a dormir. El humo que desprendían las plantas de matarratón quemadas producía náuseas, como que la mujer se había excedido en la porción de hojas. El matarratón (*Gliricidia sepium*) también lo usaban para alimentar el ganado. Tun, tun, tun. Alguien tocó a la puerta. Tum... tum... tum. Los golpes fueron más fuertes. Un hombre fornido los despertó a todos. Menos a los perros temibles. “¿Don Rafael está?”, le preguntó a Gabino, un buen hombre que descuajó selva y montañas como peón de don Teodoro.

Rafael escuchó las voces, y sin que diera tiempo a los intrusos, se salió por la puerta que da a la cocina, cruzó la quebrada de atrás, sin necesidad de nadar, y subió en calzoncillos una cuesta que tenía un remedo de camino. Con el corazón en la boca llegó a San Pascual o “Pueblo Mico”, nombre este que le pusieron porque los primeros pobladores se robaban las cosechas de maíz que don Teodoro tenía.

Otro asunto. El director de la *orquesta*, con solemnidad digna de compasión, veía ayudado con su linterna de mano, los nombres garabateados que aparecían en una lista. Rafael Ochoa, sindicado de robo de ganado. Sin que don Teodoro opusiera resistencia, se acercó al palo de coco. El hombre jefe le dijo que entregara el dinero y las joyas. Don Teodoro le dijo que no había nada de eso allí, que hiciera con él lo que le diera la gana. Este campesino era muy valiente, y serio en sus cosas. Corría el año 1980. A Martiniano lo mandaron para el Alto Zenú. Su condición de célibe, su capacidad piagetiana de acomodación y asimilación y otras cualidades hacían que fuera el comodín de la organización; así que lo mandaban doquiera hubiese necesidad.

Apenas llegó, Martiniano le puso el ojo a la hija mayor del matrimonio de Teodoro con Nemesia. En verdad, era una muchacha agraciada y jovial. Criada en el monte, acostumbrada a sacar el coco enterito, a machete, y a quitarle la corteza sin dañarse un dedo. Luego lo partía en mitades pitagóricamente iguales, y aparaba el agua en una totuma grande. Además, pilaba sola los mazos de arroz, o a veces se ponía con alguna de sus hermanas, a dos manos. Era increíble la destreza de Felisa. También herraba reses con el hierro de su papá; sembraba maíz, recogía yuca con fuerza titánica; ordeñaba vacas; rallaba tres o cuatro cocos para la cena; y otras acciones como enlazar novillos indóciles.

Un día, Martiniano y Felisa se pusieron de acuerdo para encontrarse en la noche, en un recoveco de la finca, para hablar con libertad. Teodoro era celoso con sus hijas, así como lo era con sus animales y cultivos, y con su

plata. A eso de las nueve y media de la noche, cuando la oscuridad era el cómplice descarado, se encontraron cerca de Cabuyal. El único peligro eran las serpientes; no había bandidos, no había tigres ya. Pero, don Teodoro no era bobo. Alguna corazonada lo sacó de la cama, en la forma como a veces le sucedía cuando se imaginaba que en San Pascual le estaban robando el maíz, o que, en el corral del lomo de la montaña, entre su finca y la de su hermano Alonso, los cuatreros se estaban robando el ganado. Se levantaba en calzoncillos, agarraba su rula Águila Corneta y cogía el mulo que estuviera más a la mano, para ir a ver qué pasaba, No, no pasaba nada.

Agarró un foco de mano, y con el mayor sigilo del planeta, se fue caminando en busca de los pícaros. Estos estaban besuqueándose y agarrándose, cuando se dieron cuenta de la presencia del papá de Felisa. Martiniano se fue corriendo al ver que su potencial suegro llevaba en la mano una rula que brillaba algo con la modestísima luz del foco. “¡Espérame, so maldito!, ¡cobarde! ¿crees que te vas a burlar de mi hija y de mí? Y tú, ‘piazó’ ‘e’ ‘pelá’, mañana mismo te mando ‘pa’ otra ‘pajte’”. Este hombre estaba pálido y bravo. Y Martiniano se fue de su alcance. Don Teodoro agregó: “¡Espérame, si eres tan macho!”. Agarró a su hija por el pelo y se la llevó a empellones para la casa.

Martiniano tuvo que dormir, *asilado*, en la casa del hijo mayor de don Teodoro; este joven sabía cómo era su papá cuando lo hacían enojar. No obstante, cuando Felisa tuvo unos devaneos con el profesor, que desembocaron en una hija bonita, perdió todo reato moral y llegó a querer a su nieta. Tanto, que la adoptó como hija. Nunca pensó Felisa que el asunto llegara hasta el extremo de dejarse embarazar de un maestro que era correcto, buena persona. Felisa le decía *El Santo*.

Martiniano estuvo en un pueblo situado en las montañas periféricas del país, de paseo o vacación. Allí se enamoró de una mestiza, hija de un rico de la comarca. Un buen día, se fueron de paseo a la finca de don Artemio Armenteros, llamada La Vanagloria. Después de recorrer una vía asfaltada, tomaron el camino de 800 metros, y se bajaron voluntariamente. En este mismo tramo, varios años después, comenzaron las malas acciones de grupos al margen de la ley. Paraban vehículos de todo tipo y obligaban a sus conductores a meterse por esa vía mala. Entonces robaban dinero, relojes, equipajes, cargas de camiones, etc., y violaban a las mujeres. Muchas veces incendiaron los carros.

Iban unas 25 personas desprevenidas y alegres. Varias veces pasamos por las vías citadas. Recuerdo que Artemio me llamaba en las madrugadas de sábado o de cualquier otro día: “¡William! ¡William! ¡Levántate! ¡Acompáñame a la finca!”. “¿Por qué, Artemio?”, le decía. “Creo que se están robando el

ganado”, me respondía. Y nos íbamos en uno de sus tres carros. Los administradores de la finca se asustaban cuando sentían el ruido del vehículo, pero, todavía la comarca era sana. Una vez, varios amigos, entre ellos el maestro, se presentaron en la finca. Fueron recibidos por el capataz, quien le dio orden a su mujer de que preparara un jugo de naranja puro; con la sumisión de mujer latina, lo hizo, y dio en totumas a los visitantes; por supuesto, estaba caliente. Pero, delicioso. Los paseantes vieron las reses gordas, las gallinas ponedoras, los naranjales y otras cosas interesantes de la finca. Varios montaron a caballo. A eso de las diez de la mañana, cuando ya el sol apretaba, se fueron al arroyo, donde hay una poza agradable.

Se quitaron las ropas deportivas y quedaron en vestidos de baño. Varios se lanzaron con afán, pero doña Blasina se quedó en un arenal, observando a los bañistas. En el grupo estaba un tal Herman Reyes, interiorano, quien entabló relaciones con Solbeira, pero ella no obtuvo permiso de la matrona en cuya casa hacía los oficios. Martiniano estaba de novio con Nidia. No le gustaba Herman, decía que era picaflor. Su hipótesis se basaba en lo siguiente: una vez, mientras iban camino hacia otra finca de Artemio, llamada Pintada, debido a la incomodidad de los bolsos con las cosas personales, decidieron coger una vara liviana y fuerte para poner los equipajes y llevarlos entre dos hombres; luego otros dos, y así de lo demás.

Martiniano le pidió con rabia el bolso a Nidia, pues ella había tratado de dárselo a Herman; entonces le dijo enfadado: “¡No me gusta que le hables a ese tipo! Te prohíbo que le hables a ese calvo”. Nidia entendió y no lo trató más. Las aguas estaban deliciosas, frescas. Herman, Martiniano, Nidia y otros estaban contentos. Nidia se paró, el agua le daba por el pecho. Herman se hundió, y Martiniano presintió que este sujeto iba a agarrar a Nidia por las piernas. Entonces Martiniano, mientras Herman nadaba por debajo, se interpuso, abrió sus piernas como un compás pitagórico y apenas Herman lo tocó, creyendo que era Nidia, Martiniano cerró sus piernas; Herman pasó la cabeza, pero su cuello quedó comprimido por Martiniano; empezó a patallar con desespero, se estaba ahogando. Blasina y otros vieron que Herman no salía y que Martiniano estaba enojado. “¡Algo está pasando!”, exclamó Blasina. “¡Suéltalo! ¡Suéltalo!”, dijo con susto otra mujer. La superficie del pozo se rizó con las tenues olas que levantaron las piernas de Herman, quien salió a flote, pálido y jadeante. ¡El susto había sido horrible! Martiniano le dijo a Herman: “¡Te iba a ahogar! ¡Con Nidia no te metas, porque te va mal!”. El paseo se dañó por este incidente desagradable entre cristianos. A Nidia no le gustó esta salida de Martiniano y preparó su desquite.

Una tarde, Martiniano fue a la casa de Nidia, porque Mahalet necesitaba una operación de un uñero. Martiniano se las daba de médico naturista,

Mama tayrona, yerbatero, fisioterapeuta, kinesiólogo, médico deportólogo, tegua, mecánico dental y otras cosas. Así que le hizo la operación a Mahalet. Nidia le dijo: "Mi amor, te espero esta noche". El joven se excusó diciendo que tenía una cita especial. Nidia no le creyó. Martiniano le dijo a una de sus amigas, que se vieran en la noche, a las ocho, en la casa de la fábrica de manteca de Artemio, para estudiar un libro que versaba sobre la dirección del niño.

Más o menos a las ocho y media de esa noche, Nidia llegó a otra casa de Artemio. Saludó y luego preguntó: "¿Aquí está Martiniano?". "No", contestó Isabella. El semblante le cambió y se fue a la fábrica de manteca. La puerta de la casa estaba abierta. Martiniano no sospechaba que su novia iría. Enojada, Nidia irrumpió en la sala, y dijo: "¿Conque esas tenemos? ¿Esta era la cita importante? ¡Descarado! ¡Vacilador! ¿Por qué me haces esto?", y prorrumpió en llanto. "¡No quiero saber más nada de ti!", agregó zapateando el piso con unas botas de montar que su papá, un ganadero, le había comprado en España. Nidia miró con desolación los dos ejemplares de *La conducción del infante*, que los jóvenes habían esgrimido como argumento para encontrarse y hablar, o que mostraron como escudo de sus reuniones a escondidas de Nidia.

En la sala de esta vivienda-fábrica, estaban Eliezer y Amada, simulando que estudiaban *El hogar cristiano*, de una autora estadounidense. Y en el comedor, Martiniano y Ninfa, en la misma simulación. ¡Mentiras! Estaban, como novios, o en proyecto de serlo, conversando de otras cosas, aunque tenían los libros en las manos. No habían pasado, que yo sepa, a los besos ni a las caricias. Nidia tiró la puerta con rabia, y sus goznes se desprendieron. "¡Qué mujer maleducada!", exclamó Amada con ira, mientras Martiniano, que gustaba de Amada, palidecía cual envuelto de yuca del Caribe. A pesar de este problema, la relación no terminó. Por varios años estuvieron de novios, y hasta hicieron planes de casarse; sin embargo, por falta de un documento de nacimiento, no lo hicieron. Fue cuando Martiniano desapareció del mapa.

En otro medio geográfico. El hombre, sin escrúpulo alguno, empujó a don Teodoro, le arrimó la cabeza al árbol, y por el lado derecho del cuello le dio el primer machetazo. La cabeza quedó casi separada del tronco. La mujer se desmayó y la nena cayó pesadamente. Con una frialdad espantosa, el otro sujeto aguantó la cabeza del casi muerto, y la acomodó en el árbol para asestarle un segundo machetazo. Así lo hizo. La cabeza rodó por el suelo y el tronco humano se fue al piso. La sangre caliente salpicó la tierra y la hierba. Sin limpiarse las manos, entraron a la casa y llamaron a la chola, quien ya había vuelto en sí, para decirle que antes de media hora no podía salir de allí, y que, si lo hacía, no responderían ellos por su vida ni por la de su hijita.

Rápidamente, los hombres tomaron el camino y se montaron en sus caballos. Eran casi las siete de la noche.

El 1 de marzo de 1990, entró una llamada: “¡William, William, mataron a mi papá!”, dijo uno de los hijos del recién ultimado. Y agregó: “Dígales a su papá y a su mamá que vengan con usted a la celebración de las nueve noches. Yo les pago todos los gastos”. “Sí, hablaré con ellos”, le dije. Sentí miedo. Pero, llamé a mis padres y les informé. En efecto, viajamos a la población. El culto se realizó con el objetivo de llevar un poco de esperanza a los familiares no cristianos. Había zozobra. Los sobrevivientes avisaron a las autoridades, para que vigilaran en los alrededores de la rústica casa. En la tarde, unas pocas horas antes del servicio religioso, dos hombres morenos pasaron frente a la casa de don Teodoro. Preguntaron por Sofonías. Unas vecinas que descubrieron las armas de los forajidos, mandaron a una niña de nueve años para avisarle a Sofonías, quien de inmediato se voló por unas cercas humildes, y fue a parar a la casa de su hermano Ramiro, quien a la sazón vivía en el poblado. Esa noche, fue al lugar del culto, armado y temeroso de la vuelta de los bandidos.

El servicio terminó a las nueve y todos se fueron a sus casas; nosotros volvimos a la vivienda de Ramiro. Yo no dormí mucho, quizás unas dos o tres horas. Cada vez que pasaban caballos, mulos o burros, me despertaba sobresaltado. ¡Cuán distinta era la noche! Años atrás, dormía placenteramente en esos pueblos. Mis padres pasaron cuatro días. Mi papá me dijo que todos estaban intranquilos. Pero, no hubo más violencia. Semanas más tarde supe que los dos sujetos armados buscaban a Sofonías para asesinarlo, y cortar la posibilidad de investigaciones atinentes a la muerte de su papá. Todavía no se sabe quiénes fueron los autores. Don Teodoro, otro juzgado y vencido *a priori*. Don Teo no se imaginó que unos años más tarde, por el mismo camino que recorrió a lomo de bestia o a pie, un líder comunitario, amigo suyo, aunque de menos edad, iba a ser asesinado por negarse a cumplir una orden y por no dejarse secuestrar.

Las constantes refriegas entre grupos enemigos, los secuestros y la oleada de muertes produjeron una desbandada humana en la región. Un hombre trabajador y honesto decidió probar suerte en otra área geográfica y con su familia se trasladó. La construcción de la represa para producir energía hidroeléctrica causó muchos trastornos en la región donde se establecieron. Sin embargo, la reubicación de muchos cristianos en varios asentamientos significó un desafío enorme, pues ya estaban listos los templos que el consorcio binacional había levantado. El río principal de la región había sido la fuente de vida de muchas comunidades asentadas en su área de influencia y la vía de comunicación más importante desde el descubrimiento por los

españoles. Los clamores y reclamos de los habitantes mestizos, indígenas, zambos y mulatos no habían servido de nada.

La generación de energía eléctrica mediante las termoeléctricas resultaba muy costosa, y el consumidor final asumía los sobrecostos sin posibilidad de protestar. En los encuentros de la gente dedicada a este servicio público, en la costa del Caribe, o en la sede del gobierno nacional, aquel era un asunto que se analizaba con seriedad. Desde los años 1960 se pensaba en aprovechar las aguas del río y los desniveles del terreno en las estribaciones cordilleranas para construir una represa y generar energía hidroeléctrica. Después de varios lustros, se aprobó este proyecto y empezó la expropiación de tierras, con los consiguientes pleitos e indemnizaciones. Había llegado la hora de la verdad y los pobladores tenían que dejar sus viviendas y sus tierras.

Los indígenas realizaron muchas marchas y se manifestaron en contra de la obra. Los colonos y mestizos también reclamaron sus derechos. Sin embargo, el gobierno no iba a dar marcha atrás, ya que se habían adjudicado los contratos a varias compañías extranjeras. Hasta un desfile de despedida del río realizaron los nativos, en balsas rústicas con animales y productos de la tierra. Fue un ceremonial lastimero y triste. La iglesia cristiana hacía presencia en la comarca desde los años 1950, época en que un misionero de orígenes indios (de la India) e hindú, nacido en Curazao, llevó el mensaje cristiano. Unos años más tarde se levantaron muchas capillas rurales con palma amarga en el techo, paredes de bahareque y piso de tierra. Sus materiales permitían una temperatura aceptable, en una zona con rango entre 28 y 35 °C. Además, los recursos solo alcanzaban para este tipo de construcción, que asimismo era apropiada para los miembros, en medios rurales.

Las obras de remoción de tierras empezaron. Las gigantescas máquinas importadas derribaron añosos árboles y demolieron los rústicos santuarios. Un halo de dolor y sentimiento rodeó y ató a los miembros de las comunidades religiosas. Sus casas y fincas también sucumbieron. La migración forzada fue dolorosa. Una nueva vida iban a comenzar, en otros lugares de gente extraña y con una idiosincrasia distinta. Las obras concluyeron, la represa estuvo lista y la generación de energía hidroeléctrica era un hecho. El consorcio de los dos países ubicó a los desplazados en siete asentamientos, con todas las comodidades, incluidos los servicios públicos. Por lo demás, a las iglesias protestantes les construyeron unos templos en los nuevos caseríos.

La iglesia de otras personas estaba excluida de los beneficios. Sin embargo, algunos dirigentes descontentos con la discriminación y marginación, y echando mano de la Ley de Libertad Religiosa, exigieron al

consorcio que edificara los templos. El fallo fue favorable y se construyeron siete templos muy cómodos, y con bases sismorresistentes, bautisterios y patios, y como si esto no bastara, se edificaron siete casas en grandes predios, con tres piezas, sala-comedor, terraza, baño, cocina y patio, dotadas con servicios públicos. Debían ser casas pastorales. La represa fue una amenaza, sus aguas inundaron para siempre las tierras fértiles de la comarca y las capillas añosas se destruyeron.

Uno de los acuerdos con los exresidentes en la zona inundada, consistió en proveer transporte por el río en forma gratuita, durante 20 años, entre el puerto artificial que se construyó y sus quebradas de más arriba. Entonces César fue nombrado coordinador del servicio de transporte. Cierta grupo rebelde trataba de evitar que se llevara gasolina hasta las cabeceras del río, a raíz de que se podría utilizar en el procesamiento de sustancias ilícitas. Alguien dio la orden perentoria, y no se sabe quiénes se enteraron de la misma y quiénes no. En todo caso, el señor César cumplía fielmente su labor, ya que el transporte fluvial es de vital importancia y no se puede suspender. La gasolina se había escaseado en el puerto. El señor consiguió un tanque grande y lo embarcó en su campero. A eso de las dos y treinta tarde inició un corto viaje entre el pueblo y el puerto. Son 33 kilómetros.

La tarde estaba soleada. Recorrió la parte plana y subió una loma; cuando bajaba fue alcanzado por dos hombres armados que le cerraron el paso con su moto y le hicieron frenar. Varios jóvenes desempleados jugaban billar a corta distancia. Los forajidos lo bajaron a la fuerza:

- ¿Quién le dio permiso para llevar esta gasolina? -, preguntó el conductor de la moto.

- Nadie -, respondió César. Luego dijo: "Se necesita combustible en el puerto, pues las embarcaciones no se pueden perjudicar".

- Ya sabe qué le pasa a quien nos desacata -, sentenció el sujeto. Entonces los dos lo ataron e intentaron llevárselo hacia el monte después de subirlo a su carro, pero opuso resistencia. Como había personas cerca del sitio, desistieron de secuestrarlo y lo obligaron a dar la espalda. Sus caras estaban cubiertas con pasamontañas. Los billaristas fingieron no ver nada, atemorizados se saltaron la rústica cerca del patio y volvieron pálidos a sus casas, donde dieron aviso a sus padres:

- Les voy a pedir un favor -, dijo César.

- Sí, ¿cuál?, acotó el malvado hombre.

- Déjenme orar a Dios.

Luego se dio la vuelta y se arrodilló con la cabeza alzada hacia el poniente. Cegado por el demonio, el vil hombre le dio siete disparos de fusil, y César cayó al suelo. Los dos se subieron en la moto y retornaron al pueblo, donde dieron aviso a su jefe. Unos días después, el homicida sostuvo con el mayor desparpajo y sin el menor remordimiento de conciencia: “Sabía que con un disparo bastaba, pero me dio miedo de que Dios lo salvara; por eso le di seis más”. El precio del deber fue la muerte. Una viuda y varios hijos lloraban la desaparición de este hombre laborioso y valiente, con gran desconcierto y muchas preguntas.

En esa misma zona, otro grupo al margen de la ley cometió una masacre. La joven tuvo un hijito que seguía los caminos de Dios. Sin embargo, el hambre y otras necesidades no les daban tregua. El intermediario-contratista reclutó a 12 personas desempleadas, para que se fueran a trabajar en la montaña, en la recolección de unos cultivos ilegales. El piloto de la embarcación con motor fuera de borda desestimó las amenazas y optó por llevar a los obreros. Dos horas y media después de remontar el río, este es más angosto. Un grupo de bandidos los estaba esperando y abrió fuego contra la embarcación. También amedrentaron al piloto, quien, sin mayor posibilidad de maniobrar para devolverse y escapar, tuvo que orillarse, y mientras esto hacía, cientos de disparos mortales acabaron con su vida y las de 11 de sus pasajeros. La vida del niño de tierna edad fue respetada no se sabe por qué, y temblaba de pavor cuando varios indígenas lo rescataron.

Un joven exmiembro de la iglesia cristiana, se lanzó desesperado a las turbulentas aguas del río. Un forajido le hizo varios disparos de fusil, y el joven que llevaba botas pantaneras y ropa de labor se hundió en las aguas, contuvo su respiración, y unos 50 metros más abajo, ganó la ribera izquierda y se puso fuera del alcance de las balas asesinas. El joven sobreviviente llegó a un escondido caserío y allí pidió auxilio. El sábado siguiente yo estaba en la casa del pastor distrital. A las siete y treinta de la mañana llamaron al pastor desde el hospital para que oficiara un brevísimo funeral, pues solo encontraron de la joven su torso incompleto en un recodo del río, y su cabeza separada del tronco.

La chola con su hija en sus brazos saltó las cercas de varias fincas y en veloz carrera se fue a darles el aviso a los familiares de don Teodoro. Las muertes de César y de esta joven son algunos de los ejemplos de lo que ocurrió en la región, pero, en el pueblo de Maritza las condiciones no eran mejores.

Ya la camioneta del ingeniero se había alejado raudamente celebrando la libertad de su dueño. El fino polvillo se había esparcido por la floresta circundante. El ingeniero Rafael Estrada, inocente *a posteriori*.

ESTRATEGIAS PARA AFRONTAR LA PRUEBA FINAL

Advenían a los contextos artísticos, científicos, técnicos, tecnológicos o filosóficos determinados vocablos nuevos que se imponían. Otros se remozaban, se usaban con vigor y mantenían su vigencia durante años y años. La mundialización del mercado y la globalización de la economía daban escenarios propicios a las distintas manifestaciones idiomáticas. Los neologismos estaban a la orden del día. La fuente de la tecnología parecía superar a la fuente de las ciencias, para dar origen a frases, palabras o construcciones más amplias. En los idiomas también se notaba el fenómeno social y sociológico de la moda.

El término **estrategia** proviene del griego *stratêgia* (de *stratêgos*, general). “Arte de dirigir las operaciones militares”. “Habilidad para dirigir un asunto [...]” (Ramón García-Pelayo y Gross, *Pequeño Larousse ilustrado* 1994, p. 441). Esta palabra, objetivo y otras, las legó la milicia de antes. En el pasado, la vida militar era tan importante que muchas de las palabras guardaban relación con dichas prácticas. Muchas de las que usaban eran heredadas. Alguien definió estrategia como el medio por el cual se alcanzarán los objetivos. Había estrategia de ventas y gerencia estratégica, reflexión estratégica y estrategia global. El técnico de fútbol adoptaba estrategias, el entrenador de béisbol también. En las telenovelas se mostraban estrategias para seducir a hombres o mujeres. El vendedor ambulante usaba estrategias. También el violador, abusador o delincuente empleaba estrategias.

Hablaba de estrategias con tono pedante el presidente de una trasnacional petrolera con sede en Londres, lo hacía el empleado o el técnico de tal empresa, cuando laboraba en Arabia Saudí. Hablaba el publicista, hablaba el sacerdote, lo hacía el pastor protestante. El lustrabotas de Indonesia y el voceador de prensa de Chile. Todo era estrategia. Las estrategias no eran malas ni buenas por sí mismas; todo dependía de la

filosofía y de la intencionalidad con que se las empleara. El mayor problema estribaba en colocar las estrategias como fines.

Abram vivía en una de las mecas del paganismo. Una familia de rancio abolengo y alta alcurnia. Dios lo invitó a salir de allí. Estrategia de Dios, quizá irracional para nosotros. Moisés, abogado de los pobres, se convirtió en homicida, tal vez aduciendo ira e intenso dolor porque un egipcio golpeaba brutalmente a un hermano hebreo, hermano de Moisés, se entiende. Considerando que su coartada sería exitosa y que ganaría un sobreseimiento definitivo, inhumó el cadáver en la arena del desierto. Tal vez los investigadores exhaustivos pensarían en una muerte de las que producen los rigores de la intemperie del desierto. Quizá murió de sed, desfalleció y falleció. Poco a poco se formó una duna.

Engañador tartamudo. No serviría para la plaza pública, ni como maestro, ni como abogado en los juicios. Dios aplicó en la vida de Moisés varias estrategias y logró sus propósitos divinos. La entrevista va llegando a su final:

- ¿Qué estrategias recomienda usted a una persona que afronta un problema tal? -, indagamos de nuevo.

- Aceptar la realidad del hecho. No hay que darle espacio a la hipótesis autocompasiva, ni a la probable culpabilidad. No se debe negar que se está apresado.

Otras orientaciones son las siguientes:

“Mostrar firmeza en las intervenciones y respuestas a requerimientos diversos. No mostrar dudas ni temor. Conviene actuar como lo hacemos ante los perros rabiosos: no demostrarles terror.

“Estar siempre listos a arrostrar la muerte, la violencia física o simbólica, el traslado repentino o el desplazamiento imprevisto, ¿pues en más de una ocasión sale lo que no se espera´.

“Estar dispuestos a servir, si no se nos obliga a violar nuestros principios ni nuestra conciencia. A los espíritus orgullosos y altivos les gusta que se les sirva, esto apacigua su ego.

“No pensar en las condiciones deplorables del espacio físico en donde nos encontremos, mucho menos compararlas con las de nuestra residencia habitual.

“No darle pie a la autocompasión, puede conducir a la desesperación, a la depresión e inclusive al suicidio. Hay vida, y mientras haya vida, hay esperanza.

“Someter con tenacidad los sentimientos a la razón, la vida emocional debe supeditarse a la racionalidad; no se debe pensar insistentemente en los familiares, amigos u otras personas que gozan de libertad. Hay que vivir el momento, tal como se presenta.

“Orar a Dios, se requiere un poder superior a uno.

“Cantar. Cuando el abatimiento y la congoja se asomen, cante. La música apacigua las penas y la depresión. El canto apacigua los espíritus de los enemigos, por muy altaneros que sean.

“En la mente, diseñar un horario, por si se prolonga el sometimiento.

“Empatizar con los enemigos. La firmeza y el valor no excluirán el afecto humano. Ellos luchan por una causa que juzgan digna de encomio. Hacer bromas, contar chistes sanos, jugarse con los verdugos, a medida que ellos lo permitan.

“Ser solidarios con los demás, amigos o enemigos, ahora. Colaborar con las causas justas y honestas. Comprometerse con las comunidades. Las gentes necesitan ayuda hoy. Y comprometerse a servirles.

“Ser pacientes y presurosos. Pacientes, por si toca esperar mucho tiempo. Y presurosos, por si se requiere partir en cualquier momento”.

Son orientaciones de mucho valor. Hemos llegado al final de nuestra entrevista:

- ¿Qué piensa de los sentimientos que manifestaron los miembros de las colectividades a las cuales usted ayudó?

- Me abrumaron con su empatía, afecto y unidad. Ha sido lo más maravilloso.

Los alimentos quedaron medio intactos y el reloj siguió su curso ineluctable, eran las siete de la mañana. El alto mando del grupo conoció el asunto. Y dio la orden de liberar al ingeniero. Después de unas horas, el informe llegó a los mandos medios del grupo que capturó a Estrada. Secuestrado por error. Los testigos falsos cambiaron sus viejos muebles, sus ropas raídas, su menú diario, y compraron una finca con piscina y cancha de golf. Todo a costa de un falso testimonio, quizá un anticipo de los falsos positivos. Estos testigos fueron desenmascarados, y murieron vilmente, por orden de los delincuentes.

APREHENDIDOS AL FINAL DE LA VACACIÓN

Su papá viajaba por todo el país, distribuyendo repuestos de automotores. Aún no se había casado. En el núcleo familiar la economía no favorecía a quienes deseaban estudiar. Por consiguiente, el muchacho Rodolfo Herrera se casó unos años después, habiendo dejado los salones de clase. El dueño de la distribuidora murió en el campero que muchas veces condujo Rodolfo. La incineración del empresario fue espantosa. Entonces Rodolfo hizo un préstamo, basado en la fe en Dios y en sus ambiciones de progreso, y recibió la liquidación final. Con estos dineros pagó en parte la fábrica y se empeñó en desarrollarla. Rodolfo es laborioso, fuerte y consagrado al Señor. Con ganas y fe inició su labor administrativa. El matrimonio fue una bendición. Su esposa se convirtió en ayuda idónea. La empresa avanzó en forma considerable.

Tuvieron tres hijos. El mayor terminaba su secundaria, sin los afanes que su padre pasó. Viviendo bien en todo sentido. Sin embargo, el espectro del secuestro, acerca del cual a veces veía noticias, se volvió realidad. En 1988, me invitó Rodolfo a un viaje por la zona llanural del Estado. Accedí a viajar. Salimos de la capital nacional y llegamos a la primera ciudad. Allí almorzamos y cobramos la plata; como a la una de la tarde salimos en el campero automático, y antes de llegar a la siguiente población, empezó a llover. Yo creía que estábamos en Cherrapundji. No veíamos nada, la carretera se encharcó, estaba sin señales. Se confundió e invadió el carril contrario; menos mal que la vía es amplia y plana. De repente, apareció un carro pequeño en vía contraria; los choferes alcanzaron a maniobrar un poco, y solo se dañó el espejo retrovisor de Rodolfo. Gracias a Dios no nos chocamos.

La anhelada vacación llegó, y tal como acostumbraba la familia, se fueron hacia un territorio cálido, con el propósito de pasear, descansar, superar el estrés y disfrutar de los placeres que las zonas calientes prodigan. La rutina

ciudadina mata o destruye. Quizá la vida familiar se había vuelto monótona. En todo caso, las emociones fuertes, el cambio y las aventuras le daban otro matiz al círculo hogareño. Por otra parte, la satisfacción de todas las necesidades primarias marca a veces un estancamiento, ya que no hay nada más que ambicionar. En el plano espiritual, quizá la devoción personal y la praxis religiosa familiar se tornen insulsas o repetitivas. El estudio sesudo de la Palabra de Dios, la oración ferviente, la reflexión monológica o dialógica, y la asistencia a la iglesia pueden caer en la rutina.

La historia del secuestro de Martín y su madre revela la fragilidad de la vida humana y arroja potentes rayos de luz sobre nuestra diaria existencia. Esta familia cristiana fue sacudida fuertemente por el secuestro. El lector verá otras facetas de este delito demoledor, que se agregan a las otras reflejadas por el apresamiento de varios miembros de iglesias cristianas. Confiamos en que los lectores capten las dimensiones multivariadas y terribles del secuestro. Los más elementales derechos humanos son vulnerados por los secuestradores. Los datos personales fueron dados, pero los omití. Procedí luego a la entrevista:

- ¿Cómo conoció al Señor?
- Nací en un hogar adventista, desde la cuna.
- Narre las circunstancias de su secuestro (cuándo, dónde, cómo).

- Ocurrido el 14 de enero de 2001, entre dos pueblos, a las 6:50 p. m. Ese domingo 14 regresábamos de nuestras vacaciones, todos con mentes dispuestas y listas para desarrollar nuestras metas. Era mi último año en el colegio, tenía que hacer un catálogo nuevo para mi papá; mis padres tenían retos en el negocio y así cada uno tenía sus objetivos listos para cumplir. Por cuestiones de la vida, siempre acostumbábamos a viajar temprano, pero ese día salimos de la finca más o menos a las 4:30 p. m., era muy tarde para hacer un retorno hacia la ciudad. Mi papá iba manejando y lo hizo hasta el peaje, en el cual nos detuvimos para comer un poco.

En el carro viajábamos toda la familia y un amigo al cual mi papá le pidió que siguiera manejando, porque él iba muy cansado. Ya eran aproximadamente las 6:00 p. m., mi madre pasó al asiento de atrás junto a nosotros, y mi padre iba adelante junto con Jaime (el amigo nuestro). En el equipo del carro sonaba el casete del grupo *Heme Aquí*, titulado *En pos de ti*. Todos veníamos muy alegremente cantando, y mi mamita iba consintiendo a mi papá desde atrás, eran más o menos las 6:45 p. m.

En eso vimos a un campesino cruzando la carretera con un caballo, parecía un borracho o más bien un anciano, porque caminaba lento y tambaleándose; en ese momento mi madre le dijo a Jaime que disminuyera la

velocidad, que si era que no había visto al viejito; él le dijo que sí y comenzó a disminuir.

En el momento en que el vehículo estuvo casi detenido, salieron tres personas, las cuales encañonaron por una ventana a mi papá, por la otra a Jaime, y otro se hizo en la puerta de atrás. El carro en el cual nos desplazábamos era un Toyota 4x5; uno de los hombres le gritaba a mi papá que subiera el seguro de la puerta, y el otro sacaba a Jaime del carro y lo subía por la puerta de atrás, junto con él, quedando muy incómodos, porque atrás iban todas las maletas. El individuo que estaba en la puerta de atrás se subió al carro y bruscamente comenzó a conducir, todo pasó en fracción de segundos; luego él se desvió por una trocha más o menos unos 10 minutos.

Todos pensábamos que nos iban a robar el carro, hasta ese momento. Nada de pensar en secuestro, mis hermanas empezaron a llorar junto con mi mamá, que trataba de tranquilizarlas. En ese momento se detuvieron, y nos hicieron bajar a todos e hicieron que nos identificáramos y dijéramos qué lugares ocupábamos en la familia. Cuando supieron que yo era el hijo mayor, me cogieron y me hicieron a un lado; en ese momento entendimos que era un secuestro, y le dijeron a mi papá: 'Usted, patrón, se va con nosotros'. Cabe anotar que mi padre es una persona a quien le gusta sentirse libre y él sufre mucho cuando está en un lugar encerrado y no puede salir, hay poco aire y situaciones que a cualquiera le molestan.

Pero a él lo desesperan demasiado. En ese momento mi mamá se llenó de valor y les dijo: 'Llévenme a mí; de todas maneras, yo no sé nada de los negocios; para poder pagarles un rescate, mi esposo es el que sabe de las cosas, y si se lo llevan, ¿qué hacemos?'. Ellos se miraron un poco confundidos, pero aceptaron. Como es de suponerse, estábamos con ropa un poco ligera porque procedíamos de tierra caliente; yo iba en pantaloneta y dos camisetas de mangas cortas, y mi madre llevaba una ropa superfresca y en chanclas.

Rápidamente saqué los tenis que por gracia de Dios yo sabía a dónde iban, y se los di a mamá; después comenzamos a caminar en busca de un sendero para empezar a internarnos en la montaña. Mientras tanto, un sedicioso se quedó con el resto de la familia y les dijo que ni se les ocurriera llamar a la Policía ni al Ejército, que ellos después se comunicaban.

Comenzamos a caminar y a subir; de pronto le preguntaron a mi mamá que si ella era odontóloga; mi mamá respondió que no. En ese momento pensamos que podría tratarse de una confusión, seguimos caminando y a subir y a subir por un terreno totalmente pendiente y muy montañoso. La Luna comenzó a brillar, y la noche se aclaró un poco, las linternas comenzaron

a estorbarles a los bandidos, porque preferían la luz de la noche para la ubicación.

Entonces apagaron las linternas, pasamos un tramo de un río y ellos nos montaron a hombros para no mojarnos. Luego seguimos subiendo y en un lugar nos ofrecieron panela, mordimos unos cuantos pedazos porque el frío ya empezaba a sentirse, seguimos subiendo hasta un punto donde encontramos una carretera destapada; por más que tratábamos de ubicarnos no sabíamos dónde nos encontrábamos. En ese momento eran más o menos las 11:00 p. m.

Seguimos caminando, y el frío comenzó a sentirse más aún, entonces yo les dije que tenía frío. Uno de ellos sacó un *jean* de una mochila y me lo tiró, gracias a Dios me quedó bueno. Lo que me preocupaba era que mi madre iba muy desabrigada y el sueño ya comenzaba a llegar, también el cansancio y el frío. Seguimos caminando, y nos dimos cuenta de que íbamos en una carretera con tremendo abismo al lado derecho, eran como las 3:00 a. m. En ese momento se escuchó el ruido de un vehículo, los tres enemigos se asustaron mucho y sacaron sus armas y una granada, y nos arrimamos mucho al lado izquierdo de la montaña; en ese momento apareció una Toyota color mostaza que era la línea que sacaba a los campesinos al pueblo; los sediciosos detuvieron el carro y nos bajaron a todos, incluso a una señora que llevaba una sonda e iba de urgencias para un hospital. A ellos no les importó y los hicieron caminar mientras que el chofer devolvía el carro.

En ese momento, mi madre y yo íbamos tiritando de frío, y viajamos más o menos 40 minutos, llegamos a una casa abandonada en la cual prendieron una fogata para calentarnos; pero el frío era increíble y sentíamos que el calor del fuego no era suficiente. Dos bandidos salieron a buscar otro vehículo y uno se quedó cuidándonos en la casa. Podía ver a mi mamá, cómo podía meter casi las manos por completo al fuego para calentarse porque en realidad ella tenía mucho frío. No pasó mucho tiempo cuando escuchamos el ruido de otro vehículo que instantes después se detuvo frente al rancho, salimos y era una volqueta de un municipio, e iba cargada de frijol. Como pudimos, nos situamos cinco en la cabina, con una incomodidad tenaz. Un sedicioso en la parte de atrás aguantaba frío en el lugar que ellos me habían asignado. En el camino traté de dormir un poco porque estaba muy cansado.

Comenzamos a descender hasta que llegamos a una casita más o menos a las 6:00 a. m. En este lugar nos dieron chocolate, porque les dijimos que no tomábamos tinto. Estuvimos allí sentados hasta las 6:30 a. m. y luego nos llevaron a una pieza y nos dijeron que si queríamos dormir, que durmiéramos. Me acosté y caí como piedra en pozo, tanto que mi mamá luego me dijo que yo hasta había roncado. Mi madre se hizo la dormida, porque ellos nos

estaban vigilando, y dijeron en voz baja: 'Ya se durmieron'. En ese momento mi mamá se dio cuenta y analizó que la señora que estaba en la casa nos había mirado con lástima y pesar. Pero mientras ellos pensaban que nosotros estábamos dormidos, mi madre escuchó que la señora era bandida también, y que un carro llegaba por nosotros más o menos a las 10:00 a. m.

A eso de las 9:30 a. m. nos despertaron y nos sacaron a un potrero, al cual nos llevaron el mejor desayuno de todo el cautiverio; a las 10:30 llegó un campero plateado, vuelto nada, nos subimos y seguimos por una carretera hacia el campamento. Más o menos como a la 1:30 p. m., el carro se quedó sin gasolina, y nuestra tensión aumentó al pensar que tendríamos que caminar otra vez. Estuvimos allí como una hora mientras dos forajidos iban en busca de combustible. Luego llegaron y seguimos el camino, y un individuo se quedó porque había botado un cargador de la pistola. Comenzamos a ver pancartas alusivas al Frente [nombre de campaña] del grupo sedicioso, y fotos del *Che* Guevara. Pronto pasamos por un pueblo, adelante supimos su nombre.

Seguimos y llegamos a una escuela donde había una oficina de Telecom [Empresa Nacional de Telecomunicaciones, ya desaparecida] y nos entraron a un quiosco, eran las 5:00 p. m. Nos dieron un arroz con carne, y fresco. Llegamos cubiertos de tierra porque el carro no tenía vidrios. Después de que caminamos, nos preguntaron las tallas de nuestra ropa y luego nos llevaron a un rancho abandonado, en el cual nos entrevistamos con un jefe subversivo, el cual nos interrogó por separado, preguntándonos qué pensábamos de ellos, que si antes habíamos tenido nexos con ellos, que a qué se dedicaba mi papá y por el teléfono de la casa. En ese momento se presentó una bendición de Dios al decir mi madre lo mismo que yo, sin habernos puesto de acuerdo.

Después de eso nos dejaron en el rancho; como a las 7:00 p. m. nos llevaron unas arepas [parecidas a las tortillas] remojadas en aceite, un tinto y una sopa. Luego nos estábamos durmiendo, cuando nos hicieron subir de nuevo a la escuela, allá nos dijeron que nos bañáramos, sin nada de ropa delante de ellos, después nos entregaron una ropa que nos habían llevado y estaba nueva, pero ellos se equivocaron y a mi mamá le llevaron ropa de niño, muy pequeña para ella, así que le tocó ponerse la misma ropa que vestía, toda sucia. Esa noche fue la peor de todas, aguantamos frío como nunca, pues lo único que teníamos era una sábana. Ese martes estuvimos ahí todo el día haciendo nada, simplemente sentados porque no nos dejaban salir.

Al anoecer, me llevaron a una casa cercana a una colina, esa noche nuestro *colchón* era muy rico, pues era junco nuevo y era como colchón. Pero el frío seguía. Al amanecer el miércoles, nos llevaron el desayuno aproximadamente a las 6 a. m., y se nos hizo extraño, porque siempre lo llevaban a las 6:30 a. m., y ese día había mucho huevo revuelto.

Mi mamá pidió permiso para ir al baño, y al salir vio una reunión de cientos de sediciosos. Ahí entendimos el porqué del desayuno. Al otro día, el comandante nos llevó helados caseros, ese día hablamos con un moreno que había participado en el secuestro; él nos trató bien, le dijimos que en la noche aguantábamos mucho frío, y nos dio su sábana y una cobija, nos preguntó que si queríamos comer algo, y le dijimos que sí; él nos dijo que esperaríamos un momento; al rato, volvió con una limonada y un paquete grande de galletas de sal, y dijo que si nos preguntaban que quién nos los había dado, que dijéramos que había sido él y que él se atenía a las consecuencias.

También nos dijo que cada situación de secuestro era diferente y que nuestra seguridad dependía de la nada, pero que tranquilos, que si se pagaba el rescate, todo bien. En ese momento llegó un comandante y lo sacó de la pieza; esa fue la última vez que lo vimos. Nos podíamos bañar más o menos cada dos días y teníamos un desodorante para los dos y eso porque una delincuente nos lo había dado.

El viernes pedimos algo para leer porque estábamos aburridos de no hacer nada, y nos dieron el manual del grupo, más o menos del tamaño de la Constitución nacional. En la parte de atrás, una foto de un jefe y del presidente [de Colombia] abrazados. También nos daba mal genio ver que ellos únicamente comían, no hacían nada, jugar fútbol en las tardes, en la escuela. Ese día jugué con mi mamá en nuestra pieza algo con el balón. Un comandante dijo que eso estaba bien, que nos fuéramos familiarizando.

En la tarde ya habíamos leído todo el manual, nos bañamos y nos alistamos para recibir el sábado, cantamos, oramos y luego mi mamá empezó a narrarme historias de su vida y cómo había conocido a mi papá en el colegio; y pues, escuchando la historia me dormí. El sábado por la gracia de Dios nos prestaron un radio y pudimos escuchar un sermón. En la tarde nos ofrecieron un crucigrama, cosa que no nos gustaba llenar y cosa que casi nunca hemos hecho, casi lo completamos.

Nos acostamos y amaneció el domingo. Las noches eran una verdadera tortura, dormíamos más o menos de 7 p. m. a 10 p. m., y pensábamos que ya estaba a punto de amanecer. El solo hecho de pensar en que hacía falta tanta noche y en semejante frío, ahuyentaba el sueño y provocaba la desesperación. El domingo en la tarde llamaron a mi mamá a hablar y le dijeron que iban a liberar a uno primero, mi mamá les dijo que no, que nos liberaran a los dos, que ella no me iba a dejar solo.

Por esta razón empezaron a insultarla y a decirle una serie de vulgaridades que desagradaban mucho. Mi madre comenzó a llorar y la llevaron bruscamente de nuevo a la pieza; por la preocupación de la

separación comenzamos a orar y a decirle al Señor que no permitiera que esto sucediera. Llegó el lunes, y en la noche agradecemos a Dios el hecho de mantenernos juntos.

El martes sucedió lo mismo, con la diferencia de que más o menos a las 7:30 p. m. entraron a la pieza y le dijeron a mi mamá que fuera allí a hablar con mi padre, que había llegado; mi mamá se levantó y fue; pasaron las horas y pronto eran las 10 p. m. En ese momento entraron a la pieza y me entregaron una maleta y me dijeron que a mi mamá la habían liberado. En la maleta había ropa y unos juguitos, una Biblia y unas cartas. Antes de leerla, ellos me dijeron que por qué peleaba tanto con mi hermana, entonces me di cuenta de que ellos ya habían leído las cartas. Al leerlas, me puse a llorar, mi madre había escrito unas frases donde entendí que la habían sacado engañada y que mi liberación sería más o menos al siguiente lunes. Luego unas palabras de aliento de mi papá y listo.

El miércoles estuve casi todo el día leyendo la Biblia y me acosté temprano. Más o menos a las 7 p. m. entraron al cuarto y me dijeron que me iban a liberar, me dieron como media hora de cátedra de la causa, diciendo que ellos eran buenos. Al rato, me encontraba caminando hacia la escuela. Luego escuché el motor del carro de mi papá y me di cuenta de que él no iba manejando; llegué a la escuela y me subieron al carro junto con cinco bandidos. Lo único familiar que había en el carro era el sonido de un himno del grupo *Heme Aquí*.

Recorrimos como 30 minutos y llegamos a un molino abandonado y oscuro, allí estaba mi papá con una cara de incertidumbre que jamás olvidaré, hablaron un rato y quedamos *vacunados* [cuota para apoyar al grupo armado] con una cuota anual que gracias a Dios hoy día ya no existe. Así que la vigilia de ese viernes ahora fue de agradecimiento.

- ¿A dónde lo llevaron y cómo?

- A un pueblo pequeño.

- Describa el trato que le dieron.

- Aunque no fuimos maltratados físicamente, el trato que recibimos por parte de ellos fue malo en el sentido de que fuimos tratados con vulgaridades en todo momento.

- ¿En qué consistía la comida?

- Era lo mismo que comían ellos; mucho almidón como arroz, papa y pastas, carne dura, había un refrigerio entre el desayuno y el almuerzo, y el almuerzo y comida, que consistía en tinto y galletas de sal, y cuando una mujer podía nos hacía limonada.

- ¿Quiénes estaban con usted?

- Mi mamá.

- ¿Le vendaron los ojos, estuvo amarrado?

- No.

- ¿Cómo se refirieron sus enemigos a Dios, a la iglesia o a sus principios?

- Que si Dios de verdad existía y se preocupaba de sus *hijos*, entonces por qué él había dejado que ellos nos secuestraran, que entonces dónde estaba el poder de Dios.

- ¿De qué manera testificó de Dios? ¿Cómo le ayudó su memoria a compartir la Biblia o a usar textos?

- Una noche con mi mamá me puse a recordar la mayor parte de textos bíblicos desde el Génesis hasta el Apocalipsis, dando así un recorrido a toda la Biblia, careciendo de ella. Nos sorprendimos al darnos cuenta de la cantidad de textos que sabíamos y lo estimulantes que eran en ese momento, pero nos sorprendimos más aún al darnos cuenta de la cantidad de textos que no sabíamos.

- ¿En qué momento vio cerca la muerte, o su liberación?

- Teniendo en cuenta que mi madre fue liberada antes que yo el martes 23 de enero, al día siguiente escuché que teníamos que caminar y dijeron que yo era un estorbo, que qué iban a hacer conmigo.

- Orientaciones para quienes debamos afrontar un apresamiento -, le pedí.

- Tener calma, por la inseguridad que nosotros como secuestrados les produjimos a ellos; les causamos irritación y rabia.

- ¿Cómo guardó el sábado?

- El sábado, el jefe del grupo nos prestó un radio en el que escuchamos un sermón de una iglesia cristiana, que nos cayó como anillo al dedo, porque nos exhortaba a no desfallecer y a aferrarnos más a las promesas de Dios, porque él nunca falla; este sermón fue como un bálsamo en estos momentos de angustia.

- ¿Qué acciones debió ejecutar contra sus principios o conciencia? ¿O respetaron su posición?

- Tomar tinto.

- ¿Qué lecciones le deja este secuestro?

- Hubo un momento en el que mi papá ya daba todo por perdido, y quería tirar la toalla de tanta desesperación; pero las oraciones de la iglesia y una producción musical de *Heme Aquí* llamada *El gran conflicto*, fueron fuente de gran fortaleza y nos recargaron con nuevas fuerzas y esperanzas para demostrarles a los captores que Dios sí tiene poder, y que, como dice la promesa, ¡ay de aquellos que se meten con el pueblo de Dios! Otra lección que aprendimos es que Dios responde las oraciones de su pueblo cuando clama.

- Un mensaje para los lectores de este libro.

- Como nos dice el himno, 'Nunca desmayes que en el afán, Dios cuidará de tí', y que a lo largo de la vida como pueblo de Dios hemos visto las maravillas de su cuidado y protección, empezando por Adán y Eva hasta nuestros días. Dios no nos ha desamparado ni un solo segundo, ¿por qué habría de hacerlo hoy?

- ¿Qué piensa de sus captores?

- En un principio tenía un resentimiento enorme, pero creo que el amor de Cristo hace que este sentimiento se vuelva en tristeza por la necesidad que ellos tienen de Dios.

- ¿Qué impacto produjo su testimonio en sus enemigos?

- En una ocasión nos dijeron que nosotros éramos personas buenas y que no merecíamos estar allí, pero que así era la vida, que nuestro estilo de vida parecía diferente y que por nuestro vocabulario y nuestro actuar nos diferenciábamos de la gente común.

- ¿Cómo ha cambiado su vida este apresamiento?

- La vida espiritual de nuestra familia creció mucho, elevándose a tal punto que en la actualidad sentimos que Dios vive con nosotros y tenemos la certeza de que contamos con un Dios personal.

- ¿Cuál fue el momento más crítico de su cautiverio?

- Cuando me separaron de mi mamá y no descansé hasta cuando supe que la habían liberado.

- ¿Por qué cree que lo liberaron?

- Porque primeramente Dios quiso y porque pagamos rescate.

- ¿Cuándo pensó que sería secuestrado alguna vez en la vida?

- Nunca.

"¡GRACIAS! ¡QUE DIOS LO CUIDE!", fue lo que le dijimos al final. Su familia tuvo que expatriarse unos meses después, al igual que el joven cuya historia

ahora presentamos, como otro elemento de reflexión. En el país hermano, les negaron las visas.

Otro exiliado. Su vida transcurría de manera normal, a pesar de que no tenía trabajo. Las cifras de desempleo, cercanas al 22% en su ciudad, le producían cierta desazón. Y era natural, pues llevaba 12 meses sin empleo. Sin embargo, su fe en Dios se mantenía, en los albores del nuevo milenio. Ya estaba hastiado de tantas conjeturas en torno a dicho año. Su liderazgo cristiano le permite afrontar muchas vicisitudes; sin embargo, nunca se imaginó que su condición de testigo accidental de un intento de hurto de un auto, le cambiaría su vida, unos días antes de culminar sus estudios universitarios.

La mañana de un día de marzo se mostraba amigable; no hacía frío intenso, ni sofocaba el calor. A eso de las siete y media se despidió de su esposa, quien sí trabajaba, y se dispuso a seguir con la recolección de información complementaria para su tesis de grado. El beso fue especial, así como el abrazo. Unos segundos después, un sujeto intentó abrir la portezuela de un vehículo nuevo; otros compañeros lo esperaban. Pero, la llave maestra no funcionaba. Los delincuentes se desesperaban. Otro intento en vano. Al no poder hacer nada, salieron corriendo y expresaron algunos improperios.

Unas horas después, un individuo se acercó a Gustavo, con el fin de asaltarlo; pero el joven se fue corriendo. El delincuente les gritó a sus compañeros que al día siguiente lo matarían. La noche llegó indeseable, pues las tinieblas le hacían temer por su vida; no pudo dormir un minuto. Su esposa sí lo hizo, el cansancio no le permitió captar lo que le ocurría a Gustavo. Dios fue su fuente de aliento en horas cuando se resistía a creer que, muerto, sería un dato estadístico más. Muchas veces le oró al Señor con fervor y confianza. Sin embargo, el ruido de los autos, de las aves nocturnas o de los insectos lo sobresaltaba.

Llegó la aurora, con un sol algo modesto, pues las nubes no le ayudaban. Tomó una cachucha y lentes, con ropa diferente, para despistar. Salió rápido en su automóvil y, varias cuadras adelante, observó que uno de los bandidos iba en una motocicleta de alto cilindraje, por la misma avenida. “¡Señor!: ¿Qué hago? Es uno de los ladrones. Este hombre me sigue”, y de inmediato se metió a un aparcadero al cual no pudo ingresar el forajido; y este se pasó el índice derecho por la garganta, dándole a entender que lo asesinarían.

Su vida se volvió más dramática; unos días después, a tres cuadras de su apartamento, mataron de modo salvaje a una fiscal. El susto de Gustavo fue enorme: creyó que la banda se abría paso a tiros para matarlo en su vivienda. Sus piernas le temblaban. Transcurrieron dos semanas, y parecía retornar la

calma. Su iglesia oró a Dios con devoción y fe. No le contaba nada a su esposa. El día estaba soleado y un viento helado molestaba a los transeúntes. Salió sin precaución, rumbo a una institución social. Llevaba gafas y gorra, su ropa era sencilla, así como su calzado. Al terminar de cruzar una avenida, un hombre se le acercó con revólver en mano, y lo sujetó; segundos después apareció en el escenario un vehículo conducido por una muchacha; secamente se detuvo. El malhechor le dijo: “¡Embárcate, vamos a dar un *paseo!*”. Gustavo sabía qué significaba esta expresión eufemística: llevarse a una persona para torturarla y darle muerte.

El fin estaba muy próximo: el frío cañón del arma le hizo cosquillas, pero denotaba fatalidad. Por su mente cruzaron los nombres de su esposa y los de sus padres, y pasó la imagen de su grado, de su triunfo. Instantáneamente decidió jugársela toda; cuando el malvado hombre iba a abrir la portezuela del auto, Gustavo, cuyo hombro derecho ya estaba dislocado, sacó fuerzas extraordinarias y le dio un puñetazo al enemigo en su boca, y el revólver cayó al suelo, bajo el auto. Salió a toda prisa, corriendo el riesgo de ser atropellado por veloces automotores. Se había escapado, gracias al cuidado de su Padre celestial. Debió irse a vivir con sus suegros y raparse la cabeza. Luego se fue al exterior, solo, y logró asilo en el norte. Gustavo se había librado de un *paseo*.

MINISTRO, APRESADO

Armando vivió una infancia normal. A pesar de las carencias propias de una familia pobre, cursó estudios primarios y secundarios. Para obtener su título de nivel de bachillerato, se esforzó muchísimo. Después estudió una carrera universitaria y empezó a trabajar como misionero cristiano. El 2002 se inició como siempre: los bolsillos estaban vacíos y la gente se acercaba a la cuesta de enero. No obstante, la proximidad de la reunión ministerial llenaba de alegría a su esposa e hijos; él también estaba contento. Atrás quedó la discusión pueril en cuanto al inicio del nuevo milenio y de la nueva década. Viajaron por tierra a la sede nacional de su iglesia, y Armando participó en las deliberaciones; además, se enriqueció en el aspecto espiritual. Todo terminó de modo feliz.

Las dificultades de sus ojos lo obligaron a pedir una cita con cierto oftalmólogo. Este lo atendió, y en horas de la tarde emprendieron el regreso, por una carretera que se cierra entre las 6 de la tarde y las 6 de la mañana, a causa de la inseguridad generada por grupos rebeldes. Confiaban en que Dios los cuidaría. Total, debían retornar a casa para encarar desafíos de un nuevo año. La noche llegó y ensombreció los cuerpos, mas no los espíritus. Sin embargo, los sediciosos estaban en la carretera y detuvieron todos los autos. Iban a secuestrar a los viajeros:

- ¿Cómo conoció al Señor?

- Trabajaba en un laboratorio de termómetros en la capital y uno de mis compañeros de trabajo me habló de las promesas de un futuro mejor, que acogí con gran admiración y devoción.

- Narre las circunstancias de su secuestro.

- Me encontraba en la ciudad occidental con mi familia en una reunión ministerial de la iglesia. Quería aprovechar mi estadía en la ciudad para una posible operación de mis ojos, con permiso previo de mis administradores.

Transcurrieron cuatro horas y no podía ser operado; por tal razón decidí con mi familia regresar a la capital. A eso de las 2:30 p. m., en la autopista, fuimos interceptados por un retén ilegal de un grupo sedicioso.

- ¿A dónde lo llevaron y cómo?

- Me obligaron a llevar a un grupo de forajidos en mi auto por carretera destapada montaña arriba. Luego me hicieron subir a un camión de carga pesada donde había otras personas secuestradas. Tiempo después hicimos cambio de vehículo por causa del terreno difícil de la montaña en altas horas de la noche. Llegamos a cierto punto y la camioneta no pudo avanzar más, por lo cual abandonamos el vehículo y seguimos a pie por una montaña empinada, bajo un aguacero, hasta llegar a un campamento, y allí pasamos la noche totalmente mojados sin tener ropa para cambiarnos. Ya al amanecer, el cansancio nos dominaba y dormimos en el piso mientras otros grupos de enemigos nos cuidaban.

- Describa el trato que le dieron.

- Al comienzo, el trato fue de terror, amenazas y palabras vulgares. Cuando estuvimos con el grupo que nos vigilaba, el trato fue más cordial, aunque el solo pensar que mi familia tendría que dar dinero por mi rescate, me torturaba psicológicamente y más aún cuando me notificaron que si no daban rescate por mi liberación empezarían a quemar los templos en todo el país.

- ¿En qué consistía la comida?

- Lastimosamente, la alimentación no era muy buena. Allí solamente cocinan los hombres, ya que las mujeres son las que vigilan por su espíritu audaz. Como desayuno, arroz, lentejas y café; el almuerzo, arroz, lenteja y agua de panela; y de cena, café con galletas. Al otro día, arroz con sardina, y se repetía lo mismo al almuerzo; la cena era calentado (arroz con granos del almuerzo); así por lo general, y a veces daban una especie de carne vegetariana o huevo.

- ¿Quiénes estaban con usted?

- Había tres personas más, retenidas.

- ¿Le vendaron los ojos, estuvo amarrado?

- En ningún momento; nos movilizaban en fila india en horas de la noche para evitar ser vistos en horas del día.

- ¿Cómo se refirieron sus enemigos a Dios, a su iglesia y a sus principios?

- El máximo comandante financiero me interrogó y me dijo que nuestro Dios era un Dios injusto que hace acepción de personas y nacionalidades. Me

preguntaba: '¿Por qué Dios no escogió a otras naciones? ¿Por qué tenían que ser los judíos? ¿Por qué Dios permitió que profetas y reyes tuvieran varias mujeres? ¿Por qué habiendo tanta miseria y pobreza en el mundo, Dios exige el diezmo, si ustedes dicen que Dios es dueño de la tierra?'. Decía que la religión de ellos era lo tangible, lo palpable, lo real, no lo abstracto y por lo tanto, no creen en Dios.

- ¿De qué manera testificó de Dios? ¿Cómo le ayudó su memoria a compartir la Biblia o a usar textos?

- Durante mi cautiverio lo único que me acompañó fue la ropa que llevaba, así como los documentos personales. No tenía en ese momento material bíblico que me respaldara en mis respuestas, pues lo había dejado en el vehículo, defendí mi fe cristiana con mis convicciones teológicas adquiridas. En medio de los interrogatorios que se me hacían, sentí que una fuerza me vigorizaba para hablar apropiadamente, y los textos me fluían de mi mente como si estuviera dando un estudio bíblico o alguna charla o conferencia, como si tuviese los materiales de estudio a la mano.

El comandante financiero, en vista de que no me pudo persuadir con sus preguntas, me obligó a callar ante ellos. Me amenazó y me dijo que no mencionara nada que tuviese que ver con religión. Si somos llevados ante tribunales, estamos listos para comparecer y defender la fe cristiana. Sabía que mi muerte era segura y fue cuando decidí testificar de Dios ante todos los que me rodeaban, y con asombro pude notar la lluvia de inquietudes que había en sus mentes.

Contesté una a una sus preguntas tomándome todo el tiempo para no dejar escapar ningún detalle de sus inquietudes; sobre el diezmo, la Ley de Dios, el sábado. Algunos de los temas que más sorprendieron fueron el estado de los muertos, la oración, el origen del pecado, el bautismo, el matrimonio y el futuro glorioso de los justos. Argumentaban que la Ley de Dios era difícil de cumplir y que no había nadie que la pudiera cumplir exactamente como la Biblia lo dice, incluyendo a los personajes bíblicos.

- ¿En qué momento vio cerca la muerte, o su liberación?

- Vi la muerte de cerca cuando llega el comandante financiero, que decidiría quién se quedaba y quién se iba. Para sorpresa, me llamó el primero y me dijo: 'Armandito, si no sales de aquí, te vas directo al cielo'. El pánico se apoderó de mí; agaché la cabeza en actitud seria ante una sentencia de muerte. Muchas cosas pasaron por mi mente: la condición de mi familia, mi iglesia, las posibles venganzas contra mis compañeros, etc. Esos segundos fueron eternos.

- Orientaciones para quienes debamos afrontar un apresamiento.

- Algunas orientaciones:

- Estar seguros de que, al salir de casa, deben pedirse la protección y bendición de Dios y confiar en él.
- En caso de peligro, afrontar la situación con mucha calma, prudencia, serenidad y confianza en que esta situación va a solucionarse.
- No desesperarse.
- Hablar con humildad y sencillez. Siempre respondiendo con la verdad, ya que ellos ven la sinceridad de sus rehenes, si son confiables sus palabras o no.
- Obedecer las órdenes e instrucciones que ellos imparten.
- No renegar.
- No discutir las ideologías de ellos, trate de comprenderlos.
- Utilizar el tiempo durante el cautiverio en una actividad que distraiga la mente.
- No pensar que su familia está pasando alguna necesidad por su ausencia.
- No intentar escaparse.
- Entablar amistad con ellos para mostrar confianza.
- Aunque el organismo no esté dispuesto a aceptar alimentos, recíbalos.

- ¿Cómo guardó el sábado?

- Afortunadamente, no alcancé a estar en cautiverio en horas de sábado. La orden de liberación me fue dada a las tres de la tarde, y la salida fue a las seis de la tarde del viernes. Estuve secuestrado o retenido cinco días.

- ¿Qué acciones debió ejecutar contra sus principios o conciencia? ¿O respetaron su posición?

- Ellos respetaron mis principios, ofrecían café negro, pero en mi caso me hacían una excepción.

- Describanos su liberación.

- Me llevaron ante el comandante y este con un tono sarcástico puso sus manos sobre mi hombro y me dijo: 'Armandito, si no sales de aquí te vas directo al cielo'. Notando mi agonía y desconsuelo en estos momentos siguió diciendo: 'Quedas en libertad, no tenemos nada en contra de ti, ni de tu familia, ni de tu organización'. Pensé que esas palabras no eran verdaderas y que, al dar unos cuantos pasos, más adelante me dispararían. En esos momentos nos sacaron en una camioneta que nos llevaría adonde ellos

tenían escondido mi vehículo, que encontré en mal estado por el uso que le dieron.

Me exigieron llevar a mis compañeros secuestrados a la ciudad, mientras en un vehículo nos iban siguiendo para asegurarse de que estábamos haciendo lo que ellos decían. Llegué alrededor de las 9 de la noche al hogar de mi cuñada, donde se hospedaba mi familia. Me parecía mentira haber llegado, ¡era libre! Por fin veía nuevamente a mi familia, a la cual tanto había añorado.

- ¿Qué lecciones le dejó este secuestro?

- Como enseñanza de este secuestro una sensación de seguridad de que Dios estuvo conmigo y jamás me había sentido en un momento de terror y muerte en mi vida; pude palpar cómo Dios me amó, me protegió y me liberó.

- Un mensaje para los lectores de este libro.

- Aprovechen los momentos libres preparándose de una manera más espiritual, comprendiendo las doctrinas básicas de nuestra iglesia. Recordemos que tendremos que comparecer ante las autoridades, jueces y magistrados por causa de nuestra fe; el Espíritu Santo nos lo hará recordar, pero si no nos preparamos, no escudriñamos las Escrituras, el Espíritu Santo no nos ayudará. Animo a nuestros lectores a que se consagren más, se entreguen más a Dios; que hagamos las cosas desinteresadamente y consagremos nuestro espíritu, alma y cuerpo al Señor. Entregarnos a nuestras familias sin reserva, dando lo mejor de nosotros para que no haya remordimientos en nuestra conciencia. Amemos a nuestro prójimo. En el momento en que afrontemos la hora final de la muerte no la temeremos.

- ¿Qué piensa de sus captores?

- Este es un fenómeno que la psicología llama síndrome de Estocolmo, en el cual los secuestrados defienden a sus secuestradores. Pude notar que son personas con tremendas necesidades, que fueron llevadas allí por medio de engaños; no comprenden por qué están en esa causa; otros llegaron porque tenían ansias de mando y un arma, como maneras de tener autoridad, poder y riqueza. Pienso de mis captores son personas que necesitan mucha ayuda psicológica, muchos de ellos sin estudio, algunos de ellos fueron víctimas también de la violencia de varias fuerzas, manifiestan repudio al gobierno y todo lo que tiene que ver con la justicia; hay mucho resentimiento, sed de venganza por lo que supuestamente está pasando en el país. Al hablar con ellos se detectan vacíos en su corazón, no hay razón espiritual por la cual ellos quieran vivir.

- ¿Qué impacto produjo su testimonio entre sus enemigos?

- El impacto que produjo en ellos, tanto damas como caballeros, fue que descubrieron que estaban engañados por sus credos, ignorando en su totalidad las doctrinas bíblicas. Algunos de ellos manifestaron haber tenido líderes religiosos populares y haberse relacionado con miembros de otras comunidades, secuestrados, pero que nadie les había hablado de una manera tan clara y detallada como lo enseña la iglesia a la que pertenezco.

Muchos de ellos quedaron conmovidos, al saber de mi liberación, pues de una manera secreta pidieron mi teléfono y dirección a uno de mis compañeros secuestrados, argumentando que algún día se saldrían de esas filas; otros prometieron buscar mi iglesia; otros, que me buscarían personalmente; y otros, que se reinsertarían a la vida normal.

- ¿Cómo ha cambiado su vida este apresamiento?

- ¡Sí! ¡Cambió! Psicológicamente, quedé muy afectado, y lentamente me he ido superando, pues es un trauma muy difícil. En las noches, sueño que me persiguen, que caigo en emboscadas y me toca caminar por montañas. Mis hijos y mi esposa fueron afectados, ellos presenciaron mi apresamiento, sus llantos y súplicas no lo pudieron evitar. Valoro más la vida y aprovecho cada minuto para hacer aún mejor las cosas.

- ¿Cuál fue el momento más crítico de su cautiverio?

- Mientras íbamos de camino con los enemigos, el Ejército por aire y tierra empezó a atacarlos; ellos empezaron a responderles y yo sentí la muerte.

- ¿Por qué cree que lo liberaron?

- Primeramente, Dios así lo deseó; luego, las oraciones de todos mis hermanos a favor de este siervo. Además, un convenio suscrito en una ciudad extranjera y ratificado en otro país, por los enemigos y las iglesias evangélicas, incluyendo a la iglesia mía, en el país, para no atentar contra sus dirigentes.

- ¿Pensó que sería secuestrado alguna vez en su vida?

- ¡Jamás! ¡Jamás! Nunca pasó por mi mente tal experiencia, pues no se la deseo a nadie. Dios los libre a ustedes de un acontecimiento tal. Rueguen a Dios para que esto nunca les suceda, porque nunca pensamos que esto nos pueda acontecer.

- ¿Hay algunos otros hechos de interés?

- Yo sabía que el miércoles en la noche algunas iglesias estaban orando por mi liberación, y esto reconfortó mi espíritu y mi alma, y al día siguiente, a las once de la mañana, llegó un grupo de captores, perplejos y admirados

porque una de sus dirigentes tomó su proveedor y se disparó en la cabeza quitándose la vida.

Esto en el campamento causó zozobra, malestar y tristeza, ya que nunca había acontecido algo parecido. Saco por conclusión que Dios estaba operando en este campamento y se confundió su mente. Ni ella sabía qué hacer hasta ponerle fin a su existencia.

Agradezco a Dios mi Salvador por devolverme la vida, por darme una nueva oportunidad; sé que me ama demasiado. ¡Muchísimo!: sus santos ángeles me cuidaron como a Daniel. A todos mis compañeros y hermanos que doblaron sus rodillas en oración clamando a Dios por mí, a ellos les digo: ¡Muchas y mil gracias! Que Dios bendiga y proteja sus hogares, lluvias de bendiciones sean derramadas.

EL PASTOR QUE PIDIÓ UNA PLAGA PARA SUS ENEMIGOS

El secuestro es un delito demoníaco que doblega al espíritu y el cuerpo más vigorosos o fuertes. La observación desde afuera no dice mucho acerca de los sufrimientos que genera el secuestro. Miguel se levantó con sus abuelitos, en el occidente del país. Pudo prepararse en la primaria, secundaria y terciaria, y escogió ser un ministro religioso. Es consagrado, laborioso, misionero y entregado a las personas. La directiva de una pequeña congregación lo invitó a la reunión de jóvenes, y lo entrevistamos:

- Pastor, gracias por concedernos esta entrevista. Nos alegra que Dios haya permitido su liberación. En primer lugar, díganos con sinceridad: ¿Pensó alguna vez que sería secuestrado?

- Sí y no. Varias veces le dije a mi hijo que ante la problemática que vive el país, sabiendo que residía en un lugar difícil y que mi familia de origen se encuentra en una gran ciudad de la Nación, el viaje desde el primer sitio hasta la gran urbe, representaba riesgos. Añadí que, si algún día me pasaba algo, si algún día me mataba la izquierda, los derechistas o el Ejército, pues este hecho puede suceder, o que me mataran otras personas, que nunca sintiera odio en su corazón, él está aquí de testigo.

Le aconsejé que no se quede con el rencor en su alma, que lo saque y perdone a la gente. Cuando yo tuve la oportunidad de preguntarles a esos captores la razón por la cual están en esos movimientos, respondieron siempre: 'Porque mataron a mi papá'. 'Porque mataron a mi mamá'. 'Porque mataron a uno de mis hermanos'. 'Porque mataron a toda mi familia'.

- Tenga la bondad de decimos cómo se produjo su secuestro.

- Íbamos para *La Buena Suerte* y tuvimos la fortuna... [risas de los que nos acompañaban en la iglesia]. Pasaríamos un día en ese balneario; un lugar muy bonito. ¿Ustedes tuvieron la oportunidad de ir, ¿cierto? [Nuevamente hay

risas]. Mi esposa no ha ido a tal lugar. Yo he ido varias veces, los hermanos me han acompañado. El río es lindo y limpio, de los pocos que le quedan al país en estado limpio.

Escogimos uno de los golfos. Preferimos ir a *La Buena Suerte*, y ese día estaban allí los sediciosos. Ellos parecían militares, supusimos que se trataba del Ejército; sin embargo, noté que tenían las medias muy arriba, práctica que los militares no realizan. Es más, yo fui soldado, por tanto, yo sé cómo se visten los soldados. Inmediatamente me di cuenta de que no eran soldados. Otro pastor conducía el vehículo mío (me dicen que no le preste más mi auto a él...) [risas nuevamente]; el comandante del grupo le preguntó al pastor que si el vehículo era de él y le respondió que no. Entonces indagó: '¿Usted qué hace?'. 'Yo soy pastor de la iglesia', contestó el colega.

Luego me señaló este jefe a mí y preguntó: '¿Y usted?'. 'Yo también soy pastor de la Iglesia Cristiana', contesté. '¿El carro de quién es?', volvió a interrogar. '¡Bájese!' [el pastor se ríe al recordar la orden]. 'No, bájense los niños mejor', corrigió. Todos los niños descendieron del auto. Eran Manuel Leonardo, mi hijo, y los dos hijos del otro pastor. Nos bajaron del carro e hicieron que nos metiéramos por una trochita; varios automóviles estaban adelante. Yo pensé: 'Bueno, se van a robar los carros, nos van a matar (porque eso podía suceder)'; ellos acostumbran a entrar a las fincas plataneras o bananeras y matar a mucha gente. No asesinan a todos los trabajadores, pero escogen a varios de quienes tienen información o estudios, y los eliminan.

Me dije: 'Nos van a matar... nos van a robar el carro, nos van a arengar y nos sueltan para que vayamos a comunicar lo que nos dijeron'... pero en ese momento no me imaginé que era una *pesca milagrosa*. Yo iba con chancletas y llevaba unos guayos de microfútbol. Cuando el vehículo llegó como a una distancia de 30 metros de la carretera, el pastor lo metió en el barro adrede, para que no siguiera. Procuró sacarlo del pantano, pero no salió. Yo le decía, tratando de guiarlo, que no fuera a dañar el carro, que no lo metiera tan feo.

Sin embargo, yo entendí que lo hacía a propósito. Después me hicieron bajar del carro, mientras que el pastor siguió tratando de sacarlo. Yo sabía que no iba a salir. '¡Bájense!', ordenó el jefe. Yo salí el primero, y el pastor trató de hacer tiempo. Al rato apagó el motor de su auto, dilató su acatamiento a la orden subiéndole las ventanillas con parsimonia. Luego llegó el comandante, nunca tuve la oportunidad de hablar con él. Todavía estábamos cerca de la carretera pavimentada.

Y el pastor comenzó a hablar con el sujeto. Entre las cosas que hablaron... entonces el jefe le dijo: 'Bueno, ¡devuélvase!'. El pastor posteriormente le preguntó: '¿Es que ustedes no son padres? ¿No ven que hay

unos niños allí en la vía? ¿Cómo se los van a llevar?'. Comentaron otros asuntos que ahora no recuerdo bien. Yo sé por qué el hombre dejó ir al pastor...

- Háblenos ahora de las condiciones de su traslado hasta el monte. ¿Lo amarraron? Recuerdo que al ingeniero adventista lo esposaron y le vendaron los ojos. También le amarraron las piernas y se lo llevaron el domingo 22 de agosto de 1993. ¿Sucedió esto mismo con usted? ¿O hubo más libertad de movimientos?

- No sé por qué lo amarraron a él. Sé que nos es costumbre que sujeten a la gente. Al menos cuando los toman en *pescas milagrosas*. Me imagino que lo ataron porque ya sabían quién era él. A nosotros nos capturaron en *pescas milagrosas* y no nos sujetaron, no nos vendaron y caminamos libremente. Cuando caminamos un trecho y volvió el comandante, vi a un hombre que se dirigía hacia nosotros con una neverita de *icopor*, y por poco abro mi boca para decir: 'Yo conozco a ese hombre'. Pero cuando vi esos ojos... el temor de la muerte... preferí no decir nada.

Nos tomaron a 10 personas; con algunas hablaron los sediciosos allí mismo, y yo pensé que íbamos a hablar todos. Tal vez esa era la intención de ellos: investigamos a todos para no llevarnos a los 10 hacia la montaña. Pero no tuvieron tiempo de investigarnos porque en ese momento comenzamos a escuchar el *mosquito* (así le llaman allá al helicóptero). Este empezó a sobrevolar la zona. Empezaron los militares a disparar en dirección opuesta a la situación nuestra. Yo no entendía por qué. Después me enteré de que el Ejército llegó apenas ocurrió el secuestro, el helicóptero los estaba apoyando, pero se confundieron, y en lugar de dispararles a los alzados en armas, les dispararon a sus compañeros del Ejército. Hirieron a algunos y parece que mataron a dos personas.

Gracias a Dios no nos vieron; si nos hubiesen visto... no sé... por la gracia de Dios... estaría aquí: posiblemente no habría sido secuestrado o probablemente me hubieran enterrado. No sé hasta dónde hubiera soportado.

- ¿Hasta dónde llegaron esa primera noche?

- Nosotros caminamos más o menos desde las 10 de la mañana, y faltando unos 15 minutos para las 11 de la noche, llegamos. Caminamos durante 12 o 13 horas. Yo creo que no me cansé mucho: primero, porque hago ejercicio; segundo, porque el paso lo imponía un señor anciano que caminaba muy despacio. Cada rato debíamos parar los de adelante para esperar a los que iban atrás. Así que no hay mucho cansancio. Caminamos por la montaña; los que conocen dicen que es la serranía alta.

Yo no conocía nada. Para confundirnos, nos dieron muchas vueltas, ya que en realidad los que conocían más o menos decían que en unas cinco horas podríamos estar afuera. Sin embargo, los sediciosos nos hacen rodear una montaña para llegar a un lugar que está cerca con el fin de confundirlo a uno. Llegamos a un lugar cuyo nombre no debo decir. Ustedes me perdonan, pero no quiero comprometer a mi familia... ustedes comprenden. En dicho lugar dormimos esa noche, pero es espantoso... se asombrarán al saber que dormimos en unas tablas, un sitio bastante frío. El aire frío se colaba por entre las tablas y nos afectaba por encima. Dormimos un poquito.

Bueno... al fin y al cabo la primera noche no habría problemas... Al siguiente día caminamos unas dos horas más y llegamos a otro lugar parecido, donde íbamos a dormir. No obstante, el frío no lo deja dormir a uno. Cuando usted no puede dormir, le va entrando una ansiedad terrible; es una ansiedad que hace que los nervios se alteren. Aunque traté de dormir de día, pues... hacerlo no es lo mismo que de noche. Aun así, la ansiedad que sentía no me dejaba dormir. Media hora o una hora cuando mucho... Es muy difícil dormir.

- ¿Cómo era, pastor, la alimentación que les suministraban a ustedes?

- La alimentación es muy mala. Si había algo que al comienzo nos deprimía era la comida. Alguno dijo en voz alta: '¿Tomamos esta *aguamasa* otra vez?'. Sabíamos que no debía decirlo y pensamos que le iría mal. Pero fue liberado y salió bien. Esa era una *aguamasa* en comparación con lo que uno está acostumbrado a comer en su casa. Arroz y plátano cocidos. Un día mataron una res y nos dieron carne de la misma; mas, eso parecía una *aguamasa*; teníamos que tomarla todos los días, alguien la llamó la sopita sagrada después. Estas sopas consistían en arroz, plátano, aceite y sal; era todo.

Casi que diariamente la tomábamos. Si no estaba en el almuerzo, la servían en el desayuno; si no era en este, era en la cena... en fin... Generalmente, estaba presente, no faltaba, era como el maná en el desierto. No faltaba. Ellos de vez en cuando mataban un caribajito, es decir, un cerdo. Pues mis compañeros se ponían muy felices, pero para mí era algo terrible [risas]. Al comienzo yo les dije que no comía cerdo, ninguna cosa inmunda y ellos lo sabían, ya que entre los opresores estaban algunos que conocían el evangelio. Me daban huevo en lugar de marrano.

Me dijeron: 'Te va a dar colesterol' [risas]. El huevo se acabó. Ya no podía comer huevo, sino el plátano o la sopita sola, o el arroz seco solo. Así que recordaba que en la casa yo no comía plátano [risas], plátano cocido... el patacón *pisao* sí es muy sabroso. Yo no comía mucho el plátano cocido. Allá

ellos no tienen el plátano propiamente dicho, sino el murrapito o brazo de reina; no sé cómo lo llaman acá, pero ellos también le dicen chibirico.

- ¿Cómo mantiene usted su devoción personal con el Señor si no dispone de la Biblia, ni del folleto de Escuela Sabática? ¿Cómo se idea usted mentalmente su relación diaria con Dios? El hecho sucedió un día de fiesta, lunes 19 de agosto de 2002; se acerca el sábado. ¿Cómo es afectado por esa proximidad del día de reposo? ¿Cómo hace para retomar fuerzas y mantener su devoción diaria con nuestro Señor?

- Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde; lamentablemente, veo como pastor de iglesia que los hermanos no estudian la Biblia como debieran hacerlo. Es así. Debiéramos estudiar más la Palabra de Dios, porque llegará el momento en que la necesitaremos [un ¡amén! se escucha con fuerza]. La requeriremos aquí en el cerebro. Eso me hizo recordar mi estadía en el Ejército. A veces les quería sacar textos que había escuchado, para mostrar argumentos y no los tenía. Gracias a Dios, ahora tenía muchos textos en mi mente, muchas promesas de Dios.

Recordar esas promesas y orar en forma continua, me fortalecí y me ayudé. Les tengo que decir que las oraciones hacia Dios más que oraciones eran peleas, pues en un principio yo le decía: 'Señor, no es que me crea bueno...'. Y yo añadía: 'Señor, yo te entregué mi vida tantos años... Desde los 13 años'. Mis abuelitos conocieron el evangelio cuando yo estaba pequeño. Mi abuelito murió cuando yo tenía cuatro años de edad. Después de que ellos murieron, en la casa no quedó nadie que conociera el evangelio o lo abrazara. Luego un hermano mío se entregó al Señor; dos años después de él ser bautizado, yo me entregué a Cristo.

Yo le dije: 'Señor, yo me entregué a los 13 años'. En el cautiverio tenía compañeros que se burlaban de mí cuando hablaban de las mujeres, del licor y de otras cosas. Creo que si hubiera sido secuestrado con un grupo de la iglesia, habría sido un poco más fácil la retención. Pero tener compañeros no adventistas que hablan de mujeres, de esto y de aquello, y cuando le preguntan a uno, decirles: 'No, la única mujer ha sido mi esposa', es para ellos un chiste, un chiste de mal gusto.

Se ríen bastante, mas no lo pueden creer, y no lo entienden. Para mí era algo terrible. Esto hacía más difícil la relación con el Señor. No obstante, lo que más me fortaleció fue la oración. ¿Qué más podía hacer: hablar o alegar con él? Y pelear: '¿Cómo, oh Dios?, yo soy un pastor, ¿por qué estoy aquí?'- Quiero decir, puesto que a alguien le puede suceder: lo primero que usted debe hacer cuando es secuestrado es *aterrizar* y entender que es una realidad. No se la niegue. Mientras me la negué, mientras no la acepté, mientras peleé

contra Dios, mientras tenía esa rabia contra los enemigos, no podía tener paz, ya que usted puede ser pastor, usted puede ser lo que sea, pero se siente rabia, no sé qué tan santa sea, sin embargo, se siente rabia.

Y no creo que la mía fuera muy santa, porque me da pena contar los pensamientos que pasaban por mi mente. Es terrible cuando usted llega a esta situación: que le quiten lo más lindo que usted tiene: la libertad, la familia, los amigos y la iglesia. Lo único que yo le agradecía a Dios era que no me podían quitar a Cristo de mi corazón. El resto era terrible, no podía decir que no me podían quitar la vida: en cualquier momento esto podría ocurrir.

- En los círculos adventistas, la llegada del sábado representa un oasis, y el viernes en la noche (sábado bíblicamente hablando), se convierte en un centro de vida familiar. Regularmente, no hay culto los viernes de noche. Cuando uno está lejos, añora a su familia. ¿Qué pasa cuando llega el primer sábado y usted está apresado? ¿De qué manera el pensamiento en su esposa e hijitos lo afecta?

- El sábado cuando uno está libre y puede alabar a Dios es muy lindo, y llega a ser como sostiene Isaías, 'una delicia santa'. Mas, cuando has perdido la libertad y piensas en los tuyos, a quienes quizá no vuelvas a ver... es terrible. Cualquier cosa puede suceder. El sábado se convirtió en un tiempo pesado, duro, pues es el día en que casi no puedes hablar con los amigos, con los compañeros que siempre están hablando de cosas mundanas, es el día cuando uno no puede jugar, si es que hay un juego por ahí.

Solamente me toca orar y pensar. Cuando usted piensa, se tortura. Yo llegué a jugar, a hacer una cosa u otra durante el día y lo que menos quería era pensar en mi familia. Cuando pensaba en ellos, era una angustia muy terrible [lágrimas]; si usted se abate y se altera, si no es capaz de controlarse, puede cometer actos horribles: volarse, tomar un arma (a veces las dejan tiradas por descuido), matar o hacerse matar. No se puede uno desesperar, así que lo mejor es dejar de pensar en su familia.

Como el sábado no tenía mucho qué hacer por no disponer de una Biblia, se me hacía mucho más difícil el cautiverio. Teniendo la Biblia, al menos puede usted leer y leer, estudiar y meditar. Pero sin la Santa Escritura, llega el momento en que la mente puede cansarse de estar meditando. Tiene que hacer una cosa u otra, y de un momento a otro se encuentra pensando en su familia... Esos eran los días en que más lloraba [lágrimas], puesto que eran los días en que más recordaba a mi familia.

- Hay una dificultad que los psicólogos han denominado síndrome de Estocolmo. Consiste en la identificación de personas que son sometidas a vejámenes por otras (puede ser un secuestro), quienes, a pesar de torturar a

las primeras, se convierten en un modelo. Recordemos a Patricia Hearst, hija de uno de los grandes empresarios de los medios masivos de comunicación en los Estados Unidos. Ella fue secuestrada y, curiosamente después de su liberación, se manifestó como partidaria de la causa de sus opresores, una especie de lavado cerebral. Entonces, menciono este punto porque hay una realidad: cuando los periodistas entrevistan a personas que han sido liberadas, les preguntan por el trato que recibieron. Las personas responden que el trato fue bueno. [En la época de esta tragedia, estaba secuestrada una líder política, y su esposo informó que estaba bien, pero, ¿qué significa estar bien?; otros informaron que lloraba mucho y que estaba desmejorada en el plano anímico]. Si hablamos con sinceridad, ¿cómo fue el trato que le dieron estos sediciosos?

- Generalmente, la gente dice que la trataron bien. Yo antes de ser secuestrado veía las noticias y sabía que la gente estaba mintiendo. Pero se miente ante los medios de comunicación para salvaguardar tu vida y la de tu familia por cuanto si tú lo dices, todo corren riesgo. Por ende, creo que la gente lo dice así no porque esté *sintonizada* con ellos, ¡no! Lo dicen como una forma de protección, no obstante, a todas las personas que me han preguntado, siempre les pregunto si lo pueden tratar a uno bien cuando le han quitado lo más lindo que tiene la vida: la libertad y su familia. ¿Puede ser eso buen trato? ¿Puede ser buen trato cuando piensa que puede salir de ahí muerto?, o es posible que salga vivo de ahí; hay dos alternativas.

¿Puede ser buen trato cuando le hacen guerra psicológica y le dicen a uno: 'Usted se va', después de veinte días, y cuando se vaya al otro lado, le dice el comandante este: 'Hasta luego, me saludan a...' [un residente de la región], sabiendo él que los que se iban eran los que se quedaban ahí, y llorando? Primero los tortura para luego dejarlos ir, y a nosotros nos tortura creyendo que vamos a salir para luego dejarnos...

¿Usted sabe el golpe tan terrible cuando le pregunté al subversivo: 'Oye, ¿entonces mañana seguimos para la libertad?', y se queda mirándome y me dice: 'Nosotros no vamos para afuera'. Afirmé refiriéndome al jefe: 'Sí, él dijo que íbamos'. '¡No! ¡No!', dijo el hombre. ¡Terrible!... Jugar con los sentimientos de la gente, hacerle una psicología tan terrible... No creo que eso sea buen trato. Además de eso, si nos preguntan que si nos pateaban, si nos decían palabras soeces... bueno... eso no. Si nos tocaba hacer trabajos pesados... eso no. Para colmos de males, no nos tocaba hacer nada.

Es preferible que a usted lo pongan a hacer trabajos forzados, ya que no tiene tiempo para pensar mientras labora, llega cansado y se acuesta a dormir tranquilo hasta el otro día. Así que creo que es más soportable cuando usted trabaja fuerte que cuando lo dejan ahí sin hacer nada.

- ¿Cuántas personas quedaron en el grupo final con usted?

- Éramos diez, a dos los devolvieron, o sea, que realmente no fueron con nosotros. Las noticias decían que éramos los mismos diez. Días después cuatro salieron y nos quedamos ocho. Yo quiero abrir un paréntesis aquí: si ustedes algún día son secuestrados nunca prometan dinero. Si les preguntan si tienen plata y con cuánto pueden ayudar a la misión de ellos, díganles: 'No tengo cinco centavos'.

En el momento en que usted promete dinero, se queda usted allí por muchos días. Lo que siempre dicen los sujetos: 'Si usted puede colaborar, usted se va rápido', no es cierto. Yo he podido corroborarlo. Los que no prometen nada se irán más rápido. No prometan dinero. Me dejaron salir a pesar de que mi esposa no dio un peso; las personas que se quedaron, se quedaron porque sus familias habían dado dinero. Cometí un error, el error de alentar y ayudar a otros. Viendo esto no sé si me dejaban un poco más para animar a los que se quedaban.

- ¿Cuál fue el momento más aciago de su cautiverio?

- Los primeros días fueron los más difíciles. Luego nos metieron en una montaña con selva, cortaron árboles e hicieron unos *cambuches* [cobertizos o refugios rústicos], y ahí estuvimos tres días, en esos tres días pude dormir más o menos bien, lo que se dice normalmente. Después de esos tres días, el sábado nos llevaron a otro lugar parecido a los demás. Allí el aire se cuele por encima, por debajo es un frío espantoso que quema los huesos.

Yo no podía dormir, pues soy muy friolento, para colmo de males [hay risas]. Si no creen, pregúntenle a mi esposa [risas]. En las noches frías no podía dormir. El sábado en la noche fue difícil, el domingo en la noche fue difícil. El lunes sucedió un hecho terrible, ya que nos había dicho el comandante el viernes (no estaba constantemente, de vez en cuando iba a vernos), que como el Ejército estaba por allí, no podrían sacar a tres que serían liberados. Según él, tres iban a salir y cinco se quedarían.

Parecía ser al contrario: cinco saldrían y tres se quedarían. Los que se quedarían serían los tres que habían dado dinero. Por eso les dije: 'No den plata ni prometan dinero'. El lunes después de siete u ocho días, el *mosquito* volvió a aparecer; el helicóptero se veía allá y nosotros lo alcanzábamos a ver, pasaba muy cerca. Menos mal que desapareció en un momento dado. Por tanto, los secuestradores aprovecharon y nos llevaron para la selva, ahí nos ocultamos, ellos se camuflan con facilidad y se esconden debajo de los árboles; como consecuencia, no pueden ser detectados desde los helicópteros.

Nos trasladaron a otro lugar el martes, recuerdo que vimos dos piececitas para dormir. Cabíamos tres en cada una, yo aproveché y me metí en una de ellas, pero parecía una nevera. A eso de las diez de la noche alguien preguntó si ya había amanecido [carcajadas]. 'Oye, ¿qué hora es?', preguntó una persona con fuerza. Yo tenía este mismo reloj de mi hijo, miré y dije: 'Las diez y media'. Con ese frío creíamos que ya había amanecido, pero empezamos a reírnos para sacarle un poquito de humor a la cosa. Yo me salí de ese lugar y allí pude dormir un poco.

El día más amargo y más triste fue ese miércoles en la noche. Amanecí con los nervios alterados porque llevaba varios días sin dormir. Menos mal que hicieron un cambuche en la tierra, con hojas, plásticos y una carpa encima. Allí realmente comencé a dormir. Recuerdo tanto que me acosté y no podía dormir. Tenía un embotamiento en la cabeza, la cosa más terrible. Quería orar, pero no podía, a tal punto que le dije: 'Señor, yo no puedo soportar esto, no soy capaz'. Empecé a llorar y a decirle: 'Señor, me da tristeza que otras personas que están aquí, mundanas, que no creen en ti, sean capaces de soportar esta situación... En cambio, yo, que tengo una esperanza y tengo un Dios tan grande del cual he predicado, no puedo soportar esto'.

Fue el décimo día, el más terrible, el más tétrico para mí. Dije: 'Señor, iré a ver al comandante, puede ser que me pegue un tiro, pero yo no aguanto esto. O puede ser que me dejen'. Yo oraba, pero más que orar, peleaba contra Dios. En ese momento yo peleé contra Dios y le dije: 'Señor, yo no entiendo quién eres, yo no sé qué tipo de Dios eres tú'. Desafié a Dios, me tendí, allí había muchos bichos. Me tendí en el suelo sin carpa, porque en ese momento estaba haciendo un calor terrible y yo no podía dormir, eran como las ocho y media.

Llevaba hora y media, ya que nos acostamos a las siete. Le dije a Dios: 'Señor, me trajiste aquí para dejarme morir, quiero morir ya, que me peguen un tiro'. Esas cosas que uno dice, pero no las hace, en vista de que uno siente miedo de todas formas. Así que me tiré ahí en el piso y le dije: 'Bueno, Señor, me voy a quedar aquí, que me coman esos bichos. Hoy no me voy a arropar. Tú verás qué haces conmigo'. Y me tiré en el piso; los zancudos y otros insectos que había por allí me empezaron a picar. De repente, comencé a sentir la respuesta de Dios: comenzó a soplar el aire fresco, se me quitó el calor y comenzó a darme frío.

Con ese frío me metí en la carpa junto a Elkin, que fue mi compañero hasta que salimos, fuimos los últimos. Me metí en la carpa y no sé cómo me quedé dormido. El siguiente día amaneció; el jueves en la noche dormí bien, el viernes en la noche dormí bien y de ahí en adelante dormí bien, al dormir bien mis nervios se calmaron. Fue para mí difícil, yo recuerdo que el jueves fuimos

al baño, siempre era cerca, el campamento siempre quedaba cerca de una quebrada, fuimos a bañarnos, miré hacia arriba, miré el sol y me dije: 'Señor, por tu gracia y amor voy a soportar esto, porque yo no soy capaz solo, ayúdame'. De ahí en adelante dormí. Al pasar los días, yo era quien animaba a la gente y no al contrario.

- ¿Cuándo se entera usted de que será liberado?

- Veinte días después... nos dijeron que íbamos a ser liberados. Eso nos dijeron, pero era para dejarnos más tiempo. La historia es muy larga, nos metieron ocho días a la montaña y no sabíamos por qué. Después, nos enteramos de que el comandante del grupo que nos tomó cautivos, al tercer día llegó para preguntar los nombres de esposas e hijos, y les dije: 'Miren, yo no sé qué estoy haciendo aquí; pero creo que el Señor me trajo aquí para decirles que Jesús les ama; no importa cuántas cosas malas hayan hecho, él perdona sus pecados, los limpia y los convierte en nuevas criaturas', se lo dije a ellos y se rieron, casi se burlaron.

Pero también se lo dije a un enemigo que era comandante, el tercero de la escala de mando del grupo: 'Mira, yo veo en ti una mirada bondadosa'; se lo decía no por adularlo, sino porque él tenía bondad: me buscaba la toalla y cepillos de dientes, claro que prestados [risas], solo un secuestrado llevaba un cepillo de dientes (era un miembro de la Cruz Roja), y con ese nos cepillábamos ocho personas [risas]. Ese hombre nos lo conseguía todo, todo nos lo conseguía; yo lo llamé y le dije lo que sentía: 'Yo no sé lo que has hecho, pero Cristo te ama, él puede cambiar tu vida', y no me rechazó.

A diferencia de los otros burladores, este aceptó y me dijo: 'Mi mamá es pentecostal, ella también ora por mí'. Es una historia muy linda. Algún día la contaré. Con él entablé una amistad muy bonita. Le dije al Señor: 'Dios, el día en que me liberen, yo quiero que sea este hombre quien lo haga'. Y Dios me lo permitió. El día cuando me liberaron, él fue el último de quien me despedí. El comandante siempre que llegaba donde estábamos, mostraba cara de terrorista, de los más terroristas que yo haya conocido.

Su mirada era la mirada de un matón de esos... oiga, usted no sabía si iba a morir o a vivir. Recuerdo que cuando nos hizo la jugada de que nosotros nos íbamos, y los demás se quedaban, yo dije: 'Señor, nunca más en mi vida quiero volver a ver a este hombre'. Nunca más en mi vida lo volví a ver. Parece ser que Dios lo sintoniza todo, pues antes de cumplirse los veinte días, o sea, un poco antes de que se produjera la liberación de los primeros cuatro, él comenzó a llamar, llamó a mi esposa y le pidió plata.

Le dijo que le diera 20 millones de pesos [unos 6.700 dólares]; ella le dijo que no tenía plata y no le dio ni un peso. Tres dieron, y mi esposa no dio. Los

otros cuatro que no dieron casi nada (algunos de ellos dieron algo, pero muy poquito), se fueron; y yo, de los únicos que no habían dado nada, fui el único que se quedó. A mi esposa le decían: 'Mire, señora, vea si va a hacer algo. Yo la veo a usted que anda de un lugar para otro, pero no se preocupa por su marido. Diga si va a hacer algo, porque si no... yo me saco ese problemita rápido'. En otras palabras, lo voy a matar. Y la hacía estar demasiado mal. Mi esposa después de la última llamada le dijo al Señor: 'Dios, no quiero volver a escuchar a ese hombre nunca más en mi vida'.

Ahora que ella me lo cuenta... recuerdo que yo le dije lo mismo a Dios: '¡Yo no lo quiero volver a ver nunca más!'. Pasó mes y medio, casi dos meses; estaba vivo y nunca fue donde estábamos. Sin embargo, en una de esas llamadas que iba a hacer este hombre para aterrorizar a los nuestros, se identificaron el celular y el lugar de donde llamaba, a través de un costoso y moderno equipo de rastreo. Los mataron a él, que tenía el alias de [omitimos este dato], y a otro apodado [pasamos por alto el alias]; los otros tres están detenidos.

Hay tres más que estuvieron con nosotros y quedaron gravemente heridos, uno de estos quedó inválido. Tienen que moverlo de un lugar a otro sus compañeros; cuando encontraron al principal, tenía gusanos. Yo le había dicho a Dios: 'Señor, no lo quiero volver a ver', y nunca más lo vi. El día en que lo mataron a él, yo ayuné un poco allá (porque la comida era tan mala y ayunar era debilitarse más); por la gracia de Dios durante esas últimas dos o tres semanas, la alimentación había sido buena: frijoles, arepa, arroz, o sea, buena comida, comparada con la que dan ellos.

Así que decidí ayunar un sábado. En este sábado cuando ayuné, llegó un mensajero en la tarde, y sentí el pavor que causa la muerte. Sentí que algo andaba mal. Llegó un mensajero a contarle al comandante que estaba con nosotros que a los dos jefes los habían matado y a los otros tres los habían herido, y que se pensaba que los demás habían muerto. Mi esposa me dice que exactamente el sábado mataron a ese hombre, y en ese día estaba yo ayunando.

Lo voy a comentar, ¿saben qué le decía a Dios? 'Si yo soy tu siervo, tu hijo, Señor, yo quiero que, en este día, en estos días, tú hagas algo con esta gente, que le mandes una plaga, para que ellos puedan ver que se metieron con un hijo tuyo'. Y pensé que esa oración era como la de Santiago y Juan cuando le dijeron: 'Haz descender fuego del cielo', o como hizo Elías en relación con los samaritanos. Yo estaba pensando así. Pero como que no es así, ya que parece ser que ese mismo día el jefe murió, murió el otro y los otros tres quedaron terriblemente heridos.

El comandante de ellos se fue, no sé si a recoger a los otros, no sé qué pasó. En todo caso, el miércoles estábamos marchando por la plena selva, ocho días de camino, caminando ocho días en medio de la selva, y allí permanecimos durante dos meses. Cuando nos sacaron, yo no pensé que íbamos hacia la libertad, sino más bien hacia la muerte; a un compañero lo sacaron el 17 de diciembre, le dijeron que iba libre. Le dijeron que iba rumbo a la libertad, con la esperanza de estar con su familia, con sus hijos.

Me cuenta mi esposa que llegó él a *La Buena Suerte*, el sitio donde nos apresaron, con su ropa sucia, se metió debajo del puente, se bañó y se arregló. Un gran amigo, una persona que estuvo con nosotros compartiendo el cautiverio. Lo más terrible es que lo matan el 23 de diciembre de 2002 para darle una feliz Navidad a su familia. Diez días después un subversivo nos dijo que lo habían matado. Matan al primero, matan al segundo, hieren a otros tres, sacan a uno de nosotros y lo matan, ¿qué piensa usted: que está bien hecho?

Lo van a matar. Yo me preparé más para morir que para vivir, y fuera de eso hay otros hechos que mostraban que nos iban a matar a todos. Los tres que salimos con vida, al final pensábamos que nos iban a matar. El sábado 2 de febrero se acerca aquel de quien me hice amigo y dice: 'Venga, pastor'. Yo fui, y me dice: 'No se vaya a caer hacia atrás, pero usted mañana o pasado mañana se va'. Yo lo abracé, y después de abrazarlo comencé a llorar de la felicidad, y también por el temor que tenía a causa de no saber si iba para afuera o no. Yo sí sabía que iba para afuera, lo que no sabía era cómo: si vivo o muerto.

Y él comenzó también a llorar conmigo. Sus lágrimas parecían sinceras y las tomé como señal de que sí iba para afuera. Sin embargo, uno a veces piensa mal: yo creí que las lágrimas me decían: '¡Qué tristeza! Tú no sabes lo que te espera', por cuanto ya éramos como amigos. Yo no sabía qué pensar. Lo que sí me dijo fue: 'Usted sale entre martes y miércoles, o entre miércoles y jueves'. Yo le dije: 'No, pero Heriberto [nombre cambiado] va a salir unos días después. Prefiero quedarme hasta que él salga, y salimos los dos juntos'. El jefe llamó a mi esposa y le dijo: 'Vea, el pastor no quiere salir hasta que Heriberto salga'. Gracias a Dios la liberación se dio el día martes.

Nos dicen: 'Bueno, vamos para afuera'. El martes en la noche caminamos y nos tiramos en una manga [franja de tierra con hierba] esperando el momento, los hechos que estaban esperando ellos no se cumplieron, los sucesos que estaban esperando nuestros familiares tampoco ocurrieron. Por tanto, nos tocó pasar casi la noche allí. Como a la 1:10 a. m., en un lugar donde no serenaba; pero al otro día tuvimos que sacarnos garrapatas del cuerpo.

En los lugares en que dormíamos siempre había garrapatas, pulgas, siempre tenían hormigas que picaban duro; yo recuerdo que cuando iba a las casas de los hermanos del campo, veía cucarachas y ratones, y decía: '¿Cómo uno hace para dormir aquí?'. Y dormía. Sin embargo, en esa zona aprendí a dormir en medio de cucarachas, pulgas [risas], en medio de todo cuanto bicho usted se quiera imaginar. Aprendimos a dormir, a dejar que nos picaran los bichos y a pedir que Dios nos protegiera de una enfermedad.

Recuerdo que el miércoles fueron garrapatas las que tuve que sacarme de mi cuerpo. El comandante de ellos se sacó como veinte y pico. Las mías fueron como catorce [risas]. Pero ese día miércoles lo pasamos allí y a las seis de la tarde se acercó el subcomandante y me dijo: 'Pastor, ustedes quedan en libertad'. Me dejó en el lugar porque yo lo conocía y comenzó a internarse con su gente en el monte. Cuando ellos se internaron y subieron a la montaña, yo abracé a Heriberto y le dije: 'Heriberto, ya no tendremos que pedir permiso para ir a orinar, ya no tendremos que pedir permiso para hacer otras necesidades fisiológicas ni para ir a bañarnos'.

Entonces nos pusimos a llorar. Los hermanos de la iglesia que estaban por allí comenzaron a llorar. La libertad es un don que tenemos, pero muchas veces no lo sabemos aprovechar. Si tienes hijos, acarícialos; pasa un tiempo con ellos. Si tienes una esposa, acaríciala y dile que la amas, para que el día en que pierdas la vida o sepas que estás para morir no sientas remordimiento, porque debiste hacerlo así y nunca lo hiciste. Yo le digo una cosa: Usted puede ser magíster, doctor... yo no sé qué tantos títulos hay en este mundo... Pero cuando usted está cerca de la muerte, usted entiende que solo hay dos cosas importantes en esta vida: Dios y su familia.

Puede ser que los familiares más allegados importen, la mamá, el papá... Puede ser la iglesia. Pero lo que más importa es Dios y la familia. Si esto es lo más importante, ¿por qué no les dedicamos tiempo?, ¿por qué no sacamos tiempo para Dios?, ¿por qué todo tiene que ser el trabajo?, ¿por qué lo más importante son las cosas de esta vida?; si la familia es lo más importante, ¿por qué no sacamos tiempo para la familia?

- Las lecciones que quedan son evidentes. Gracias, pastor, por concedemos esta entrevista.

¿Hay algo más que acotar?

- Quiero terminar diciendo que, aunque peleé contra Dios y a veces no aceptaba esa realidad, aunque me tocó con dolor aceptarla, lo único que me mantuvo fue el Señor. [¡Amén!]. Lo único que quiero decir después de salir de este trance, lo digo con toda seguridad, es que arriba hay un Dios que te ama a ti y me ama a mí, que nos ama a todos, que está dispuesto a ayudarnos...

Porque es que en estos momentos en que les estoy hablando, simplemente les puedo decir: ¡Estoy aquí por milagro de Dios! [¡Amén!].

Estoy aquí porque ustedes oraron por mí, porque mi familia oró y porque mi iglesia a nivel mundial oró. Una vez mi esposa me dijo por radio que la iglesia en pleno, mi iglesia mundial, estaba orando por mí. Me alegré porque la iglesia estuviera orando, mas agaché mi cabeza y dije: 'Mi esposa sí es exagerada, no creo que la iglesia mundial se interese en mi caso'. No obstante, después de salir entendí que así era. Una iglesia, no solo en Colombia, sino en otros países del mundo estaba orando por mí. En ese momento... [el llanto no da para más]. Epílogo. El secuestro destruye ilusiones, sueños y esperanzas. ¡El secuestro es brutal!

SECUESTRADA, Y ABUSADA SEXUALMENTE

Su apresamiento y violación le cambiaron la vida en cuestión de segundos. Durante sus 33 años de existencia que Dios le ha concedido, nunca pensó que tendría que soportar el terrible mal del secuestro, y menos, la tremenda y traumática experiencia de una violación. Las historias hasta ahora narradas, nos muestran varios ribetes dramáticos del secuestro. Pero esta historia contiene un delito más: el abuso a que es sometida una víctima de retención forzada. Al parecer, se configuró el síndrome de Estocolmo al revés, pues el facineroso como que se enamora de su víctima.

La niñez y juventud de Elena Herrera pasaron con normalidad, en ambientes caracterizados por los principios y valores cristianos, ya que sus padres eran misioneros. Elena y sus hermanos participaban en los cultos familiares, asistían a la iglesia y estudiaban en escuelas donde el temor a Dios era evidente. Los padres de estos niños siempre se esforzaron por darles lo mejor, y a fe que lo consiguieron. Elena se tituló en una carrera del área de salud, y ejercía con éxito su profesión. Quizá las vivencias de 1981, cuando se fueron a una villa indígena en la montaña media, a fin de ayudar a los aborígenes y, de paso, darles el evangelio, dejaron en Elena una estela imborrable que la indujo a estudiar una carrera de salud, con el objeto de ayudar a los más necesitados, entre ellos, los nativos.

Siempre han tenido en alta estima a los indígenas. En 1981, el pastor decidió irse a la Sierra, sin recibir salario, y establecer una estación misionera. Todo salió bien mientras los nativos no detectaron la finalidad misionera de los Herrera. Después, les tocó volver a la ciudad. El año 2003 estaba pasando poco a poco y la Nación mostraba signos de recuperación económica; las masacres y los secuestros habían disminuido, y los industriales manifestaban optimismo, tanto que decidieron invertir más dinero en varios sectores de la economía del que destinaron durante el segundo semestre de 2002. Las

autoridades volvieron a muchos municipios que habían sido sacudidos por atentados graves. Los signos de recuperación alentaban a la gente. No obstante, los golpes dados por el Estado a los grupos al margen de la ley hicieron que estos procuraran reorganizarse o que idearan y ejecutaran acciones más macabras y formidables.

Iban a cumplirse el 22 de agosto de 2003, 10 años después del apresamiento de nuestro ingeniero. Los profesionales de la salud habían efectuado muchas brigadas tendientes a contrarrestar los males de las comunidades indígenas. Elena y sus padres recordaban las lecciones etnográficas, sociales, culturales, pedagógicas, ideológicas y aun espirituales que les legaron los Mamas y otros nativos, durante los escasos nueve meses de permanencia en la Sierra, comiendo aguacates, malangas, cacao, arracacha, etc., una alimentación nada variada o muy pobre. Desnutrición, malnutrición, caries, diarreas, paludismo, gastroenteritis, tuberculosis... eran factores que hacían que la morbilidad y la mortalidad fuesen elevadas y alarmantes. La expectativa vital era baja. En parajes inhóspitos a donde habían llegado por causa de la presión de los *civilizados*. Al fin y al cabo, eran el residuo de los 12-15 millones de nativos que alguna vez tuvo cierta región de América, que fueron diezmados por los conquistadores, exploradores o colonizadores. Este era el triste panorama: nada más 600.000 nativos sobreviven. Las celebraciones de 1992 fueron una rememoración barnizada de cristianismo, evangelio puro, altruismo y amor. Pero no llenaba los vacíos. Los nativos en todo el mundo se están acabando. Las indígenas en todo el mundo se están acabando. Las tierras, el oro, las aguas, las viviendas, las mujeres, los hombres, todo y todos fueron objeto de depredación, saqueo, robo y violaciones.

A raíz de la descomposición social del país, ahora sí se podía esperar cualquier cosa. Es posible que Elena echara mano de un argumento que sustentara su relativa seguridad: habían servido a los nativos, y estos serían respetados por grupos de delincuentes. O también sería más fuerte el deseo de servir al prójimo, desde la odontología, medicina, oftalmología, nutriología, laboratorio clínico, farmacología y fisioterapia. Los miembros del grupo interdisciplinario se despidieron de sus familiares y amigos con el saludo de siempre y confiando en que nada malo les ocurriría. Otro grupo había pensado ayudar a las comunidades olvidadas por las autoridades. El año estaba terminando sin angustias. Un grupo de turistas, curiosos, personal de salud y científicos, compuesto por 32 personas, alistó sus cosas para ascender hasta la Sierra Madre, con el fin de disfrutar de una nueva aventura en el final de año, y de contactar a los grandes Mamas de las tribus arhuacas, en busca de orientaciones sobre medicina naturista.

El viernes 23 de diciembre iniciaron su ascenso, el que les tomaría siete días. Su aspiración no era llegar hasta los 5.595 metros del pico Colón, sino hasta 2.600, en donde encontrarían a los solemnes Mamas. En un caserío a cuatro metros sobre el nivel del mar, empezó el ascenso. Cada persona llevaba sus equipajes, con lo indispensable y lo útil. Un día, dos días, tres días. En el cuarto día, descendieron de los 1.200 metros a los 800, por una especie de camino por donde solo los humanos podían transitar. El terreno era malo por cuanto existían cantos rodados en los alrededores del sendero compuesto por 1.332 escalones que conducirían finalmente a la Ciudad Perdida de los Tayrona.

Un cristiano (físico, matemático, médico naturista, maestro y especialista en prevención de la farmacodependencia), iba descendiendo con cautela. Sin embargo, su inexperiencia en estas lides lo afectó: cuando pisó un escalón de piedra, su base rodó al abismo, y el profesor sufrió una seria lesión de ligamentos. El grupo detuvo su lento andar para socorrer al lesionado. ¿Qué hacer? ¿Dejarlo? ¿Devolverlo?, si estaban en la mitad del camino. Improvisaron una camilla indígena con la ayuda de un antropólogo y lo subieron a ella. El caminar se hizo más extenuante y lento. Pero, llegaron a su destino. De inmediato armaron los refugios y metieron en el primero al cristiano. El antropólogo director del Centro Arqueológico y Antropológico estaba cerca del sitio de acampar. Por cuanto sabía que iba un grupo hacia ese lugar, se acercó para saludarlos. Así lo hizo con todos.

La temperatura era inferior a los ocho grados Celsius bajo cero. La noche llegó y todos se durmieron tranquilos y extenuados, hasta el médico cristiano, a pesar de su dolor. El temor a los sediciosos fue superado por el cansancio. Amaneció el sábado, y a las cinco de la mañana ya el médico estaba despierto. Hizo su culto personal y le rogó a Dios que lo ayudara a encontrar una salida: “¡Señor, estoy en tus manos! Tú sabes qué será de mí en este sitio”. Eduardo Moreno, ingeniero forestal y antropólogo es el director del Centro. Llegó presto a darle los ¡Buenos días! al señor cristiano. Tampoco se reconocieron. El director le dijo que es ingeniero forestal y antropólogo. Gil Garzón, el lesionado, recordó que en su país solo existía esta carrera en la Universidad del Distrito, donde Gil también estudió ingeniería electrónica y física, en la década de los 1970. Rememoró un poco y reconoció a Eduardo: sí, aquel con el cual tiró piedras y dirigió arengas en contra del sistema social y político. Eran sujetos de cabellos largos y desaliñados, que cargaban mochilas autóctonas y folleticos de la izquierda.

Se abrazaron y recordaron sus años de universidad, e hicieron un recuento de sus vida:

- No te preocupes, Gil -, dijo Eduardo- . Yo llamaré a Santa Marta, para que nos manden un helicóptero.

- ¿Y cuánto vale el traslado -, interrogó Gil.

- Regularmente, 600 dólares - sostuvo Moreno.

- ¿600 dólares? -, preguntó Garzón, muy preocupado.

- ¡Sí- , acotó Moreno -, ¡pero, a ti no te cuesta nada! -, añadió el ingeniero.

Unas horas después llegó el helicóptero y trasladó al matemático a un hospital de la ciudad capital del departamento. Allí recibió atención especializada, aunque la vacación se truncó. Un grupo élite se les había escapado a los subversivos; lo habían tenido en la mira. El grupo que salió de la capital provincial no corrió con buena suerte. Abordaron un vehículo de servicio público, con todos los equipos y medicamentos elementales para estos casos. Recorrieron varios kilómetros, al cabo de los cuales se apearon con su equipaje; ahí terminaba el *carreteable*. Emprendieron entonces un viaje en mulos, por un camino de montaña. Varias veces habían hecho este recorrido. Terminaron el tramo de camino y ahora les tocaba seguir a pie con su carga. En el sitio estaban unos nativos listos a conducirlos y ayudarlos, para que nadie los molestara, e interesados en el feliz desenlace de la brigada. Faltaban algunos kilómetros; las fuerzas empezaron a menguar, así como el ciclo semanal, ese jueves de agosto.

Antes de llegar a la aldea de base, un grupo de alzados en armas apareció en la ruta y los detuvo. Con aire militar y belicoso el jefe del grupo manifestó su desagrado por el desplazamiento a través de un territorio donde ellos tenían mando. Aquí cesaron el optimismo, las risas y los deseos de servir a las comunidades necesitadas. Los nativos y profesionales fueron amenazados, y a los primeros se les obligó a volver a su reducto. Entonces, los profesionales quedaron en manos de unos enemigos. ¿Qué mal estaban cometiendo? ¿A qué autoridad se oponían? Por las mentes de los secuestrados empezaron a pasar en cascada las noticias de los más de 3.000 retenidos en contra de su voluntad, que hay en el país. Por sus cabezas volaron los videos desplegados por los medios de comunicación, en que aparecían policías, soldados, legisladores y otros connacionales como en los campos de concentración propios de la historia entre las guerras mundiales.

¡Estaban y eran sujetados! La brigada no pudo continuar. ¿Cómo? Si era una misión humanitaria... para practicar exámenes de sangre a los nativos y definir su grupo sanguíneo... y expedirles el carné de la entidad que les prestaría el servicio de salud. Gente olvidada por el Estado o por el resto de la sociedad, ahora se frustraba por causa de un apresamiento. Para nuestra protagonista, el terreno era conocido. Su testimonio posterior con respecto a

dicho conocimiento le generó un problema grave. Luego lo veremos. Se los llevaron hacia un campamento, después a otro, y finalmente a otro. Este fue el sitio del presidio.

En vista de que no llegaron al destino planeado para realizar las tareas de salud, los indígenas se preocuparon y dieron aviso a las autoridades. Los familiares supieron la horrible noticia y se sobresaltaron. Aún no habían sido secuestrados los ocho idealistas turistas del extranjero, en la cara opuesta de la Sierra Madre. ¡Secuestrados! Simplemente, secuestrados. Los compatriotas y los foráneos. La comida era mala; las condiciones para dormir, malas; el trato, malo. Las horas transcurrían teñidas por el tedio y la zozobra. Desconocemos las razones, pero, cuatro fueron liberados a la semana. ¿Dinero? ¿Cansancio de los bandidos? ¿Misericordia? ¿Presión de las autoridades?

El frío era espantoso. Y la perplejidad por su reclusión se contraponía a una alegría contenida porque cuatro quedaron libres. Y después ocurrió lo que rebose la copa del sufrimiento. Dicen los que han sufrido este abyecto delito que usualmente el control de los aprehendidos es ejercido por varios sujetos. Rara vez un secuestrado es cuidado o vigilado por un solo individuo. Elena descubrió que el comandante del grupo rebelde deseaba quedarse solo con ella. A menudo les ordenaba a sus hombres que salieran de la rústica casa, lo que despertó sospechas en Elena y en sus compañeros de infortunio, y suspicacias en los compinches del bandido jefe. Sin embargo, ni los unos ni los otros podían rebelarse o comentar nada. Generalmente, estas equivocaciones como mínimo eran castigadas con presiones psicológicas, torturas físicas o confinamiento; y si se repetían, el juicio sumario y la muerte le esperaban al atrevido.

El comandante se valió de varias argucias; unos y otros obedecieron por causa del terror, y cual sádico agregó otro delito a su larga cadena: violó a Elena mientras estaba en condiciones de indefensión. Pasó lo que Elena no creía. No obstante, se armó de valor y empezó a idear su venganza. Dos semanas después de haber sido aprehendida, fue liberada, y volvió a un caserío aborigen, desde donde varios habitantes informaron a las autoridades. Sus padres y hermanos se regocijaron, al igual que sus colegas y miembros de la iglesia a la que ha pertenecido. Para Elena, la alegría de su liberación tenía un matiz gris, y sus familiares no sabían por qué. En su mente se arremolinaban las afirmaciones amenazantes de su abusador: "Si dices algo, te mando matar". Varias veces el bandido le imploró que no dijera nada, pues sus superiores la podrían ejecutar, por cuanto no es el *modus operandi* de los grupos al margen de la ley.

A pesar de este ideal *sano*, es *vox populi* que las violaciones son la norma en el cautiverio; pero, añaden las lenguas que nadie se atreve a denunciar por terror a las consecuencias que pueden sobrevenirles a las liberadas o a sus familias, o por pudor. ¡Cuán horrible es una violación, y más, si se está secuestrada! Elena compartió algunas impresiones con sus padres, y valoraron las ventajas y riesgos de una denuncia pública. Pensaron en el asilo político que el Estado podría conseguirles en algún país amigo, en el cambio de identidad y fisonomía, en el subsidio para vivir mientras se acomodaban, y otras opciones. La desesperación de estos compatriotas quizá los llevó a tomar la decisión de denunciar a través de la radio, la prensa y la televisión, los abusos de que Elena había sido objeto.

He aquí algunos titulares de prensa: "Secuestrada denunció violación en cautiverio", "Secuestrada denuncia abusos de su captor", "En busca de protección". Con valor extremo, Elena informó al país y al resto del mundo que fue abusada sexualmente, y la opinión pública se volcó en su favor. Mas, solo Dios y su violador sabían qué giro iban a dar los acontecimientos.

"Esto es lo peor que me ha sucedido en la vida. Fueron días de atropellos, acoso y abuso sexual... un mando medio... siempre se portó serio conmigo, pero en los últimos tres días de secuestro, aprovechando que los otros dos... que estaban con nosotros se fueron a realizar una misión, comenzó a acosarme, a decirme palabras obscenas y a abusar sexualmente de mí". "Según afirma, los otros insurgentes no se dieron cuenta de los hechos, pero sospecharon porque para ellos era muy extraño que su jefe quisiera pasar en el cuarto con la secuestrada". Fue lo que recogió el diario más importante del país. Y añade las palabras de Elena: "Yo tampoco podía comentarles porque me tenía amenazada con matarme".

También otro diario regional registró los hechos en la forma siguiente: "[...] se presentó ayer en compañía del defensor del Pueblo [...] a fin de que se le garantice la protección, mientras que el caso fue dado a conocer al alto comisionado de Derechos Humanos ante las Naciones Unidas". El Defensor del Pueblo también sostuvo: "Estamos poniendo en conocimiento de los organismos internacionales de derechos humanos, este hecho y vamos a pedir a las autoridades que se tomen medidas de protección". "En busca de protección", fue otro título del diario capitalino. "Elena habló con el Defensor del Pueblo, el Vicepresidente y con un fiscal, a fin de buscar reubicación y protección del Estado".

La historia dio un cambio como de novela: el hombre alzado en armas desertó y se acogió al programa de reinserción, y entonces acusó a Elena de ser izquierdista. Otros reinsertados testificaron en contra de ella, en vista de lo cual fue retenida. Luego de unos días se le dictó medida de aseguramiento, y

se la trasladó a una cárcel femenina. Dijimos que su conocimiento de la zona lo obtuvo cuando sus padres sirvieron como misioneros en la Sierra. Sus enemigos usaron este conocimiento para tildarla de guerrillera. No obstante, posteriormente los testigos se retractaron porque no les dieron el dinero que les ofrecieron para incriminar a Elena, y el proceso se había enturbiado. Los riesgos para ella y sus familiares eran enormes. ¿En qué terminaría esta historia novelesca? Solo Dios lo sabía.

Martes 21 de octubre de 2003. Un día de fiesta y gozo. La Fiscalía revocó la medida de aseguramiento con detención preventiva, por falta de pruebas sólidas y válidas, en vista de lo cual Elena fue excarcelada. El Ministerio Público y el abogado defensor rebatieron las pruebas. He aquí lo que registra un diario regional: "No obstante, los reinsertados se retractaron indicando que la profesional tenía un parecido con la guerrillera que ellos conocían con los alias de 'Lidys' o 'La pancha' [alias cambiados], que sumado [sic] a la apelación y al buen nombre de la... [omito la profesión de la mujer], quien no registra antecedentes penales, se autorizó ayer la libertad inmediata de la misma".

Elena sufrió mucho en la cárcel. Una persona inocente que es encarcelada, debe abrumarse por el encierro. No es lo mismo si se trata de un bandido o delincuente. Cuando a una persona abstemia le toca trasnochar por causa de la música que otros alicorados escuchan, se resiente. Al fin y al cabo, ella no consume licor. En cambio, los demás son insensibilizados por el licor. Pasan horas y horas bajo sus efectos. También los padres y hermanos de Elena sufrieron muchísimo. Estuvieron en boca de todo el mundo, así como Elena. No es fácil enfrentar una condición semejante. Solo el poder de Dios habilita para salir adelante.

Vinieron otras angustias y pesares. El mal que se le ha hecho a esta dama es terrible. Las noticias relativas a estos hechos se conocieron en todo el mundo, y Elena ha quedado en la mente de las personas. ¿Cómo va a conseguir trabajo? ¿Quién la va a incorporar a su empresa? Decidieron irse porque no había más opción. En una sesión sin agenda ni horario conocidos, por causa de las amenazas de muerte, echaron una mirada a la historia de sus primos de las sabanas. Sadiasept Paternostro estudiaba en la universidad oficial de la provincia, la carrera de administración de negocios internacionales con énfasis en tratados de comercio libre. Le había ido muy bien. Un día salió de su universidad, rumbo a su casa, y se dio cuenta de que un sujeto raro le tomó una foto sin permiso; no era una promoción, no era un fotógrafo callejero; el hombre desapareció con rapidez.

Al día siguiente, *Pepe* Paternostro, papá de Sadiasept, recibió en uno de sus negocios prósperos, un papel de cuaderno viejo (de esos que traían las

tablas de multiplicar en la contracarátula) donde decía: “Savemo donde estudia su ijo. Nesesitamos hablar con uste. No avice a la autorida [sic].”. *Pepe* se llenó de pánico, sin pasar por la etapa previa del temor. Unas horas después, llegó otra nota: “Don Pepe, nesesito 400.000 peso llame al teléfono [estaba un número que no recuerdo]. Si no queda mal, le cecuestramo a su igo[sic].”.

Pepe puso el problema en conocimiento de las autoridades, pero, no se pudo hacer nada. La explicación que le dieron fue: “Eso pasa cada rato. Lo mejor que pueden hacer es irse del país. Nosotros no podemos responder por los 39 millones de habitantes”. Después de orar a Dios, *Pepe* habló con su familia, le dijo a su hijo que volviera de inmediato a la provincia, y se fueron con gran disimulo para otra nación. Allí pasaron varios años. Mientras tanto, los miembros de la iglesia cristiana oraban por los Paternostro y les mandaban información acerca de las condiciones existentes en la ciudad. A eso de cinco años retornaron al país. Los Paternostro y los Herrera tienen parentesco. La familia Herrera se fue de Colombia, con protección; pasó por dos países de Sudamérica, y al final se estableció en Europa, donde Dios los ha prosperado en todos los planos.

EL AUDITOR TRAGADO POR LA TIERRA

Los habitantes de las verdes montañas del departamento estaban libres de los problemas que hoy aquejan a sus pobladores. La vida era tranquila y transcurría en completa paz. A veces iniciábamos la gira en una ciudad pequeña y salíamos por un caserío, sobre cierta carretera; otras veces hacíamos el recorrido en forma inversa. La visita de un pastor cristiano representaba todo un acontecimiento espiritual, social, religioso y cultural. Cada seis meses, el líder espiritual podía desplazarse y atender a sus feligreses; de allí que los bautismos, las bodas, los juegos sociales y hasta los sepelios se programasen meticulosamente, con miras a la visita pastoral. Esta vez entramos por el caserío. No nos habían enviado los animales, por lo que mi padre decidió que viajáramos a pie hasta el primer pueblo de la gira. Formaban parte del pequeño grupo el señor Pedro, ya miembro de la iglesia cristiana y ducho en estos trajines, y un hermano oriundo del golfo, un hombre curtido en la pesca marina.

Como que comimos un tubérculo criollo (ñame) con huevo en revoltillo, y una taza de agua de panela (parecía panela adulterada con cal), a la hora de almuerzo. Nos enrumbamos a pie, sin los equipajes, a eso de las dos de la tarde. A las cinco llegamos al caserío. Allí pasamos muy sabroso. Fue una verdadera fiesta. Días después partimos hacia un poblado bonito y tranquilo. En la subida, el hermano pescador sufrió un accidente; por cuanto el camino fue hecho en la pura montaña, solo daba cabida a una bestia con su jinete. Este amigo nunca había pasado por tal camino. El caballo se echó bastante hacia la derecha y le aprisionó la pierna contra el barranco. “¡Rigoberto!, ¡Rigoberto!”, alcanzó a gritar don Pedro. Presentimos una fractura; sin embargo, no fue así.

Llegamos al pueblo y nos hospedamos en casa de un bastión de la iglesia. Dos días permanecemos allí, y luego bajamos a otro poblado. Hermoso lugar, con gentes hospitalarias y trabajadoras. También el festejo fue

descomunal y grandioso, y para las aves de corral fue sacrificio. En estos recorridos nunca probábamos carne de res, ya que los lugareños preparaban aves de corral. Luego de la permanencia de dos días allí, nos encaminamos hacia otro paradisiaco lugar. Los miembros de la comunidad religiosa escogieron un brioso corcel para don Pedro, un mulo manso para el pescador, un bonito caballo para el pastor y un caballo muy mansito para el autor, quien llegaba los 11 años de edad. En dos pobres burros se acomodaron nuestros equipajes. Emprendimos el viaje después de haber ingerido un copioso desayuno consistente en yuca blanca y harinosa, crema de leche (suero, dicen en la comarca), plátano amarillo y un tubérculo infaltable (el ñame). Lo acompañó un riquísimo café de maíz con leche pura de la que se compraba en una aldehuela cercana. Ya habíamos celebrado el culto matutino.

Nos despedimos con tristeza de nuestros hermanos de iglesia. Rigoberto, el pastor, el autor y el abuelo. Este era el orden. Salimos del marco del caserío y bajamos una loma, como a las ocho de la mañana. Al llegar a un plano, el caballo donde viajaba yo, se espantó como si hubiera visto al demonio, y empezó a correr; parecía volar y volar. El pavor se apoderó de mí, así como de mis acompañantes, quienes oraron de inmediato a Dios. El caballo no se detenía. Don Pedro habló con fuerza, pero dosificada, para orientarme y no exasperar al animal: "¡Agárrate!, ¡agárrate! ¡No te tires!". Y mi padre expresó lo mismo, sin embargo, no espolearon a sus animales para alcanzarme, porque sería peor. El bamboleo era dramático, por lo que me aferré a las riendas. Unos segundos después llegamos al final de la hacienda atravesada por el camino, y había una puerta de golpe; entonces el caballo se detuvo ante el obstáculo y nuestros compañeros llegaron pálidos y temblorosos. Después di gracias a Dios. El viaje terminó sin más contratiempos.

Si el caso de Elena se torna complejo, y de la alegría se pasa al llanto e ira, la historia del auditor es más dramática. Hasta hoy se dice que está muerto, aunque en la región dos personas aseguran que vive. Su vida transcurría en forma normal y rutinaria. Hombre de campo, laborioso, callado y entregado a Dios. Algo golpeado por los avatares del diario vivir; a pesar de ello, temeroso del Señor. Recorrió muchos lugares del país, ejecutando funciones de auditoría en las iglesias y grupos, y predicando el mensaje de salvación, a pesar de ser del área de la ciencia administrativa.

La región no me era extraña, y nunca más se me olvidó, por el susto que pasé. Ni tampoco para Carlos, el exexiliado (rara forma con dos "ex") de un arroyo. Narró que a mediados de la década de los 1990, fue invitado a una semana de conferencias misioneras, para difundir la Palabra de Jehová. Le asignaron para hospedarse y alimentarse una finca de un miembro de la

iglesia cristiana. Llegó a la finca. Era una tierra con partes planas y colinas, con aguas abundantes, cultivos, ganado, aves de corral y árboles de toda clase. El esposo, la esposa, las tres mujeres y los dos varones vivían en el caserón que estaba dividido en dos: un cuarto grande y un espacio que hacía las veces de sala, comedor y cocina (al final).

No había baño, no había letrina, hacían las necesidades fisiológicas a campo abierto, en cualquier punto, sin aplicar las mínimas normas de salubridad, a pesar de haber estudiado las pautas que dio el Señor para estos casos, al pueblo hebreo. Las mujeres candorosamente se bañaban desnudas en el arroyo, a cualquier hora del día, y los varones a otra hora, eso sí, previo aviso. Los esposos hacían el amor en el mismo cuarto. Era una promiscuidad recatada, que se derivaba de la ignorancia y del candor. Carlos durmió en una hamaca especial, fabricada primorosamente a mano. De esas que llevaban los colores de la bandera nacional, con una inscripción en la cabecera, que decía: **SOY CARIBE, ¿Y QUÉ?** Las letras eran doradas.

El ama de casa puso el desayuno sobre un mesón polifuncional: ñame, yuca, plátano, ahuyama, suero, queso, café de maíz con leche de vaca sin pasteurizar ni homogeneizar, más unos guineos criollos. Esta mesa grande estaba cubierta por un mantel de tierra menuda, es decir, no la habían lavado en varios años. Para estas personas era lo normal. Oraron por el alimento y, cuando Carlos iba a tomar un pedazo de ñame con el tenedor, una gallina en forma natural defecó sobre la mesa. Las ganas de comer se espantaron enseguida. Nadie advirtió nada raro, pero, todos estaban comiendo, menos Carlos, el pastor. Fue cuando la dueña dijo:

- Pastor: ¿Es que no le gusta el desayuno? ¿No quiere ñame? Si usted es de esta zona...

- Hermana: Es que no tengo hambre.

- ¿Quiere que le haga algo distinto?

- No, hermana, gracias. Un permiso, voy al arroyo.

Simuló estar mal del estómago, y el incidente no pasó a mayores. Como a la media hora volvió, invitó al jefe de la casa, y se fueron al campamento de los sediciosos, a pedir permiso para la campaña. El hombre los escuchó, y luego dijo:

- Está bien. Les doy permiso, pero hasta las siete y media de la noche.

- ¡Gracias, señor comandante, haremos como usted exige! -, aseguró Carlos con espíritu sumiso.

La campaña misionera se realizó sin contratiempo. Preparó sus cosas para viajar a esta zona rural de la Costa Caribe del país, el 20 de marzo de 2002. Salió temprano de su casa, pues quería regresar el mismo día. Era miércoles. Después de tres horas de viaje en autobús, arribó al primer pueblo, donde realizó la auditoría, y más tarde, se embarcó en un bus para llegar a otro lugar; allí se encontraría con un miembro de la iglesia, que lo acompañaría hasta el lugar donde realizaría la auditoría, más adentro en la montaña. En efecto, se encontraron. Se embarcaron en un desvencijado campero que los condujo hasta un caserío. Allí se bajaron, y el hermano cristiano se fue a buscar dos caballos que los llevarían hasta la iglesia.

Pasó media hora y el hermano no aparecía; entonces, el auditor emprendió a pie el último tramo de su viaje. En el otro pueblo cercano, varias semanas atrás le habían advertido que no fuese a esa zona. Cerca del sitio del apresamiento, unos jóvenes jugaban billar. No estaban tan alegres, porque los combates entre derechistas e izquierdistas eran frecuentes; el día anterior hubo uno. En el grupo eclesiástico no se sabía del viaje del empleado, y si lo hubieran sabido, habrían dicho a su empleador que no convendría el viaje en esos días. Creyendo los facinerosos que el auditor era un informante de sus enemigos del monte, lo aprehendieron, lo vendaron y lo echaron por delante, cual res arreada por su capataz. Pasaron con él por el caserío, y se adentraron en el campamento.

Los habitantes del pequeño poblado lo vieron salir solo. Sin embargo, no pudo llegar al sitio de destino. Ya en la tarde, la noticia se regó como pólvora: "¡Secuestraron al auditor!". En la sede de su organización se enteraron, y enviaron a unos emisarios al día siguiente. La primera hipótesis apuntó hacia un secuestro por parte de un grupo rebelde. Algunos comarcanos dijeron que lo vieron en una camioneta de vidrios oscuros, cuando lo sacaban del pueblecito, a gran velocidad. Pero, ¿cómo lo distinguieron? También se rumoró que el jefe del grupo le informó a una de sus hermanas (miembro de la iglesia) que se llevaron al dirigente para el sur de la provincia. Pasados unos días, se habló de exigencias de dinero por la liberación del auditor. Unos señalaron que pedían 25.000 dólares, y después, que eran 15.000.

La angustia de su esposa e hijas fue creciendo, y los dirigentes eclesiásticos estaban preocupados. En algún lugar de la Costa Caribe, un sujeto se ofreció a mediar; le dieron una ayuda, y pocos días después apareció asesinado. Los móviles y autores se desconocen. (¿?). A la realidad fantástica y fantasiosa se añadieron ingredientes. Como que unos izquierdistas llamaron a la esposa del secuestrado y le dijeron que no lo buscara más, porque lo habían asesinado. Otro reporte incluyó el canje que hizo el grupo que lo aprehendió, por dinero, con otra facción subversiva. Ante este cuadro,

surgieron varios interrogantes: ¿Quién vio el cadáver? ¿Dónde lo asesinaron? ¿Se hizo el levantamiento? ¿Por qué lo mataron? ¿Quiénes lo vieron vivo? Lo cierto es que no se han dado pruebas de su supervivencia. En concreto, ningún grupo izquierdista, derechista o de centro se ha atribuido el plagio.

Unos seis meses después de ocurrido el apresamiento, se conjeturó que varios lugareños lo habían visto en el sur del mismo departamento norteño donde lo aprehendieron. Sufría, agregaron las fuentes, de leishmaniasis y de malaria, y que estaba delgado. En todo caso, la iglesia seguía orando por el feliz desenlace. A pesar de esta intercesión, un velo de pesimismo se fue formando, y al mismo tiempo, un halo de misterio se fue configurando. Las malas o buenas lenguas tuvieron materia bruta para inventar muchas tesis, hipótesis o argumentaciones, en forma libre y espontánea, pues el acompañante dijo: "No sé por qué el hermano Gallego se fue a pie y no me esperó".

Estos hechos del demonio dan pábulo a las más supersticiosas versiones, a los más fantásticos relatos, a las más distorsionadas leyendas o a las más disparatadas especulaciones, que se desplazan a la velocidad de la luz. También un engañador veterano lanzó su versión: Gallego está viviendo en el oriente del país, y se encuentra muy bien. Este avivato agregó que quiso ir a saludarlo, mas no disponía de dinero para el viaje. Quizá ese payaso de circo buscaba unos pesos por parte de los ingenuos que aceptaran su mal ensamblada información. Lo verdadero es que en otra ciudad engatusó a dos personas y les robó varias cosas de gran valor.

A fines de 2002, a Gallego lo vieron en un caserío. Unos días después contaron que iba camino a la libertad. Y en septiembre de 2003, dos personas de la comarca donde se produjo el hecho, aseguraron que estaba vivo y libre, y que no deseaba volver a la rutina de antes. Después argumentaron que le llevaba las cuentas a la agrupación, y que lo habían visto con uniforme de campaña, barbado, con gafas oscuras y botas especiales. Había llegado octubre de 2003 y el caso seguía siendo un misterio: parecía que a Roberto Gallego se lo había tragado la tierra. Su esposa e hijas seguían expectantes; celebraron por segunda vez el cumpleaños de Roberto estando cautivo, y clamaron a los captores por la liberación de su esposo y padre.

Las reacciones de los familiares de este empleado han estado caracterizadas por el duelo que afecta a quienes pierden a un ser querido. Su esposa, como es natural, ha cuestionado a muchas personas. Las provisiones se han visto afectadas. Esta mujer laboraba arduamente en su casa, antes de ocurrir el hecho. Después del mismo, le ha tocado duplicar sus esfuerzos, energías e ideas, con el objetivo de enfrentar esta realidad formidable. A *posteriori*, varias personas preguntan: "¿Por qué se fue solo desde El Edén?"

¿Por qué no pidió que le llevaran los libros de tesorería a San Cristóbal, para auditarlos?”.

Acertar es fácil después de los acontecimientos. Interpretar bien una acción es muy fácil después de haberse ejecutado. ¿Por qué le sucedió a Roberto Gallego? No lo sabemos, solo Dios lo sabe. ¿Está vivo? Lo desconocemos. En estos casos de secuestro, todo puede suceder. La iglesia seguía orando para que se hiciera la voluntad de Dios. Varios años más tarde, volvió a tomar fuerza la siguiente versión: un veterano miembro de la comunidad religiosa, a riesgo de su vida, visitó al día siguiente al día del secuestro, el campamento de los delincuentes; el jefe se molestó y le dijo: “Viejo: ¿Usted qué hace aquí? ¿Quién le dio permiso para venir aquí?”. Y el nonagenario, que no temía por su vida, le respondió: “Vine a ver a este hermano, y a averiguar por qué lo secuestraron y lo tienen aquí. Este hombre no ha hecho nada. Ustedes responden por su integridad. Lo quiero ver”.

Dice la versión que el anciano saludó a Gallego y que lo vio bien. Esta postura valiente y cuestionadora no le gustó al comandante, quien a empellones echó al señor de ese campamento. No obstante, antes de que el viejo se alejara, le dijo: “No se preocupe, viejo, que mañana él sale”. Y este cristiano volvió a su pueblo a dar la noticia. En la versión se agregó que la promesa del forajido se cumplió; Gallego fue liberado al día siguiente, con la instrucción de que siguiera la vertiente occidental de las montañas, para evitar algún encuentro con grupos de derecha. Sin embargo, no hubo comunicación entre el jefe de la zona oriental y el subjefe de la zona occidental. Para infortunio de Gallego, este subjefe estaba patrullando y se encontró con él. El sujeto le preguntó si tenía vivienda propia, si tenía carro, si tenía acciones en empresas, etc. Este individuo llevaba en la cabeza la idea de que era un auditor de una gran compañía (pues los medios así lo dejaron entrever), y por cuanto Gallego no poseía nada de eso, el bandido se enfadó y dio la orden de matarlo. Esta orden se cumplió.

Unos días después, el jefe se enteró de la muerte de Gallego y dio la orden de matar al subcomandante. Esta otra orden se cumplió. Pero, sigue la pregunta en pie: ¿Dónde están los restos del auditor? Otra versión popular que recogí es la siguiente: el mismo miembro de la iglesia aseveró que un facineroso le informó que a Gallego lo asesinaron de inmediato, y que sus restos fueron inhumados al lado de un árbol corpulento de hobo (árbol de la familia de las anacardiáceas), cerca del campamento del cautiverio; añadió el campesino que el bandido le dijo que no informara a nadie acerca del sitio donde estaba el cadáver. Ha pasado el tiempo y la versión no se comprueba. Hay varias razones. Vi a la *viuda* que tiene que vestir de blanco, “llorando a un muerto vivo”.

DURMIENDO ENTRE CULEBRAS

Lo que más lo asusta en esta vida son las serpientes; no importa si son venenosas o si no lo son. No es biólogo para distinguir las unas de las otras. Indicadores como las formas de las cabezas, no le dicen nada. Culebra es culebra. Los negocios marchaban muy bien y era evidente el progreso. Dios había premiado su fidelidad y entrega. La situación de la comarca era buena. Los animales y la tierra daban para vivir bien, y para ofrecer empleo a mucha gente. Desde un lugar ubicado como tres horas de su lugar de residencia, le pidieron varias toneladas del producto bandera de su fábrica. Casi siempre mandaba a sus hombres de confianza, con los cargamentos en camiones o en camionetas, según el nivel del pedido. A veces iba a supervisar, o a pasear, para cambiar de ambiente.

La elección que hizo esta vez fue mala. En uno de sus carros, llevaba varias toneladas del producto, e iba conduciendo el vehículo con todo optimismo, y ansioso por entregarlo a tiempo. Entonces podría volver a su pueblo y seguir con sus negocios. En las requisas que las fuerzas del orden realizaban, empleaban unos cuadernos grandes donde estaban anotados los nombres de delincuentes o sujetos buscados por las autoridades. Recuerdo que una vez regresamos mi hermano, que es pastor cristiano, y yo, de un viaje, y en la terminal de buses unos policías nos pidieron las cédulas; abrieron una libreta grande, amarillenta, y empezaron a comparar nuestros datos con los que estaban allí. Como no vieron nada anómalo, nos dijeron que podíamos seguir.

Pero en esta historia, la tecnología era protagonista, así como en otras. Y me vino a la mente otra historia de 1996. Hablé con una exalumna y le pregunté por su padre; me dijo que era extorsionado por un grupo delincuencia. Unos sujetos llegaron a su casa un mediodía y le dijeron que requerían una *colaboración para la Causa*. El ganadero les respondió que él no tenía plata. En vista de ello, el jefe le dijo: "Mire, usted vendió un lote de

ganado, y en su cuenta están 230 millones de pesos” (155.000 dólares, en ese tiempo). Don Felipe Fandiño quedó estupefacto. Sí había vendido un lote de reses, pero no sabía que ya le habían depositado el dinero en una entidad bancaria. Las extorsiones de los delincuentes lo obligaron a salir de la región.

El señor de la historia, don Benigno Casasbuenas, vio que estaban unos sujetos poniendo un tronco de matarratón en la vía; eran como las 9 y media de la mañana; el susto le hizo olvidar el delicioso desayuno que había ingerido en un pueblo cercano, situado en la vía troncal. Los uniformes diferían de los del Ejército republicano. Por consiguiente, el temor se convirtió en pavor. Los malhechores empezaron a parar los carros: primero un campero, después un automóvil privado y luego la camioneta cargada con productos lácteos. En forma rápida, pensó devolverse, pero, la vía es angosta y hay lomas a lado y lado; obviamente, los forajidos escogieron muy bien el sitio para detener carros, sacar plata y secuestrar. Devolverse a la brava suponía un riesgo: con las armas de largo alcance, los bandidos podrían hacer graves daños y aun causar la muerte.

No había escapatoria. Benigno dedujo que eran sediciosos. El jefe interrogó a los del primer carro; observó en un computador portátil ciertos datos, y en forma despectiva les dijo que se fueran. Ni cortos ni perezosos los viajeros partieron. No tenían bienes, ni cuentas bancarias, ni eran accionistas. Gente pobre. Las armas apuntaban directamente hacia los retenidos, el nerviosismo entre los jóvenes practicantes de estas *pescas* era evidente; la operación tenía que realizarse en forma rápida, ya que cerca de allí estaban las fuerzas del orden. También el jefe miró en el computador, habiendo pedido los documentos de identidad de los pasajeros y del conductor. Enfadado, dio la orden de marcharse.

Don Benigno oraba a Dios por salvación. Su fe en el Señor se incrementó. Por primera vez tenía que afrontar una crisis de este tipo; él pensó que estos hechos solo ocurrían en las vías de la zona montañosa del país. Sin embargo, ahora tenía que esperar. Le preguntaron su nombre y le exigieron su cédula de ciudadanía; con terror entregó el documento y dio sus nombres completos, tartamudeando. Le quitaron el teléfono celular y le dijeron: “Usted se va con nosotros”. Esta comunicación sí que fue impactante. “Usted se va con nosotros”. Este hombre fuerte se derrumbó anímicamente. Pensó en su esposa, en su mamá, en sus hijos y en otros familiares; muchos recuerdos recorrieron su cerebro. Estaba asustado y creía que lo iban a matar. La razón de su aprehensión fue sencilla: se trataba de una persona rica.

Le vendaron los ojos y le quitaron el mando del auto. Un delincuente tomó el timón y enrumbó la camioneta por un camino tortuoso y estrecho. Después de media hora llegaron a un caserío, pasaron de largo y arribaron a

un campamento de los bandidos. Allí lo mantuvieron amarrado, por varios días. Los insectos pululaban por doquier, y no lo dejaban dormir. En las noches, se acostaba sobre unas hojas grandes de árboles de la zona, y sentía el ruido de los animales del monte; como había visto durante el día las culebras, las recordaba en la noche, y no podía dormir. En el pueblo de don Benigno, su desaparición causó estupor. Era un hombre sencillo, servicial, líder de una comunidad religiosa; buena persona. Daba empleo a muchas personas. Y viajaba en son de negocio.

Después, el jefe hizo contacto con la familia e informó que estaba secuestrado; habló con voz insolente e irrespetuosa. La familia y los amigos se pusieron a orar al Señor; la iglesia cristiana también lo hacía con entusiasmo y fe. Después de una semana larga, infelizmente larga, lo soltaron. Le dieron unos pesos (cinco dólares) para que comiera algo en el camino y pagara la gasolina. Esta plata no le alcanzó, y en una ciudad intermedia localizó a unos amigos, a quienes dio las buenas nuevas, y le entregaron dinero para la gasolina.

¿Qué lecciones quedan? “Hay que depender de Dios. Nadie puede hacer nada por uno. La historia espiritual y de relación con Dios es la fuente de fortaleza, consuelo y esperanza. Aprender a vivir en un medio hostil, y a convivir con los animales del monte. Lo más duro fueron las culebras. Gracias a Dios no me mordió ninguna. También es bueno el ejercicio físico, pues, las jornadas de a pie son extenuantes. Debemos seguir apoyando a los prójimos, con bondad y compasión”.

Su familia y amigos celebraron con alborozo el retorno. Después de varias semanas, en la proximidad de las fiestas patronales, uno de los secuaces llamó al liberado para invitarlo a tales festividades, porque habría “ron, música, mujeres, comida y parrandas”. Dios sabe qué pasó para que dejaran en libertad a este hombre. Por las mentes de sus allegados seguramente pasó el letrado que se ve en distintos edificios de la Patria: **ATENCIÓN NN Y DESAPARECIDOS**. Es parte de la UNIDAD PERMANENTE DE SERVICIO DE JUSTICIA.

Unos meses después, llegué a las 11 y media de la noche al pueblo que está al otro lado del río, con el objetivo de pasar el puente y dormir en San Esteban; pero, ya los soldados habían cerrado el paso, por causa de la inseguridad generada por los delincuentes comunes y los sediciosos. Dormí en un hotel de media estrella, y a las seis de la mañana pasé al otro lado, en un taxi destartado. El calor no me dejaba dormir y, sabiendo que debía pasar en la mañanita muy cerca del poblado de esta historia, medité en las angustias de don Benigno. Había sido un inmigrante forzado, un desplazado. Y recordé a Ramiro, hijo mayor de don Teodoro, pero con su primera mujer.

Ramiro construyó su casa como a ocho metros de la quebrada Cabuyal, sin embargo, en alto, para evitar las crecidas. Estaba a unos 300 metros de la casa de su papá, y todos los días se veían, no solo por razones de negocios, sino también de cohesión familiar. Allí le fue bien. Su trabajo tesorero le permitió enriquecerse lícitamente, por lo que adquirió otra finca mejor, más plana, atravesada por un bonito arroyo, con frutales y pasto abundante.

La llenó de ganado, cosa que originó la envidia desenfrenada de muchos lugareños. Más adelante, compró otra finca preciosa. En el poblado más importante, compró una casa moderna, y se fueron a vivir a Venecia, municipio cerca del cual estaba la tercera finca. Los problemas de desorden público empezaron a afectarlo severamente; uno de los malos resultados fue la gastritis. Siempre estaba pendiente de sus reses, aves de corral, cultivos, tierras, aguas, abonos, cosechas, y familiares, al final.

Los colonos comenzaron a llegar, y así como en la Amazonia sudamericana los blancos brasileños, peruanos, colombianos, ecuatorianos y venezolanos se apoderaron de muchas tierras, en la zona de Ramiro, los neocolonizadores presionaron hasta con armas, y obligaron a que los dueños vendieran a precios ridículos sus propiedades, aunque también algunos dueños salieron atemorizados, y abandonaron sus tierras. A los bandidos de cuellos grises se les dio *papaya*, en estos casos, y aprovecharon el desorden.

Ramiro, aherrojado por los enemigos, tuvo que vender su finca más grande en 10.000 dólares, que le pagaron a cuentagotas; la finca valía más de 100.000 dólares. ¡Qué terrible desilusión! Pero aquí no termina la historia. Unos meses después, vendió a un precio irrisorio otra propiedad, la de tierra plana, en Moni. ¡Qué tristeza sintió cuando dejó atrás la planicie, en su mulo prieto! Iba hacia Venecia, lleno de rabia, impotencia, amargura y gastritis, mal que no lo dejaba en paz. Sus hijos y su mujer no entendieron la crisis, y siguieron como si nada hubiera pasado; habían trabajado bastante en el monte, pero, al ir al pueblo se acostumbraron a la vida buena y sabrosa. Esto mataba las ilusiones de Ramiro.

En 1992, llevé a mi hija a la región. Y quería visitar a otro *exiliado*, que vivía en El Machete; sin embargo, llovió durante la madrugada, y los caminos se pusieron como mantequilla, por lo que no viajamos; las mulas diestras se salvaron del incómodo viaje. Empezó a contarme sus angustias y afanes. La plata se esfumó con rapidez. Ya no era *don Ramiro*, simplemente era *Ramiro*. Un cualquiera. Esto también lo demolía poco a poco. No podía estarse quieto, alguna excusa buscaba para trabajar. Así que hizo un préstamo a la Caja Agrícola, después de llenar una kilométrica lista de requisitos, parecida a las que fijan los colegios. (A los ricos no les exigían, sino que dijeran cuánto necesitaban, y listo).

Adquirió una modesta parcela, a unos 500 metros de la población, por el este. Y se fue a vivir y a trabajar allí; la familia seguía en la casa del municipio. La energía, los esfuerzos y la fe en Dios produjeron buenos resultados. Había comenzado de nuevo. Estos avances lo animaron. Sin embargo, ya las fuerzas no eran iguales. Pasaba de los 50 años. Otras crisis de salud y de familia lo obligaron a vender el predio. ¡Qué desgracia! Ahora está en nada. Buscaba culpables, sobreseía temporalmente a unos y dejaba de otros los expedientes abiertos. Hacía una rigurosa investigación mental. Todas las ideas perversas lo estaban enloqueciendo. Como pudo, se fue hacia el norte del pueblo. Se metió en la casa de un amigo de la infancia. Le propuso un negocio de agricultura y pesca. El amigo aceptó. Ramiro hizo otro préstamo y le compró la parcela a su amigo. La cultiva, tiene un criadero de peces, tiene varias reses y trabaja, aunque se queja de dolores en las rodillas y en la cintura. Una vez vino a mi ciudad, a chequeos médicos, y me contó sus penas.

Recordamos el cargamento que mi hija y yo trajimos de la región, y le hablé de la feracidad de esas tierras. La carga tenía cincuenta zapotes, cincuenta cocos, treinta papayuelas zapote (una variedad muy sabrosa), veinte naranjas, una caja de mamoncillos, cincuenta libras de yuca, treinta y cinco plátanos boterianos, veinte huevos de verdaderas gallinas, veinticinco libras de queso blandito y bajo en sal, chocolate de maíz cariacó, una garrafa de crema, tres gallinas de monte sacrificadas y unas galletas típicas. Casi tengo que contratar un camión. Y tuve que pagar exceso de equipaje en la empresa. Y pensar en que la prosperidad fue atravesada por la violencia. Recordé que en La Patagonia, un punto de la región, había visto ese mismo año, unas lomas de plátanos, listos para el embarque en camiones.

GRACIAS A UNOS ALAMBRES DE PÚAS

La vida en su villorrio, de cuatro o cinco casafincas aisladas, era calmada. Pero, no se veían señales de progreso. Los años pasaban con parsimonia, como si el mundo llevase ritmo de cansino dromedario de Egipto. Martiniano Armenta era un maestro particular, es decir, de una organización privada, que laboraba en una capital de provincia. Los maestros conservaban ese halo de prestigio. Una muchacha se enamoró de él y se hicieron novios. Con el paso de los meses, el amor fue creciendo, y decidieron casarse. Al final del año 1977, el profesor comenzó a asistir a unos cursos de capacitación obligatorios. Un poco antes de terminar, a mediados de enero, me dijo que lo acompañara al centro de la ciudad, a comprar una cama matrimonial, una estufa de gas líquido (de un fogón) y unas rosas, pues le iba a dar a su novia esa sorpresa. A mí me pareció cursi la medida: “Llevar leña ´pal´ monte”, me dije. En la ciudad sabanera había y hay muebles primorosos, de todo tipo. Las rosas se podían conseguir en cualquier parte. Llevar en un bus los largueros, el colchón y las tabas mostraba algo especial, o ignorancia.

Las flores iban de una ciudad de clima templado, según la clasificación de Emmanuel de Martonne, a una de clima de sabana tropical lluvioso, según Köppen, y se marchitarían después de un viaje de 14-16 horas. Las tendría que llevar en la mano. El amor lo aguantaba todo. El fogón lo podría comprar en la ciudad sabanera. Lo acompañé al centro y compré esas cosas. La cama y el fogón los dejó en el transporte, y se llevó las flores al colegio donde estaba alojado. A la mañana siguiente, cuando las rosas aún estaban lindas, salió para un salón de clases, donde el presidente de cierta organización daría la información de los cambios de maestros. Pero, le pidió el favor al secretario-tesorero de que lo hiciera. Con voz fuerte, este hombre leyó nombre por nombre, con los lugares. Llegó al nombre de Martiniano Armenta.

En su corazón había una lucha tenaz: si lo mandaban a otra parte, ¿seguiría la relación? Fue entonces cuando se le alborotó la gastritis. El

directivo dijo: “Martiniano Armenta: San Jacinto de Achí, Sucre”. Martiniano no lo podía creer. Estaba conmocionado hasta la médula. ¿Qué pasaría con sus amores? ¿Por qué le hacían eso? ¿Acaso los dirigentes le tenían tirria? Terminada la reunión, sin decir palabra, se fue a su pieza y allí pasó el resto del día, aislado y meditabundo. Lo volví a ver al otro día, a la hora del desayuno, sin esa locuacidad que lo caracteriza. Sabía que la población era inhóspita: pantanos, aguas, lluvias, alimentación poco variada y muchos factores más. Lo aconsejé y le dije que fuera al pueblo para servir como maestro-director de una escuela. En la noche viajó, y le dio la triste noticia a su novia. Unos meses después, rompieron relaciones. La chica se casó con otro, y tuvieron cinco hijos.

Trabajó con empeño. Varias veces tuvo que levantarse de noche porque el río amenazaba con llevarse el villorrio; con sus alumnos, cruzaban al otro lado y cargaban tierra del cerro, en sacos de fique, los embarcaban en las canoas, cruzaban el río torrencioso, y luego vaciaban la tierra para formar jarillones defensivos. Aún lo recuerdan en el pueblo por estos actos. Ahora Martiniano vive en Estados Unidos, trabaja en una compañía aérea. Se fue porque en su tierra no encontró trabajo. Además, el desempleo desembocó en violencia, hurtos, homicidios agravados, atracos, extorsiones y muchos males más.

Mi primer conocimiento o percepción de esta zona pantanosa, lo obtuve mientras estudiaba mi carrera universitaria, en el marco de la geografía física nacional. Todavía no contaba con la herramienta poderosa de *Google Earth*. Cuando visité la región, capté sus reales condiciones.

Otro año lleno de agitación estaba terminando. En agosto recibimos la visita de una comisión de inspectores del Ministerio de Educación Nacional, compuesta por un jefe llegado de la capital y supervisores criollos. Se presentaron un viernes como a las 2:30 de la tarde, a pesar de saber que las tareas se suspendían a las 4:30, por causa de la proximidad del sábado. Las visitas oficiales estaban rodeadas de un halo de misterio, terror, estrés y solemnidad casi inquisitorial. Las pautas de visita eran parte de un documento que guardaban con celo digno de perro guardián los inspectores. *Top Secret!*

Casi sin saludar, una de las comisionadas le solicitó a la directora los libros de matrículas y calificaciones. Encima de la mesita de su izquierda, tenía la directora una guía telefónica, y arriba estaba el teléfono. Nuestra colega se asustó tanto que tomó el directorio telefónico y se lo entregó a la supervisora. Esta comprendió que la directora estaba muy asustada. Pasó la visita y nos dedicamos a otros menesteres menos estresantes. Entonces, como “A quien no quiere caldo, se le dan dos tazas”, y “El cura no se acuerda de cuando fue

sacristán”, me escogieron para integrar una comisión que visitaría tres instituciones educativas cristianas, a fin de evaluarlas.

Estuvimos tres personas en una ciudad, luego en un pueblo y posteriormente nos movilizamos hacia un puerto, donde deberíamos tomar una embarcación con motor fuera de borda. Llegué solo al puerto, y compré el tiquete; me dieron un papelito amarillento, garabateado por el despachador. En esa época no se exigía el chaleco salvavidas. Miré con temor y reverencia las indomables aguas del río; sus aguas viajaban cargadas de sedimentos, palos, animales muertos y cadáveres humanos. Sus aguas se habían desparramado sin freno moral por la ribera opuesta. Semejaban un mar, pero de agua terrosa.

Varios sujetos cargadores de bultos transportaban sus encargos y sus quebrantes. Vi varias lanchas grandes atracadas, mientras las nubes viajaban desde el sur. Unos niños tiraban anzuelos, y unos adultos de tez bronceada a la fuerza, con ritmo de malabaristas, desde sus frágiles canoas lanzaban sus trasmallos. No era época de subienda. Caminé un poco, acosado por el calor, y procuré descubrir la canoa con motor que me transportaría durante tres horas aguas arriba. Llamé a la casa antes de embarcarme. Mi esposa estaba embarazada y debía dar a luz en diciembre. El motor *Johnson 60* ya rugía, y tomé esa realidad como una estrategia o artificio del maquinista para inducir a los potenciales pasajeros a decidirse, como los choferes de buses pueblerinos que encienden los motores para que los viajeros creen que ya se van los vehículos. Y cobran el pasaje, en vista de lo cual ya el cautivo tiene que esperar lo que al chofer le plazca.

Esta práctica del subdesarrollo casi genera una tragedia en cierta ciudad. Resulta que el señor Carlos Machado y su hijo, debían viajar a otra capital, situada a cuatro horas, en las sabanas. Así que preguntaron en las agencias de buses, y un ayudante les dijo que a las 8 en punto de la mañana saldrían; les exigió la plata del pasaje, y estos dos hombres pagaron. El señor Machado le dijo al ayudante: “Mira, tenemos que estar en esa ciudad a las doce del mediodía, porque llevamos harina y levadura para hacer panes; no nos mientas”. “Ya vamos a arrancar”, sostuvo el auxiliar.

A eso de las 8 y 15, el señor Carlos y su hijo estaban desesperados; increparon con ira al chofer y al ayudante, pero estos no se inmutaban. El auxiliar seguía gritando: “¡San Luis, San Luis! Súbanse, que ya nos vamos”, y caminando. ¡Mentiras! Como a las 8 y 45, empezó el recorrido, pero con lentitud. No habían salido de la ciudad cuando paró por primera vez. Esta jugada no les gustó a los afanados. Sin embargo, se apaciguaron. Frente a un colegio oficial, otra vez paró el autobús. Pasaron varios minutos, los pasajeros eran escasos.

La paciencia estaba desapareciendo. El hijo de Carlos dejó su asiento delantero, cercano al chofer, y le dijo: “Ombe’, ¿tú crees que nos vas a vacilá’; nosotros somos gente trabajadora, y vamos a perder las ventas. Hay clientes que nos esperan”. “Calma, calma”, dijo el auxiliar. “Nosotros también tenemos que trabajar; si nos vamos vacíos, perdemos plata, y hay que pagarle al dueño una tarifa fija”. Había razón.

La marcha se inició de nuevo, pero, en el primer pueblo, que es parte de una zona metropolitana, se estacionó otra vez el carro. Carlos y Ariel no se aguantaron, se levantaron de sus sillas, y Ariel le habló fuerte al ayudante, mientras que Carlos cogía por el cuello al chofer; los pocos pasajeros se asustaron y les dijeron a los agresores que tuvieran calma. No obstante, Carlos le dio una cachetada al conductor, y Ariel, cuando el ayudante estaba en tierra, sacó un izquierdazo a la manera de *Kid Pambelé* y mandó al piso al pobre joven. Viendo los pasajeros lo que sucedía, maniataron con dificultad a Carlos, y abajo unos transeúntes agarraron a Ariel.

El chofer trató de agarrar una herramienta que llevaba a su izquierda, para darle a Carlos, pero los pasajeros no lo dejaron. “¡Calma!, ¡calma!”, gritó un viajero. “¡Cálmense!, ¡no sean tan intolerantes!”, agregó una señora asustada. Menos mal que el chofer no llevaba arma de fuego o machete. El viaje se reanudó en forma normal. El chofer paró en las poblaciones de rigor.

Muchas aves surcaban el cielo, y ciertos goleros pasaron orondos encima de un burro inflado que iba aguas abajo. “¡Infortunado jumento!”, dije. Primero subieron las maletas y bultos, la tarea estaba asignada al ayudante, un desempleado. Los acomodaron en la proa, en parte, y en la popa. Una mujer llegada de otro país preguntó por su maleta, muy preocupada, pues sabía que robaban con frecuencia. El chalupero o maquinista la calmó diciéndole que atrás estaba. Noté que cuando subieron la maleta, se hundió un poco la chalupa. Me asusté bastante. Como a las 10:15 de la mañana partimos.

Algunos compañeros se persignaron, yo oré a Dios. Tomamos el centro del río, hacia el sur. La popa, donde va el motor, quedó a cuatro dedos del agua. Esta observación me hizo cavilar y temer. Había viajado por agua muchas veces, pero me ocasionaba pavor el río, con mi esposa y nuestro hijo mayor. Además, pasé el brazo oriental del río en una canoa añosa, en compañía de ellos, mis padres y seis de mis hermanos. El agua estaba a cuatro dedos del borde de la canoa, y el guía usaba una vara muy delgada y negra, de unos ocho metros de largo. El aleteo de una mosca habría podido causar una tragedia. La embarcación no se desplazaba, volaba, y descubrí el temor las mujeres cuando se persignaron de nuevo. El bólido se refrenó cuando vio un

recodo del río, un paso angosto donde ha habido accidentes con pérdida de vidas humanas.

Después de una hora de viaje, el motorista accionó el freno y empezó a buscar la orilla izquierda. Creí que se había dañado el motor. Pero no, la chalupa se quedó casi quieta, y el agua se vio a pocos centímetros, entonces pensé que se metería el agua. Dos individuos se lanzaron al agua, que les daba por la cintura, y se alejaron en la búsqueda de tierra seca. El motor arrancó de nuevo. El cielo seguía plomizo, anunciando lluvia, lo que podría ocasionarnos serios trastornos. Unos minutos después llegamos al brioso río; su ruido nos hizo estremecer, pues choca contra el otro río. Los conocedores del sitio comentaron que allí se han partido decenas de embarcaciones. Decir como en geografía que este río da sus aguas al otro, es una bonita manera de hablar. Hay un choque brutal, hay una pelea perpetua o una discusión bizantina, en procura de la preeminencia, reforzada por las tendencias de los ríos que entregan sus aguas el uno al otro. Cuando hay sequía catastrófica, se pasan de un lado a otro sin que los tape el agua. Dejamos atrás un modesto caserío, y con lentitud de camello árabe nos enrumbamos por el río más pequeño.

A la 1:30 de la tarde arribamos al puerto, en medio de un calor desértico, aunque húmedo. No soportábamos la sed, y el hambre hacía mella. Pregunté por la familia en cuya casa me alojaría y me dirigí hacia la vivienda. Aproximadamente, a las tres me presentaron un descomunal cerro de arroz, del que llaman subido; un bocachico (*Prochilodus magdalenae*, pez de muchas espinas y escamas, con boca pequeña) entero, recién apresado; y un jugo de tamarindo. Unos minutos después fui al río, a mirar a los pescadores que frustrados lanzaban improperios. Uno de los compañeros debía llegar ese jueves, pero cayó la tarde y no se presentó. Como consecuencia, suspendí la visita, y planeé con varios amigos a quienes conocí en otro lugar, un paseo para el viernes.

El calor soporífero me sacó antes de las cinco de la mañana, de la cama; tomé un baño que me hizo sudar más; y a los pocos minutos me desayuné, para variar con arroz, pescado y plátano verde. El pueblo está a la orilla del río, y aislado de tierra bien firme por un caño. La calle del cementerio parecía un estero del Pacífico sudamericano. Hasta allí llegamos, a las 9:30 a. m. tuvimos que hacer maromas para caminar por una paredilla del camposanto.

Llegamos a la orilla del río principal, en dirección norte, volteamos a la izquierda y, por la ribera derecha, remontamos el caño. Comencé a ver los naranjales, por lo que me antojé y bajé varias frutas jugosas y dulces. Descubrí también los perales que tenían frutos de un rojo singular, bajé varios, pero no me cupieron; su carne era como algodón de azúcar con color blanco. ¡Ah!, y

los zapotes grandes, se me hizo la boca agua. A mi mente acudieron las imágenes de los jugos de zapote con leche, en grandes vasos de vidrio que tomaba con frecuencia en los quioscos del muelle, en una capital provincial. Pasamos por varios caseríos, cuyos nombres me dieron mis acompañantes. Pude ver a los hombres que renegaban por su suerte al llevar pesados bultos de arroz por el caño.

Almorzamos sin hambre, casi a la una de la tarde, en la casa de una familia cristiana, vivienda hecha con barro del Pleistoceno y palma amarga. Me quité los tenis y pisé el suelo que estaba frío. Ingerimos pescado frito, inmarcesible arroz y agua de panela. La orgullosa señora de la casa añadió a manera de sobremesa, un poco de agua de arroz con clavito y canela. Esta bebida tenía sabor salobre. Los perros nos miraban con ojos de hambre. Estuvieron de malas, puesto que devoramos los pescados con todo y espinas, aun cuando no teníamos hambre. No sé de dónde sacaron esos pescados. Si hubiese estado paranoico por el hambre, podría haber dicho que me habían metido gato por liebre.

Todavía no se había ideado la construcción de un submarino en el país, a 1.200 kilómetros del mar Caribe. Quizá se trataba de otra tomadura de pelo, a la manera de la pavimentación del río principal, propuesta política de un doctor. Hablamos un poco de la Biblia y oramos con la familia; sus condiciones de vida me conmovieron. Barrigas de niños que parecían placas de radiografías, mejillas con informes croquis y piernecitas con mapas de escuela rural, y con dientes de color de yema de huevo. Saqué varias monedas y se las entregamos. El sol era inclemente. Caminamos con gran lentitud, procurando aprovechar las modestas sombras de los árboles. Cuando se puso el sol, detuvimos la marcha de sepelio pueblerino para recibir el día del Señor. Cantamos varios coros e himnos, oramos y nos dimos el universal saludo adventista de “¡Feliz sábado!”.

A las 6:45 p. m. entramos al pueblo. Divisé la casa a las 6:55; en su puerta se encontraba el jefe del hogar, quien me dijo: “Profesor: Le avisaron por la radio que se presente urgentemente en la capital, mañana sábado.” La noticia me sacudió, y mi cuerpo se movió como gelatina. No tuve más tranquilidad. Me pregunté inmediatamente: “¿Qué pasaría?”. Cruzaron por mi mente las figuras de mis suegros y mis padres, ¿alguien está grave o murió? Mi hijito de corta edad. Mis tíos más queridos, y mis nueve hermanos. ¿Es mi esposa? Pero si ella alumbra en diciembre.

Descarté la cena y averigüé por un teléfono. Estaba totalmente aislado. No podía llamar por teléfono, ni radiar un mensaje, ni viajar de noche por el río. Me encerré en el cuarto después de recibir el informe de que la primera chalupa saldría a las seis de la mañana. Ni revisé el toldillo. Miré el reloj y eran

las 10 de la noche. Los intrépidos e intolerantes zancudos no se cansaban de zumbar. Una hora más tarde se desgajó un aguacero que fomentó mi preocupación y aherrojó mis sentimientos. Me acordé de que me habían dicho mis compañeros de paseo que el río se salió de madre unos años atrás, en horas de la madrugada. Los sobresaltados pobladores se levantaron, y si no es por el amor divino, el río habría arrasado el caserío. Sentí como pedradas en el techo de zinc. Eran gruesas gotas de lluvia.

Dormí media hora, pues las ideas fatalistas trepanaban el cerebro. Traté de serenarme. Eran las 4:30 y me salí del mosquitero. Tomé un baño rápido y seguí sudando a chorros. Guardé las pocas cosas que había sacado, llamé al dueño de la casa, oramos y nos despedimos. Me dieron una mala noticia: la primera chalupa saldría a las 10 de la mañana. No tuve apetito. Arribó una embarcación de cierto pueblo, la revisaron malamente y nos hicieron subir. El viaje me pareció aburridor y larguísimo, 48 horas después de haberlo hecho en vía contraria, logrando el mayor disfrute, a pesar del temor. Los colores de la embarcación eran abigarrados, propios de bus panameño o *chiva* cartagenera. Su nombre era LA NIÑA YOLANDA, en letras blancas. Supuse que el nombre se debía a la hija del dueño.

Tres horas nos gastamos. Saqué mi maletín y corrí a la empresa de teléfonos; llamé a la casa, donde me respondió una de nuestras vecinas: "Su esposa tuvo placenta previa, y Paola Andrea murió; su esposa está en cuidados intensivos". Nuevamente me conmoví; sin embargo, empecé a sosegarme. Me trasladé al transporte, y a la 1:30 salí para la ciudad más importante de la región. Recorrimos unos 10 kilómetros. De un momento a otro sentimos un olor a caucho quemado y vimos el humo que penetraba por las obsoletas ventanillas. Las bandas estaban muy pegadas y se habían recalentado. El chofer detuvo el vehículo y todos salimos corriendo despavoridos. El ayudante vació un extinguidor. No fue nada muy grave.

El reloj de la vieja iglesia marcaba las 10 de la noche, y el campero lo había acolitado con su reaccionar. De remate, había llovido bastante y empezaban a bajar los arroyos. Me paré en la acera y estiré el brazo derecho con el objeto de parar un taxi; casi me dan calambres. Vi que un amigo taxista iba en su auto por el centro de la avenida, le grité, pero no me oyó. Transcurrieron 15 minutos y por fin me recogió un taxista. En la casa, mi suegro me informó que a la niña la habían sepultado el sábado. Solo el domingo en la tarde pude ver a mi esposa, quien ya empezaba a salir de su estado peligroso. "¿Por qué murió la nena?", le pregunté a Dios. La respuesta no la tengo. Lo sabremos en el cielo.

Filiberto Buendía dedujo que sus hijos no tenían futuro en ese sitio. Varios padres llevaron a sus hijos a la capital más cercana, o a otros pueblos

grandes, donde había por lo menos escuelas primarias. Entonces, decidió trasladarse con su familia al pueblo ubicado entre un río importante y un caño. En forma gradual, fueron llegando otras familias, y el pueblo creció. Se convirtió en corregimiento, y más tarde, adquirió el estatus de municipio, lo que generó burocracia, corrupción, violencia y otros males.

Don Filiberto trabajó con fuerza, así como su esposa, y Dios los prosperó en todos los planos. No se podían quejar. Después de concluir los estudios primarios, los hijos se trasladaron a varias ciudades y se prepararon; y posteriormente, estudiaron en universidades. Un grupo de rebeldes empezó a castigar a los pobladores; el Ejército intervino. La violencia era inatajable. Luego aparecieron los derechistas, como una reacción en contra de los anteriores, y el éxodo empezó. Sin embargo, don Filiberto siguió con su esposa en el poblado.

Un día, mientras caminaba por el pueblo, fue apresado por unos sujetos, y se lo llevaron para el monte de manera rauda. Caminaron un poco y después lo montaron a la fuerza en un destartalado carro, para llevarlo a un sitio donde se debían bajar, para caminar un tramo, internarse en el monte, y llegar al lugar del cautiverio. La edad de este hombre era una limitación para el andar. Los captores empezaron a enfadarse y a insultarlo. A la par, la noticia se regó: “¡Secuestraron a don Filiberto!”. Se formularon las preguntas universales de estos casos: ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Quiénes?

Como los secuestradores eran dos, el señor empezó a pensar en alguna forma de evadirse. Las autoridades habían empezado la persecución. Al llegar a una finca, los secuaces encontraron varios obstáculos como la puerta de golpe; esta debía ser abierta. Así que uno de los sujetos se bajó para abrirla, demoró más de lo esperado, y los agentes del orden estuvieron cerca. Con miedo, el chofer frenó, detuvo el motor y bajaron a empellones al señor Filiberto.

Pasaron por la finca a pie, forzaron al apresado a caminar y a correr, pero no podía. Más adelante, una cerca de alambre de púas se interponía. Los perseguidores iban con buen paso, y avistaron a los tres corredores. Los dos secuestradores, al ver la cercanía de los agentes estatales, descuidaron al rehén, en busca de alguna ruta para huir de los policías, pero el señor Filiberto aprovechó la cerca de alambre y se cruzó entre la hilera más baja y el suelo, dada su contextura delgada, a otra finca donde varios trabajadores exhaustos le prestaron auxilio. Los bandidos se escaparon. Y don Filiberto quedó libre. Fue un secuestro corto, gracias a Dios.

El señor le agradeció a Jehová este favor, y también encomió la presteza de las autoridades. Nunca pensó que a su septuagenaria edad sería objeto de

este delito atroz. Este hecho no resquebrajó su fe en Dios, por lo contrario, la fortaleció. Entendió que hay que depender del Señor, que debemos estar preparados para un secuestro y aun para morir. Los delincuentes pudieron matarlo, dejar su cadáver en la finca y hacer que los policías se concentrasen en el muerto, facilitándose la huida. Este buen hombre se convirtió en un refugiado más, junto con su esposa, y en otra estadística para la Organización Internacional para las Migraciones. El traslado forzoso le cambió la vida: pasó de un pueblo a una ciudad capital.

Pero, otros compatriotas suyos sí contaron con suerte. Tres años atrás, las refriegas entre izquierdistas y derechistas, centristas y delincuentes, Ejército y derechistas, y Ejército e izquierdistas, ocasionaron un éxodo masivo de campesinos hacia varias ciudades y pueblos. Estas peleas fratricidas desencadenaron varios fenómenos graves como el desplazamiento forzoso y las muertes. La familia Rosario no se pudo salvar de la violencia. Se acercaba con desgano la Navidad de ese año. ¿Quién iba a tener ánimo, si la crisis de la textilera irritaba hasta a los espíritus más ecuanímenes? La Navidad se había contagiado con el espíritu derrotista. A pesar de ello, la alegría del festejo adornaba y enmarcaba solo a diciembre, es decir, no empezaba el tropel consumista en octubre, como hoy. Desde este mes se producen los festejos y el comercio perifonea sus ofertas.

Habíamos preparado el viaje vacacional para la Costa Caribe; estábamos alegres y deseosos de que llegara el 15 de diciembre, aun cuando nos preocupaban los pasajes, puesto que habían de adquirirse con anticipación en una vetusta y mal llamada Terminal de Buses, donde en periodos vacacionales se aglomeraban viajeros trasnochados, choferes malhumorados y despachadores o taquilleros malhablados. También se camuflaban los rateros, con caras de santos, las mujeres de vida alegre con pinta carnavalesca, los pordioseros verdaderos o falsos, y los equipajeros de cualquier pelambre. Olvidaba yo a los vendedores de baratijas, alimentos y bebidas. Los malos olores, las expresiones burdas o soeces, y los empujones convivían con las melodías melancólicas de los bares y cantinas de los alrededores.

Estábamos casi despiertos cuando llegó del Darién un sujeto a quien no veía desde 1971. Al comienzo no lo reconocí. Unos segundos después caí en la cuenta, se trataba de Maximino Bojanini, ex discípulo que a todo mortal le sacaba sobrenombre, y se copiaba en los exámenes de álgebra, cuando nos asignaban los ejercicios que se resolvían por simple inspección, y abría como si nada el *Álgebra* inmortal de Baldor. También se copiaba en los exámenes de biología vegetal sin el menor escrúpulo; apenas el maestro de la materia daba la espalda y caminaba hacia otro sitio del salón, en la forma como lo hacía –lo que obligó a Maximino a llamarlo *Mecedora*–, se le copiaba; y entonces

soplaba a todo el mundo: “Papa: *Solanum tuberosum*. Melón: *Cucurbita pepo*. Maíz: *Zea mais*. Tabaco: *Nicotiana tabacorum*. Plátano: *Musa sapientum*” [sic].

En vista de que Euclides fumaba mucho, lo apodó *Cigarrillo*, y luego se convirtió en *Nicotiana Tabacorum*, hasta el día de hoy. Bojanini se las daba de payaso (y su cara le servía), de poeta, de locutor y de orador político. Peleaba contra todo el mundo, inventaba sátiras y menospreciaba al alcalde, al aseedor o cuidandero del cementerio que se moría de aburrimiento porque no llegaban finados. Terminó siendo maestro oficial. Se presentó con doce pavos que los padres de familia le habían regalado para pagar sus favores y sus excelentes servicios, amén de que no tenía plata para viajar, pues, ¡cosa extraña!, le adeudaba el departamento 10 meses de salarios, primas de dos años y subsidio de uniforme, desde el primer mes en que salió la norma reguladora. Los animales venían casi muertos de hambre y de sed. Unos días antes, casi que lo bajan de un bus, pues llevaba un tigrillo en una jaula. En la capital provincial, se lo vendió al gerente de un banco estatal, quien a sabiendas de que era tráfico ilegal, de todas formas, lo adquirió, y lo tuvo como mascota en su casa. ¡Excentricidades!

Teníamos un maíz para tostar y sacar café, pero vi los pavos tan débiles que decidí vaciar unas dos libras en el patio; prontamente, como tigres de circo, esos animales se volcaron sobre los granos y los devoraron en instantes, con todo y hierba. Unos minutos después, le ayudé a bajar del camioncito, tres bultos de piñas y otros tantos llenos de yucas tan gruesas como los brazos de las figuras boterianas, limones parecidos a las pelotas que botaría unos años después Édgar Rentería en los Marlins de la Florida o en los Cardenales de San Luis; además, unas mazorcas que se me antojaron transgénicas, en vista de su tamaño; y unas guanábanas grandísimas. No dije nada por temor a Greenpeace:

- ¿De dónde vienes? -, pregunté.

- Del pueblo -, respondió.

Dos años después, un pastor protestante y un mecánico dental, compañero de giras, viajaron al sur del golfo, con el objeto de visitar a una familia que perdió a uno de sus hijos, quien fue brutalmente asesinado por la chusma. Llegaron a un pueblo en un desvencijado bus modelo 56, de escalera, y tomaron luego un campero que los internó hasta donde se pudo. Posteriormente, se montaron en unos caballos y se fueron selva adentro, en busca del río Tigre. El tiempo no les alcanzó y tuvieron que pedir posada en casa de unos campesinos. Colgaron hamacas y les pusieron los mosquiteros (toldillos) para preservarse de los males que generan los zancudos. Habían

cenado con un arroz boludo y blanquecino, y una taza de agua de panela con sabor a barro de arroyo desgano.

Temprano por la mañana reemprendieron su viaje, y a eso de las seis de la tarde, muy asustados, localizaron la vivienda de la familia protestante, los recibieron con retraimiento a raíz del duelo que embargaba a los familiares del finado. El ambiente socioafectivo no se parecía en nada al que muchas veces habían disfrutado en la hermosa finca de esa misma familia, pero de otra zona. Celebraron un culto después de dar el pésame, y consumieron rápidamente unas yucas amarillas (de un amarillo de azafrán, no natural); como sobremesa les pusieron papas azafranadas y chocolate negro (sin leche); el hambre pudo más que los análisis nutriólogicos o dietéticos, o aun bromatológicos.

Ya se sentían los chirridos de los grillos seniles, y los huéspedes presentían que no podrían dormir. La casa no puede estar en un peor sitio: sobre una ciénaga que en tiempo seco pierde sus aguas y deja al descubierto un pantano maloliente y negrísimo; la vivienda es de madera y zinc, construida sobre tambos. Desde allí se llega a la tierra firme caminando por unas tablas que tiemblan como si tuvieran el mal de san Vito, y debe movilizarse uno haciendo malabares como maromero.

A unos 50 metros está un caño que llega al río, y este da sus aguas al golfo, acompañadas de los sonidos de los grillos desgañitados. En ese entonces, la casa no tenía puertas ni ventanas, y se dividía en una salita, dos cuarticos, una cocinita y una despensa o bodega. No había más casas en cinco leguas a la redonda, las necesidades fisiológicas se hacían en el monte, y debían bañarse en el caño, del cual también se aprovisionaban de agua para la casa. Los ilustres visitantes no vieron cementerio, en virtud de lo cual, sin decírselo a nadie, comenzaron a sobresaltarse. “¿Dónde sepultaron al joven?”, se preguntó cada uno a sí mismo. Recordaron, sin hacer comentarios entre sí, que la desfalleciente luz del día les permitió ver algo de la tierra removida que formaba una protuberancia, en un pedazo medio seco. Ahí estaban los restos del finado.

Cuando los perros iniciaron su concierto fúnebre de ladridos, los nervios se les pusieron de punta. Eran y son hombres que han vivido en el monte y que no se amilanaban ante nada ni ante nadie. La noche cubrió la floresta y solo era violentada por los indisciplinados relámpagos que reventaban sobre el sur del golfo. Esa luminosidad les producía la impresión de una pesadilla vivida y vívida, o experimentada mientras intentaban dormir en rústicas hamacas metidas en mosquiteros de tela. El temor se fue convirtiendo en pavor. La orquestación de relámpagos y centellas con los ladrillos lastimeros de los canes generaba una angustia oprobiosa y opresiva, más intensa aún a

causa de la falta de ventanas que dieran un poco de seguridad y privacidad, tan lejos de otros mortales.

Simulando valor, el dentista llamó al jefe del hogar, quien ya estaba rendido, para preguntar por el sitio de la inhumación. Y el señor le respondió: "Lo enterramos en el patio". Don Libardo sintió un corrientazo de muchos voltios, y empezó a temblar sin que el amo lo notase. Entonces se despidieron de nuevo. El dentista le habló al pastor, y ambos fingieron dormirse, tapados desde la cabeza hasta los pies, casi ahogándose. Cuadros fúnebres pasaron por sus mentes en alocada carrera: espantos, cementerios, fantasmas, aparatos (de los cuentos que les narraron cuando vivían su niñez), y algo más tétrico: ¿y si llegaban los asesinos? Podrían llegar a buscar a los forasteros para secuestrarlos y cobrar rescate.

Abruptamente, se desgajó un aguacero, el ruido en el zinc daba la impresión de que caían granizos, como plaga apocalíptica, pero no, eran gotas de lluvia. Como a la media hora cesó la precipitación. Esa noche fue larguísima y dramática. Algunas aves de corral madrugadoras le dieron la bienvenida a un nuevo día; los huéspedes no habían podido cerrar los ojos ni un minuto. Estaban malhumorados, tensos y fatigados. El mecánico dental se atrevió a hablar:

- ¡Ay, por fin... -, expresó mientras fingía bostezar.

Entonces el pastor afirmó:

- ¡Lo mismo digo yo, hermano Libardo! ¡Estamos en las mismas!

- Yo no he pegado mis ojos -, acotó el dentista.

- Yo tampoco -, dijo el ministro.

Y agregó:

- Eso no es nada, enseguida voy para el monte a orinar.

- Yo voy con usted, pastor -, dijo Libardo.

Salieron a orinar y a bañarse en el caño. En su recorrido recordaron la pésima noche y rieron a carcajadas. Por lo demás, pudieron examinarse en cuanto a su creencia en la condición de los muertos. Un ambiente hostil y horrible, y una ideología religiosa concerniente a la inmortalidad del alma, les habían jugado una mala partida:

- Yo me estaba reventando -, afirmó Libardo, muy avergonzado por su miedo como de niño.

- Y también yo -, aseguró el pastor, con claridad.

Cada vez que se encontraban, rememoraban esa experiencia. Llegaron livianos, sin equipaje, y pesados, con quebrantos y sinsabores. Dejaron sus casas, cultivos y parcelas, en la zona donde estuvieron el pastor y el técnico dental. En uno de los pueblos más grandes, lejos del teatro de los acontecimientos, se localizaron más de 3.000 personas de diversas edades. El sitio escogido fue una unidad deportiva. Medio organizados por sus líderes, ocuparon estas instalaciones y levantaron casuchas miserables.

Promiscuidad, hacinamiento, desnudez, hambre, desventura, enfermedades. Días, semanas, meses y años. Pero, las circunstancias variaron en cuanto a la alimentación. Después de tres años angustiosos y llenos de tedio, uno de los dirigentes de cierta comunidad cristiana, llamó la atención de los miembros de la misma hacia las condiciones de existencia y los invitó a volver a sus lugares de origen. Recordaron los rasgos de la visita que les hizo el ministro religioso, muchos años atrás, ya que casi muere la mujer de tal líder.

Salieron del puerto en una embarcación con motor fuera de borda, el ministro, su esposa y otro dirigente eclesiástico. Las olas del golfo eran altas, y creían ellos que había mar de leva; la mujer se vomitó varias veces, porque no estaba acostumbrada a estos viajes en el mar. La *panga* o chalupa iba oronda. Llegaron a la otra costa y entraron por una de las bocas del río. En una población lacustre, abordaron una lancha de carga y pasajeros, y se acomodaron como pudieron. Antes de caer la tarde y de que llegara el ejército de mosquitos, les sirvieron la comida, consistente en arroz de coco, tajadas de plátano verde y pescado de mar, acompañados de un café negro que rechazaron porque no lo usan; a cambio de esta bebida pidieron agua de panela, y fueron complacidos.

Comieron con devoción de hambriento, y se fueron a los camarotes, para acostarse en unas hamacas artesanales, validos de toldillos para hacer frente a la guerra desigual contra zancudos y bichos que abundan en la región. El calor era insoportable. Se inició el viaje por el río. Después de unos minutos, el sueño los venció. Ya al amanecer, vieron los caseríos semihundidos, en las riberas del río; casas miserables, hechas de madera y con techos de zinc, sobre tambos de fuertes maderos. La lancha arrimó a uno de los caseríos, donde se desayunaron con yuca, pescado de río y agua de panela (esta vez con leche). Los mosquitos hacían su agosto. Vieron las condiciones de existencia de las gentes, en lo que parecía otro país. ¡Qué triste! Niños con panzas voluminosas, llenas de parásitos.

La otra jornada fue diurna, y en la noche, atracaron en otro pueblo ribereño; esta vez, durmieron en un hotelucho de mala muerte. Les dijeron que tuvieran cuidado con las culebras y otros animales que había en la zona;

las culebras de agua se subían a los tambos y entraban a las casas. Además, había muchos insectos. Muy de mañana, aún sin comer el desayuno, levaron anclas y emprendieron la última etapa del viaje por ese río; el desayuno fue un calco del anterior. Terminaron el recorrido, y haciendo maromas, bajaron de la lancha por un tembloroso listón de madera, llevando en las manos los equipajes.

Allí mismo abordaron una embarcación con motor fuera de borda, para viajar por el río *Juancho*. Durante varias horas se desplazaron por el afluente, y luego dejaron la chalupa, para tomar otra más pequeña, que debía llevarlos por un río modesto pero muy caudaloso, llamado *Juanchito*. En esta canoa con motor fuera de borda, solo iban los tres misioneros y piloto (*chalupero*, le dicen). El viaje era normal, sin embargo, en un remolino, la chalupa se volteó y los tiró al agua. Los nervios se apoderaron de los náufragos. La señora era la única que no sabía nadar; los dos pastores trataron de agarrarla por sus largos cabellos, pero fue en vano; así que el motorista, habiendo visto el intento fallido, nadó hacia la dama, la prendió por los cabellos y la rescató.

¡El susto fue enorme! Y el esposo decidió no llevarla nunca más a estos parajes. Sin embargo, tuvieron que caminar por varias horas para llegar al lugar de destino, ubicado en una selva tropical lluviosa. Allí pasaron varios días, alimentándose con plátanos grandes, gallina, frijoles, cacao, aguacate y arroz. Las discusiones fueron amplísimas y todo el mundo opinó. Se hizo un amplio análisis desde lo espiritual hasta lo ecológico, donde los ambientalistas esgrimieron sus argumentos, y los ecologistas sacaron sus mejores razonamientos. Solo siete familias cristianas y tres familias amigas de la comunidad protestante decidieron retornar, dado que el líder religioso consiguió apoyo financiero y fletó una lancha. Esta gente sí estaba acostumbrada a viajar por los ríos caudalosos de la región.

Aún no se había descubierto una canoa-bomba en algún lugar de la Patria, pero sí había explotado un burro-bomba en otro sitio de la geografía nacional. Además, las autoridades habían detectado que, en cierta vivienda, lo que salía por los grifos era gasolina y no agua. El viaje sería largo y agotador. Primero cruzaron un golfo cuyas aguas espantaban; luego tomaron uno de los ríos más caudalosos del mundo. Pernoctaron malamente en la embarcación que atracó frente a un poblado muy alejado de la civilización. La lluvia estuvo frenética, y los mosquitos hicieron su agosto en abril. Zumbidos como de helicópteros. Mosquitos desarrollados, a pesar de ser un país subdesarrollado. El ruido de las chicharras y el croar de las ranas molestaron los tímpanos de los viajeros. Varias veces los pequeñuelos se despertaron sobresaltados por causa de los lamparazos celestes.

Ya el plátano, el pescado y el arroz de coco habían perdido su identidad en los organismos humanos, y los estómagos pedían más. Al amanecer, los nómadas reanudaron su viaje. Un día más con la rutina del anterior. Por fin dejaron el río, para ver otro, angosto y más correntoso. Volvían a mirar a otro amigo. Esta vez dejaron la lancha y se subieron haciendo maromas en una tabla resbaladiza por causa del lodo y el agua, a fin de abordar una canoa con motor fuera de borda *Evinrude* (me perdonan la cuña comercial), cuya marca estaba casi borrada. Como pudieron, se acomodaron y se dirigieron aguas arriba. Bajaban maderas, hierbas, animales muertos y otras canoas. Adelante viajaba un sujeto robusto y de bíceps sólidos, sin camisa, y llevaba una pantaloneta raída con una inscripción casi ilegible. Su función consistía en hundir una vara de bambú cuando la canoa llegaba a un tramo llano, o apartar troncos impetuosos que les marcaban el paso a las aguas eufóricas.

Llegaron tras ocho horas a la desembocadura de una quebrada en el río. Se bajaron a buscar posada en algunas casas hechas de palma amarga, tablas o caña brava, sobre tambos bastante fuertes. El hambre acosaba, en especial, a los niños. Seguían encomendados al Señor. Llegó la noche a la selva agreste y hostil. De nuevo recordaron sus refugios de la unidad deportiva. Y hasta maldijeron su suerte algunos hombres, como lo hicieron muchos israelitas al empezar el largo y formidable viaje por el desierto.

La oscuridad los envolvió sin solicitarles permiso. Los lugareños les advirtieron que había zancudos grandes, serpientes venenosas, sapos viejos y arañas descomunales. Sin embargo, el sueño los venció y se rindieron. En la mañanita comieron unos plátanos superdesarrollados, bebieron agua de panela caliente y se desplazaron por el caño. A las cuatro de la tarde llegaron al final del tramo navegable, bajaron, y a pie emprendieron el último trecho de su agotador recorrido. A eso de la 6:30, ¡por fin! arribaron a la comarca de sus amores. Casas solitarias que clamaban por sus residentes, llenas de sapos, mosquitos y otros animales.

Pronto todo se normalizó. Los hombres iniciaron sus tareas sembrando arroz, puesto que todavía tenían vigencia las leyes capitalistas de la oferta y la demanda: no había provisión de arroz en la región. Varios meses después, recolectaron una cosecha que les reportó la suma de 21.000 dólares de ganancia neta.

NI LOS MAESTROS SE SALVAN

Las vocaciones pedagógicas, así como las vocaciones sacerdotales o ministeriales religiosas están en decadencia preocupante. En todo el mundo se nota este fenómeno. Ya los jovencitos no quieren estudiar Educación. Analizan con alguna propiedad las condiciones de los docentes, especialmente los del sector oficial. Aunque en el sector privado no se paga por escalafón, sino de acuerdo con las leyes de la oferta y la demanda, en el competitivo mercado capitalista. No obstante, Maritza Colorado decidió estudiar una licenciatura; en Educación, añado. En el país, nada más se usa el término *licenciado* para referirse a un profesional de la Educación.

Sus padres llegaron a una provincia costera en busca de mejor vida. Su provincia había sido azotada salvajemente por la violencia, y lo mejor era dejar su terruño. Después de graduarse, la joven licenciada retornó a su pueblo, llena de ilusiones, utopías y sueños. Recién salida de la universidad, sería el centro de las miradas. Había leído del prestigio de los maestros. Sin embargo, parece que tal imagen es cosa del pasado. Sus inquietudes derivadas de una sana vocación magisterial, la llevaron a recordar varios hechos que vio en la prensa y en la televisión. Maritza quería redimir a su comunidad, pues pocos eran los niños que entraban al sistema educativo, y tenía que demostrar que ella todavía confiaba en los maestros.

El incendio que acabó con *La Mano de Dios*. La mañana del jueves 6 de marzo tenía los matices de las anteriores: el sol brillante, el cielo azul y la brisa fresca. Nadie en la zona de valle presentía la tragedia, a pesar de que los incendios forestales entre diciembre de 2002 y febrero superaban los 460. Además, los dos incendios de un barrio asentado sobre un basurero, que afectaron a más de 2.500 personas, se olvidaron al llegar la Navidad. Muy temprano, los adultos residentes en el barrio *La Mano de Dios*, se levantaron y tomaron el café, uno de los pocos lujos que se pueden dar. El peso de la miseria los obligó a salir de sus ranchos en busca del sustento diario como

recicladores de basuras. Habían llegado de distintos lugares y regiones del país, cargados de pobreza, hijos y pesares, como refugiados, y carentes de dinero, comida, ropa y esperanzas. Los padres y madres no querían por nada del mundo que sus hijos fueran reclutados a la fuerza o con señuelos, para engrosar las filas de los grupos armados.

Gradualmente, el día se fue calentando. Las tareas de reciclaje se tornan pesadas, aunque la ley sobre separación de residuos en la fuente, por parte de los consumidores, se esté aplicando poco a poco. El desayuno a media mañana atenuó al hambre, pero no la derrotó. Muchos soportaron con estoicismo la competencia voraz, el ruido, las malas palabras y la congestión de autos, inmunes a los malos olores. Unos cuantos pesos (menos de dos dólares) son el premio. Sus hijos fueron a las plazas de mercado a pedir limosna y productos alimenticios desechados. Las casitas parecían un pesebre de Navidad: cartones, madera, zinc y piso sobre desechos acumulados. Varias familias compartían un baño. Solo a estas viviendas podían aspirar quienes llegaron a la ciudad huyendo del conflicto armado, la violencia y el terrorismo.

La tarde empezaba a caer, y ya muchas casitas estaban repletas de personas y material reciclable recogido durante el día. A eso de las 5 y 30 de la tarde, cuando se hacían los inventarios, se escuchó una explosión como de pipetas de gas propano, y después el fuego lo envolvió todo. La brisa del atardecer fue cómplice de la tragedia, pues ayudó a esparcir las llamas en 10 manzanas que se acabaron en menos de dos horas. El fuego era tan devorador, tenaz y destructor que se vio en toda la ciudad. El saldo final son 3.500 personas en la calle, porque perdieron sus 650 tugurios. En *La Mano de Dios*, Dios no permitió que hubiese muertos. Los 20 heridos fueron dados de alta. "Parece que el fuego me persigue", le dijo una mujer a la corresponsal del diario *El Tiempo*, ya que en otro lugar perdió su rústica vivienda, a causa del atentado a un oleoducto. Una joven de 12 años le dijo con rabia a la misma corresponsal: "Uno sí es de malas". Y una tía la consoló: "No, 'mija', de malas no, son cosas de Dios". Esta familia perdió su vivienda un año atrás, en otra zona del país, por causa de un incendio que acabó con 29 casitas modestas. El incendio fue ocasionado por el atentado de un grupo al margen de la ley.

Maritza no podía aceptar que los más pobres o los indigentes fuesen presa de calamidades graves. Volví a mi oficina a las 8:40 p. m. y me pregunté: "Dios mío: ¿Por qué sufren los que viven en la miseria?". Recordé que, en este mismo sector subnormal, un derrumbe gigantesco sepultó a 520 refugiados y destruyó 1.500 viviendas, 19 años atrás. En ese 2002, otros ataques terroristas produjeron la muerte de seres humanos indefensos, y serios perjuicios. El secuestro rápido hacía parte de las estrategias de los malhechores. Algunas de las preocupaciones de esta maestra, tenían que ver con el sistema

educativo. Y veía cómo la educación se afectaba: con esquemas modernos debe formar a estudiantes posmodernos. Está en crisis la familia. Y la humanidad que empezó por la generación A de Adán va por la generación X y la generación Y de los *yuppies*.

Son varios los problemas que se deben enfrentar y los desafíos que se deben encarar, a fin de buscarles un sentido a la escuela y a la educación: falta de fundamento axiológico; su identidad poco clara. Los referentes educativos son modernos, y la rigidez y falta de pertinencia ponen en riesgo la educación. “Nos toca entonces estudiar lo que es su comunicación, la asimilación de nuevos lenguajes, el aprendizaje de manejo de redes para enseñar a manejar redes y la habilitación para la transmisión”, se decía a sí misma, y a veces compartía sus pensamientos. Además, “debemos ver lo que significan un nuevo paradigma educativo, la enseñanza del saber funcional, los contenidos que versarán sobre lo operativo que produzca dividendos, la preparación para que haya eficacia en la transmisión de la información y el retorno a la educación individualizada, pero en otro contexto”. Los maestros anclados en el pasado lancasteriano o de la tecnología educativa, no entendían las nuevas propuestas.

También deducía que se deben analizar los temas de alfabetización telemática, comunicación tecnológica y configuración de saberes: 1. el formal, basado en lenguajes informáticos; y, 2. el experiencial, relativo a la participación y experiencia individuales. Maritza tenía razón. Era una parte del cuadro que ofrecía la posmodernidad. Para los efectos de su meditación, consideró que algunas de las raíces de la crisis eran las siguientes: eliminación del fundamento de los valores éticos y morales. Ponderación del individuo por encima y a pesar de los otros. E impertinencia de los componentes del modelo o paradigma educativo: filosofía, objetivos, contenidos, procesos, estrategias, evaluación y disciplina.

Se añadía al cuadro problémico o problemático, la indefinición normativa tocante al nivel cero o de preescolar. Veía ansiosa cómo en cualquier garaje o cuarto de san Alejo, cualquier madre de familia varada y necesitada, montaba un flamante preescolar con nombre de ribetes llamativos: MIS PRIMERO PAZO. O La Gungla (por La Jungla).

¿Cómo podía una mujer que no sabía nada de educación, poner un centro de este tipo? Analizaba por horas el choque entre esquemas tradicionales y propuestas nuevas; el cambio de concepción sobre el saber: ahora es fundado en su utilidad, es la nueva mercancía. Las exigencias de serias capacidades a individuos que sepan cómo operar las cosas con eficiencia, investigación eficaz y formación permanente. Pero, falta el manejo de esquemas comunicacionales apropiados.

¿Qué se podía esperar de escuelas como MIS PRIMERO PAZO? Igualmente, sabía Maritza que los padres o madres presionan para que los hijitos salgan del preescolar con competencias en cálculo y lectoescritura. ¿Y si la maestra dueña no tenía ni siquiera buena ortografía? Los niños venían al mundo dotados de los siguientes instrumentos: debajo de un bracito, un iPod de última generación; debajo del otro, un celular polifuncional novísimo; en el lóbulo frontal, un chip; encima de un piececito, una Palm recién salida al mercado; y sobre el otro, un MP-8. Los maestros veteranos a duras penas podían hacer una llamada por celular o archivar un número telefónico. El *Black Berry* los abrumaba.

En la radio, escuchaba los chascarrillos que hacían algunos habitantes de la otrora gélida capital republicana, afectada siglos ha por la glaciación de Wisconsin o por una deriva de la glaciación de Würm (que originaron un enfriamiento global), en cuanto a las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación (NTIC, NTIC's, o NTIC'S, o ntic's, o ntic'S, con sus vericuetos de siglas en plural y comillas simples). Por ejemplo, la definición de virus: microorganismo virtual que ocasiona estrés, diarrea, resfriado, dolor de cabeza o migraña a los cibernautas. Ratón: animalito al que le gustan las gráficas tipo pastel, pero no el queso. Carta: escrito que se pone en la pantalla, no en la oficina de correos.

Asimismo, se enteraba de las discusiones de los académicos de la lengua en torno a si las siglas y acrónimos debían llevar tilde o pluralizarse; y de las sandeces que decían quienes no tenían idea de las ciencias de la comunicación, pero que, habiendo tomado cursos, andaban con el computador para arriba y para abajo, como universitario de primer semestre con el cargamento de libros. La educación como negocio, el negocio era la meta. Estas meditaciones no eran pueriles. Las tecnografías icónicas, los ecosistemas comunicacionales, la semiótica de la imagen, la pantalla polifuncional y omnímoda, el simulacro y la depravación sensorial podían originar perversiones ontológicas terribles. Maritza lo sabía, pero la maestra por necesidad no. Y agregó Maritza: "Comprendido de esta manera el fin, la educación se salvará de su fin". (Lo dijo una autoridad en educación). Aludía a la adopción de posturas más adecuadas, relativas a las competencias para afrontar el mundo del futuro, donde la educación permanente sería imprescindible.

Había escuelas donde no tenían un computador; los docentes usaban la maligna tiza que despedía cal a dos manos, y por esto, la faringitis, la laringitis, la afonía y la disfonía eran males proverbiales de los pobres institutores. Los tableros eran de madera antediluviana, las sillas eran incómodas (si las había,

a veces se sentaban en el suelo), usaban cuadernos inadecuados y textos obsoletos. La USB era una utopía para muchos alumnos.

La evolución vertiginosa del mundo social ocasionaba fuertes impactos sobre la percepción que los conglomerados y los individuos tenían de la realidad. Sin embargo, el acomodamiento y la adaptación a las nuevas condiciones no adquirían el ritmo que sería de desear. Como era obvio, las veleidades sociales, políticas e ideológicas, amén de las económicas, ejercían un influjo nocivo sobre la educación. Si no se aceptaba esta afirmación, podrían recordar los paros crónicos del magisterio en la nación bananera.

La emigración de una persona, a la fuerza, también producía un duelo como el que experimentaba quien perdía a un ser querido. Al secuestrado se lo llevaban de su lugar geográfico. Atrás quedaba la tierra amada, la simbiosis se rompía, y los lazos desaparecían. Había un fuerte impacto, luego venía una depresión, posteriormente se lograba una recuperación, y al final hay una resolución. Los secuestrados eran emigrantes e inmigrantes. No podía dormir a veces, pensando en los derechos de los niños, niñas y de los adolescentes, en la discriminación, en la intolerancia, en el abuso infantil y en otros males que aquejaban a las poblaciones, sin vislumbrarse soluciones por ningún lado. Tan altruista, no reflexionaba en sus problemas, como el de la actitud de sus colegas en la escuela, a raíz de sus convicciones religiosas.

Veía con sobresaltos las tendencias de los niños a tener ídolos de siliconas, no ídolos de carne en los huesos. Se acordó también de la mujer de Lot, y la transportó a estos tiempos: si Edit muriera de nuevo por ver hacia atrás las cosas posmodernistas, quedaría convertida en una estatua de silicona, no de sal. Una noche se acordó de la historia del templo insonorizado, ya que visitó un claustro universitario donde algún travieso alumno antepuso la *J* a la palabra *AULA*. La Nación se había caracterizado por la violencia que venía, según algunos, desde 1499 (9 - 12 de agosto), cuando Juan de la Cosa y Alonso de Ojeda llegaron a sus costas norteñas. Según otros, venía desde la década de 1940, cuando los nacionales se mataban por causas partidistas.

Hace 100 años que salió el país de la Guerra de los Mil Días (1899-1902). Rojos y azules se enfrentaron, y todos los habitantes salieron perdiendo. El dominio de una iglesia fue evidente desde la Colonia. Su unidad con el Partido Azul fue lesiva para otras confesiones religiosas. Durante el régimen militar-conservador (1953-1957), muchos templos fueron cerrados, varios dirigentes y miembros de iglesias protestantes llegaron a la cárcel, y hasta algunos cadáveres de cristianos se echaron en fosas comunes, ya que los cementerios eran para los miembros de la iglesia dominante.

Los vientos de cambio impulsados por el capitalismo, ejercieron su influjo y se modificó la Constitución Republicana en 1991, en la cual se elevaba a nivel de iglesia a las denominaciones religiosas, ya que se consagraba la libertad de culto, conciencia y religión. Creí que se había dado un gran paso. Más tarde, en 1994, se expidió la Ley 133, en la que se desarrollaron los preceptos constitucionales de la libertad ya citada. Pensé que el respeto, la tolerancia, la comprensión y la fraternidad se instalarían en un ambiente de convivencia. Sin embargo, no había sido así. Un ministro religioso fue asesinado, dos pastores cristianos fueron secuestrados y liberados, un auditor de cierta iglesia está secuestrado y varios miembros de una iglesia han muerto; además, muchos miembros de la iglesia observadora del sábado eran refugiados, y a otros no se les respetaba el día de descanso en la empresa o en la institución educativa. Recientemente, dos jóvenes murieron junto con ocho personas, por causa de un carro-bomba.

Uno de los hechos insólitos es el siguiente: en cierta ciudad del centro del país, predominaban las tradiciones religiosas. En verdad, la iglesia de marras era modesta. Un miembro de cierta agrupación empezó a quejarse por causa de los cantos de la congregación. No era bulliciosa la música allí. En el país, cualquier persona sacaba un equipo de sonido y hacía una parranda sin que nadie dijera nada. Pero, se quejaban por causa de la música religiosa. El pastor cristiano abocó el caso, presentó los descargos, pero no hubo comprensión. Entonces, siguieron los cultos, a raíz de los cuales aumentaron los clamores de los opositores, y la iglesia local fue obligada a insonorizar el templo, obra que tuvo un costo de unos 2.600 dólares. Resultados de la intolerancia. A Maritza le hervía la sangre cada vez que recordaba esta historia.

Como educadora honesta y bien convencida de su profesión de servicio, entendía que el maestro debía ser creativo, innovador, artista, recursivo y paciente. Una cosa era elaborar recursos del aprendizaje y de la enseñanza, en un ambiente ciudadano donde la tecnología y la industria capitalista te lo dan todo, y otra, estar en una escuela rural donde no hay ni escuela; se reúnen en cualquier potrero que tenga dos o tres palos de ceiba que den sombra. Tenía que coger granos de arroz, de maíz o de frijoles para hacer figuras; debía ingeniárselas (como no se lo enseñaron en la universidad) para dar clases en un medio caluroso o lluvioso, sin cobertizos, sin ventiladores, sin tableros virtuales o siquiera de madera. Y cuando llevó el portátil por primera vez, los pequeñuelos se asustaron con el *monstruo*. Temían acercarse al aparato.

Aunque tenía el procesador o computador, sabía y sabe, aceptaba y acepta que la mediocridad docente no se puede sustentar en la tecnología. Que hay que impulsar el pensamiento duro, sólido y no el pensamiento *light*.

Hoy en día todo el mundo usa el computador y el proyector de multimedia (*video-beam*) para conferencias, clases, sermones, homilías, talleres, seminarios, foros, simposios, promociones de verduras o confites, en fin... Las mujeres virtuosas dan paso a las virtuales, como las esposas de los cibernautas.

Y cuando se va la luz o energía eléctrica, todo se paraliza, ya que nadie tiene en la mente lo que se va a presentar; todo está en los aparatos. Estos recursos se convierten en *muletas*, y los concurrentes se fijan en los equipos avanzados, mas no en lo que interesa realmente. A veces los maestros tratan de imitar a los actores o actrices; la escuela deja de ser un centro de preparación integral (espiritual, moral, física, intelectual y ética) para llegar a ser un escenario farandulero, donde se busca emular a los artistas. La educación implica creatividad artística, pero no se reduce a ella. Las artes del imaginario son estudiadas por los profesores.

Y el otro problema que atortolaba a Maritza era la denominación de los cultores de la profesión educativa: ¿Maestro? ¿Docente? ¿Institutor o institutriz? ¿Profesor? ¿Educador? ¿Licenciado? ¿Bachiller pedagógico? ¿Normalista? ¿Normalista superior? Sin resolver estas preguntas, se encerró en su cuarto a repasar en la internet y en sus viejos textos de filosofía y pedagogía, así como en los aportes de varias corrientes y pensadores. Empezó con el idealismo de Platón, vio el escolasticismo, el positivismo, el conductismo, el pragmatismo, se detuvo en el existencialismo por aquello de su rama creyente en Dios, le llamó la atención el anarquismo, también paró unos minutos en la filosofía tecnocientífica de la educación, estudió la filosofía educativa de Toffler y la del entorno computarizado de Carnegie y Mellon, analizó la filosofía sistemática de Niklas Luhmann, la filosofía educativa de Jürgen Habermas y cerró con las bases ideológicas del pacifismo y del ecologismo. Se enredó más que cuando era estudiante. No sacó nada en claro. Entonces volvió sus ojos hacia la filosofía cristiana de la educación, y encontró lo que buscaba, para responder interrogantes atinentes a la realidad, al hombre, a los valores, a la religión, al concepto y a los propósitos de la educación, y a la valoración de la educación para la vida. Ni el freudianismo, ni el conductismo, ni el humanismo les dieron satisfacción a sus preguntas pedagógico-existencialistas.

Procuró también beber en Pestalozzi, Montessori, Piaget, Rousseau, Freire, Makárenko y Carl Rogers. Hasta se atrevió a pensar en Messmer, como precursor del psicoanálisis, aunque quedó confundida al reflexionar en la razón por la cual dejaron a Freud como "padre". Las teorías de Bandura no la llenaron. Luego revisó el constructivismo, el neo-constructivismo y el neo-neo-constructivismo, y tampoco quedó contenta. Analizó en forma sesuda las

condiciones actuales, en el marco posmodernista, pues la escuela de hoy es moderna y el pensamiento es posmoderno. Hoy interesa más la estética que la razón. Rebuscando en sus archivos humedecidos por el aire tropical de su pueblo, encontró un cuadro que aparece en una obra inédita, y entonces dio luz verde a sus elucubraciones.

En la misma obra, Maritza detectó una lista de cosas *light*, y se aterró al considerar que la educación posmoderna es así, *light*. Los alumnos llegan al aula con mentes atiborradas de imágenes y escenas caleidoscópicas, ansían nuevas experiencias, emociones y percepciones, por lo que su atención se centra en el computador y en la pantalla, en el vídeo y en la imagen, en los íconos y en sus interpretaciones, con el empobrecimiento concomitante y el asedio ineluctable del artista. Hoy en día los profesores crean espacios que deslumbran por sus elementos iconográficos y técnicos; sin embargo, la mediocridad es real. “La mediocridad es real”. “La mediocridad es real”. Esto fue lo que le quedó resonando como onomatopeyas de chicharra en la noche.

Al estudiar con detenimiento la lista que descubrió, se preocupó más de la cuenta, y casi se le alborota el colon. La institutriz se concentraba en las propagandas y promociones, usando principios que permitían diferenciar las unas de las otras, hasta sentir jaqueca: “¿En verdad hay mantequilla *light*? ¿Hay aceite de coco *light*? Se tomaba una pastilla, lograba un alivio temporal, y seguía, pues había leído en una revista científica que los intelectuales, los lectores y otros individuos que usan mucho sus mentes, tenían menos vulnerabilidad ante el mal de Alzheimer. Leyó con detenimiento los informes de las investigaciones del médico alemán con el cerebro de su mamá, y los reportes de Buñuel, referentes al estado de su madre, afectada por este mal. La maestra encomendó a sus padres a Dios, para que los librara de dicho mal. El estado de Alí también le produjo desazón. Supo que la hija de Alí boxeaba para ayudar a su papá.

La cultura del *rebusque* se posicionaba con fuerza y por necesidad. A Maritza le dolían los miles de niños en edad escolar que no ingresaban al sistema educativo, pero que engruesan los ejércitos de obreros, en trabajos tan peligrosos como la minería en socavones, la construcción sin normas de seguridad, ni cobertura de ARO, EWS o JPS. Niños que saltan sin inventario de la infancia a la adultez joven, sin vivir esa etapa tan sabrosa del juego, la inocencia y el *descomplique*. Acrobacias peligrosas, juegos de manos con naranjas, limones, monedas o bolas de hierro; y trapecistas improvisados de las estrechas avenidas. Fonemas del subdesarrollo: ventas ambulantes, ventas en los buses de servicio urbano, música sin tonalidad definida, aguja, lapiceros, versículos de la Biblia, estampitas de santos, almanaques, etc. Vi a

un sujeto que estudia arte, rebuscarse con unos papelitos donde escribió con su mano, frases y oraciones.

Los malabaristas que se ubicaban en los cruces de avenidas que tienen semáforos. Terreno abonado para los circos. De todas las edades, pero, especialmente niños y jóvenes. En los centros educativos oficiales tenían que mandar a los maestros a reclutar niños y adolescentes. La licenciada encontró, al terminar sus revisiones, una carta con horrores de ortografía, que la llevó a concluir que los niños de hoy no quieren leer ni escribir, por causa de la televisión. “¿Qué puedo hacer en mi escuela?”, se preguntó varias veces, con seriedad y deseos de ayudar.

Leyó con deleite *La conspiración de Acuario*, pero, se desencantó cuando notó que era pura paja. Los cristales mágicos de cuarzo, la familia extraplanetaria, la energía cósmica y muchas otras sandeces, y le dijeron que la famosa actriz de cine estaba varada, por lo que escribió el libro para ganar plata. A veces, las dudas la encerraban con candado. Tomaba por curiosidad algunos textos de ciencias biológicas, para empaparse un poco de las teorías nuevas, y descubría que el neoevolucionismo darwiniano adquiriría novedosas dimensiones. La tesis bíblica de la creación era solo una leyenda en la historia del universo y, concretamente, de este planeta.

Como en un viejo estroboscopio en que su padre aprendió algo de física, vio la teoría de la abiogénesis y la teoría de la exobiogénesis; leyó que existe una nueva disciplina con estatus epistemológico, a saber, la exobiología, para explicar (lo inexplicable) el origen de la vida fuera de la tierra. El problema de la falta de mística entre los maestros la seguía confundiendo. A ello le añadía la sintomatología de la bulimia y de la anorexia en las niñas y adolescentes. Entrevisté a Maritza con el ánimo de actualizar mis archivos y enriquecer mis historias.

- ¿En qué circunstancias ocurrió su secuestro?

- Me sacaron a la fuerza del colegio, me obligaron a montar un caballo; uno de estos hombres se montó detrás de mí, e íbamos a todo galope; me sentí muy nerviosa; en ese momento, miles de pensamientos se cruzaron por mi cabeza, estaba muy asustada y angustiada; luego de un trayecto, en el camino nos encontramos a una pareja que iba en una moto; los secuestradores se bajaron para quitarles sus celulares, y pincharon una llanta de su moto para evitar que avisaran a la Policía o a mi familia. La marcha hacia el lugar donde me llevaron duró casi 3 horas, evadiendo las carreteras y entrándonos por el duro monte, cortando cercas para poder pasar.

A las 3 de la tarde, aproximadamente, llegamos a un riachuelo; allí dejaron los caballos y subimos una loma; en la parte de arriba de dicha loma

estaba una casa abandonada, me brindaron agua, y estuve sentada en una piedra por un rato, mientras estos hombres vigilaban y hablaban de su hazaña.

- ¿Pensó alguna vez que iría a morir? ¿Cuándo? ¿Estuvo en riesgo su vida?

- Claro, pensé que mi secuestro era una represalia contra mi padre por su evasiva con el pago de la extorsión; también al escucharles decir que si mi padre no pagaba el dinero que pedían por mi liberación, me iban a mandar para 'El Santuario'. Pero se referían a una vereda que se llama así, donde se encontraba la agrupación, y esto yo no lo sabía. Afortunadamente, no me hicieron ningún daño.

- ¿Cómo la trataron en el cautiverio?

- El trato fue formal y sin ningún maltrato verbal o físico por parte de estos hombres.

- ¿Qué pensó de su familia, de Dios, de su iglesia?

- Cuando Dios me dio esa serenidad, solo tuve más fe en que todo iba a estar bien y que todo volvería a la normalidad, nunca pensé en algo negativo para mi vida; mi familia pensó que iba a estar muy mal, nerviosa, y se quedaron aterrados al encontrarme serena y tranquila.

- ¿Cómo ocurrió su liberación?

- Al negociar con mi padre por teléfono y llegando a un arreglo, se le dieron ciertas instrucciones. [...] sería enviado por una persona que esperaría en un lugar; uno de los secuestradores fue a recoger [...] y le dijo a esta persona que esperara un momento mientras él regresaba donde su otro compañero, quien era el que me custodiaba; cuando el hombre llegó [...], me ayudó a montar en el caballo, y me dijo: '¡Ya eres libre, ve por este camino y allí encontrarás a la persona que te llevará a tu casa'. Fue arriesgado para esta persona [...] sin verme, pero no tuvo más opción que confiar en la palabra de este hombre.

- ¿Qué piensa de sus captores?

- Porque con anterioridad a mi secuestro, ya estaban extorsionando a mi padre y a otras personas del pueblo, no había escuchado nada bueno de ellos; inclusive, eran desertores de un grupo rebelde y ya habían cometido otros delitos, como asesinato de varias personas que se habían negado a su extorsión; así que, debido a eso eran mis miedos al estar en manos de estos delincuentes, y pienso que son personas a las que les gusta hacerles daño a los demás sin importar las consecuencias de sus actos; son avaros y egoístas,

pero en este momento de mi vida cuando recuerdo ese incidente, no siento odio por ellos, solo lástima porque han desperdiciado sus vidas haciendo el mal.

- ¿Por qué cree que la liberaron?

- Como eran desertores de la agrupación rebelde, no podían seguir más adelante en el camino, porque se iban a encontrar con ellos, y si bajaban, se encontrarían con las fuerzas del orden... ya que mi padre había denunciado ante las autoridades el secuestro, y ellos sabían que estaban acorralados, sin salida, ya que tenían a sus colaboradores que les informaban; así que decidieron aceptar el dinero que mi padre podía darles, puesto que el tiempo se les agotaba para poder seguir huyendo.

- ¿Qué lecciones le dejó este secuestro, que quiera compartir con nuestros lectores?

- Que Dios es muy bueno y misericordioso con los seres humanos, que a pesar de todo, él nunca nos abandona, y siempre sus ángeles están a nuestro lado para defendernos de las asechanzas del maligno. Otra lección importante es que Dios torna una dificultad como esta en una gran bendición, ya que después de mi secuestro tuve mejores opciones para trabajar en la zona urbana. Y yo creo que la lección más importante para mí es que la oración del justo puede mucho, dado que para todo lo que le pedí a mi Dios en ese día de cautiverio al siguiente día obtuve respuestas inmediatas.

La profesora creyó que había suministrado todos los datos a su entrevistador; asediada por el pavor al Alzheimer, repasó los informes; estaban correctos, no faltaba nada. Volvió a leer los reportes científicos del médico germano, y las anécdotas de Buñuel, relacionadas con su madre. Releyó los artículos científicos sobre intelecto y mal de Alzheimer; estando en esta tarea, encontró dos relatos que le produjeron escalofrío, ya que la realidad de las afectadas iba en contra de la hipótesis clínica.

Exageradas dosis de medicinas. Doña Hercilia había sido una secretaria bilingüe exitosa y maestra, en un colegio que ofrecía cursos de educación superior. Manejó con detalle islandés o finés los registros académicos, las actas de todo tipo, los comunicados, los memorandos y tantas otras cosas que estaban en la parte del manual de funciones que decía: "Otras, relacionadas con el cargo". Ya en su etapa de buen retiro, vino a visitarla su hijo, desde lejanas tierras. A diferencia de la mamá de Buñuel, doña Hercilia sí reconoció a su hijo. Un día después, esta mujer fue a la tienda, a hacer el mercado; pagó una suma equivalente a 100 dólares, aunque la cuenta ascendía a 50 dólares. El tendero notó que algo malo pasaba. La señora tomó su canasta y se fue. El

honesto vendedor, sabiendo dónde vivía, habló con el esposo y le contó que la mujer había pagado plata extra; entonces le entregó el sobrante.

Ese mismo día, la señora le hizo a su hijo un sancocho de bocachico. Todos lo disfrutaron. Un día después, la señora le preguntó a su hijo que si deseaba comer un sancocho de este pescado; en vista de tal pregunta, el hijo comenzó a deducir que su mamá estaba mal de la cabeza, y que podría ser Alzheimer; la hipótesis se comprobó cuando la señora Hercilia se tragó un frasco completo de pastillas que le recetaron para contrarrestar problemas cardiovasculares. Al borde de la intoxicación, la llevaron al hospital, donde le hicieron un lavado gastrointestinal, y la salvaron. Por esta razón, no la dejaron salir más de su casa, a menos que alguien la acompañara. El interrogante siguió.

Desorientación. La profe Petronila se había retirado del magisterio particular, con una exigua pensión que, a su modo de ver, no compensaba el desgaste, los esfuerzos, las penas, ni los desvelos de su pasada labor docente, no solo como maestra de aula, sino como directora, aseadora, secretaria, pagadora, tesorera, vigilante, coordinadora de cuanta cosa, y otras funciones inéditas. Afectada por la muerte brutal de su hijo, en el mercado de la ciudad asentada al occidente de la Sierra Madre, dedicaba horas y horas a reflexionar en su amado hijo, a pesar de las angustias que le produjeron varios hechos irregulares.

Se le acabaron las drogas que usaba para controlar la hipertensión; cogió el bolso, salió a la calle y se embarcó en una buseta de servicio público. Luego se bajó, llegó a la botica y compró las medicinas. Se despidió del farmacéuta juramentado, pero, se le olvidó por completo qué tenía que hacer para retornar a su casa. Un mototaxista que la conocía, la vio, se detuvo y le preguntó que para dónde iba; la mujer reconoció que estaba confundida. El sujeto la transportó en el vehículo de dos ruedas hasta la casa de la exprofesora. Allí, el señor le contó al marido de la dama que la había encontrado desorientada, en el centro de la ciudad. La pregunta siguió.

Estuve en el pueblo de Maritza, y después pasé con mi familia. En la primera oportunidad, me mostraron la punta de montaña hasta donde bajaban los bandidos, se instalaban en la carretera, paraban los carros y, con lista en la mano, decidían a quiénes se llevaban secuestrados y a quiénes no. El delito estaba vivo, a pesar la nueva generación X, con una sola incógnita, y del silicógeno, que producía mujeres plásticas. Y qué pensar de la cirugía estética, que estaba dando mujeres por piezas, para ensamblar al gusto. El mundo ya iba por la generación X, habiendo empezado en la generación A de Adán. La Barbie y Ken eran objeto de atención automática, sin aplicar los principios de la motivación de Maslow. La moda de los tratamientos con

silicona dejaba mujeres inmunes a los virus biológicos, pero proclives a los virus informáticos.

Nunca pasó por la mente de Carlos, amigo de la familia de Maritza, que el aljibe que hizo construir en 1969, sería unas décadas más tarde, escenario de una triste muerte, y la génesis del drama de un educador; coincidentalmente, digo yo, licenciado en Ciencias Humanas y Sociales, con un valor agregado de Énfasis en Ciencias Económicas y Políticas. Toribio Panesso-Lancaster era un etno-afrodescendiente que llegó al golfo cargado de ilusiones y triglicéridos, pues consumía mucho cerdo. Se casó con una mujer mestiza, de facciones indias, trabajaron sin descanso y levantaron unas casitas. Las incomodidades exasperantes y el pútrido e insalubre pantano que rodeaba la primera casa donde habitamos, nos obligaron a buscar otra vivienda. No sé a qué arquitecto se le ocurrió dejar unas claraboyas en esa casa nueva, si llueve todos los días. La cantidad de lluvia que cae al año, le sigue los pasos a la región más húmeda del orbe.

Doña Rosalinda falleció por causa de un problema hepático, y don Toribio no tenía ni para las flores; por ello, apeló al pastor Carlos:

- Pastor, ¡mi mujer se murió, y no tengo ni ´pa´ las flores!

- ¡Lo lamento, hermano Toribio!

- Pastor: Présteme para el entierro. Deme otro dinero para gastos varios, hasta completar la mitad de lo que vale el predio. Yo le escrituro la casa, es decir, regalo la otra mitad.

- Déjeme pensarlo un poco -, dijo Carlos.

Unos minutos después llegaron a un acuerdo. Al día siguiente, el pastor Carlos ofició en el sepelio. El señor volvió a Panamá. Nos mudamos una semana después. Había una casita vieja, primero; de madera antediluviana, con piso rústico, con techo de zinc. Cuando llovía, el estruendo era fenomenal. Luego estaba otra casa en obra negra, de bloques y techo de asbesto, el peligroso asbesto. Y al fondo del patio, una casita de techo de palma y madera agujereada.

No había sanitario utilizable; bueno, en honor a la verdad, sí había, pero de nada servía, porque el pueblo no tenía acueducto, aunque existían las tuberías. Como descubrimos un pozo de agua salobre, empezamos a usar el líquido para lavar loza y echarle al inodoro. Al final del patio estaba la letrina, en alto, y bajo un techo de zinc. Teníamos que atravesar el gran patio para llegar allá; sin embargo, de noche no era posible, pues se colaban sabandijas por entre las estacas de balsa que formaban la cerca; las estacas eran horadadas sin piedad por los cucarrones y las abejas. Tampoco podíamos ir

en tiempo de lluvia, por cuanto el barro parecía una melcocha, y se pegaba en las chancletas.

Con frecuencia, veíamos cómo cocinaban a los pobres cangrejos en las gigantescas ollas; y luego, los despresaban para coger las patas y absorber con deleite escolástico la tintura morada; parecían escanciar licor de la Champaña. Esta tintura impregnaba los pedazos de plátano verde, y dejaba los labios como los de un párvulo que se llevó las anilinas a su boca. Algunos de mis hermanos sentían asco, otros se admiraban.

Debido al problema del agua, Carlos le pidió a Temístocles Llerena que construyera un aljibe. Este albañil lo tuvo listo al cabo de un mes: tres metros de alto, cinco metros de largo y cinco metros de ancho, con techo de zinc. Esta alberca servía para aparar el agua de lluvia, y se solucionó nuestro problema. El licenciado, y especialista en Cultura Afrocaribe, había leído a Manuel Zapata Olivella; también tuvo que estudiar los aportes de Delia y Manuel, al folclor regional, ya que este era parte vital de la afrocaribeñidad. Se deleitó con sus obras y aportes, y sintió orgullo al ver que sus ancestros, por el lado de su mamá, eran de origen africano.

Las veleidades del mundo de la educación son raras. El docente llegó a la zona, a prestar sus servicios. Tenía gran experiencia, pues había sido rector, director, coordinador, barrendero, aseador, etc. Y se le medía a todo lo que hubiera que hacer en la escuela. La cosecha de frutas hacía que a los alumnos se les fueran los ojos; mangos, guayabas, mamoncillos, cerezas, guindas, ciruelas, papayas, guanábanas, guamas, mameyes, nísperos, grosellas, en fin... Los palos estaban cargados y, aunque en los patios de los dos colegios cristianos había varios, los muchachos miraban los patios ajenos.

Sin que el profesor Atilio notara, un estudiante de séptimo grado de bachillerato, se le subió en la moto; el maestro iba para su casa, a almorzar. Era la casa donde vivimos mucho tiempo antes. Los palos estaban cargados de mangos de varias clases. Sin permiso del maestro, el jovencito se subió a uno de los árboles, bajó varios mangos de azúcar, pero, como había llovido en la madrugada, el joven se resbaló y se cayó en el aljibe; por coincidencia, la motobomba tenía un cortocircuito, por lo que el agua estaba electrizada. El alumno murió electrocutado.

¡Qué tragedia! La vida les cambió al profesor y a su familia. Fueron amenazados, lo que los obligó a dejar el pueblo. En otra población también los acosaron, y emigraron. Finalmente, se ubicaron en una capital regional. Frutos del oficio y de la desobediencia de los jóvenes. Vino a la mente de Atilio Montemayor, la historia parecida de un infortunado miembro de cierta iglesia cristiana. En el mes de junio, cuando los palos de mango del patio de la iglesia

estaban cargados, los alumnos de la escuela privada le pidieron al señor que se subiera a tumbarles mangos. ¿Por qué no lo hicieron ellos, si eran jóvenes, buenos trepadores de árboles, como micos monteses? La lluvia de la madrugada había sido pertinaz. El hombre se subió, pero, se resbaló y cayó sobre el pavimento del área de juegos de la escuela. Murió a los pocos minutos. Su familia contrató a un jurisconsulto pueblerino, para demandar a la congregación religiosa. La demanda no prosperó, pero, como un gesto de buena voluntad y amor cristiano, se entregaron 35.000 dólares a los sobrevivientes. La sensibilidad ante los casos de niños y jóvenes, mujeres, afrodescendientes y aborígenes, aumentó en la comarca, y la gente se vio obligada a ser más cuidadosa.

Al lado derecho estaba la casona de doña *Gocha*, una vieja cascarrabias que regañaba a cuanto muchacho se le atravesaba. Detrás de la casona estaba la cocina, encima de unos tambos. Para contextualizarse (usó este verbo para estar a la moda en las palabras y frases) y no pecar por xenófobo en tierra extraña, o de extremo amor por lo de su región, buscó en internet todo lo que había sobre la multiculturalidad o pluriculturalidad de la zona donde debería ir a servir como profesor de Ciencias Humanas y Sociales. (Todavía no había comprendido la distinción entre lo humano y lo social). Pero, bueno, era licenciado en Ciencias Humanas y Sociales. Leyó y leyó muchos textos de etnografía, hasta caer en el documento inédito *Elementos de etnografía para el trabajo profesional del educador*, escrito por un colega suyo. (No pudo publicarlo por falta de apoyo a la producción intelectual, proverbial en la Nación).

Estudió concienzudamente *La historia económica y social del Golfo de la Mosquitia*, enriqueciéndose y creciendo personalmente y en lo profesional. Por supuesto, la obra tenía la información geográfica necesaria. Decía que las selvas estuvieron enhiestas y vírgenes hasta los años 1960, pues más tarde, empezó su destrucción inmisericorde por parte de colonos, neocolonos y bandidos que llegaron de todas partes del país, y aun, de extraños sin visado. Descuajaron las montañas sin pudor medieval, y con tenacidad capitalista fueron posicionándose en la región. Recordando a los españoles y a los portugueses colonizadores, aplicaron el *uti possidetis de facto*, no porque supieran qué era, sino porque algunos que apenas cursaron la primaria, habían visto la frase en los textos de historia.

Uno de los cultivos que dieron buenos resultados fue el de bananos. Osmarabelt Olvera leyó que la variedad Cavendish de banano, se caracterizaba por el tamaño grande; sin embargo, era menos dulce y menos consistente. Esta variedad se comparó con la que se conseguía en la Zona Bananera del Lago y, en verdad, quedaba por debajo en sabor y textura. Al

final, el banano iba para la Comunidad Económica del Primer Mundo, o para Estados Unidos. Cansado de ser un dependiente en el almacén de sus padres y de hacerles frente a otros negocios familiares, determinó aprovechar su profesión docente; la medida no les gustó a sus familiares. Osmarabelt también se había ganado la lotería, y vivía bien, sin afanes generados por el capitalismo voraz. Despachar desde un botón de a peso hasta un colchón estaba entre sus funciones. “¡Bonita cosa!”, decía, “yo, todo un licenciado, vendiendo botones, y defendiendo la teoría de la fidelización del cliente”. Ya había olvidado la teoría de la alteridad, que había estudiado con desgano en la universidad, así como las más de 100 tesis sobre asertividad.

Al ver una vez a un grupo de *Emos*, se preguntó: “¿Cuál es la filosofía de base de estos muchachos?”. La reproducción ampliada de capital y la plusvalía con enfoque marxista, lo desvelaban muchas veces. Aun, tuvo que hablarle a su colega, licenciado en Ciencias Sociales y Económicas, y este lo espantó diciéndole que no le recordara esas cosas, pues había tenido un profesor que siempre aparecía borracho el lunes a primera hora, con los ojitos como candil de pueblo petrificado en los Apeninos, y que no aprendió nada. En un examen parcial, sacó 2.5 (en la escala de 0.0-5.0); nada más había un punto: la reproducción ampliada de capital.

La convocatoria de los aspirantes a maestros del sector estatal fue publicada con todo el despliegue del mundo. Las autoridades educativas cacareaban los cupos para maestros y los cupos para alumnos. Olvera vio aquí una oportunidad y probaría suerte. Compró el formulario, lo llenó, pagó la plata y envió el documento. Más tarde, lo citaron al examen; salieron los resultados y fue favorecido; posteriormente estuvo en la entrevista, y le fue muy bien. En los antecedentes obtuvo un alto puntaje y, tres meses más tarde, recibió la resolución de nombramiento.

Le asignaron la escuela de La Provincia, de carácter oficial, obviamente. Los familiares de Olvera se persignaron cuando supieron dónde quedaba, y lo encomendaron a Dios. El licenciado emprendió su viaje, y llegó después de doce horas, habiendo hecho varios trasbordos. Hasta en campero viajó. El paisaje era agradable; no obstante, las casitas miserables le desinflaron el ego y el espíritu. No había pensión, no había restaurante; a duras penas, una tienducha donde tenían cuatro panelas, diez libras de arroz, cinco bolsas de azúcar, como veinte pedacitos de panela, unos tomates casi podridos, dos bolsas de sal y casi cien plátanos criollos. Este cuadro lo desanimó y decidió buscar hospedaje en el pueblo. Sin embargo, los gastos en comida, pasajes, meriendas y hospedaje casi traspasaban los límites de su salario de unos 500 dólares, aproximadamente, al mes.

Estresado por las cuentas, quería arreglar lo de la comida y el alojamiento, a como diera lugar, pero, un colega le dijo que tenía que hospedarse en la escuela; prestamente llevó a Olvera a la institución y le mostró qué era lo que había disponible: un cambuche de plástico negro y varas burdas, dos camas hechas de cuatro pedazos fuertes de palo y con unas rústicas tablas, encima de las cuales había unas hojas secas de maíz, varios sacos de fique y una estera delgada. Para el cuerpo de Olvera, estas camas aunadas no le servirían; mucho menos una sola. Y se instaló en el remedo de vivienda. ¡Todo un licenciado!

Su nuevo compañero captó la desazón enseguida, y trató de animarlo con los cuentos de la buena comida, la tranquilidad, el ahorro, etc. Le platicó que los comarcanos eran personas dadivosas, y que nunca le faltaría la comida: plátanos, yucas, aguacates, bananos, naranjas, maíz, pescados, gallinas y otras cosas. Al día siguiente, se le dio por trotar, antes del amanecer. Olvera es un gigantón, de pelo liso y largo, producto del cruce de dos sabaneros: madre y padre. La dueña de la tienda, que estaba barriendo el frente con una escoba hecha con un arbusto autóctono, apenas lo vio, se metió en carrera a su casa, y le contó a su marido que había llegado un nuevo escolta. Un poco calmada, salió, esperó a Olvera y le preguntó:

- ¿Tú eres el nuevo guardaespaldas de *El Negrino*?
- No -, dijo Olvera sorprendido y molesto.
- ¿Qué hace por aquí?
- Soy el nuevo profesor de la escuela.

La mujer hizo una mueca en señal de desconfianza, y con paso rápido entró a despachar. Las incomodidades fueron haciendo mella en la humanidad del individuo; pero, su compañero de angustias ni se inmutaba; estaba adaptado a las circunstancias. Pasaron los días. En la escuela convergían, al igual que en la del oriente de la República, hijitos de derechistas, de centrados, de delincuentes, de gente bien, de izquierdistas y de demócratas. La convergencia de elementos contradictorios en la institución educativa fue objeto de un análisis sociológico: unos llegaban en burro, a caballo, o en mulo; otros a pie, otros en bicicletas, otros en cuatrimotos, otros en motos, y otros en camperos lujosos. Los hijos de la clase emergente llevaban celulares de última generación, que servían para ver televisión, apuntar las clases, consultar las tareas, responder los exámenes y mandarse mensajes sobre los puntos de la evaluación; otros llevaban sofisticados computadores portátiles. En cambio, algunos portaban un cuaderno viejo, un lápiz y un calabazo de totumo, con agua de pozo, llena de paramecios, gusarapos, euglenas o amebas. Los hijos de ricos llevaban billetes de alta

denominación, y ni pedían la devuelta al comprar en la cooperativa escolar. Los perros aprovechaban los desperdicios que echaban los jovencitos afortunados.

Las diferencias eran visibles e innegables. Mientras que los de la clase alta llevaban zapatos, relojes, libretas y ropa de marcas acreditadas en el orbe capitalista, los pobrecitos se vestían con ropas raídas, y no se ponían sino chancletas o abarcas, o andaban a pie descalzo. En la incipiente guardería, pidieron un montón de objetos, lo que hacía pensar que se trataba de una rancia facultad de Artes Plásticas, de Arquitectura, o quién sabe de qué otra cosa. Maritza tuvo que hacer algunas glosas al lado de ciertos rubros. Digo yo que a manera de crítica o de extrañeza. Y tuvo que pensar en la mezcla de términos de varios idiomas, con temor a un mal uso. Pero, se olvidó de remilgos de académico de la lengua castellana, y siguió adelante.

Helos aquí:

Acuarelas

Aerosol: pobre capa de ozono

Agujas: cuidado con los pinchazos

Algodón

Anilinas

Arcilla

Balde

Bloque de papel de colores

Borrador

Cabello sintético de colores: para pelucas

Cartón paja

Cartulinas

CD: para grabaciones infantiles

Cepillo dental

Cinta pegante gruesa

Cinta pegante delgada

Cintas

Colbón: una marca registrada de pegante

Colores
Copitos
Crayolas
Crema dental
Cuaderno de 100 hojas
Cucharas desechables
Cuentos
Delantal plástico
Escarcha
Espumas
Estropajo
Figuritas en fomi
Fólder o carpeta de seguridad
Fósforos: cuidado con los incendios
Gancho de cosedora
Gancho de legajar
Gelatina
Harina: de qué clase
Harina de trigo
Hilo dorado
Icopor
Jabón de tocador
Jabón de loza
Lanas
Lapicero de colores
Lápices
Lentejuelas: ¿y los canutillos?
Límpido: marca comercial, registrada
Limpiones
Marcadores gruesos

Marcadores delgados
Medicamentos: tan caros...
Nailon
Ojitos para muñecos
Palillos
Palo (para el balde)
Palos de chuzo: para asar carne o pollo
Palos de paleta: ¿qué son?
Papel *bond*
Papel corrugado
Papel crepé
Papel higiénico
Papel *kraft*
Papel regalo
Papel seda cartón
Pastas
Pegastick: marca registrada
Pelo sintético
Pinceles
Pintudeditos
Pisitex: ¿qué es?
Plastilina
Pliegos de *foami*
Punzones: ¡qué peligro!
Resma de papel
Rótulos
Servilletas
Silicona en barras
Tajalápices
Tijeras

Tijeras de formas

Tizas

Troqueles

Varsol: marca registrada, ¡cuidado!

Vaso

Vasos desechables

Velas de colores

Vinilos

Los disparates del mercado global y de los voraces dueños de los medios de producción, que también se apoderan de la información, muestran un cambio radical de las prioridades. Maritza también enfocaba con seriedad estas realidades, a pesar de que no era una mujer vieja. Esta es la lista de materiales, útiles e insumos para niños de tres años. En otros listados de colegios, vio ciertos requisitos que le llamaron la atención:

Hipertexto del lenguaje

Misión matemática

Nueva física

Educación para el emprendimiento

Marcadores borrables recargables.

Después de mirar muchos avisos de negocios, comparó dos que le llamaron la atención:

CENTRO MÉDICO ADVENTUS	<i>FULL ANIMAL CARE</i>
Medicina General	Consulta Veterinaria
Medicina Interna	Cirugía
Pediatría	Hospitalización
Ginecología	Farmacia Veterinaria
Dermatología	Pet Shop
Ortopedia	Ortopedia
Cosmetología	Peluquería Canina
Nutrición y Dietética	Oftalmología
Psicología	Fisioterapia
Odontología	Odontología
Ortodoncia	Endodoncia
Laboratorio Clínico	Cardiología
Vacunación	
Enfermería	
Educación en Salud	

“¿Podemos aceptar que un animal tenga más valor que un ser humano?”. A su padre se le dio por escuchar “Casas de cartón”: “Usted no lo va a creer, pero hay escuelas de perros, y les dan educación; ¡pa’ que no rompan los diarios. Pero el patrón, hace años muchos años que está mordiendo al obrero”.

Advertí que entre los insumos del proceso enseñanza-aprendizaje no estaba el barro. Las diversas terapias empezaban a ponerse de moda en la atrasada región: barroterapia, yesoterapia, frutoterapia, talasoterapia, masoterapia, psicoterapia, fisioterapia, teoterapia, hidroterapia, cuarzoterapia, cromoterapia, aromaterapia y otras.

Los alumnos apetecían los paquetes de alimentos fritos como el ñame, la yuca, el plátano, el banano, la ahuyama, la papa, la arracacha, la malanga, la batata y la mafafa. Se la pasaban comiendo dulces y helados, y tomando gaseosas y jugos de anilinas desteñidas, con alto contenido de azúcar, ningún contenido de fibra y altísimo contenido de gases malos. La *globesidad* de que habló la OMS comenzaba a asomarse. Otros alumnos estaban flacos, puesto

que carecían de dinero para comprar en la tienda del plantel. ¡Contradicciones del capitalismo!

Después de concluir el año lectivo, dos sujetos bien armados se asomaron al cambuche; otros dos se ubicaron detrás de esta rudimentaria vivienda. No dijeron nada. Solo observaban como águila a su presa. El compañero de Olvera estaba durmiendo plácidamente; Olvera no los vio. Los sustratos del inconsciente o del subconsciente hacían que el otro docente tuviera pesadillas relacionadas con ataques terroristas, emboscadas, muertes, disparos y otras cosas. Esa madrugada, el docente tuvo unas pesadillas incomparables; en una de esas, se despertó gritando, y el licenciado Osmarabelt se tiró de la cama. Pero, el colega que enseñaba en primaria, alcanzó a ver a los cuatro hombres; eran raros, no los había visto antes. Entonces temió por su vida y por la de Olvera.

A pesar de su complexión, el licenciado era una auténtica gallina. Comenzó a temblar. En forma mental le oró al Señor, pero, no se calmaba; acudió más tarde a la tienda, a ver si conseguía una pastilla para calmar sus nervios. La noticia se regó en el caserío: “¡‘Vana’ ‘matá’ al ‘licenciao’!”. Todos murmuraban. Las conversaciones tuvieron como objeto las amenazas contra el forastero; cuando alguien lo veía, procuraba alejarse de su presencia. Echando cuentas y números, arribó a la siguiente conclusión: “¡Esto no es ‘pa’ mí!”. Las informaciones tenían el mismo contenido: el licenciado no le caía bien a un forajido y lo iban a matar.

En el penúltimo mes del año, cuando se avecinaban las fiestas patronales, cogió sus motetes, sin avisarle a nadie, y se embarcó de regreso a su pueblo. Llegó de incógnito, sin hacer tantos aspavientos. Pocas horas después, contactó a un amigo que se comunicaba en forma frecuente con el exiliado en el norte, es decir, Gustavo, y le informó de sus aventuras y peligros. El exiliado a quien quisieron darle un *paseo*, mandó un mensaje electrónico y le dijo al maestro amigo que con gusto le ayudaría a Osmarabelt a realizar los trámites de asilo.

INGENUAS INSOLENCIAS DE MUCHACHO

Yo aún no había nacido. Comenzaba la década de los 1950. La región del Bajo Zenú era afectada de manera terrible por las crecidas del río. Esas tierras bajas se inundaban, y los habitantes sufrían sobremanera. Emilio y su mujer Gloria decidieron dejar esa zona. Allí no había nada qué hacer. El río se convertía en un enemigo, y aunque los bendijera con el pescado, no podían seguir viviendo de la pesca; la agricultura estaba mal. Conocí la zona en 1965, cuando mi padre, misionero, me mandó a llevar un recado a dos caseríos, pues uno de sus tíos había muerto en otra capital provincial. Después de viajar unas cuatro horas, me bajé del campero, con el pelo empolvado de tierra amarilla, y me fui por el camino que conducía a Los Machines. La ruta se recorría a pie. Vi a lado y lado las ciénagas que imploraban a los dioses la lluvia. Manadas de monos calenturientos se desplazaban como malabaristas entre unos palos y otros, y me parecía que se burlaban de mí, al verme sudar por causa del sol inhumano. Los aullidos de estos animales a veces me atemorizaban; no pasaba ninguna persona.

Llegué como a la una y media de la tarde, di mi información y retomé el camino, para regresar a la carretera central. No había almorzado. Un bus de palo pasó como a la media hora, me embarqué y recorrí la carretera por media hora; llegué a El Guayabo, me bajé y caminé por quince minutos, para visitar otro lugar y dar el mismo informe. Al año siguiente, mi padre me llevó a la zona. Esta vez, nos pusieron bestias en Punto Muerto; viajamos en ellas, sin los equipajes. Llegamos en la tardecita a Los Machines. ¡Qué espectáculo desalentador! Apenas llegamos, nos dijeron que debíamos comer, ya que después de las seis de la tarde, se corría el riesgo de tragar mosquitos como aderezo de la comida. Nos pusieron un monte de arroz, coronado con un pedacito de queso, y se acompañó la cena con agua de panela hecha con H₂O de una ciénaga cercana, que estaba contaminada. Eran aguas estancadas.

Yo me sentía mal, a pesar de que estaba acostumbrado a las aventuras; mi padre me llevaba en sus giras de líder religioso. Una vez comimos, se tuvo un culto que duró hasta las 10 de la noche. Los miembros de la iglesia no se querían ir. Mi papá se tragó varios mosquitos, aunque el señor Ulises Durán procuraba espantarlos con un abanico artesanal. Todos dormimos en chinchorros, encerrados por toldillos. Pero, los picos finísimos de los zancudos no respetaban arandelas de ciudadanos. Fácilmente, se colaban y nos atacaban sin piedad. El zumbido era aterrador, amén de los horribles ruidos de los cigarrones que horadaban los horcones de la casa casi lacustre. La vivienda estaba rodeada por el agua, y quedaba como una cuarta por encima del agua.

Al día siguiente, pude observar la realidad. El pueblo estaba anegado. Entonces, nos embarcamos en una canoa, para ir a la tienda. Alfredo Zalamea cogió la vara para impulsar la canoa, ubicado en la popa; la canoa se movía en forma errática, y Zalamea creía que él era diestro en estas lides. ¡Cómo podría serlo, si nació en la ciudad más importante de la región geográfica! Además, tenía ropa y zapatos de ciudad, solo le faltaba la corbata. La canoa se bamboleó y Zalamea se fue al agua negra; los acompañantes no pudimos aguantar la risa. El fango negro lo dejó cual fantasma medieval, y con paciencia como la de Job, observó nuestros rostros. No dijo nada. Estaba apenado.

Al otro día, fuimos a bañarnos a las afueras del caserío, y cogimos una endeble canoa. Las aguas eran profundas. Esta vez, Zalamea no se atrevió a coger la vara, ni siquiera el remo. Se sentó en una de las tiras de madera que tenía la canoa para los pasajeros. Llegamos a una parte adecuada, aseguraron la canoa con la delgada vara metida por un orificio y luego clavada en el fondo, y nos bañamos en forma incómoda: nos quitamos la ropa haciendo piruetas, nos tiramos al agua, volvimos a la canoa para enjabonarnos, luego otra vez al agua, y otra vez a la canoa, para secarnos y ponernos la ropa. También hicimos nuestra necesidad fisiológica mayor, en la proa o en la popa, corriendo el riesgo de irnos al agua. Esta experiencia generó muchos chistes y apuntes. El desayuno consistió en arroz de coco, yuca, plátano, ñame, pescado, queso y agua de panela con leche. El alma nos volvió al cuerpo.

En Los Machines pasamos varios días. Cerca de allí, vivía la familia de la siguiente historia. Con lo poco que tenían, y los muchos hijos, entre ellos Inocencio, Teodoro y Alonso, viajaron a la capital, en un viejo campero *Willys*, por una carretera recién construida. Llegaron a la capital con el pelo mono por el polvo. Era verano, como se dice popularmente. Unas horas después, tomaron un incómodo bus de la empresa Perla del Zenú; las bancas eran para tres personas. Transportaban animales, frutas, verduras y seres humanos. Después de cuatro horas y media, arribaron al caserío, situado en los confines

de la Serranía de San Severo. Al día siguiente, alquilaron unos mulos y se fueron hacia el Alto Zenú.

Unos expedicionarios que habían llegado antes, les permitieron pasar unos días en sus humildes viviendas, mientras los recién llegados construían las suyas. Se establecieron en la montaña, después de levantar unas casas de madera y palma. La vida era dura. La selva, los animales salvajes, la falta de agua, la oscuridad, las lluvias, todo se conjugaba para atemorizar hasta al más valiente. Pero, avanzaron en sus tareas de desmontar la maleza e iniciaron los cultivos. Dios los acompañó y los bendijo. No había malhechores de ningún tipo. Se gozaba de paz.

Don Alonso construyó en 1960, una casa de techo de palma y horcones de guayacán, a la orilla de la quebrada Cabuyal, que respetaba de manera solemne su curso natural, acolitada por el respeto de los nativos a la naturaleza. Cabuyal recibe las aguas de Las Dulces, un poco más arriba. Había explanado un poco la tierra, y la dejó en buena condición para construir. Además, se acordó de Dios y de la educación, y levantó una capillita de madera y palma amarga, así como una escuela que dotó con rústicos pupitres fabricados con madera de guayabo. No había deforestación, no se hacían quemas, no se destruía a la *Naturaleza*. No se sembraba coca. La marihuana era desconocida.

Don Teodoro construyó su casa más abajo, como a 10 metros de Cabuyal; hay una diferencia como de tres metros entre el nivel del agua, en una poza, y el nivel de la tierra, atrás de la casa de este hombre. Pero, nadie sabía qué guardaba la Madre Natura. A fines de 1960, llovió por varios días, Cabuyal se salió de madre, fuertes vientos azotaron la microrregión, y las inundaciones causaron destrucción y muerte entre los animales y plantas. A raíz de la creciente de 1960, don Alonso abandonó la casa de abajo, y construyó una más moderna, en la colina, cercana a La Palma de Coco. La modestia de esta no permitía pensar en inundaciones. También le dijo a su hermano Teodoro que allí, en esa casa, corría peligro junto con su familia, y le recomendó que se fuera más arriba. Sin embargo, Teodoro analizó las cosas con pragmatismo gringo, y descubrió algunos problemas de logística, sin hacer una matriz DOFA, FADO, o como la quieran llamar. La parte alta está del otro lado de la quebrada, y había mucho monte. Era una selva. Así que el cruce de la quebrada Cabuyal, cuando estuviera crecida, sería un problema fenomenal. Igualmente, se acordó de los tigres que le salieron varias veces cuando iba a descuajar montaña para sus cultivos de maíz, yuca, plátano y cacao. Desechó de plano la idea y siguió viviendo a la orilla de la quebrada. Ahí fue donde pasamos el tremendo susto, en 1977.

La feracidad de la tierra no podía ser mayor. En 1979, en julio, salí como a las ocho de la mañana, a caballo, de la población principal hacia el Alto Zenú, con don Teodoro, después de haber comido un desayuno formado por envuelto de maíz nuevo, leche, queso y crema de leche. El camino estaba enlodado y los caballos se veían apurados. Dejamos el pueblo, luego el camino principal y nos desviamos por otro que llevaba hacia el río; allí tomaríamos el planchón para cruzar hasta el otro lado. En vista de que había llovido toda la noche se rompió un puente enclenque y tuvimos que hacer maromas para pasar un riacho o caño. Lo logramos, y ya en la orilla, el planchonero dijo con voz grave: "Yo no paso hoy". Don Teodoro le ofreció una propina, pero el hombre dijo que no. El río estaba casi desbordado. Los caballos tenían miedo, así como sus jinetes. Las matas de plátano estaban doblegadas, porque en la noche los vientos huracanados les hicieron daño.

Nos devolvimos con humildad al poblado. Como que no era la voluntad de Dios que viajáramos. Al día siguiente lo intentamos de nuevo y pasamos; el río ya había bajado. En el bajo del otro lado, cerca de Puerto de Sal, una nube de mosquitos se abalanzó sobre nosotros y las bestias, y oscureció la mañana. Con las espuelas incentivamos las bestias, pasamos rápido por el pantano y llegamos a Puerto de Sal. Pude ver palos de ciruelas cargados con estos deliciosos frutos, palos de mangos de diversas clases y tamaños, palos de guayabas grandotas.

Después de alejarnos de un riachuelo que da sus aguas al río principal, nos detuvimos en Callecitas, donde saludamos a la inspectora de Policía, que era miembro de una iglesia cristiana; eran casi las 12 del mediodía, y nos invitó a almorzar; sin embargo, rechazamos el pedido porque el desayuno no se había digerido y nos faltaba mucho para llegar a nuestro destino. Unos minutos después atravesamos un maizal hermoso; las mazorcas eran grandísimas. Las matas eran tan altas que no dejaban ver a los trabajadores montados en sus animales de labor y carga. Don Teodoro cogió dos mazorcas para llevárselas a su hermano, quien vivía en una finca grande y bien cultivada.

A eso de la una de la tarde llegamos a la vivienda; el hombre le pidió a su cuñada que le asara las dos mazorcas. Así lo hizo con presteza, pues le tenía reverencia a su marido. Otro alimento fue la mazamorra de maíz tierno con abundante leche de vaca, ralladuras de coco biche y de canela. Reemprendimos la marcha, el sol estaba tapado por unas nubes medrosas. Los maizales parecían estar en sana competencia, libres de plagas y de insecticidas. Nunca he vuelto a ver mazorcas tan grandes. Más o menos a las tres y media de la tarde llegamos a la finca de Teodoro.

Se hicieron dueños de varios terrenos, con escrituras oficiales, y progresaron de manera notable. Sus hijos salieron a las ciudades, para educarse y *civilizarse*. Paso a la década de los 2000. Las traumáticas vivencias de la ciudad grande se disiparon un poco cuando retornaron a su campo, al monte. El monte que tanto habían extrañado. Don Alonso volvió a su finca llamada La Palma de Coco. Pero, debo mencionar que, en 1974, una de mis hermanas, que es maestra oficial hoy en día, trabajó en la zona, ya que necesitaba un sitio tranquilo. En 1973, se enfermó de gastritis y laringitis (legadas por el arduo trabajo de practicante de la Escuela Normal), mientras realizaba su trabajo magisterial en una pequeña ciudad. Se curó en La Palma de Coco. Una finca extensa, bonita, con pequeñas colinas, hierba, agua abundante en su quebrada, ganado vacuno, aves de corral, frutales, etc. Tan abundante era la leche que, decía otra maestra que estuvo de paso, “se bañaban con leche de vaca [no adulterada con Maizena] y en lugar de agua, tomaban la del coco”.

Don Alonso tuvo hijos e hijas con dos mujeres, aunque no en forma simultánea; perdió a la primera, y se buscó a otra. Vivían bien en La Palma de Coco. Muchos factores lo obligaron a comprar una casa en el pueblo más cercano. Uno de sus hijos, casado, se quedó como mayordomo. Y Rodrigo, de menos edad, hijo de la segunda esposa de don Alonso, fue a pasarse una vacación. La región empezó a ser acosada por los sediciosos. La paz se perdió. Ya no se atrevían a sentarse a la entrada de la casa, a observar la luna y las estrellas, por temor a las balas asesinas de los facinerosos.

Un día de trabajo, como a las tres de la tarde, llegaron unos hombres armados hasta las orejas. Andaban en unos mulos fuertes, briosos. Preguntaron por don Alonso, y Abraham les dijo que su papá vivía en Venecia. Los forajidos pusieron mala cara.

Entonces el jefe dijo:

- ¿Es cierto que aquí funciona una escuela de entrenamiento del Ejército?

- ¡No, no es cierto! -, respondió con decisión Abraham.

- A nosotros nos dijeron que aquí dan clases para que nos combatan a nosotros.

- No, no es verdad.

Ante las negativas de Abraham, el jefe se fue molestando, y su pasión desgraciada se transfirió a los secuaces que, en número de 30, estaban a la espera de la orden para amarrar a Abraham y llevárselo secuestrado, a cambio de su padre ausente. Los bandidos creían que Abraham les mentía. Decía la verdad. Sin que le dieran la palabra, Rodrigo, en forma inocente, dijo:

- Ustedes están locos. Aquí no preparamos a nadie -, y se sonrió por esas cosas de muchacho imberbe.

- Aquí hay armas del Estado, hay uniformes, hay botas de campaña. No me mientan -, añadió el comandante.

- No, no hay nada -, dijo Abraham, pero, temblando de miedo al meditar instantáneamente en la respuesta de Rodrigo.

El ambiente se caldeó, y el jefe le dio la orden a uno de sus lugartenientes, de amarrar a Rodrigo y sacarlo de la casa. La mujer de Abraham, que se había mantenido en la cocina rallando cuatro cocos y en la expurgación del arroz, se asomó a la sala, pero, un forajido le dijo: “La cosa no es contigo”. Amedrentada, la mujer siguió rallando los cocos y se hirió los dedos temblorosos.

Rodrigo estaba bien atado, de manos y pies. Y le pusieron un trapo negro en la cara más una venda en la boca, para que no gritara. Abraham se puso tan blanco como el queso que todos los días producía. Rodrigo gesticulaba, parecía pedir perdón. Su cara denotaba pánico, terror. Abraham oraba a Dios. Se arrodilló ante el jefe y le imploró que no se lo llevaran; le dijo que mejor se lo llevaran a él. De nada valieron las súplicas. Echaron por delante a Rodrigo, a pie, escoltado por varios sujetos que dejaron sus cabalgaduras. Lo sacaron de la finca. Unos minutos después, llegó otro bandido a caballo, con un mulo de cabestro, y en él montaron a Rodrigo. Los escoltas que habían dejado sus mulos, entraron a la finca y se subieron en los animales; en forma rauda se alejaron de La Palma de Coco.

Por medio de su celular, Abraham llamó a su papá: “Papá, póngase en un lugar firme”. Don Alonso presintió lo peor. “¡Secuestraron a Rodrigo! Se llevaron a Rodrigo”. Don Alonso no atinó a decir palabra, y Abraham añadió: “Llegaron unos *muchachos*, preguntaron que, si aquí en la finca entrenamos a gente para que los combata a ellos, y salió con unas bobadas”. (*Muchachos*, palabra usada en la región para referirse a los sediciosos).

Antes de las seis de la tarde de ese día, el jefe llamó a Abraham y le dijo que devolverían al jovencito si les daban 130 reses, que ellos escogerían a su gusto. Entonces Abraham se lo comunicó a su papá, quien lo analizó con cabeza caliente; no había más alternativas, primero estaba la vida de su hijo, aunque tenía como 20. Le dijo a Abraham que aceptara la opción. La noche fue triste. En algún lugar, amarrado y sin ver, Rodrigo estaba pasando la noche. Quizás sin haber comido, quizás con sed. Muerto del miedo. No lo torturaron de otro modo, creían que con el amarre y el vendaje era suficiente. El jefe meditó en su jugada macabra. Y a la mañana siguiente volvió a llamar a Abraham. Le comunicó que irían a la finca varios emisarios, a seleccionar las

mejores reses, y que al cabo de tres días liberarían a Rodrigo. De nuevo, Abraham llamó a su papá y se reconfirmó la decisión.

Después de unas horas llegaron los bandidos. Las reses estaban desparramadas por uno de los potreros, y los hombres, montados en sus cabalgaduras, empezaron el proceso de selección. Pusieron sus ojos sobre los animales más bonitos y promisorios. Gordos, rollizos, incomparables. Tenían el hierro AZ. Terminó la tarea. Las reses fueron echadas por delante, varios caporales las arreaban. No sé dónde aprendieron a arrear ganado; o serían gajes del oficio. Con precisión británica Rodrigo fue liberado, y después de andar a pie por varias horas, llegó a La Palma de Coco; entonces dio gracias a Dios por su intervención bondadosa y juró no hacer más bromas impertinentes ante gente extraña. No sé si ha cumplido su promesa.

Transcurrieron los años, bajo el dominio de un grupo, y los grupos derechistas pensaban en las formas de contrarrestarlo. La violencia se sobredimensionó. Don Alonso perdió su finca. Allí había invertido su juventud y adultez, allí estaban representados los esfuerzos de muchos años, las oraciones, el sudor, el dinero, los abonos, las semillas, los animales, la fuerza física humana, todo, todo. Tuvo que dejar la hacienda. Los delincuentes la transformaron según sus necesidades, objetivos y recursos. Establecieron un centro de comunicaciones con aparatos de última tecnología; construyeron una espaciosa piscina; levantaron cercas con electricidad; instalaron instrumentos electrónicos para la vigilancia y seguridad; y las comodidades eran hasta estrambóticas. Estas condiciones generaban envidia, críticas y comentarios diversos. ¿De dónde salió la plata para estos arreglos, lujos y excentricidades?

Don Alonso siguió sufriendo por causa del despojo. Buscó culpables de todo tipo: Dios, su familia, las autoridades, el Estado, el gobierno, los derechistas, los ecólogos, los izquierdistas, los centristas, los pacifistas, los guerreristas, una lista interminable. El paso de los años iba acompañado por los achaques de la vejez. Sin JPS, URS, SISMAL, AMP, Medicina Prepagada. Su fe en Dios a veces flaqueó. El Señor lo sostuvo. Un buen día, recibió una llamada telefónica en su casa. Le dieron la grata noticia de que le iban a devolver la hacienda. No lo creyó. "¡Qué raro!", dijo para sus adentros. ¿Sería una trampa? No, era la pura verdad. Varios días después se desplazó en carro hasta la hacienda, y la encontró en excelentes condiciones, casi irreconocible. Decidió, por consiguiente, dejar a uno de sus hijos, casado, allí.

Empezaron a sembrar y a meter reses, así como aves de corral. La finca volvió a la normalidad. Algunos observadores comentaron que era riesgoso estar en la finca. Sus presagios se hicieron realidad en parte. Una noche muy oscura, llegaron varios sujetos armados, montados en briosos caballos. A la

fuerza se metieron, encerraron a los presentes, y comenzaron a destruir la piscina. ¿La razón? Nadie lo entendía. Los presos creían que los iban a matar, pensando en que estaban de intrusos en la finca que fue de don Alonso, y que perdió a manos de enemigos; pero, “si se la habían *devolvido...*”. Vino a mi mente la salida de mi hija, cuando necesitaba ver una película: “Papi, ¿por qué no compras un *devolvedor*?”

Los hombres cavaron y cavaron con un taladro especial, de compresor de aire. Rompieron el piso, pero, no hallaron nada. Enardecidos, abandonaron a toda carrera este predio. Unos días después supimos que estaban buscando una caleta con millones de dólares estadounidenses, que algún individuo o grupo guardó celosamente. Susplicacia de la gente, ilusión de plata fácil, necesidad imperiosa. Hasta hoy, el misterio ha sido absoluto. La cultura del dinero fácil ha recibido buen abono con los ejemplos malos de quienes trafican con seres humanos, con drogas ilícitas o armas. La ruta del menor esfuerzo es seguida por muchos, y estos problemas golpean en Canadá, Argentina, Somalia, España, Filipinas, Estados Unidos, Indonesia, India, Ruanda, Mozambique, etc.

A los descendientes de don Modesto Montenegro los indemnizaron con una finca de características esenciales parecidas al nombre de su padre. Bueno, ¿y qué más podían hacer? Recibirla.

EN MEDIO DE UN TIROTEO

La escapada. Marinella Logreira fue apresada en una aldehuela lejana. Luego fue movilizada hasta una finca situada a muchos kilómetros, en la jurisdicción de otra municipalidad. El viaje se hizo por trochas desoladas, pero acompañadas por la agreste y temible selva. Las montañas y los árboles fueron testigos de la penosa excursión. Los animales residentes en estas moradas también atisbaron a los captores con su presa humana. Mientras permanecía custodiada en aquel lugar, los alzados en armas y palos, salieron aproximadamente a las tres de la tarde, con la teleología de realizar una emboscada.

Por esto la dejaron sola en el campamento improvisado y temporal. En este momento tomó la decisión de huir. “Dios me ayudó a salir de ese lugar, él lo planeó todo”, fueron las palabras que la mujer expresó un tiempo después. La soledad era su mejor aliada y, a la vez, su peor enemiga. No pasaban radicales, ni disidentes, ni ecologistas, ni ambientalistas, ni rojos, ni policías, ni soldados. Caminó por más o menos dos horas, por fincas y fincas, hasta que encontró una vía polvorienta por donde transitaban muy pocos vehículos y animales; pero, “por la voluntad de Dios, pasaba un camión por aquella vía”, y le pidió al chofer el favor de que la transportara hasta el pueblo más cercano. El piloto terrestre se sorprendió por la presencia de la dama, y hasta se asustó y quiso meterle el pie al acelerador. En esa zona, nadie se detenía para recoger a las personas, menos a desconocidos, y menos aún, después de las cinco de la tarde.

La subregión estaba cerca del pueblo donde mantuvieron a la mamá y a su hijo cautivos, por varios días. Mientras estaba en el poblado, le rogó a otro conductor para que la transportara, y debió contarle con mucho temor la historia de lo que le había sucedido, puesto que había personas que apoyaban la causa disidente. El chofer la trasladó hasta un municipio más grande, y en el puesto de las autoridades narró su odisea.

Sin suerte. Dos años más tarde, hicieron cautivo a su marido, y lo asesinaron. La familia había vendido gran parte de las posesiones, con el objeto de pagar el rescate. Y pagaron dinero. En el pueblo, se oían rumores de que habían visto pasar por sitios específicos al señor con delincuentes, por lo que dedujeron que el rehén y sus captores andaban cerca del municipio. Las autoridades analizaron las informaciones y decidieron hacer un rescate; empezó a ejecutarse, pero, falló, y el señor murió.

Una embarazada. Tampoco se salvaban las damas en ese estado. La provincia seguía avanzando, en franca competencia con otras provincias, por causa de su riqueza en combustibles fósiles y biocombustibles. Estos dos tipos de combustibles convivían fraternalmente. Las posibilidades para el ecoturismo eran inmensas, se invertían recursos en vías adecuadas, en hoteles limpios y en telecomunicaciones; igualmente, la vocación agropecuaria debía ser aprovechada para crear y ofertar programas de educación superior, en áreas como las ciencias agropecuarias.

Pero, el progreso también conllevaba violencia, prostitución, explotación del trabajo infantil y otros males. Los delincuentes de distintos entornos veían un filón de oro en la región, por cuanto se movía la plata; entonces, se hicieron presentes la extorsión, los secuestros, las muertes, las pendencias y otros problemas. A veces hasta quemaban dólares en las cantinas, para demostrar que tenían dinero. Los cultivos ilícitos se hicieron normales. “Una buena manera de conseguir dinero”, pensaron algunos.

La familia estaba en su finca. Oían hablar de los apresamientos de amigos, vecinos, familiares, en fin... Esta vez les tocó a ellos. El blanco era la jefa del hogar. La trataron de agarrar para atarla y llevársela; la señora estaba en embarazo. A pesar de ello, se les rebeló con fuerza y rabia. Mas, se la llevaron. Caminó junto a ellos durante varios días y noches, soportó hambre, sed, frío, calor, incomodidades, malos tratos de palabra y físicos; la ruta estaba compuesta por trochas o caminos rudimentarios, apropiados para los animales.

Enfocando el estado de gravidez y debilidad de la señora Eleonora Blásquez-Ceballos, los enemigos decidieron por estrategia abandonarla en una finca. Con bondad digna de un premio, revelaron unas pistas como de jeroglíficos, para que los familiares la localizaran; con mapas, brújulas, señales de humo y otras herramientas más tecnificadas como Google Earth, llegaron al sitio. Allí estaba amarrada de pies y manos, pero con vida.

En medio de un tiroteo. Esto fue lo que contó Maritza acerca de las angustias de su papá: “El día 12 de diciembre..., mi padre se encontraba en la sala de mi casa, descansando del arduo trabajo que había tenido ese día; veía

la televisión con mi hermanita, mientras mi madre había salido un momento para realizar una llamada a mi hermano, ya que él y yo nos encontrábamos en un campamento de jóvenes, en Las Flores, cerca de Santa María. Ese día preciso, ya veníamos de regreso, y ella, nuestra mamá, estaba preocupada porque no llegábamos". Las madres tienen sentidos adicionales. En un medio tan convulsionado por la violencia de todo tipo, era natural que esta mujer tuviera sobresaltos. La zozobra era evidente.

El afectado narró lo siguiente:

"Dos hombres armados entraron a mi casa inesperadamente, me apuntaron con sus armas en la cabeza, y me dijeron que los tenía que acompañar, sin darme más explicación. En medio de mi confusión, me puse una camisa y, junto con la niña, me subieron a mi carro, mientras yo conducía con rumbo hacia Aguasvivas. En el camino bajaron a mi niña y la dejaron con otro cómplice de tal hecho".

Muchas ideas se atravesaron por la mente de este inmigrante. Pero la realidad era que estaba en manos enemigas. La comunidad del pequeño pueblo se dio cuenta rápidamente de lo que había ocurrido, y se prendieron las alarmas. "Para mí fue terrible tener que dejar a mi la nena, ya que me amenazaron: que si no cooperaba, me iría peor. Llegando a la ciudad de Aguasvivas, me obligaron a dejar el auto en un lote, solo, y ya en la carretera me dijeron que debía conseguir otro auto para continuar el viaje, sin yo saber hacia dónde me llevaban".

La incertidumbre con relación al final de su hijita, y con respecto a él como padre, lo demolía poco a poco. "Estando en esta circunstancia, un hombre accedió a llevarnos; cuando se subieron al taxi, estos hombres empezaron a hacer una cantidad de exigencias al dueño del carro, y el dueño, muy sutilmente, les dijo que debía ir por la planilla para salir de la ciudad". La agilidad de los delincuentes era evidente, ya que las autoridades podrían darse cuenta en cualquier momento; era un pueblo pequeño. Sin embargo, la red de comunicadores tenía buena experiencia, y obraba con eficiencia, en busca de recursos. "Pero lo que los secuestradores no sabían era que este señor era como una especie de informante, que los estaba conduciendo justo a la casa del comandante de un grupo armado. Así que el hombre hizo ver que entraba a la casa por la planilla, y le comentó rápidamente lo que sucedía, diciéndole que llevaba a unos delincuentes en su auto, incluyéndome a mí, ya que este hombre no sabía que a mí me llevaban secuestrado. Así que empezó un fuerte tiroteo, yo me protegí como pude en el auto, mientras los delincuentes huían de aquel lugar; cuando los hombres que habían iniciado aquel tiroteo se aproximaron al auto para quizás agarrarme o hacerme algún daño, él les dijo inmediatamente lo que sucedía".

El apresado tenía temor. De estos bandidos se podía esperar cualquier acción nefasta. “Gracias a Dios nuevamente, y a sus ángeles, conté con la oportunidad de verme sin un rasguño, sano y salvo, por la grande misericordia del Señor, y al utilizar Dios a estos hombres para que en medio de este tiroteo quedase libre”. El señor escapó, ileso. “Hoy da gracias por las maravillosas bendiciones que otorga cada día el Señor, y en este testimonio está demostrado una vez más que Dios no abandona a sus fieles hijos y que él se los arranca a Satanás, si es necesario, utilizando medios y personas para que el enemigo no les haga ningún daño”. Los delincuentes no se pudieron salir con las suyas. Dimos las gracias por esta información.

POST SCRIPTUM

Nunca pensé que moriría antes de publicar este libro. Infortunadamente, el viernes 21 de septiembre de 2004, falleció este insigne hombre. “El guerrero de lo imaginario”, fue la frase que acuñaron para enaltecerlo. Tenía 86 años de edad, y Cartagena de Indias fue su penúltima morada, ya que pidió un tiempo antes, que sus cenizas se esparcieran en el río Sinú, que baña al pueblo que lo vio nacer, Lorica, Córdoba, el 9 de septiembre de 1922. El río las debía llevar al mar Caribe, y este, al océano Atlántico, para que las corrientes acuáticas y los vientos las llevaran al África occidental, donde se pudieran encontrar en abrazo sublime y placentero con las cenizas y recuerdos de sus antepasados. Las cenizas impelidas y desbordadas en un dialéctico binomio de alegrías y tristezas, por frenesí atávico, llegaron a donde sus hermanas africanas. Y así se hizo.

El desfile fluvial y terrestre no fue tranquilo. Varios trataron de aprovechar la ocasión para atribuirse el protocolo. Hasta discusiones hubo. Bueno, era normal. Lamenté no haber estado en el primer y último desfile ácueo de las cenizas de Manuel. Los compromisos oficiales (más abultados e inocuos que los de presidente de república platanera), la inverecundia de quienes se arrogaron el derecho de “organizar” el sepelio acuático, y la encriptada tiranía de mi bolsillo, me impidieron hacer presencia. Lo lamento *ad infinitum*.

Es difícil resumir su libro de vida: artista, creativo, crítico, cuentista, dramaturgo, ensayista, folclorista, folclorólogo, historiador, humanista, intelectual, magíster en salud pública, médico pediatra, novelista, periodista, poeta y diplomático. Fundó en Cartagena de Indias, el Museo del Negro, con recursos propios, en su casa del barrio San Diego. Manuel y Delia, sus hermanos, lo apoyaron en el movimiento tendiente a reivindicar los derechos

de los negros en Colombia y en otros países. La idea con el Museo era promover la cultura de África en América.

Entre sus obras están: *Gaitas bajo el sol*, *Bullanguero*, *Cuentos del Tercer Mundo*, *Pisando el camino de ébano*, *Los hijos sin regateo*, *Pier*, *Petión y Padilla*, *La bruja de pontezuela*, *El grito de independencia de Cartagena*, *Espermas prendidas*, *Historia de un joven negro* y *Una mujer sin raíces*.

Igualmente, se desempeñó como columnista de los diarios *El Espectador*, *El Tiempo*, y *El Universal* y *Diario de la Costa* (de Cartagena de Indias). Mi primo, quien se fue de la ciudad donde vivo, por temor a los ataques terroristas, lloró la muerte de este insigne hombre. Y yo la sentí en el fondo de mi alma.

RESULTADOS

Debido a que este libro tiene un carácter atípico, si se quiere, a través de sus secciones se registraron los resultados o hallazgos, en los cuales se hizo una descripción acompañada de interpretaciones del autor o de los actores o protagonistas (en los casos de problemas relacionados con el secuestro o la conculcación de derechos). Sin embargo, se requieren varios referentes conceptuales o teóricos que podrían alentar discusiones epistemológicas, sociológicas, políticas o politológicas.

Violentología: un manual del conflicto colombiano, de Stephen Ferry (2012), es una obra de uso imprescindible en el proceso de escritura de la memoria histórica para arribar a la verdad histórica. “El libro documenta el conflicto interno armado en Colombia. Esta obra fotográfica se enfoca en los derechos humanos y en la lucha de civiles colombianos que resisten la violencia, muchas veces frente a amenazas de muerte. El conflicto colombiano usualmente se conoce como una ‘guerra contra la droga’, una lucha prolongada entre los narcotraficantes y la ley. Violentología [sic] desvirtúa esa versión oficial, al revelar una realidad mucho más compleja y perturbante [sic]. El título Violentología [sic] se refiere a la brillante escuela de sociólogos colombianos, ‘los violentólogos’ [sic], que estudian la violencia política y la guerra civil” (2019).

El trabajo de construir, o aun reconstruir memorias del conflicto armado colombiano y de sus violencias o violencia, en donde el secuestro ha sido una constante, comporta serios compromisos, así como el despojo de ideas preconcebidas, para que se llegue a una verdad legítima que aleccione y fije rutas de navegación ciudadana, anclada en valores de respeto, tolerancia, y comprensión del otro o de los otros.

“¡Qué tiradera de pólvora!”. “Llegó diciembre, y el estallido de voladores, papeletas y totes vuelve a molestar a los vecinos” (p. 17). La posesión y uso de pólvora están prohibidos en el Código Nacional de Policía y Convivencia (artículo 30). El 38 y el 163 también aluden a la pólvora. “En lo que va del año,

la Policía Metropolitana ha incautado [sic] 292 kilos de pólvora que iban a ser distribuidos en el Valle de Aburrá” (p. 17).

Luis Buñuel dirigió una película famosa, titulada “El discreto encanto de la burguesía”, que ganó el *Oscar* en 1972, a la mejor cinta extranjera (*Wikipedia*, 2019). Parece ser que la alienación del ser humano y de las sociedades se manifiesta en el encanto extraordinario de las cosas, ya no se trata de un encanto discreto. La pólvora tiene un imán poderoso en Colombia, a pesar de las campañas de las autoridades. Para celebrar todo evento se usa la pólvora. Llegó diciembre y fue recibido por torrentes de pólvora en Medellín, que no paran, y a medida que pasan los días, sus expresiones son más y más estruendosas. Se ha establecido una conexión entre el crecimiento de la cultura de la pólvora y de los juegos pirotécnicos, y un hecho crucial en la vida de la Nación.

Del Mar (2013) sostiene lo siguiente: “El 25 de noviembre del 2003 se desmovilizaron 855 integrantes del grupo paramilitar Bloque Cacique Nutibara en la ciudad de Medellín, en un acto ‘público’ transmitido por la televisión. El Bloque Cacique Nutibara cuenta con unos cuatro mil hombres en total y llegó a la ciudad en julio del 2002. Después de la entrega de armas y uniformes, los desmovilizados fueron trasladados al municipio de La Ceja (Oriente cercano), donde quedarán tres semanas en un centro recreacional que ahora se llama ‘centro de convivencia y paz’. Allí entran en un proceso de ‘reeducación’ para la convivencia pacífica”.

En estos actos se hizo alarde del poder de la pólvora, quizás como mensaje asimilado a la capacidad demoledora o destructiva que habría quedado atrás, con este gesto de buena voluntad, en la búsqueda de la paz republicana. En verdad, la quema de pólvora en Medellín, y en el resto de Colombia, es vieja. Al acercarse diciembre, se comienza a quemar la pólvora, sin control alguno, y las cifras de quemados y mutilados se van incrementando en forma dramática; los niños son los más perjudicados.

La violencia, las violencias, el conflicto, los conflictos, las rencillas, el odio entre connacionales, las enemistades, las polaridades maniqueas o *macartistas*, todo esto causa serios males a las personas y a las colectividades en el país. Los rótulos que nos han puesto desde de nuestra Patria amada, a la cual hasta llaman *Narcolandia*, en velado hurto de paternidad onomástica (Messi y Bordón, 2014).

“Se cumplen 50 años de Mayo del 68: utopía de la que todos somos hijos”. “La historiadora Mónica Chamorro analiza las revueltas estudiantiles en la Francia de la posguerra”. Por causa de los movimientos diversos que se viven en Colombia, a finales de 2019, se comparten unas notas de la

historiadora citada, para que se establezcan comparaciones que aleccionen a los protestantes, a los neutrales y a los enemigos de las marchas, plantones, cacerolazos y demás. Acá en Colombia, aunque no hay estaciones en sí mismas, podríamos hablar del otoño libertario; no obstante, el término otoño denota mejor un declive. Hay que buscar otra palabra.

“Este mes se cumplen 50 años desde que el irreverente Dani [Daniel Cohn-Bendit, alemán], a la cabeza de una inmensa movilización de estudiantes, hizo tambalear a la sociedad francesa, protestando contra el colonialismo y el gobierno de De Gaulle. Sin embargo, el Mayo francés no fue sino uno de los muchos movimientos de aquel año convulso: protestaron los estudiantes estadounidenses contra la guerra de Vietnam y los jóvenes italianos por los derechos de los obreros. Se levantaron los estudiantes de Praga y se opusieron a los tanques soviéticos. Cundió la revuelta en Berlín, en México y en Japón. Soplaban el viento de la inconformidad que evocaba Bob Dylan en sus canciones” (Chamorro, 2018).

Añade que, “De algún modo, la intemperante multitud de cada lugar era la misma: jóvenes muy jóvenes, caras aún no estropeadas por la vida, ojos que flameaban con el ardor de una llama nueva. Los distinguían sus reivindicaciones, extremadamente variadas: había quien coreaba el jipismo con su psicodelia; quien, en cambio, los ideales de la izquierda democrática. Había quienes cantaban el himno de la Internacional Socialista; estaban los anarquistas, los feministas, los antimilitaristas, los ecologistas. El 68 fue una jungla de ‘istas’ que recorrió el planeta”.

La génesis de las pedreas estudiantiles se halla en este mayo especial de París. Creo que la piedra vive en las instituciones de educación superior del Estado, como forma de contestación, reacción o ataque. Los movimientos estudiantiles apelan a la piedra, que sale de cualquier parte. A veces me he preguntado por qué Jesús eligió la uva para la santa cena de los cristianos, por ejemplo. Pensé que la uva no era tan común, sin embargo, los cristianos la consiguen en todo el mundo, para sus actos de litúrgicos.

Chamorro señala: “Pero en el seno de esa complejidad insólita encontramos un fondo. Algo que atraviesa y unifica todos los movimientos. Tiene que ver con uno de los eslóganes que en aquellos días se escribieron en las paredes de París: ‘La playa está bajo los adoquines’. Era una invitación a levantar las piedras de las calles y lanzarlas a los policías. Desde entonces, esa fue el arma preferida de los jóvenes. En 1968, la playa, lo natural, la verdad reprimida por todos los regímenes, no debía buscarse en otra parte, estaba en el suelo que pisábamos; solo era necesario atravesar la capa de las viejas costumbres, resquebrajar la costra debajo de la cual yacía la libertad” (2018).

Los secuestrados se privaron de los goces o placeres de esta vida, durante tiempos variados; sintieron en carne propia los horrores del presidio no buscado, triste, inefable. Sus familiares y amigos también sufrieron en grado sumo y decayeron en su ánimo y en sus fuerzas físicas. El secuestro ha sido parte integrante de la violencia y de las violencias que han sacudido y sacuden a nuestro país.

CONCLUSIONES AL FINAL...

Conclusión, conclusiones, final, epílogo, al final. Total, el título no importa. El registro postrero deja huellas en la mente, cual boxeador que al final se esfuerza y da dos o tres golpes que hacen tambalear a su contrincante, y los jueces lo dan como ganador por causa del sesgo de los puños postrimeros.

COMPARECENCIA. La neutralidad que mostraban los religiosos, en las zonas de conflicto, desesperaba a los enemigos del orden legítimamente establecido. Las peroratas y cantinelas no arrastraban a las multitudes, como sí sucedía en la década de los 1970. Molesto por la actitud neutral, un dirigente rebelde decidió citar al líder regional de los religiosos. Lo llamó por teléfono y le dijo que debía comparecer ante un consejo progresista, para platicar sobre algunos temas. El religioso pidió consejo a sus superiores y le dijeron que asistiera. Los moradores estaban en la plaza pública. Los feligreses estaban asustados. Parado entre ellos, no entre los citantes, estaba un sujeto espigado, de porte ilota o espartano, que al dirigente religioso no le pareció conocido; por lo contrario, le causó miedo. Podría decirse que era un secuestro masivo y temporal.

Entonces, el líder progresista presentó un maratónico discurso sobre diversos asuntos, unos mundanos y otros celestiales. Luego les dijo que nadie podía ser imparcial y que prohibía el proselitismo religioso de ahí en adelante. Los feligreses se pusieron más tensos y nerviosos. Sin embargo, el joven forzudo, que era un infiltrado en las filas cristianas (y que tenía a su mamá en esa congregación religiosa), pidió la palabra y le sugirió al orador que dejara que predicaran de la Biblia, y que si no se metían en política, no habría problemas. La recomendación del muchacho fue valorada por su líder; un poco después les dijo que siguieran su labor y que no se pusieran a hablar de política en los lugares de culto.

LECTURA DE LOS HECHOS. Después de entrevistar a algunas personas que sufrieron este flagelo, o de investigar acerca de otras que también fueron

apresadas, se desnudaron varias opiniones que originaron orientaciones en cuanto a la actitud que se debía asumir frente a un hecho como el apresamiento forzado. Cuando los sucesos infortunados no los habían tocado, creían que estaban libres de ellos. Pero, argumentaron que había que estar listos para encarar las calamidades.

Todo puede pasar. En primer lugar, era necesario llevar en la mente la idea de que era posible que ocurriera un percance de este tipo. Por ello, se debía asumir una actitud positiva, valiéndose de los siguientes elementos: al ser apresados, se debía aceptar que era una situación real. De nada servía considerar que era un error de los enemigos o una confusión. Luego se preguntaban por qué. No culpar a Dios, ni a la familia, ni culparse a usted mismo.

Preguntas a los enemigos. Después se podría preguntar a los enemigos por las razones del sometimiento. Este paso se debería dar con cautela y discreción. La humildad, la educación y el tono suave y respetuoso podrían moderar el ambiente. Los sentimientos debieran someterse a la razón. Hacen falta los familiares y los amigos, se extrañan las condiciones de la vida en libertad y se ansía volver a la casa. Mas, la paciencia es buena aliada.

Oración mental. Cantos. La oración mental era imprescindible. No convenía el rezo o la oración audible, ni era saludable entonar cantos que otros pudieran oír, a menos que le dieran permiso. Se podía tener un canto en el corazón, y se tarareaba si las condiciones lo posibilitaban. Ante la comida no debía haber remilgos, a menos que fuera contra sus principios. Si era así, hablar y solicitar con cuidado otros platos que fuesen fáciles de conseguir, o eliminar lo que no era compatible con sus principios de salud. La adaptación a las circunstancias: la retención podría tomar horas o años. Listos para lo que sucediera.

Más información. De vez en cuando se debía pedir información sobre la evolución del caso. Los jefes daban a veces unos reportes, no sus subalternos. Llevar control del calendario y tener su devoción con Dios, incluida la del día de guarda. Esta costumbre le permitiría estar en contacto con la realidad. Cuando se formularan acusaciones sin sentido, dar las aclaraciones pertinentes con firmeza y deferencia. No debía decirse que los enemigos estaban equivocados, usar palabras diplomáticas que lo defendieran a uno.

Ejercicio físico. El esfuerzo físico obligaba a pensar en que el ejercicio diario era benéfico. Hoy en día proliferan los gimnasios, los *spas*, los neoteristas, los maestros, el yoga, etc., y se hacen comunes palabras como *fitness*, *jogging* y *spinning*. El culto al cuerpo es evidente. A la Patria llega gente de otras latitudes y longitudes, a someterse a cirugías estéticas, dada la gran

preparación de los especialistas y en virtud de los bajos costos. No obstante, había que hacer ejercicio físico.

Apoyo a las comunidades. Si usted había sido una persona reconocida en su comunidad, si había ayudado a la gente y si tenía apoyo, echar mano de esos argumentos. La colectividad se expresaría a favor de su liberación. El estrés pos-secuestro debe ser terrible, y podría ser fuente de investigación para los psicólogos y psiquiatras. También habrá mucho material para el análisis de los perceptólogos sociales, una vez la perceptología comercial le dé un espacio a la perceptología social, para estudiar las secuelas del secuestro. O cuando la perceptología social adquiriera un estatus epistemológico propio.

Eran los consejos de varias personas que soportaron la crueldad del secuestro. Considere que a usted también le puede suceder, y a mí también me puede pasar. Culpables *a priori*, o inocentes *a posteriori*. Cuando oraba a Dios por los secuestrados, trataba de reproducir lo que significaba esa vivencia amarga y brutal, si era que se podía llamar vivencia. Era casi imposible tener una percepción cercana a la realidad, si no se había sufrido este flagelo. Soportar las inclemencias del clima, en un paraje inhóspito, a veces no apto ni para animales, sin acondicionador de aire, sin calentador de aire. Las necesidades fisiológicas se hacían en el monte. Los peligros encarnados por los animales. Las tempestades eléctricas con sus potentes truenos, sus formidables centellas y sus fortísimos relámpagos. Las cadenas o las esposas. Las cercas eléctricas que atemorizaban a todo el mundo.

Recuerdo que cuando viví cerca de la Sierra Madre, lo que más me aterrorizaba eran las tormentas eléctricas. Las diferencias de temperatura entre el valle del Cacique Baremo y la Sierra Madre generaban diferencias de presión entre las masas de aire, y a su vez, se producían fuertes vientos. Las lluvias crueles abatían sin piedad a los pericos, guacamayas, cotorras y pájaros de otro tipo, y los árboles sufrían calladamente. En la mañana, cuando nos asomábamos a ver las dos pequeñas fincas, estaban los animales muertos, y las frutas en el suelo. ¡Qué pesar!

Bueno, ¿puede estar tranquilo un morador de una ciudad o de un pueblo, en medio de la naturaleza salvaje? La comida mala, preparada por un tegua, con las cosas que había en la zona. Sin el dictamen de un nutricionista. El agua, mala. La inacción. El tormento ocasionado por sentir que los familiares estaban sufriendo: sin dinero, afanados en la búsqueda de plata para pagar un rescate, molestados por los delincuentes mediante llamadas telefónicas o mensajes electrónicos. ¡Tenía que ser horrible!

La vergüenza de las mujeres al bañarse desnudas ante los vigilantes. El acoso sexual también era lesivo y denigrante. Las enfermedades inclementes,

la falta de medicinas. ¡Qué desgracia estar enfermo y sin medicamentos! Dormir sobre hojas o esteras rústicas, si acaso las ofrecían los enemigos. Las serpientes, los bichos de la selva, otros animales peligrosos. Y en vista de que se cambiaba de lugar *por seguridad*, la incertidumbre, porque... hoy estábamos aquí, y dentro de una hora (sin saber) tendríamos que salir a toda carrera, para ir a otro lugar más remoto y más seguro.

Las jornadas agotadoras, bajo el sol, bajo la lluvia, con sed, con hambre, por delante como mulas por el camino. Y mujeres embarazadas por caminos tortuosos. El vituperio, las amenazas de muerte, los insultos, el aislamiento. Todo esto debía demoler al secuestrado. ¡No había derecho! Y por las laceraciones del alma, ¿quién indemnizaría, repararía o resarciría? ¿Quién compensaría, y con qué, las mortificaciones del alma? Para algunos, estos cuadros parecían derrotistas. Era posible que otros hablaran del pesimismo. Pero, era parte de una realidad espantosa.

Tenían en cuenta algunos analistas que la tecnología los podría poner en aprietos, aunque comportara muchos beneficios. Las fotos que aparecían en *Facebook* podrían tener un destino macabro, y permitirles a los enemigos o detractores hacer lo que quisieran. Los secuestros exprés se pusieron de moda. Y creían que habría secuestro *light*. A veces se preguntaban: “¿Por qué Dios no les reveló a Eva y a Adán, como en una película, por dos o tres minutos, lo que le sucedería al género humano si ellos desacataban las órdenes divinas?”. “Era una necedad hacer esta pregunta”, argüían algunos.

Se ideaban o aplicaban mecanismos altamente desarrollados como localización por GPS, microchips, técnicas de defensa personal, radiogoniometría, blindaje, refugios subterráneos, etc. Hasta se inventaron *demos* especiales para alertar y prevenir. Se daban instrucciones con respecto a los niños, a los lugares de trabajo, a las residencias y a los viajes; y existía una enciclopedia de la seguridad personal, pero, ¿de qué servían ante el oportunismo de los malhechores? Los malos actuaban con sigilo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Chamorro, M. (5 de mayo de 2018). "Se cumplen 50 años de Mayo del 68: utopía de la que todos somos hijos". Recuperado el 6 de mayo de 2018, de <https://www.eltiempo.com/mundo/europa/analisis-de-las-causas-y-consecuencias-de-mayo-del-68-que-cumple-50-anos-213810>
- Del Mar, M. (2003). Acerca de la desmovilización del Bloque Cacique Nutibara en Medellín. <https://www.prensarural.org/matilde20031125.htm>
- El Espectador*. (24 de febrero de 2018). "El programa radial 'Voces del Secuestro' llega a su final". Recuperado el 15 de noviembre, de <https://www.elespectador.com/noticias/paz/el-programa-radial-voces-del-secuestro-llega-su-final-articulo-741056>
- Ferry, S. (2012). *Violentología: un manual del conflicto colombiano*. Bogotá, D. C.: Codice Producciones Limitada. Recuperado el 12 de noviembre de 2019, de <https://www.libreriadelau.com/violentologia-un-manual-del-conflicto-colombiano-codice-producciones-limitada-9789588461236-sociologia-sociedad-y-cultura/p>
- García-Pelayo y Gross, R. (1994). *Pequeño Larousse ilustrado*. Madrid, España: Larousse.
- Messi, V. y Bordón, J. M. (2014). *Narcolandia: por qué Argentina se convirtió en el paraíso de los traficantes colombianos*. Argentina: Sudamericana.
- Wikipedia*. (s.f.). La luciérnaga (programa de radio). Recuperado el 15 de noviembre de 2019, de [https://es.wikipedia.org/wiki/La_luci%C3%A9rnaga_\(programa_de_radio\)](https://es.wikipedia.org/wiki/La_luci%C3%A9rnaga_(programa_de_radio))
- Wikipedia*. (30 de agosto de 2019). "El discreto encanto de la burguesía". Recuperado el 8 de diciembre de 2019, de https://es.wikipedia.org/wiki/El_discreto_encanto_de_la_burgues%C3%ADa